
JANE MACKENNA
Una Tormenta en las Highlands
Ediciones

Una Tormenta en las Highlands

Jane Mackenna

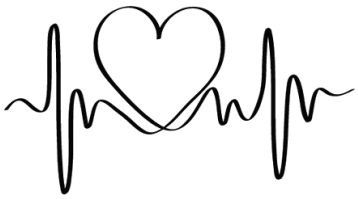
Título original: Una Tormenta en las Highland
© Nombre autor y año publicación: Jane Mackenna 2025
Diseño de portada: Leydy García
Corrección: Noni García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Highlands escocesas, 1570. En medio de una tormenta implacable, Morrigan MacLean y John Lindsay, Barón de Dudley, se encuentran atrapados entre el destino y el misterio. Ella, una mujer marcada por los secretos de su pasado. Él, un noble inglés dividido entre dos patrias, jamás pensó que una escocesa cambiará su vida para siempre. Cuando los vientos de la traición y la incertidumbre soplan con fuerza, ambos deberán enfrentarse a situaciones que pondrán a prueba su valor y su corazón. Mientras las sombras del castillo de Duart revelan verdades ocultas, su relación se transforma en una lucha entre el deber y el deseo.

Llena de acción, intriga y un romance que desafía todas las reglas, Una tormenta en las Highlands transportará al lector a una época de pasiones intensas y secretos inolvidables.



Prólogo

Morrigan MacLean.
Castillo Duart, Escocia 1570

O permites que traigamos a esa rata a Duart para obligarlo a hacer lo correcto, o te deshaces del problema.

—Kylian —grita horrorizada mi cuñada—. ¿Cómo puedes decir algo semejante? Tú mejor que nadie conoces el dolor que produce la pérdida de un hijo, ¿cómo puedes pedirle a tu propia hermana que sufra de ese modo?

—Antes prefiero morir —siseo—. Incluso irme de este maldito lugar, pero no mataré a mi propio hijo. Con lo que me acabas de pedir, demuestras que sigues siendo un bastardo sin corazón, Kylian MacLean.

Salgo del salón corriendo y no me detengo a pesar de que Dreidre me suplica a gritos para que lo haga. No lo hago hasta que llego a mi alcoba y cierro la puerta. Me apoyo en ella para recobrar el aliento, mi corazón golpea con tanta fuerza en mi pecho que duele. Intento contener el llanto, me niego a llorar cuando en mi vientre está creciendo un hijo mío, me importa poco cómo fue concebido, o si seré repudiada por ello, porque, por fin, uno de mis mayores sueños se está cumpliendo.

—¿Cómo ha podido decirme algo así? —susurro rota de dolor ante las palabras tan crudas de mi hermano, esperaba su furia y que se

sintiera defraudado, pero no que deseara la muerte de su propio sobrino.

—Morrigan, abre la puerta. —Kylian intenta abrirla sin conseguirlo —. Por favor, vengo a disculparme y a hablar como dos personas adultas. No puedes esconder la cabeza para negarte a ver el problema, déjame ayudarte.

Sé que tiene razón, sin embargo, eso no quita que todavía me sienta muy dolida tras sus exigencias. Finalmente, abro la puerta porque sé que no va a moverse de ahí hasta no hablar conmigo y encontrar una solución.

Al entrar, me observa y puedo ver cómo aprieta los labios, no le gusta que haya llorado y mucho menos saber que ha sido el culpable. Le miro en silencio esperando que me dé esa solución milagrosa que ha encontrado.

—Partiremos hacia Crawford Castle sin demora —anuncia, abro los ojos entre sorprendida y aterrada porque ni se me había pasado por la mente la posibilidad de ser yo quien fuera a buscar a John—. No voy a esperar a que ese bastardo no responda a ninguna de las misivas que envíe. Iré yo mismo a retorcerle el maldito pescuezo y acabaremos con esto de una vez por todas.

—¿Qué te hace creer que ir hasta allí hará que me acepte? —pregunto, dando voz a mi mayor miedo—. Kylian, él tiene compromisos, no solo será el *laird* de los Lindsay, es un barón inglés y…

—Barón o no, *laird* o no —interrumpe con firmeza—, te ha preñado y va a responder como un hombre. No voy a cambiar de parecer, Morrigan. Y le estoy dando una oportunidad cuando debería ir yo solo para acabar con su miserable existencia, pero eso sería poner triste a mi esposa y a ti, ya que, según ella, si te has entregado a su hermano es porque debes amarlo.

Agacho la mirada avergonzada, ya que hablar de ciertos temas con mi hermano mayor no es algo con lo que contara, ni mucho menos me sienta cómoda con ello. ¿Qué debo hacer? Esa pregunta me atormenta desde que descubrí que estaba embarazada de un hombre que no me soporta la mayor parte del tiempo y que no me había hecho promesa alguna, es más, se fue sin mirar atrás y volvió

a su hogar sin preocuparse si nuestra noche juntos había tenido consecuencias.

—No tenía intención de volver a casarme, hermano —confieso en voz baja, temblorosa—. No quería volver a vivir un infierno. —Lo escucho mascullar una maldición nacida de la rabia más absoluta, es uno de los motivos por los que no me gusta hablar del pasado con él, porque sé que le mata no haber podido salvarme por no encontrarse en Duart—. Y ahora, aunque John me aceptará, no lo haría por las razones correctas, Kylian. ¿Crees que quiero eso para mí?

—No se trata ni de ti ni de él —rebate—, sino del ser que crece en tu vientre. Si no os casáis, será un bastardo, Morrigan. ¿Quieres eso para tu hijo? —pregunta mucho más calmado que antes. niego con la cabeza porque el nudo en mi garganta cada vez es más grande—. Prepárate, salimos de inmediato.

—¿Ahora? —pregunto incrédula—. Hermano, no me he preparado nada y…

—No lo necesitas —interrumpe—. Solo quiero verle la cara cuando le digas que por no mantener las manos quietas va a tener un hijo. Después veremos cómo se suceden las cosas, y qué se decide.

—Ni tú mismo crees que vayan a aceptarme —mascullo—. Entonces, ¿por qué debo ir hasta allí para que me humillen? —pregunto enfadada.

—Si lo hace, le mataré —responde con frialdad—. ¿Crees que permitiría que te humillaran? Confío en mi esposa, Morrigan, y si ella dice que John siente algo por ti, le creo.

Asiento tras unos instantes en los que me debato entre lo que sé que debo hacer y el miedo. Se marcha y lo único que me da tiempo a preparar son unas cuantas mudas, supongo que, si finalmente me quedo en Crawford, Dreidre se encargará de enviarme todas mis pertenencias. Lo cierto es que ahora que la marcha de Duart, el único hogar que he conocido, es un hecho, estoy más aterrada que nunca, siento como si me estuviera desgarrando por la mitad por tener que dejarlo todo atrás. Soy una MacLean y no conozco otra cosa, no he salido de las lindes de las tierras de mi padre, que ahora

son de mi hermano, ni jamás soñé en hacerlo; sin embargo, ahora me veo obligada porque el padre de mi hijo vive en las Lowlands.

¿Por qué si se supone que estoy haciendo lo correcto no lo siento como tal? El miedo y algo más profundo me paraliza, no soy capaz de salir de mi alcoba, aunque ya he terminado de recoger lo poco que voy a llevarme, como si algo más fuerte que yo me retuviera aquí dentro. Una voz en mi interior me grita para que no dé un paso fuera de los muros de Duart, ¿debería hacerle caso, o solo es mi orgullo herido quien habla? Después de todo, no es plato de buen gusto ir en busca del hombre que te ha embarazado, has mandado una carta informándole y no se ha dignado siquiera a responderla, aunque fuera para enviarme al infierno.

—Maldito patán insufrible —siseo con rabia—. Maldigo la hora en la que me dejé embaucar por ti.

Reúno el valor necesario para salir por fin de mi alcoba y bajo al salón, donde todos siguen reunidos, ahora también se ha unido Thomas, quien me observa con sus ojos de águila, nunca se le escapa nada, lo cual me lleva a preguntarme por qué no me delató en su momento, pues aquella noche me vio salir de la alcoba de John. En sus ojos no veo decepción, solo preocupación.

—Estoy lista —anuncio, Kylian se gira para verme—. ¿Iremos solos?

—Os acompañaré —interviene Elvin—. También soy tu hermano y me interesa mucho saber qué tiene que decir el Inglés.

—Por el amor de Dios —exclama Dreidre—. Basta ya, en cuanto John lo sepa, actuará en consecuencia, estáis armando demasiado alboroto por nada. Morrigan, querida, en cuanto tus hermanos regresen, te enviaré todo a tu nuevo hogar, no marcho contigo porque Ian es demasiado pequeño como para dejarlo solo —se lamenta.

—No te preocupes —intento sonreír porque sé que no solo está preocupada por mí, sino que también teme por su hermano mayor —. Volveremos a vernos.

—Algún día… —corrige, tan segura de que todo va a terminar bien como su matrimonio con Kylian que no tengo valor para rebatirla—. Sé feliz, Morrigan.

Miro a Thomas, que está al lado de Diane, la cual apenas puede contener el llanto. Me acerco hasta ella, pues se ha convertido no solo en una buena amiga, sino en familia, para mí es la esposa de Kael, aunque ya no esté y jamás llegaran a casarse. Acaricio la cabecita de mi sobrina, que permanece dormida entre los brazos de su madre, no sé cuándo volveré a verlos y eso me está partiendo el corazón. Una vez más, la sensación de que me estoy partiendo en dos y dejando la mitad de mí en Duart me asalta.

—No llores —le pido emocionada—. Estaré bien, incluso puede que vuelva antes de lo que crees. —Escucho a Dreidre bufar en contra—. Cuídate y cuida de mi sobrina.

—Lo haré —asiente—. Vuelve —susurra—. Si él no te acepta, no permitas que te obliguen, por favor…

—Te lo juro —susurro contra su oído mientras la abrazo—. Deja de preocuparte.

Miro a Thomas, este solo inclina la cabeza con su acostumbrada pose con las manos tras la espalda recta y mentón alzado. El mejor amigo de mi hermano, el segundo al mando más leal de toda Escocia, la sombra que cubre las espaldas de los MacLean y ahora también el protector silencioso de mi amiga. Puede que ella no se haya dado cuenta, tal vez sí y todavía no está preparada para aceptar que la vida le está brindando una nueva oportunidad, solo rezo para que la acepte y no deje que la pena de la muerte de Kael la haga permanecer sola hasta el final de sus días.

—Cuídalos —le pido, sabiendo de sobra que lo hará, que dará su vida si es necesario por los míos—. Gracias por tu silencio.

—No me correspondía a mí decir nada —se encoge de hombros—. Fue tu decisión, una que ha tenido consecuencias, rezo para que, al igual que Kylian, encuentres la paz que te ha sido negada, Morrigan MacLean.

Le abrazo sin importarme que se tense como la cuerda de un arco, me da igual que tarde una eternidad en rodearme con sus potentes brazos. Solo quiero despedirme del hombre que he llegado a apreciar como un hermano más, muchas veces me he fustigado a mí misma recriminándome el no haberme enamorado de él en vez de hacerlo de John. Una vida al lado de Thomas hubiera sido mucho

más tranquila y apacible, no tendría que haber salido de Duart, ni alejarme de mi familia, las personas que más amo en el mundo.

Sin embargo, no se puede mandar en el corazón, tu cabeza, tu mente, puede gritar a pleno pulmón que estás cometiendo el mayor error de tu vida, pero si ya ha escogido dueño, es ingobernable.

—Gracias, Thomas —respondo al fin apenada—. Ojalá todo hubiera sido distinto…

—Creo firmemente que nacemos con un destino marcado —rebate, negando con tranquilidad—. Puede que el tuyo sea ser una baronesa.

No lo saco de su error, al igual que con Dreidre, prefiero que me recuerden intentando sonreír que haciendo una pataleta como a una niña a la cual le han arrebatado su juguete favorito. Ya he llorado bastante porque la vida no me ha dado lo que siempre he soñado, no pienso seguir haciéndolo.

—Tenemos que irnos —dice Elvin—. Todo está preparado.

Me dejo llevar por mi hermano menor, todos nos siguen al patio, donde los caballos nos esperan. Veo cómo Kylian habla con Thomas con una seriedad preocupante, imagino que está dándole órdenes para que se ocupe de todo en su ausencia. Ya lo hizo una vez cuando fue en busca de Dreidre, pero en aquella ocasión nos quedábamos Elvin y yo, ahora lo hará completamente solo, aunque no dudo que pueda sobrellevarlo sin problema alguno.

—En marcha —exclama mi hermano mayor una vez estamos subidos sobre nuestros caballos—. Tenemos un largo camino por delante.

Miro hacia atrás en el momento que cruzo el portón, Dreidre y Diane me dicen adiós con la mano mientras Thomas permanece a su lado inmóvil observando cómo nos alejamos. Mis labios tiemblan por la emoción apenas contenida, me estoy alejando de mi hogar para ir en busca de un imposible, pero es algo que nadie parece entender.

Cada vez son más pequeños, hasta que los pierdo de vista, en ese momento, dejo de mirar hacia atrás y me concentro en avanzar, a pesar de que mis mejillas estén bañadas por las lágrimas.



Capítulo 1

John Lindsay, barón de Dudley.
Crawford Castle, South Lanarkshire.

Observo desde el ventanal del salón cómo Olivia pasea por el jardín en compañía de mi madre. Hace apenas un día que llegamos desde Herefordshire, ha sido un viaje lento y agotador que ha durado casi dos semanas. A pesar de que los hombres de su padre la trajeron hasta la mitad de camino, si hubiera tenido que viajar más de doscientos cincuenta millas, todavía seguiríamos allí fuera con todo lo que eso conlleva.

En estas últimas semanas, prácticamente no he estado en Crawford; en cuanto volví de Duart, mi padre me informó de que era hora de ir a por mi prometida, una que he estado evitando hasta que me ha sido imposible seguir haciéndolo. Mi compromiso con *lady* Olivia, hija del barón de Hereford, está pactado desde su nacimiento. Cuando yo ya contaba con ocho años, mi abuelo, muy amigo del barón, decidió que sería buena idea unir a las dos familia mediante matrimonio.

Al principio, no me parecía ni mal ni bien, era un niño jugando a ser un hombre porque ya le imponían obligaciones de adulto. No me importó hasta que fui lo suficiente mayor para darme cuenta de todo lo que implicaba, incluso en ese momento, al conocerla, no me

pareció una muchacha fea con la que no pudiera mantener una relación cordial, como tantos otros matrimonios arreglados. Pero me di cuenta de que yo necesitaba algo distinto, algo mucho más allá de una belleza clásica y una mujer sumisa educada para ser mi mujer, en el primer instante en el que vi a Morrigan MacLean en lo alto de la escalinata de Duart Castle.

Tan rota, pero a la vez tan firme. Fui capaz de reconocer en la profundidad de esos ojos negros como la noche algo que ella misma quería ocultar. De inmediato, intenté rechazar cualquier acercamiento, y me lo puso fácil, ya que parecía que no era de su agrado, por lo que las primeras veces pensé tenerlo todo bajo control. Hasta que, en una de mis visitas, me di cuenta de que algo había cambiado, ella me devolvía cada ataque verbal que le hacía, y eso lo único que consiguió fue encender un fuego que no pude controlar por mucho más tiempo.

—¿Por qué tan callado, hijo mío? —La llegada de mi padre interrumpe mis pensamientos—. ¿Observando a tu prometida?

—Es agradable a la vista… —replico indiferente.

—Agradable —repite incrédulo, imagino que no comprende por qué me siento tan apático—. John, para que un matrimonio funcione tiene que haber algo más, tienes que poner de tu parte.

—¿Que me haya plegado a tus deseos no es suficiente, padre? —pregunto de malas maneras—. No sé por qué te sientes con el derecho de dirigir nuestra vida, cuando tú sí decidiste por ti mismo con quién compartirla.

—¿Acaso a tu hermana le ha ido mal? —cuestiona, le miro como si hubiera perdido el juicio.

—¿De verdad me estás preguntado eso cuando estuvo a punto de morir y ha enterrado una hija? —exclamo furioso—. Estoy harto de todo esto.

—¿Tal vez preferirías seguir jugando a los bandidos? —Detengo mis pasos sorprendido—. ¿Crees que no sé que eres el líder de los Border Reivers? ¿Que tu hermana era tu segundo al mando? ¿En qué demonios pensabas? Eres mi heredero y te has jugado la vida en innumerables ocasiones por una causa que no es la tuya, y de paso arriesgabas también la de tu hermana.

—¿No te has parado a pensar, padre, que prefiero eso a vivir una mentira? —pregunto de nuevo—. Me obligas a aceptar a una mujer que me es completamente indiferente, un matrimonio que será solo un acuerdo en un maldito papel, ¿no merezco lo que tienes tú con madre? ¿Lo que tiene Dreidre?

—No seas estúpido, John —reprende alzando la voz—. Las personas de nuestra posición rara vez encontramos algo así. Olivia será una buena esposa y madre para tus hijos. ¿Qué más podrías pedir?

«Deseo, una pasión abrasadora de la que consigue que olvides hasta tu propio nombre y obligaciones». No lo digo en voz alta, ¿de qué serviría? Mi padre es un hombre de férreos principios, algo que le inculcó mi abuelo, y no le haré cambiar de opinión. Puede ser que me esté comportando como un estúpido, ¿de qué sirve luchar ahora si no lo hice cuando debía?

Un carraspeo llama nuestra atención, uno de mis hombres se encuentra en la puerta, le hago un gesto para que hable, tiene que ser algo importante para que considere que debe molestarme.

—Mi señor, se acercan MacLean. —Mi padre y yo nos miramos sorprendidos—. Tres jinetes.

—¿Mi hermana? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Ian es demasiado pequeño para viajar —intercede mi padre.

—¿A cuánta distancia? —pregunto mientras salgo hacia el patio.

—Pocas millas, cabalgan veloces —responde—. ¿Debemos interceptarlos? —pregunta.

—Por supuesto que no —exclamo—. Los MacLean son familia.

—¿Sucede algo, John? —Mi madre y Olivia han llegada hasta mí, cierro los ojos y suspiro intentando mantener la calma.

—Vienen jinetes MacLean, madre —informo, ya que ocultar la información no serviría de nada

—¿Le habrá pasado algo a tu hermana o a Ian? —Su preocupación es evidente, Olivia, de inmediato, intenta tranquilizarla—. Ve a su encuentro, hijo, necesito saber qué es lo que ocurre, por favor.

—No será necesario —respondo—. Están muy cerca, pronto sabremos qué sucede. No nos pongamos en lo peor.

—Su hijo tiene razón, *lady* Cecily —inquiere mi prometida—. No será nada malo.

«No estoy tan seguro», pienso cabizbajo, no puedo evitar que Morrigan llegue a mi mente, espero que no haya sucedido nada con mi hermana o mi sobrino que sea tan grave como para que nos tengan que informar en persona.

—Ordenaré que preparen un refrigerio y los baños para que se aseen. —Mi madre desaparece seguida de Olivia, que parece haberse convertido en su maldita sombra.

Paseo nervioso por el patio a la espera de la llegada de los MacLean. Cuando comienzo a escuchar los cascos, doy la orden para que no ataquen y les permitan entrar en Crawford Castle. Al ver entrar a Kylian con una mirada mortal acompañado de Morrigan y Elvin, sé que nada bueno va a salir de esto, de hecho, cierro los ojos sabiendo que mi único error en años va a costarme demasiado caro.

—¡Lindsay! —brama mientras desmonta de su caballo—. Voy a matarte —se abalanza sobre, mí a pesar de los gritos de Morrigan para que se detenga.

—No intervengáis —ordeno a mis hombres desde el suelo mientras intento esquivar sus golpes—. Maldita sea, detente.

—No hasta que te mate —gruñe cuando un puñetazo lo alcanza quitándomelo de encima.

Me levanto del suelo como un resorte, toda mi familia se encuentra expectante y horrorizada a partes iguales, mientras Morrigan llora. Eso me detiene, me deja inmóvil. La patada que recibo por ser tan imbécil como para bajar la guardia me derriba de nuevo, pero no me levanto porque me ha dejado sin aire, de hecho, creo que me ha roto alguna costilla; gimo por el dolor, ha sido como ser lanzado por un caballo a gran velocidad.

—John. —Morrigan se lanza sobre mí—. No le pegues más —ordena furiosa a su hermano—. Para hacerlo, tendrás que pasar por encima de mí, hermano.

—¿Qué demonios sucede aquí? —exige saber mi padre—. MacLean, ¿por qué vienes hasta aquí para golpear a mi hijo?

—Porque el cerdo de su hijo ha embarazado a mi hermana —responde entre dientes con furia.

Miro con los ojos muy abierto a Morrigan, que todavía sigue sobre mí, nuestras miradas se encuentran y en la suya veo vulnerabilidad y la vergüenza. Mis manos se posan sobre sus hombros para ayudarla a levantase mientras hago lo mismo, escucho cómo mi madre jadea horrorizada, de reojo no me pasa desapercibido que Olivia parece contrariada, pero, como buena dama inglesa, permanece en silencio.

—Eso no puede ser —exclama—. John está prometido con *lady* Olivia Hereford.

Maldigo entre dientes por la mirada de decepción y dolor que me dirige Morrigan, se aleja de mí para llegar hasta sus hermanos, que me miran con sed de sangre.

—Eso no va a poder ser, señora —exclama—. Mi hermana está esperando un hijo, ¿pretende decirme que no va a comportarse como un hombre?

—Puede ser de cualquiera —interviene mi prometida.

—Olivia —bramo furioso—. No te metas, esto no te incumbe.

—¿Cómo que no? —cuestiona a punto de llorar—. Eres mi prometido, ¿debo aceptar tu bastardo?

—Mi hijo no será ningún bastardo —grita Morrigan, hablando por primera vez—. Por mí puedes quedártelo con mis bendiciones —escupe—. Os merecéis el uno al otro. Marchémonos, Kylian.

—No os vais a ningún lado —replico—. Tú y yo vamos a hablar.

La cojo de la mano y, a pesar de que lucha por soltarse, la arrastro hasta alejarme lo suficiente como para poder hablar con privacidad. Nos retamos con la mirada, en otro tiempo me hubiera reído por su furia, ahora no, tenemos un problema igual de grande que Crawford Castle.

—Podías haberme informado antes de venir hasta aquí —amonesto —. Ni siquiera creo que sea conveniente que montes.

—Te escribí, maldito bastardo —replica con las mejillas sonrojadas por la ira—. Pero no me respondiste, no pude continuar ocultando algo así y mi hermano decidió venir.

—No he recibido ninguna carta, Morrigan. —No le creo—. ¿Cómo sabes que…?

—Si tú también dudas que sea tuyo, no hay nada más que hablar —interrumpe—. Casarte con una ramera no creo que sea algo bueno

para tu posición —se burla—. Visto que estás prometido, mi estancia aquí es innecesaria, espero que seas muy feliz, John Lindsay.

Le impido que dé media vuelta para marcharse, lucha por liberarse de mi agarre, ese fuego que desprende ahora mismo es lo que me atrajo de ella. Puede que las primeras veces estuviera dormido, escondido en lo más profundo, ya que durante años fue obligada a pasar desapercibida.

—Suéltame —me grita sin cesar en su lucha por verse libre—. Tenía que haber dejado que mi hermano te destripara y se bañara con tu sangre.

Comienzo a reír como no lo hacía en mucho tiempo, se detiene y me mira como si me hubiera vuelto loco, pero, de repente, algo cambia en su mirada y doy gracias a Dios por mis buenos reflejos, o si no, su pie hubiera acabado contra mi entrepierna.

—Quieta, fiera —espeto, perdiendo la sonrisa de golpe—. ¿Qué haría sin mi hombría? —pregunto.

—No dejar mujeres embarazadas por doquier —responde entre dientes—. Una lástima haber fallado.

—Dejémonos de tonterías —replico—. ¿Eres consciente de lo complicado que va a ser? —cuestiono, llevándome las manos a la cabeza para pasarlas por mi cabello—. Morrigan, creo que no mentí en ningún momento, dije que estaba pensando en casarme, es más, mi compromiso es un hecho desde hace muchos años.

—Entiendo —asiente, apretando los labios—. Como he dicho antes, ya no tenemos nada de qué hablar. Volveré con mi hermano a Duart…

—Si es mi hijo… —Alza la mano, maldigo porque he vuelto a meter la pata—. Morrigan, no he querido decir …

—Es la segunda vez que das por hecho que mi hijo no tiene nada que ver contigo —escupe, empujándome, sus manos se posan en mi pecho por un instante, el suficiente como para que cada vello de mi cuerpo se erice—. No habrá una tercera. Desde este momento, olvida que he venido aquí como una estúpida, olvida lo que ocurrió aquella maldita noche.

No me da tiempo a detenerla, corre para regresar al lado de Kylian y Elvin, que esperan junto a mis padres en completo silencio y con

una pose que no deja lugar a dudas, siguen con ganas de sangre, la mía para ser precisos.

—Podemos irnos, hermano —anuncia.

—¿Estás de broma? —pregunta—. ¿Quieres que acabe lo que he empezado, Lindsay?

—Podemos hablar como personas civilizadas… —interviene mi madre preocupada—. Debéis estar agotados, pasad la noche aquí, los días que hagan falta. Ahora creo que nadie puede pensar con claridad.

—¿Debo tener a la ramera de John bajo mi techo? —Olivia no es capaz de permanecer en silencio, algo que crispa mis nervios todavía más.

—Por el amor de Dios —exclama mi padre—. Esa lengua, Olivia —reprende.

—Lo siento, tío, pero esto no es fácil… —comienza a llorar, haciéndome sentir como un bastardo—. ¿Puedo retirarme?

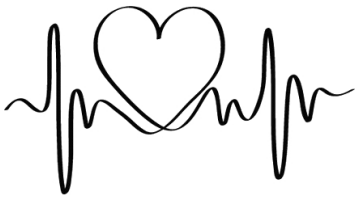
Se marcha sin esperar respuesta, siento las miradas de cada una de las personas a las que de un modo u otro he decepcionado. Cuando pensaba que mi vida no se podía complicar más, llega Morrigan MacLean para arrasar con todo lo que pensaba que ya era un hecho.

—Pasemos —dice mi padre con firmeza—. Tenemos que hablar largo y tendido.

—Con el debido respeto, mi señor. —Todos miramos a la morena—. He venido aun sabiendo que su hijo no iba a hacerse cargo de las consecuencias, por lo que no tengo por qué quedarme aquí más tiempo, quiero regresar a casa, Kylian.

Su hermano se debate entre la lealtad hacia su hermana pequeña y el deber. Sabe que esta situación no puede resolverse así como así, puede que no haya sabido reaccionar, que he hecho daño a las dos mujeres y decepcionado a mis padres, pero un embarazo no es algo que se pueda tomar a la ligera.

Finalmente, Kylian acepta a regañadientes después de discutir con su hermana, Elvin se ha mantenido en silencio, permaneciendo al margen, aunque por su gesto estoy seguro de que no está nada contento y que le encantaría molerme a golpes.



Capítulo 2

Morrigan MacLean.

El sentimiento de vergüenza crece cada vez más, aumenta cuanto más tiempo paso en Crawford Castle; me siento enferma, sucia, insuficiente. Todo eso que me han hecho creer durante años regresa con más fuerza, ¿por qué he permitido que Kylian me arrastrara hasta aquí?

—¿Kylian…? —insisto—. Por favor… —suplico en voz baja para que los Lindsay no me escuchen.

—No podemos irnos. —Cierro los ojos derrotada—. ¿Lo entiendes? No estamos aquí por ti ni por él, recuérdalo cada vez que quieras salir corriendo.

—Me casaré con quien tú elijas —sentencio, sorprendiendo a todos —. No pondré objeciones.

—¿Te has vuelto loca? —increpa John enfurecido—. ¿Qué clase de estúpido juego estás jugando?

—Vas a casarte —escupo—. Y no crees que sea tu hijo, por lo que lo mejor que puedo hacer es buscar un padre para él, de ese modo no será un bastardo.

—No vas a marcharte de aquí hasta que solucionemos esto —ordena—. Entrad. Podremos hablar con más calma.

Kylian coge mi brazo y me obliga a moverme. Podría luchar, patalear incluso, pero eso no serviría de nada. Los sigo en silencio, sintiendo que estoy entrando en la boca del lobo, más aún cuando

entramos a lo que parece un gran salón y tomamos asiento, ni siquiera levanto la mirada.

—John, ¿podrías explicarnos todo esto? —su madre hace la pregunta que tanto temía.

—Esposa, no creo que eso sea necesario —dice el padre—. Todos aquí sabemos cómo se hacen los hijos. La cuestión es qué vamos a hacer…

—Si mi hermana fuera inglesa, ¿estarían dudando? —habla por primera vez Elvin, y me encojo un poco más, sintiendo de nuevo que no valgo lo suficiente.

—No digas tonterías —espeta John molesto—. Esto no tiene nada que ver con tu hermana, mi compromiso es un hecho desde hace años.

—Haberlo pensado antes —brama mi hermano, sobresaltándome —. Por vuestra reticencia, imagino que no se puede o no queréis romperlo para que John haga lo correcto, por lo que mi hermana tiene razón, no tenemos nada más que hacer aquí.

—Por favor —pide John, ansioso, y le miro sorprendida—. Pasad la noche aquí, descansad y mañana será otro día.

—Me niego —me levanto con tanta rapidez que todo comienza a darme vueltas; si no fuera por lo rápido que me ha cogido John, estaría tirada en el suelo—. No me toques —mascullo, alejándome, es Kylian quien pasa un brazo por mis hombros como si quisiera protegerme.

—No podemos viajar así, Morrigan —me susurra preocupado—. Todo esto ha sido demasiado para ti. No podemos cruzar la frontera y volver a Duart, al menos, no hasta descanses un poco.

—No quiero estar aquí —musito a punto de llorar, alzo mi mirada para encontrar la suya, aprieta sus labios con rabia al ver mi dolor—. ¿Por qué nunca soy suficiente?

—Maldita sea —sisea—. No me hagas esto —me pide apenado—. Siento mucho haberte traído aquí, mañana al alba nos iremos y jamás hablaremos de esto de nuevo.

—He ordenado llamar a la curandera. —Miramos a la madre de John, que parece preocupada de verdad—. Ven, querida, te

acompañaré a tu alcoba. Debes descansar, deja que los hombres se maten a golpes.

No quiero separarme de mi hermano, no temo por él, más bien por lo que pueda hacer, sin embargo, me dejo llevar, me siento tan cansada, asqueada y dolida que, si pudiera desaparecer, lo haría encantada.

—No te preocupes por nada —me dice mientras me dejo guiar—. ¿De cuánto estás? —No estoy segura de si lo pregunta porque sigue desconfiando o porque realmente le interesa.

—Dos meses —respondo, entrando a una alcoba igual que la que yo tengo en Duart, aunque los muebles parecen más nuevos.

—Entiendo —asiente—. Acuéstate, en cuanto la curandera llegue, la traeré junto con algo de comer. ¿Te apetece un baño?

—No quiero causar molestias —musito—. Siento mucho todo esto…

—No debes disculparte por nada, muchacha —interrumpe—. John es un hombre adulto, él sabía que estaba comprometido con otra mujer.

—Yo no lo sabía —reconozco—. Si lo hubiera sabido…

—Seguramente, ni siquiera eso podría haber evitado el desenlace. —La miro sin comprender—. ¿Sabes?, mi esposo también estaba comprometido cuando le conocí, pero terminó casado conmigo.

—No quiero ser la responsable de dañar a nadie. —Me niego—. Solo quiero regresar a mi hogar y olvidarme de todo esto.

—El hijo que crece en tu vientre no te lo permitirá jamás —sentencia—. Descansa.

Sale de la alcoba dejándome sola, me recuesto sobre el lecho porque me siento demasiado cansada como para seguir de pie. Cierro los ojos permitiendo que las lágrimas que he contenido fluyan, ahora nadie me ve, puedo dar rienda suelta a mi debilidad, a mi dolor y vergüenza.

El recuerdo de aquella noche llega a mi mente con una claridad asombrosa.

***

Me sentía sobre ascuas, como siempre que el Inglés estaba en Duart. La primera vez que lo vi, me pareció un pretencioso, un patán

demasiado pagado de sí mismo. Sin embargo, no era capaz de dejar de observarlo, ni podía dejar pasar su ataques verbales, y eso me hacía sentir viva por primera vez en muchísimo tiempo.

—¿Buscaba algo, barón? —pregunto al encontrarlo en el pasillo que lleva a los aposentos de los invitados.

—No creo que puedas ofrecérmelo tú, Escocesa —resuelve con su acostumbrado sarcasmo—. ¿O sí?

Me tenso porque no soy estúpida, he estado casada y, por desgracia, sé lo que necesitan los hombres, parecen animales en celo, incapaces de controlar sus apetitos sexuales.

—No soy una ramera, barón —escupo—. Ni encontrará ninguna en Duart.

—No acostumbro a solicitar tales servicios —responde sonriendo—. Dime, Morrigan —se acerca a mí con pasos lentos, dejándome tiempo para alejarme si así lo deseo, cometo el error de no hacerlo —, ¿eres un bloque de hielo como parece, o escondes fuego en tu interior?

—No te importa, Inglés —alzo el mentón.

—Tal vez debería comprobarlo… —musita, mirando mis labios, hambriento, y comienzo a sentir un calor ascender por todo mi cuerpo—. ¿Qué crees que pasaría?

No puedo responder porque su boca se apodera de la mía sin esperar réplica alguna por mi parte. Ante el primer contacto, me tenso esperando sentir la acostumbrada repulsión que sentía cada vez que mi esposo me tocaba, lejos de eso, una pasión que nunca soñé que podía existir se apodera de mí. Mis manos cobran vida propia y se pierden entre las hebras del color del trigo, gimo cuando sus manos me aprietan contra él y no precisamente de dolor.

Nos movemos, pero sin dejar de besarnos, no soy consciente de hacia dónde hasta que escucho cómo se abre y cierra una puerta. Me alejo un poco para poder respirar, observando a mi alrededor, me sorprendo cuando me doy cuenta de que me encuentro en la alcoba del Inglés. ¿En qué momento hemos llegado hasta aquí?

—¿Quieres detenerte? —pregunta con la voz ronca que me estremece, mi bajo vientre se tensa—. ¿Morrigan…? —insiste, muerdo mi labio inferior indecisa.

Podría salir por esa puerta y no saber jamás si lo que estoy sintiendo podré volver a sentirlo, mi mayor miedo es pasar mi vida sin pena ni gloria, sin ser capaz de tener lo que Dreidre y mi hermano comparten. Por lo que dejo de pensar y me dejo guiar por mi cuerpo, me lanzo hacia él, me cuelgo de su cuello, me recibe sin dudar. Vuelve a besarme y todo parece temblar bajo mis pies, me alza y me deja sobre el lecho con sumo cuidado, es entonces cuando el miedo aparece al recordar el dolor.

—¿Va a doler? —susurro entre aterrada y avergonzada, me mira ceñudo—. Cuando me poseas, ¿me harás daño?

—No eres virgen, ¿verdad? —pregunta, alejándose un poco, niego —. Entonces no dolerá.

—¿No me mientes? —lamento ser tan pesada, pero no concibo el acto sin dolor y, aunque mi cuñada me ha asegurado que con el hombre correcto no duele, no puedo evitar estar asustada.

—¿Qué clase de cerdo era tu marido? —cuestiona entre dientes—. Morrigan, en mi lecho gritarás, pero de placer.

No vuelve a hablar, me lo demuestra con hechos. Primero no soy capaz de reaccionar cuando me desnuda por completo con mucho cuidado, me da mucha vergüenza que vea mis imperfecciones, mis pechos son pequeños y mis caderas algo anchas. Sin embargo, pasa a adorar cada parte de mi cuerpo, incluso aquellas que tienen antiguas cicatrices, recuerdo imperecedero de los castigos a los que me veía sometida bajo el yugo de un hombre.

—Si pudiera, lo mataría con mis propias manos —masculla sin dejar de recorrer cada fina línea con sus dedos mientras me estremezco.

Cierro los ojos ante sus palabras, comienzo a cubrirme, pero me detiene. Ambos nos observamos con una intensidad que a mí en lo personal me asusta mucho más que un golpe. John, poco después, hace que de nuevo olvide todo a nuestro alrededor cuando su boca reclama la mía, para después descender dejando un reguero de besos por mi cuello, pechos, estómago…

Lanzo un pequeño grito de sorpresa cuando su lengua se pierde entre mis pliegues, nunca nadie me había hablado de algo semejante. Debería sentir vergüenza, sin embargo, el placer es

mucho mayor, vuelvo a gritar, esta vez su nombre, cuando alcanzo el éxtasis entre temblores y gemidos.

—Dios mío —exclamo sudorosa e intentando recobrar el aliento—. No sabía, pensaba que… —no encuentro las palabras para expresarme, no soy capaz de pensar coherentemente, mucho menos cuando el hombre que me acaba de hacer tocar el cielo se acomoda sobre mí.

—Todavía no he terminado, Escocesa —susurra, sonriendo con sus labios hinchados, jadeo al sentir su miembro en mi entrada—. Relájate —me pide.

Mis manos se posan sobre sus hombros y, a medida que va adentrándose en mi interior, mis uñas se clavan en su piel, lo escucho jadear y me detengo preocupada.

—No pares —exige entre dientes—. Maldición, Morrigan, estás muy estrecha. —Deja caer su frente sobre mi hombro, su aliento baña mi piel mientras respira entrecortadamente

Su tamaño es mucho más grande que al que mi cuerpo estaba acostumbrado y, aun así, no existe dolor, solo plenitud y una extraña sensación de querer moverme para alcanzar algo que todavía me es desconocido. Por lo que me dejo llevar por completo olvidando el temor, el pasado, incluso el futuro. En estos momento, solo existimos John y yo, y lo que sentimos el uno por el otro, el mañana ya vendrá…

***

Y llegó devolviéndome a la cruda realidad. Después de la noche más maravillosa de toda mi vida, el mismo hombre que me había hecho conocer el deseo y el placer más absoluto, también fue el responsable de mandarme al infierno, de marcharse sin mirar atrás, de volver a hacerme sentir insuficiente.

—Y ahora entiendo por qué… —susurro afligida, la puerta se abre sobresaltándome. John entra acompañado de su madre y de una mujer que imagino es la curandera del clan.

—Veamos qué sucede —dice acercándose—. Túmbate, muchacha.

Lo hago a desgana, pero oponerme sería alargar mi estancia en el castillo y es lo que menos deseo. Me palpa el vientre, los pechos y me hace algunas preguntas, solo asiente revisándome con ojo de

halcón, tanto que comienzo a ponerme más nerviosa, si eso es posible a estas alturas.

—Sin duda, está preñada —asiente—. Debería comer más y descansar mejor. Esas ojeras que adornan su rostro demuestran que ha pasado por noches de insomnio. Es joven, por lo que no debería tener ningún problema para dar a luz. ¿Tienen alguna pregunta más, mis señores?

—Puedes retirarte, Mildred —responde la señora de los Lindsay.

Me levanto del lecho, aunque todavía me siento algo mareada. John da un paso hacia mí, pero la mirada que le regalo lo detiene; si algo he aprendido de mi hermano es que, muchas veces, un simple gesto puede inmovilizar al guerrero más feroz. En estos momentos, no siento el mínimo deseo de seguir en presencia de ningún Lindsay, solo quiero volver a casa para lamer mis heridas y buscar un futuro que sea digno para mi hijo. He hablado en serio cuando le he dicho a Kylian que estoy dispuesta a volver a casarme con quien él disponga por el bien de mi bebé, algo que juré no volvería a hacer.

—Deberías descansar más. —La mujer intenta ser cordial, pero no me engaña, no puedo olvidar el recibimiento que nos han dado—. Kylian está dispuesto a pasar aquí la noche y…

—Pero yo no —interrumpo—. Quiero hablar con él —exijo—. Le haré cambiar de parecer cuando comprenda mis motivos.

—Deja de comportarte como una niña —reprende John—. Madre, sal de la alcoba —ordena con brusquedad, la mujer nos mira dudando—. Que nos dejes solos no va a cambiar el hecho de que ya está embarazada, por lo que no hay motivo para que dudes.



Capítulo 3

John

—Pero Olivia… —Suspiro cansado, mi madre no va a dejarlo pasar con facilidad, no me pasa desapercibido cómo Morrigan se tensa al escuchar el nombre de mi prometida.

—Ahora, madre —exijo con más firmeza, por su gesto me queda claro que no está contenta con mi comportamiento, pero sale por la puerta dejándonos solos.

—Eso no era necesario —escupe la Escocesa, que hasta ahora solo ha hablado para dejar clara su postura—. Ni quiero ni necesito hablar contigo en privado.

—Vas a quedarte aquí. —Me mira como si quisiera matarme, de nuevo me remuevo intentando que mi cuerpo deje de reaccionar—. Veremos mañana cómo te encuentras.

—Seguramente peor —masculla—. Si tengo que soportar tu presencia y la de tu querida prometida, se me van a revolver las tripas.

—No tienes por qué hacerlo —me encojo de hombros, intentando sonar indiferente—. No es necesario que bajes a cenar, te subirán la comida, y quiero que te lo acabes todo, Morrigan. No me obligues a subir.

—Maldito bastardo —replica en cuanto abro la puerta para marcharme—. Por mí puedes irte al infierno.

—Siempre que estés conmigo, bruja. —Al cerrar la puerta, escucho cómo algo golpea contra ella, no me cabe la menor duda de que ha lanzado algún objeto con la intención de abrirme la cabeza; otro, en mi lugar, se enfurecería, pero yo sonrío como un imbécil.

En cuanto entro en la sala donde he dejado a unos Kylian y Elvin bastante preocupados, me exigen respuestas. Me sirvo un buen *whisky* y le ofrezco otro a ellos para templar nuestro ánimo, no dudo que en cualquier momento vuelva a abalanzarse sobre mí y con justa razón. Todavía recuerdo la herida que cruza su vientre y que fue mi espada la causante, ambos hemos luchado para mantener a salvo nuestro país, y también hemos peleado entre nosotros por proteger a las personas que más amamos.

—Morrigan está bien —respondo—. No debes preocuparte, pero debe descansar. El viaje de regreso a Duart no es lo más conveniente en estos momentos.

—¿No pretenderás que la deje aquí contigo? —cuestiona horrorizado—. ¿Qué vas a hacer?, ¿tener a tu prometida y a mi hermana bajo el mismo techo?

—No he dicho eso, maldita sea —me defiendo—. ¿Crees que para mí es fácil?

—Por supuesto que lo es, imbécil —masculla—. Desde donde estoy, solo puedo ver que mi hermana y su bebé son los único que salen perdiendo. ¿No la has humillado bastante? ¿Cómo te atreviste a ponerle una sola mano encima, maldito cabrón? —sisea, lanzando la copa contra mí, la esquivo por los pelos—. Bajo mi techo, con mi hermana… ¿Sabes lo que ha sufrido?

—Mi compromiso no ha sido algo de último momento, Kylian —explico de malos modos—. Ni algo que haya elegido yo. Fue mi abuelo, Olivia es ahijada de mi padre, nuestras familias han sido amigas y aliadas durante años.

—No intentes justificarte, John —rebate—. Eres un hombre adulto que era muy consciente de sus obligaciones. Mi hermana no sabía que estabas comprometido o jamás te hubiera permitido tocarla.

—No sabes nada —exclamo—. No podrías entender lo que tenemos…

—No tenéis ni tendréis nada —interrumpe con firmeza—. Solo la utilizaste para saciar tu calentura —gruñe furioso—. ¿Pensabas que era una ramera más con la que podías encamarte? Te juro que en este momento no acabo con tu vida porque sé que Dreidre jamás me perdonaría, pero ganas no me faltan.

—¿Crees que no me siento como un miserable? —pregunto abatido—. He fallado no solo a Morrigan, sino a mi familia, a Olivia, a la memoria de mi abuelo.

Mi cuñado va a contestarme de nuevo cuando escuchamos un grito desgarrador y un ruido sordo, ambos nos miramos horrorizados al reconocer de quién ha sido ese espeluznante alarido. Corremos hacia las escaleras y lo que nos encontramos al pie de ellas nos deja inmóviles. El primero en reaccionar es Kylian, que corre hasta su hermana llamándola desesperado, Elvin solo observa sin poder reaccionar.

Miro hacia arriba, pero no veo a nadie, sin embargo, no tardan en aparecer mi madre, Olivia y varias criadas. Todas jadean horrorizadas al ver a Morrigan tirada en el suelo, ordeno que vuelvan a traer a la curandera, y cuando al fin me acerco, observo que de su cabeza sale sangre, me apresuro a cubrirla con mis manos.

—¿Qué he hecho? —murmura una y otra vez mi cuñado—. La he traído a su muerte…

—Deja de decir eso —exclamo enfadado—. Solo está inconsciente por el golpe. Se repondrá.

—Está sangrando —grita mi madre—. Dios mío.

—Solo es una herida en la cabeza, madre —intento calmarla para mantener el control yo también.

—No —solloza, dirijo mi mirada hacia donde ella está mirando y comprendo horrorizado que está perdiendo al bebé—. Pobre niña…

El suelo pronto se tiñe de rojo entre sus piernas, cierro los ojos sabiendo que no hay nada que la curandera pueda hacer por el bebé. Lejos de sentir alivio, un dolor atraviesa mi pecho sabiendo que la vida que se escapa entre las piernas de Morrigan es la de mi hijo.

No puedo seguir viéndola echada en el suelo como si no fuera más que un perro, la cojo entre mis brazos, a pesar de las protestas de su hermano, y vuelvo a subir los escalones de dos en dos para llevarla a la alcoba donde debería haber estado. ¿Por qué demonios ha salido?

—¿Qué ha pasado para que la muchacha cayera por las escaleras? —pregunta la curandera en cuanto entra por la puerta—. Fuera todos —ordena cuando ve cómo el lecho se ha manchado de sangre —. Prepárense para lo peor, si no puedo detener la hemorragia, morirá desangrada.

—Curaste a mi hermana —exclamo acusatoriamente—. Asegúrate de que sobrevive, vieja —siseo aterrado—. No voy a salir, así que empieza a hacer tu trabajo.

—Hijo, no puedes quedarte —rebate mi madre—. Esto es cosa de mujeres.

—Es mi hijo y pienso quedarme —me cruzo de brazos—. Salid de una maldita vez —grito al ver que nadie está dispuesto a obedecerme.

Cuando la puerta se cierra, me acerco hasta ella para cogerle la mano, está helada y muy pálida, me duele tanto verla así. No puedo evitar sentirme culpable por las últimas palabras que le he dicho antes de salir airado de esta misma alcoba, sin saber que poco después iban a pesar sobre mí como una losa.

—No puedes morir —susurro—. Morrigan, no te atrevas.

—No te escucha, muchacho. —Miro cómo la vieja trabaja entre sus piernas—. El bebé está muerto, no ha podido sobrevivir.

—La herida de la cabeza ya no sangra —musito—. ¿Se pondrá bien?

—Nunca volverá a ser la misma —susurra—. Parece que puedo controlar este desastre. Todavía no ha llegado su hora.

Suspiro aliviado, aunque la pena y culpabilidad que siento no desaparecen. Al menos, sé que va a sobrevivir, de ese modo, todavía existe esperanza de que ella tenga una buena vida, lejos de mí. Una que yo no puedo darle por más que lo desee.

Horas después, todavía no ha despertado, no me he separado de su lado, a pesar de las protestas de su hermano, de mi madre,

incluso las de Olivia. No pienso hacerlo hasta que despierte, hasta que esté seguro de que va a ponerse bien y volverá a ser la misma de antes, no puedo olvidar las palabras de la curandera, y es entonces cuando recuerdo la mirada de desolación de mi hermana cuando Alina nació muerta. ¿Es eso lo que le espera a la muchacha que tengo tendida frente a mí? ¿Eso es lo que he causado yo?

Se remueve inquieta y me incorporo en mi asiento conteniendo el aliento, a la espera de que por fin sus párpados se abran, sus ojos me miren, aunque sea con odio. Cuando lo logra, observa a su alrededor algo aturdida. Su mirada, finalmente, se encuentra con la mía, y cuando lo hace, siento como una puñalada en el corazón; lo que tanto temía se ha hecho realidad.

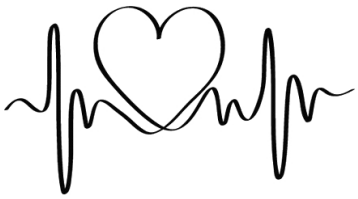
—Morrigan… —Cierra los ojos, las lágrimas fluyen—. Lo siento mucho. —Cojo su mano, pero la aparta de inmediato.

—Maldito seas —murmura temblorosa—. Maldita la hora en que puse un pie en este castillo, si me hubiera quedado en Duart…

—Podrías haber caído igual —rebato, se gira para mirarme de nuevo con una frialdad que me deja sin palabras.

—No me he caído, John —responde—. Me han tirado.

—Eso no es posible. —Me levanto de mi asiento contrariado, casi ofendido—. ¿Por qué mientes?



Capítulo 4

Morrigan

—¿Miento? —pregunto irónica—. Pregúntale a tu prometida.

—¿Olivia? —cuestiona—. ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Ella ha sido la que ha venido aquí en busca de pelea —contesto —. Yo he salido porque no estaba dispuesta a seguir escuchando sus insultos, lo que no imaginaba era que me empujaría desde lo alto de las escaleras.

—Eso es una locura, Morrigan —niega incrédulo—. ¿Seguro que no lo has soñado o es producto del golpe en tu cabeza? Seguro es eso, estás confundida y…

—No quiero escucharte —interrumpo, sintiéndome asqueada por cómo la defiende, a pesar de que le estoy diciendo que es maldita mujer es la asesina de nuestro bebé—. Desaparece de mi vista.

Ahora mismo, todo lo que sentía por él ha desaparecido. Solo un profundo odio me embarga hasta provocarme arcadas, no soporto su presencia en la misma estancia en la que yo me encuentre, jamás pensé que John provocaría tales sentimientos en mí.

—No olvides dónde estás, Escocesa. —Sus ojos se han oscurecido, su voz ha cambiado, no le ha gustado mi manera de hablarle, pero me importa poco—. No puedes darme órdenes, estás en mi territorio.

—Que abandonaré con gusto en cuanto pueda levantarme de la cama —rebato con firmeza—. Quiero ver a mis hermanos. ¿Por qué no están aquí?

—Quería ser yo quien te diera la noticia… —responde entre dientes —. Pero veo que no era necesario.

—¿Crees que no he sentido dolor? —Abre los ojos sorprendido—. Escuchaba vuestras voces desde muy lejos, no podía responder, estaba perdida en la oscuridad, sin embargo, el dolor en mi vientre no era algo que pudiera obviar. Antes de perder el conocimiento por completo, sabía que mi hijo estaba sentenciado.

—Morrigan, no sé qué hacer. —Ahora es mi turno de sorprenderme, alzo una de mis cejas; si pretende inspirarme lástima, no va a conseguirlo.

—Ahora ya no tienes que hacer nada —rebato—. Ni antes. —Me mira sin comprender—. ¿Creías que aceptaría casarme con un miserable bastardo que no solo ha dudado de mi palabra, sino que va encamándose con cuanta mujer se le atraviesa mientras está comprometido con otra?

—Todavía no estoy casado —sisea—. No le debo lealtad a ninguna mujer.

—Desde luego que no —me burlo, riendo sin ganas—. No sabes siquiera lo que significa porque no eres capaz de amar. No comprendo tu comentario, tu problema ha desaparecido, de eso se ha encargado la zorra a la que tanto defiendes.

—Mi hijo no era un problema. —No puedo evitarlo, rompo a reír a carcajadas, como si hubiera perdido la cordura—. Cállate, Morrigan —ordena entre dientes, furioso, no obedezco porque no soy capaz de parar—. He dicho que te detengas.

Sus labios se apoderan de los míos, consiguiendo detenerme. Me tenso hasta que todo el cuerpo me duele, y cuando soy capaz de reaccionar, lo empujo con todas las fuerzas que me da el odio, apartándolo de mí.

—Era esto o darte una bofetada —dice jadeante—. Estabas completamente histérica.

—Si me hubieras golpeado, no seguirías respirando, y lo sabes —le digo convencida, Kylian no dejaría pasar semejante afrenta—. Sigues

vivo porque eres hermano de Dreidre, no lo olvides.

—Deberías descansar. —Se levanta de su asiento sin mirarme—. Ahora vendrán tus hermanos.

Le veo marchar sintiéndome rota y vacía por dentro. Si no hubiera salido de la alcoba, puede ser que mi bebé continuara creciendo dentro de mí. ¿Por qué demonios tuve que salir huyendo? ¿Por qué no hice frente a la maldita inglesa?

Cuando la puerta vuelve a abrirse para dar paso a mis hermanos, no puedo evitar romper a llorar, todo lo que he estado conteniendo delante de John sale a flote con fuerza. De inmediato, me veo rodeada por los fuertes brazos de Kylian, que me arropa en silencio, dejando que saque todo mi dolor. Puede que sea parco en palabras, que no sea capaz de decir lo adecuado en cada momento, pero su simple presencia y su calor son suficientes para mí.

—No llores más, por favor —me pide largo rato después—. Vas a enfermarte.

—Si sigo en este maldito lugar, siento que moriré o terminaré volviéndome loca, Kylian —musito tiempo después, casi sin fuerzas.

—Es como volver a revivir el mismo infierno —dice apesadumbrado —. Hace más de un año me encontraba en este mismo castillo escuchando a mi esposa decir palabras muy parecidas; ella también había perdido una hija. Sé que quieres volver a Duart, créeme, soy el primero que quiere sacarte de aquí porque no soporta el pensar que debamos convivir con ese bastardo y su ramera, pero lo cierto es que no puedes montar.

—¿Por qué? —susurro, mirando a la nada—. ¿Por qué no puedo encontrar un hombre que me quiera?

—Maldita sea —masculla Elvin, llamando mi atención, durante todo el viaje ha estado muy callado—. No tienes nada de malo, Morrigan. Eres hermosa, inteligente, tienes un corazón que no te cabe en el pecho, el hombre que no te sepa valorar es que es un estúpido.

—Tú no cuentas —intento bromear, aunque por dentro me siento muerta—. Sois mis hermanos y me queréis…

—No lo olvides nunca —replica Kylian—. Siento mucho haberte obligado a venir aquí. Si hubiera sabido que…

—No te culpes —interrumpo, sabiendo que él es así, es capaz de cargar con la culpa, el dolor y el resentimiento de todos sobre su espalda—. Hiciste lo que debías. La única culpable soy yo, me dejé embaucar por una cara bonita y una sonrisa amable.

—Te enamoraste —corrige—. Los hermanos Lindsay tienen algo que atrapa, te roban el corazón sin darte cuenta.

—Nunca lo había hecho. —Me alejo un poco de él para mirarlo y sonrío con tristeza—. Y, cuando lo hago, elijo al peor hombre posible.

—No es algo que podamos controlar —musita, acariciándome el cabello con delicadeza—. No te sientas culpable, no has hecho nada malo. Te prometo que te sacaré de aquí en cuanto pueda y que no voy a dejarte sola.

—Tendría que haberla enfrentado —rebato avergonzada—. Estoy segura de que Dreidre lo hubiera hecho. —Le veo sonreír—. Soy una vergüenza para los MacLean.

—Jamás vuelvas a decir algo así —espeta, lo miro sorprendida por su ferocidad—. ¿Cuántas veces debo decirte que no has hecho nada malo?, ¿que tú no eres el problema aquí? Tendría que haber destripado al maldito que te ha destrozado de tal manera que no eres capaz de ver lo especial que eres.

—¿Tan especial que John pudo darme la espalda y marcharse? —cuestiono dolida—. ¿Tan especial que, cuando llego para decirle que espero un hijo suyo, duda de mí?, ¿que no es capaz de deshacerse de su prometida y elegirme a mí?

—Voy a matarlo —gruñe, levantándose dispuesto a salir de la alcoba para ir a por John, le detengo cogiendo su mano, me observa debatiéndose, hasta que niego con la cabeza lentamente—. ¿Cómo voy a dejarle seguir respirando cuando te está haciendo tanto daño?

—Supongo que igual que él lo hizo contigo —respondo al fin, intentando que mi voz no tiemble—. Le hiciste daño a Dreidre, John me lo ha hecho a mí.

—¿Crees que ha sido una manera de vengarse? —exclama furioso.

—No lo creo —rectifico de inmediato—. Podemos culpar a John de muchas cosas, pero estoy segura de que no ha hecho esto para vengarse de ti. Supongo que estaba en el lugar equivocado en el

momento equivocado —me encojo de hombros—. No me obligó a nada, Kylian. Y lo cierto es que debo agradecerle que me haya mostrado que hay otra manera de que un hombre y una mujer compartan el lecho —reconozco avergonzada—. Solo conocía el dolor, la humillación y la repulsión más absoluta.

—Por Dios santo, Morrigan —exclama—. No es algo que quiera saber, eres mi hermana pequeña y siempre te veré de ese modo. Descansa, mañana esperemos que estés más repuesta; cuanto antes podamos salir de aquí, mucho mejor.

—No os vayáis lejos —les pido asustada—. ¿Os quedareis cerca?

—Estamos en la alcoba de al lado —asiente—. Grita y estaré aquí antes de que te des cuenta.

No puedo evitar sentirme asustada en cuanto me quedo sola. Este castillo no es mi hogar, estoy rodeada de gente que no me quiere aquí, acabo de perder a mi bebé y solo deseo cerrar los ojos y aparecer en Duart para ver a Dreidre y a Diane. ¿Qué pensarán ellas de todo esto?



Capítulo 5

John

—Dime que tú no has tenido nada que ver —exijo a mi prometida en cuanto bajo de nuevo al salón.

—Hijo, pero ¿qué dices? —exclama mi padre—. ¿Cómo va a tener Olivia algo que ver con la caída de la muchacha MacLean?

—Ella asegura que la ha empujado —replico, sin dejar de mirarla para ser capaz de ver cualquier cambio en su postura o gesto en su rostro que la delate.

—No he hecho tal cosa —se defiende con aparente tranquilidad, demasiada para mi gusto—. ¿Debo soportarla bajo mi techo y además que me acuse de algo tan ruin, John? ¿Cuánto más me vas a humillar? —pregunta temblorosa, sus ojos comienzan a brillar por las lágrimas.

—No digas eso, querida. —Mi padre, de inmediato, la abraza, la tiene en muy alta estima, después de todo, es su ahijada y la quiere como a Dreidre o a mí—. John es un hombre y tiene necesidades, después de todo, todavía no estáis casados y…

—¡Porque no ha dejado de poner excusas para ir posponiéndolo! —exclama—. Soy una maldita solterona a estas alturas.

No puedo con más drama. Mire donde mire, hay una mujer llorando o alguien observándome como si fuera el responsable de

todos los males del mundo. No sé cómo demonios sentirme con todo lo que ha pasado en menos de un día, tampoco qué decisión tomar, haga lo que haga, alguien va a terminar sufriendo por mis decisiones y consecuencias, y tendré que vivir con ello.

—No elegí esto —replico—. Puede que a ti te hayan criado para ser mi esposa, pero a mí me hubiera gustado tener elección.

—¿Para elegir a una pordiosera escocesa? —pregunta con saña, me tenso ante el insulto—. ¿Qué te da ella que no pueda darte yo? —sigue insistiendo—. Por su puesto —ríe cruzándose de brazos—. Se abre de piernas sin estar casados…

—Basta —ordeno—. No te permito que hables así de Morrigan. Ella no tiene la culpa de nada, aquí el único que tenía un compromiso contigo soy yo, por lo tanto, déjala al margen.

—No puedo porque ha venido hasta aquí preñada, diciendo que el hijo que esperaba era de mi prometido —rebate con rabia—. ¿Cómo crees que me he sentido? Humillada, si hubiéramos estado en mi hogar… Dios santo, no quiero ni pensarlo.

—No puedo cambiar mi pasado —espeto—. Soy un hombre libre todavía, por lo que no creo que deba dar explicaciones. Entenderé que quieras dar por terminado nuestro acuerdo después de semejante humillación, yo mismo te llevaré de regreso a tu hogar y asumiré la culpa que solo a mí corresponde.

—¿Eres sordo? —pregunta—. No pienso irme, no voy a dar marcha atrás porque he desperdiciado mi juventud esperando por ti. Si vuelvo a Inglaterra, allí ningún hombre de alcurnia me querrá porque soy demasiado mayor.

—Apenas eres una niña —corrijo—. Tienes mucho tiempo por delante para pensar en casarte.

—John, hijo —mi padre interviene, hasta el momento, ambos se habían mantenido al margen de esta discusión—. La muchacha ya no va a darte un hijo y…

—No acabes esa frase —interrumpo asqueado—. ¿Pretendes que le dé la espalda de nuevo? ¿Te has preguntado si quise hacerlo la primera vez?

—Estoy dispuesta a hacer la vista gorda —alza la voz para ser escuchada, todos la miramos sin comprender—. Puedes tenerla

como amante, siempre y cuando no sea bajo mi techo.

No puedo creer lo que estoy escuchando. La miro por lo que me parece una eternidad, intentando comprender cómo es posible que esté hablando en serio. Mi madre, horrorizada, guarda silencio, pero me doy cuenta de que está muy contrariada. Mi padre suspira agotado, y, de nuevo, me encuentro en una encrucijada.

—¿Acabas de decirme que estás dispuesta a consentir que Morrigan sea mi amante? —Asiente de mala gana, no me mira, incluso parece haberse dado cuenta que ha cometido un error—. ¿Para toda la vida? —Me mira sorprendida por mi pregunta—. Podría sentirme tentado a mantenerla a mi lado por mucho tiempo.

—Terminarás cansándote —espeta—. Ahora es toda una novedad, crees que ella es algo especial —añade con un mohín—. No sé por qué pareces ofendido, cualquier hombre estaría encantado.

—Me sorprende —asiento—. Pocas mujeres estarían dispuestas a algo semejante. Madre, ¿tú qué opinas? —La pobre no sabe dónde mirar o qué decir.

—No me metas en tus asuntos —espeta—. Tú mismo has sido el responsable de todo este enredo. ¿Te costaba mucho mantener las manos quietas?

—¿Durante años? —pregunto con ironía, es mi forma de defenderme, de nuevo, utilizando mi escudo—. Como ha dicho padre, soy un hombre, con todo lo que eso conlleva —me encojo de hombros.

—Dejemos esta conversación para más adelante —dice mi padre —. Hoy ha sido un cúmulo de sorpresas y podemos decir algo de lo que nos arrepentiremos mañana. Olivia, querida, descansa un poco.

—Sí, tío. —Solo con mi padre parece convertirse en un manso corderito.

Me dejo caer en uno de los asientos al lado de mi madre, mi progenitor camina por el salón como un animal enjaulado, sé muy bien que está furioso y decepcionado, puede que si hubiera sido otra mujer mi prometida, ni siquiera estuviera planteándose que el compromiso siguiera adelante.

—Nunca pensé que harías algo semejante —dice con seriedad—. ¿Eres consciente de lo que le harás si decides no continuar con lo

pactado?

—¿Y tú has pensado en la muchacha que acaba de perder un bebé? —replico de vuelta—. Parece que no eres capaz de ver más allá de tu ahijada.

—¿Ahora soy yo el culpable de tus calenturas? —exclama—. ¿Acaso no sabes nada, muchacho? Podrías haber evitado un embarazo, ¿por qué demonios no lo hiciste? —reclama, alzando la voz.

¿Por qué no lo hice? La respuesta es muy sencilla, pero no estoy preparado para expresarla en voz alta. No quise retirarme a tiempo y lo hice conscientemente, podría haber terminado fuera como siempre he hecho, sin embargo, con Morrigan ni pude ni quise.

—Basta —pide mi madre, la miro y no puedo evitar sentirme avergonzado—. Estáis hablando de dos mujeres como si fueran trozos de carne, me siento asqueada —nos observa a ambos—. Una vez más, no puedo apoyarte, esposo —añade con tristeza—. Al igual que la primera vez que casaste a Dreidre, obligar a John a casarse con una mujer a la que ni ama ni respeta es un gran error que pagarán tres personas.

—Hasta que apareció la MacLean, él estaba dispuesto a cumplir —increpa—. ¿Qué la hace diferente, maldita sea? No es tan hermosa ni de tan buena posición como Olivia…

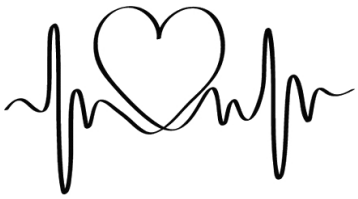
—No tengo por qué dar explicaciones —interrumpo—. Fuisteis tú y el abuelo quienes decidisteis nuestro destino hace muchos años. No pude hacer nada en aquel entonces, pero no es un secreto mi desagrado ante esta unión, solo que nunca te ha importado lo suficiente.

—¿Cómo te atreves? —vuelve a alzar la voz más enfurecido—. ¿Crees que no me importa tu felicidad? Aprecio a Olivia como si fuera una hija más y lo sabes, por eso mi esperanza siempre ha sido que te enamoraras de ella y ambos fuerais felices.

—Eso nunca ocurrirá —respondo—. Y la culpa no es de Morrigan. Ella es la única inocente en toda esta historia porque desconocía que yo no era un hombre completamente libre.

—No es una mansa paloma —rebate de nuevo—. Es viuda.

—Para mí, su primer matrimonio no cuenta. —No pienso dar más detalles—. Padre, no importa lo que pienses, eso no va a cambiar lo que siento.



Capítulo 6

Morrigan

Despierto empapada en sudor, temblando y llorando en silencio. De nuevo las pesadillas han vuelto, esta vez ha sido algo completamente distinto, pero igual de aterrador. Una vez más, mi esposo me atormenta incluso después de muerto, porque en mi sueño tenía entre sus brazos al hijo que me acaban de arrebatar mientras se burlaba y reía de mí.

—Te he oído gritar. —Es John el que entra por la puerta—. ¿Te duele algo? —Que me pregunte como si le importara es un nuevo golpe.

—No —respondo, limpiando todo rastro de llanto de mi rostro—. Sal de mi alcoba, no quiero habladurías, bastantes habrá ya.

—¿Te preocupas ahora por eso? —cuestiona sorprendido—. Morrigan, a estas alturas, todos saben lo que ha pasado.

Cubro mi rostro con mis manos muerta de la vergüenza, todo el mundo estará hablando de mí, de lo desvergonzada que he sido al presentarme aquí, de lo zorra que soy por abrirme de piernas con un hombre que no es mi esposo, que además está comprometido con otra mujer.

—No hagas eso —pide mientras las retira con sumo cuidado, no quiero mirarlo, me niego—. No te mortifiques porque no tienes la culpa de nada.

—De ser una estúpida sí —replico—. Por lo demás, el único culpable eres tú por ser un cerdo infiel, y tu prometida por ser una loca que es capaz de acabar con la vida de un inocente para que no se interponga en su camino.

—¿Sigues con eso? —cuestiona molesto—. Le he pregunto y me ha asegurado de que ella no te ha empujado. Seguro que eso es lo que te ha parecido al tropezar.

Sus palabras se sienten como si me clavara un cuchillo en las entrañas y lo retorciera. No digo nada, el dolor es demasiado fuerte como para sacar fuerzas y seguir discutiendo, nada de lo que diga o haga va a hacer que confíe en mí.

—Quiero volver a dormir. —Me acomodo en el lecho, dándole la espalda—. Si vuelves a escucharme gritar, no es necesario que vuelvas, Kylian está aquí al lado.

Su mano se posa en mi hombro y me gira con brusquedad, sus ojos azules ahora son casi negros, no me asusta en absoluto, por lo que le sostengo la mirada y espero en silencio a que diga lo que quiera para que me deje en paz de una maldita vez.

—No me des la espalda —masculla—. Deja de comportarte de este modo tan infantil. No lo pongas más difícil.

Sonrío con ironía al escuchar su represalia. Tiene la poca vergüenza de amonestarme a mí cuando el único culpable es él. No le gusta que le dé la espalda porque sentirse rechazado no es algo que sea capaz de manejar.

—Te lo voy a poner muy fácil, John Lindsay. —Entrecierra los ojos —. Mañana pienso levantarme de esta cama sea como sea, subir a mi caballo y alejarme de aquí y de ti lo más rápido posible.

—Olvidas que somos familia —replica—. ¿Qué harás cuando vaya a Duart para ver a mi hermana y mi sobrino? —pregunta como si nada.

—Intentar no verte la cara —siseo con ganas de abofetearlo—. Aunque puede que, cuando regreses, yo no esté en Duart…

—¿Qué quieres decir? —cuestiona frunciendo el ceño.

—Pienso casarme con el primer hombre que me lo pida, y si es lejos de las tierras MacLean, mucho mejor.

—¿Te has vuelto loca? —exclama, solo sonrío complacida por su contrariedad—. Ni se te ocurra, Morrigan. ¿Quieres que te encierre aquí?

Pierdo la sonrisa porque no sería la primera vez que me veo privada de mi libertad, maldice al darse cuenta de que ha cometido un error, pero yo ya no estoy a su lado, mi mente ha volado muy lejos de aquí.

***

—Por favor, esposo —imploro junto a la puerta—. Déjame salir. Quiero ver a mi padre —sollozo—. Le queda poco tiempo de vida y temo no poder despedirme de él.

—¿Crees que eso me importa, estúpida? —cuestiona, riéndose al otro lado de la puerta—. No vas a salir de ahí hasta que aprendas a respetarme.

—Por favor —sigo suplicando—. Haré lo que quieras, pero no me dejes aquí…

Escucho cómo se aleja riéndose, me dejo caer en el suelo sabiendo que no saldré de aquí hasta que él lo decida, hasta que no se canse de mortificarme. Me fustigo por haber sido tan estúpida como para replicarle cuando sé que no debo hacerlo, pero, en ocasiones, el carácter con el que nací, y que reprimo cada día desde que me casé, sale a la superficie y no logro controlarme, después lo pago muy caro.

***

—Morrigan. —Me zarandea, pestañeo varias veces para volver a la realidad—. Perdóname, no volveré a decir algo así…

—Suéltame —ordeno entre dientes, me deshago de su agarre—. Sal de la alcoba, quiero dormir.

—Nunca haría algo como lo que te hacía tu esposo —se defiende —. No soy como él.

—No —le doy la razón—. Eres mucho peor.

El silencio solo se ve interrumpido por su maldición, se marcha airado de la estancia. Una vez sola, vuelvo a respirar con normalidad, al menos, lo intento, porque los fantasmas del pasado están más presentes que nunca. Me acurruco en el lecho como

tantas veces he hecho en mi vida, intentando hacerme tan pequeña como para desaparecer, muchas veces soñaba que, de ese modo, podría escapar de un destino desgraciado como el mío.

Nunca funcionó, por lo que dejé de hacerlo, al menos, desde que enviudé. Hoy, de nuevo, he sentido la necesidad de hacerlo, y eso me demuestra que John es igual que mi difunto marido. De un modo u otro, ambos me han hecho daño, me han hecho sentir miserable, inservible y, por supuesto, no ser lo suficientemente buena.

Estoy harta de sentirme así, lo que le he dicho a John no era ninguna mentira o una frase hecha para hacerlo rabiar o conseguir una reacción por su parte. Pienso casarme, esta vez seré yo quien elegiré el hombre con el que compartir lo que me reste de vida, solo pido que me respete, nada más. No necesito amor, ni pasión, solo un compañero con el que poder hablar y que me trate como una persona y no como un perro al que abandonar cuando no se le necesita.

Me duermo llorando, sabiendo que, al amanecer, no será mejor que ahora, las cosas no cambiarán, ni me devolverán a mi bebé.

***

—Buenos días, muchacha —saluda la curandera, que entra acompañada de mi hermano, y es algo que no me sorprende—. ¿Qué haces despierta? Y, por tus ojeras, diría que no has dormido nada… —reprende.

—Buenos días —respondo agotada.

—Tu hermano ha venido en cuanto ha salido el sol y no me ha dejado demorarme más —dice, mirándolo de reojo. Por su parte, él no se pierde ningún movimiento—. Prácticamente no sangras. Todo está bien…

—¿Puedo irme entonces? —pregunto ansiosa.

—No tan deprisa —interrumpe—. No creo que montar hasta Duart sea lo más recomendable.

—Voy a hacerlo —replico, mi hermano no me contradice y lo agradezco—. Gracias por salvarme ayer, pero hoy elijo irme de aquí bajo mi propia responsabilidad.

—Sea —asiente—. Te deseo mucha suerte, muchacha.

—Gracias —sonrío, la veo salir de la alcoba—. ¿Has ido tú a por ella?

—Nadie iba a hacerlo —se encoge de hombros—. ¿Nos vamos? —Asiento—. ¿Estás segura? —Vuelvo a asentir sin dudar.

—Bien —replica—. Prepárate, en cuanto estés lista, nos iremos.

—Haga lo que haga John, contén las ganas de matarlo, por favor. —Detiene sus pasos y me mira sobre su hombro—. Recuerda de quién es hermano.

—Solo por ese motivo sigue respirando y lo sabes —responde.

Se marcha y me apresuro a levantarme. Me siento mareada y dolorida por la caída de ayer, pero nada ni nadie va a impedir que salga de aquí para volver a mi hogar, del que nunca debí salir. Me visto con ropa limpia porque la de ayer está hecha un desastre, la lanzo al suelo, no pienso llevármela conmigo, no quiero nada que me recuerde mi estancia aquí, y mucho menos todo lo sucedido. No me molesto en arreglar demasiado mi aspecto, no siento deseos de impresionar a nadie. Recojo mi cabello negro en una trenza y salgo de la alcoba sin mirar atrás. Bajo las malditas escaleras con mucho cuidado, incluso me aseguro de que nadie está tras de mí, no vaya a ser que la zorra inglesa quiera rematarme y consiga partirme el cuello esta vez.



Capítulo 7

John

Debo contenerme cuando escucho cómo Kylian me informa de que van a partir de inmediato. Aprieto los puños con fuerza a mis costados en un intento de controlar mi furia, anoche le ordené a Morrigan que no hiciera ninguna locura, porque debíamos hablar con más calma cuando ambos hubiéramos procesado todo lo ocurrido. Sin embargo, me desobedece no solo poniendo en riesgo su salud, sino que me da la espalda sin darme la oportunidad de enmendar mis errores.

—Veo que te ha comido la lengua el gato —se burla mi cuñado—. Me alegro de que no tengas nada que decir, me ahorro el puñetazo que te tenía reservado si abrías la boca.

—¿Lo estás disfrutando? —pregunto serio, él me mira impasible, aunque veo cómo su mandíbula se tensa—. Puede que a mí no me tengas en alta estima, pero ¿no piensas en tu hermana?

—No vayas por ese camino, barón —advierte—. Amo a mi hermana, y es por eso que pienso alejarla de ti. ¿Tienes la poca vergüenza de preguntarme a mí si disfruto con esta situación?

—Necesito tiempo —exclamo frustrado, viéndome acorralado de nuevo—. Debo hacer las cosas bien para poder romper el compromiso con Olivia y…

—¿Por qué querrías hacer eso, John? —La llegada de Morrigan nos sorprende a ambos—. ¿Por qué ahora que ya no es necesario? —Entra en el salón con la cabeza en alto y postura erguida.

—Morrigan, siento mucho todo lo que ha pasado, pero lo arreglaré —aseguro, acercándome a ella, de inmediato, se aleja, por lo que detengo mis pasos.

—No quiero que soluciones nada —replica, mirándome con una frialdad que hacía mucho tiempo que no veía en sus ojos, de nuevo, se ha encerrado en sí misma—. ¿Crees que, si rompes tu compromiso, me quedaré contigo? —Frunzo el ceño—. Creo que has perdido la cabeza, John Lindsay. Jamás volveré a cometer el mismo error, voy a regresar a Duart, y tú y yo nunca volveremos a vernos. Nuestros caminos se separan aquí si es que alguna vez se unieron, espero que la vida te trate bien, barón.

Da media vuelta para salir de la sala, su hermano, tras dirigirme una mirada que me deja muy claro que si causo problemas me va a moler a golpes, sale tras ella. ¿Voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo se marcha?

Salgo corriendo para ver cómo la ayuda a montar a caballo con mucho cuidado. No me pasa desapercibido el gesto de dolor, debe estar dolorida y, aun así, prefiere marcharse, alejarse de mí para no verme. Corro hasta ellos, pero tal y como imaginaba, Kylian me lo impide, su mano cubre mi cuello impidiéndome respirar con normalidad. No me considero un hombre pequeño, pero el *highlander* es capaz de alzar mis pies del suelo mientras no deja de mirarme con desprecio.

—Te dije que no hicieras nada estúpido, John —sisea—. No te atrevas a detenernos.

—Suéltalo, Kylian —pide con tranquilidad Morrigan, su reacción es muy distinta a la de ayer cuando me golpeó, todavía recuerdo cómo me cubrió con su menudo cuerpo para protegerme, hoy no merezco siquiera eso—. Quiero irme a casa.

Caigo al suelo en cuanto obedece a su hermana, intento respirar con normalidad de nuevo mientras me levanto como un resorte, y me apresuro a llegar hasta ella, que me observa desde lo alto de su montura, su palidez me asusta y preocupa a partes iguales.

—No estás repuesta, Morrigan —susurro, mirándola, suplicándole con la mirada para que no se marche. Sé que no tengo derecho a exigirlo en voz alta, pero tengo la esperanza de que sea capaz de ver lo que me gustaría gritar a los cuatro vientos—. Quédate unos días más, te prometo que nadie volverá a molestarte.

—¿Crees que algún día me repondré por completo? —pregunta—. Puede que mi cuerpo sane, pero mi mente, mi alma y mi corazón no lo harán jamás. Como te dije anoche, nunca pensé que existiera alguien peor que mi difunto esposo, y puede que tú no hayas utilizado los puños para romperme… —Doy varios pasos atrás conmocionado—. Pero eres el responsable de quebrarme por completo.

Obliga a su caballo a dar media vuelta para encaminarse hacia el portón, Elvin se apresura a ponerse a su altura y Kylian se mantiene en la retaguardia. Veo, sin poder hacer nada para detenerlos, cómo se alejan a paso ligero. Cierro los ojos sabiendo que la he perdido para siempre, nos sentencié cuando, después de la mejor noche de mi vida, le di la espalda, ya que el peso de mi responsabilidad era más grande que lo que pudiera llegar a sentir por ella.

—John. —Me giro para ver a mi madre que me observa con lástima —. Debes dejarla marchar, esa muchacha ha pasado por mucho y no creo que sea posible un futuro contigo.

—La amo, madre —reconocerlo en voz alta me libera, pero también me rompe por completo, dejo que las lágrimas fluyan sin vergüenza.

Me abraza con cariño mientras acaricia mi espalda, mi rostro se oculta en su cuello, aunque para eso debo encorvar medio cuerpo, hace años que la sobrepasé en altura. No dice nada, pero me reconforta saber que me apoya, que me entiende.

—Todo pasará, hijo mío —susurra, limpiando mis lágrimas cuando nos separamos. Niego con la cabeza sabiendo que eso jamás ocurrirá—. La quieres mucho, ¿verdad?

—No sé cómo demonios sucedió —musito—. Pero en cuanto la vi, supe que cambiaría mi vida. Intenté contenerme, juro que lo hice, pero…

—Siento tanto que tengas que sufrir así —susurra, acariciando mi mejilla todavía húmeda—. ¿Por qué mis hijos deben recorrer un camino tan doloroso para encontrar la felicidad?

—Al menos, Dreidre siempre supo que amaba a Kylian y luchó por él hasta el final —replico—. Yo he sido un maldito cobarde. —Me siento asqueado de mí mismo.

—No digas eso —me pide con cariño, veo que ella está sufriendo por mí, por lo que me siento doblemente culpable—. Tú eres un hombre, cargas mucho sobre tus hombros porque tu abuelo nos dejó demasiado pronto y heredaste su título siendo apenas un niño. Tu padre te ha criado para ser *laird* con todo lo que eso conlleva. Nunca has sido libre, mi niño.

No digo nada porque tiene razón, jamás he sido libre para dirigir mi vida, por eso decidí ser un Border Reivers, era el único momento en el que podía ser solo John. No el barón de Dudley o el próximo *laird* de los Lindsay, pero eso es algo que mi madre desconoce y que mi padre no entiende. Muchas veces he pensado que mi hermana y yo tenemos más sangre escocesa que inglesa, porque en ocasiones corre fuego por nuestras venas, y eso es herencia de mi parte materna.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta mientras volvemos a entrar al castillo—. Sabes lo que opina tu padre.

—Haga lo que, haga eso no cambiará lo sucedido —respondo—. Morrigan no me perdonará nunca.

—Nunca es mucho tiempo —rebate en un intento de darme esperanzas, en otro momento lo agradecería, sin embargo, ahora mismo, eso solo duele más—. Pero primero debes decidir si estás dispuesto a luchar para ser libre o no. Eso es algo que solo puedes decidir tú.

Suspiro sabiendo que tiene razón, ella en muchas ocasiones no ha estado de acuerdo con las decisiones de mi padre, sin embargo, las ha apoyado, aunque eso haya significado su propio sufrimiento, porque se supone que eso es lo que hace una buena esposa. Cuando se decidió el matrimonio de mi hermana sin consultarlo con ella, incluso engañándola, puse el grito en el cielo porque es una de las personas que más amo en mi vida, pero ahora debo reconocer

que no estaría casada con el hombre que siempre ha amado si no hubiera pasado por todo eso primero. Es por eso que la admiro, por su fortaleza y valentía por perseguir lo que más anhelaba para ser feliz.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En su despacho —responde—. Desde ayer está muy preocupado, además, Olivia no ayuda, su comportamiento ha sido… —calla y niega con la cabeza, dejando claro que no le ha gustado su forma de comportarse ante la situación, pero ¿qué mujer aceptaría algo así?

Recorro el pasillo que me lleva hasta mi padre, toco la puerta y espero que me dé permiso para entrar. Cuando lo hace, cierro y me acerco hasta quedar frente a su mesa, alza la cabeza de los papeles que está revisando.

—¿Ya se han marchado? —pregunta, asiento, y no me sorprende que haya sido su primera preocupación—. Es lo mejor —replica, volviendo la vista a los papeles.

—¿Para quién? —cuestiono de vuelta, alza de nuevo la mirada—. ¿Para ti? ¿Para Olivia?

—Para todos —replica—. Incluso para ti, maldita sea, John. ¿Qué te pasa? ¿Pretendes decirme que crees que sería más conveniente un matrimonio de segunda con una escocesa, por muy hermana e hija de *laird* que sea, que con la hija de un barón?

—Me he enamorado de Morrigan —confieso por segunda vez, mi mayor error es no habérselo dicho a ella, que es la única que me importa.

—¿Has perdido el juicio? —se levanta con brusquedad—. John, por el amor de Dios. Toda tu vida está planificada y, ahora, ¿pretendes tirarla toda por la borda?

—¿Por qué amar a Morrigan sería tirarla por la borda? —cuestiono sin dejarme avasallar—. ¿Porque no es la mujer que has elegido para mí?

—No seas estúpido —alza la voz mientras su puño golpea la mesa —. No fui yo quien dio su palabra, fue mi padre. ¿Pretendes que no honre su memoria?

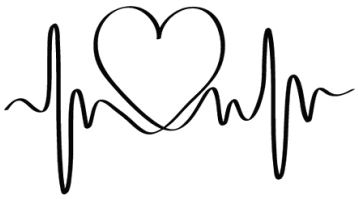
—¿Y debo pagarlo toda la vida? —también grito furioso—. ¿Debo dejar que un muerto la dirija? —acuso, mi padre camina hacia mí

con rapidez y me da una bofetada que me gira el rostro.

—Desaparece de mi vista —sisea—. Cuando recobres el buen juicio, hablaremos —sentencia.

Salgo del despacho dando un portazo, me siento como un maldito animal enjaulado. ¿Qué debo hacer? ¿Salir tras Morrigan? Si lo hago sin la aprobación de mi padre, lo haré con las manos vacías, pues no dudo que sea capaz de desterrarme, entonces, ¿qué podría ofrecerle?

—Mi señor. —Miro tras de mí, una criada de las criadas más antiguas me mira algo nerviosa, casi asustada, diría yo—. Tengo algo que decirle…



Capítulo 8

Morrigan

Me duele todo el cuerpo, cada vez que el caballo da un paso, el dolor aumenta. Me niego a decirle nada a Kylian, que viaja observando a nuestro alrededor como si esperara a que fuéramos atacados, y Elvin se mantiene a mi lado. Sé lo peligrosa que puede ser la frontera, por eso no utilizamos nuestros colores, yo me he cubierto con un manto marrón que me protege del frío. Miro hacia el cielo que se ha oscurecido, amenaza tormenta.

—Si comienza a llover, tendremos que detenernos —dice mi hermano en voz baja—. ¿Estás bien?

—Sí —asiento de inmediato, rezando para que no se dé cuenta de que miento—. Si fueras solo, ¿te detendrías? —Niega sin dudar—. Entonces no lo hagas por mí, solo quiero llegar a Duart lo antes posible.

—Es una locura hacer el viaje de golpe —exclama Elvin preocupado—. Morrigan, no vas a soportarlo.

—Lo haré —muerdo las palabras con rabia, harta de que me consideren una mujer débil incapaz de hacer nada bien—. No te detengas.

Maldice, pero ya no vuelve a hablar. Poco después, como había predicho, comienza a llover. Primero solo son algunas gotas, pero eso cambia pronto para dar paso a una tormenta. El viento comienza

a soplar mientras los relámpagos rompen el cielo oscurecido por las nubes, que descargan toda su furia sobre nosotros.

—Debemos detenernos —grita para hacerse oír—. Los caballos se ponen muy nerviosos con este temporal. Nos resguardaremos un poco en esos árboles.

No me queda más remedio que obedecer. Cuando me ayuda a bajar de mi montura, mis piernas no me sostienen, por lo que me coge en brazos y me deja al cobijo de un gran árbol, que no es impedimento para que la lluvia siga empapándome. Lo escucho mascullar mil maldiciones mientras hace lo mismo con los caballos, atándolos a nuestro lado en un intento de darnos calor mutuamente. Se sienta a mi lado y me abraza, me escondo entre sus brazos recordando cuántas veces lo hice cuando era solo una niña, antes de que Karen lo marcara y cambiara su vida para siempre. Elvin se sienta a mi derecha, quedando entre los dos, que intentan darme calor. A pesar de estar escondida contra mi hermano mayor, mi mano busca la del menor, que la acepta de inmediato.

—Estás temblando —replica, acercándose más—. No te han matado en Crawford Castle, pero morirás por un enfriamiento.

—No lo haré —rebato—. Los tres estamos empapados.

—Somos mucho más fuerte que tú, y estoy acostumbrado, maldita sea —replica—. ¿Por qué demonios ha comenzado a llover de esta manera?

—No podemos culpar a los Lindsay del mal tiempo —intento bromear para olvidar el dolor de mi cuerpo y de mi alma—. Pasaremos la noche aquí, con suerte, en unas hora,s escampará.

—¿Por qué te comportas así? —pregunta, le miro sin comprender —. ¿Crees que no me he dado cuenta de que has viajado todo el tiempo mirando hacia atrás, esperando que ese miserable nos siguiera?

Agacho la mirada avergonzada por mi debilidad, peor aún porque él se ha dado cuenta de lo estúpida que puedo llegar a ser con respecto a John. No he podido evitarlo y, cada vez que miraba y nadie nos seguía, mi corazón se rompía un poco más.

—Lo siento —susurro, no estoy segura de que me haya escuchado con todo el ruido de la tormenta, pero ahora mismo siento que no

tengo fuerzas siquiera para alzar la voz—. Siento mucho haberte decepcionado así.

—Maldición, Morrigan —exclama—. No me has decepcionado, ¿de acuerdo? Lo único que me duele es verte así, tan derrotada, ni siquiera estabas así cuando llegué a Duart por primera vez. Pero en aquella ocasión hiciste lo mismo que ahora, te encierras en ti misma, ocultas lo que realmente te duele y haces como si nada.

—¿Qué debería hacer según tú? —cuestiono de vuelta—. ¿Llorar hasta consumirme? Ya lo he hecho y no sirve de nada, solo quiero olvidar, seguir con mi vida, ¿es mucho pedir?

—Ojalá pudieras hacerlo —murmura, abrazándome de nuevo con más fuerza cuando comienzo a temblar—. Sin embargo, las cosas que más duelen son las que nos marcan, y John Lindsay va a ser un cicatriz constante en tu corazón.

—Me niego —siseo—. Conseguiré bórralo de mi mente, olvidarlo y continuar hacia delante.

Cierro los ojos para que las lágrimas no fluyan, aunque con la lluvia, mi hermano no se daría cuenta, pero me niego a volver a hacerlo si John es el culpable. No se merece nada por mi parte, ni siquiera un triste pensamiento o un mal recuerdo.

Las horas pasan lentas, la tormenta cesa poco después, sin embargo, estamos calados hasta los huesos y, como no podemos encender un fuego, el frío es horrible, al menos para mí, que no dejo de temblar a pesar de que mis hermanos no me han soltado en ningún momento. Sus cuerpos casi me cubren por completo y, aun así, no soy capaz de sentir calor, me siento entumecida, mis ojos pesan por el cansancio, pero no puedo dormir porque mis dientes castañetean tanto que sería un milagro que alguien pudiera hacerlo a mi alrededor.

—Deberíamos movernos —digo—. Al menos, avanzaríamos…

—¿Podrás montar a caballo, o te caerás por los temblores? —pregunta Elvin, en su voz se escucha el cansancio.

—Deja de preocuparte —me desprendo de su abrazo y me levanto con dificultad porque no me siento ni brazos ni piernas—. Volvamos a casa. Seguro que Dreidre debe estar preocupada.

—Seguro, debe estar subiéndose por las paredes —bromea Kylian —. No me extrañaría encontrarla a medio camino. —Me río—. Si hace eso, pienso dejarle el culo rojo como un tomate.

Comenzamos la marcha de nuevo cuando está amaneciendo, el sol comienza a despertar y despunta tras las montañas dándole un tono anaranjado al cielo que me parece precioso. Es curioso cómo la naturaleza es tan voluble, hace unas horas todo era oscuridad a nuestro alrededor, sin embargo, ahora nos envuelve la luz.

Me encantaría que fuera tan fácil que la oscuridad que me envuelve a mí desapareciera. ¿Cómo sería mi vida si fuera capaz de borrar de mi mente los últimos meses? No hubiera descubierto lo que es la pasión ni el amor, pero saberlo me ha destrozado más que haber vivido sin ellos toda mi vida. El precio ha sido demasiado alto a mi parecer, ¿volvería a hacerlo?

Lo pienso largo rato, y sí, sin duda, volvería a pasar esa noche entre sus brazos. Sin embargo, no es algo que vaya a confesar jamás, es algo que morirá conmigo, reconocerlo en voz alta no cambiará el hecho de que he sido la perdedora en este juego que ni siquiera era consciente de que existía.

—Estamos en tierras MacLean —las palabras de Kylian me traen al presente, tras haber recorrido varias millas desde que empezamos a movernos de nuevo, al fin podemos decir que estamos más cerca de casa—. No pienso salir de Duart en mucho tiempo —lo escucho mascullar.

—Pensaba que no lo sentías como tu hogar —bromeo, me mira sobre su hombro con seriedad.

—Mi hogar es allá donde esté mi esposa —responde—. Ella ha llegado amar aquellas tierras, pertenece a Duart, por lo tanto, siempre desearé llegar a su lado.

—No puedo creer que el gran Lobo MacLean haya dicho algo así —sigo bromeando, a pesar de que se ha formado un nudo en mi garganta por la emoción—. Me alegro mucho de que Dreidre llegara a tu vida, y tú fueras lo bastante inteligente como para recuperarla.

—No fue mi inteligencia, fue su corazón y su bondad los que la hicieron perdonar lo imperdonable —rebate—. Y doy gracias a Dios cada día por ello.

—¿Crees que madre nos observa allá donde esté? —pregunto de repente, me mira sorprendido—. Debe estar muy feliz por ti, no dudo que haya estado todo este tiempo muy triste por todo lo que te ocurrió.

—Puede que sí nos vea —concede tras meditarlo un poco.

—Entonces debe estar muy decepcionada conmigo —musito—. No creo que le guste la mujer en la que me he convertido.

—Deja de hablar de ese modo, maldita sea —exclama—. ¿Cuántas veces debo decirte que no tienes nada de malo? Solo debes despertar, todavía recuerdo a la niña que me seguía a todas partes, eras más intrépida incluso que yo y tenía que cuidar de ti para que no te hicieras daño.

—Esa Morrigan ya no existe —niego con pesar—. He intentado revivirla, pero simplemente es una sombra. Lo único para lo que me sirvió fue para llamar la atención de un hombre que solo quería saciar su deseo conmigo.

—A pesar de ser viuda, eres muy inocente —espeta—. Ese maldito es demasiado listo, espero que esa perra inglesa haga de su vida un infierno por lo que te ha hecho.

—¿Tú me crees? —cuestiono sorprendida, no he hablado de esto con él, por lo que ha sido algo que no esperaba.

—No eres una mujer patosa —asiente—. ¿Por qué iba a dudar de tu palabras, Morrigan?

—John lo hizo —susurro dolida, me encojo de hombros intentando sonar indiferente—. Supongo que no me conoce lo suficiente…

—Es un imbécil —escupe furioso—. No se merece un solo pensamiento por tu parte, hermana. Sé que será difícil, incluso doloroso, pero espero que puedas superarlo porque he tenido que dejarlo con vida por mi esposa.

—Lo haré —sentencio para infundirme valor, uno que no siento en estos momentos—. ¿No es Duart lo que veo a lo lejos? —pregunto esperanzada.

—Al fin —exclama Kylian, suspirando como si le hubieran quitado un peso de encima—. Creo que este viaje se me ha hecho eterno…

—Imagínate a mí —me sonríe—. Nunca había salido de la fortaleza, al menos, no me había alejado mucho. Está visto que,

cuando lo hago, nada sale bien. —Todavía puedo recordar aquel día cuando Dreidre y yo desobedecimos las órdenes de Kylian, exponiéndonos al peligro.

—No te pierdes nada —dice con seriedad—. Como has visto, la maldad abunda en el mundo, Morrigan.

No volvemos a hablar hasta que no llegamos a nuestro hogar, no me sorprende que sea Dreidre quien nos reciba. Se lanza a los brazos de mi hermano en cuanto este desmonta, me tengo que quedar sobre mi montura porque no me atrevo a bajar sin ayuda. Escucho cómo le pregunta a toda prisa, incluso mira a su alrededor a la espera de ver a su hermano, su sonrisa muere al mirarme y darse cuenta de que estamos solos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta mientras mi hermano al fin me baja del caballo, hago una mueca que intento ocultar por el dolor—. ¿Eso que tienes en el rostro son heridas? —cuestiona incrédula—. ¿Habéis sido atacados?

—Por una perra inglesa, sí —responde su esposo, frunce el ceño sin comprender—. Al llegar a Crawford nos encontramos con una invitada muy especial, Olivia le llaman.

Palidece y cubre su boca con una mano temblorosa que poco después desciende hasta su pecho. Me observa con una lástima que me hiere en lo más profundo, no hace falta que diga nada más, sabe de quien se trata, no puedo evitar sentirme algo traicionada.

—¿Qué demonios hacia allí? —exclama furiosa—. ¿Mi padre sigue con lo mismo?

—Es su prometida si a eso te refieres —responde Kylian.

—Dios mío —susurra mirándome—. Lo siento mucho, Morrigan.

Elvin es el primero en entrar al castillo, no ha hablado prácticamente desde que salimos de Duart. Él es así, todo se lo guarda en su interior, ni siquiera cuando era un niño era capaz de abrirse y pedir ayuda. Muchas veces lo intenté, al igual que Kael y solo recibíamos el silencio por respuesta o monosílabos, me gustaría que encontrará alguna mujer que le diera todo el amor que no ha recibido hasta ahora.

¿Por qué parece que los MacLean estamos malditos? Somos uno de los clanes más poderosos de las Highlands, sin embargo, no

somos capaces de ser felices, nos cuesta encontrar el amor, y cuando lo hacemos. muchas veces no es la persona correcta porque el dolor que debemos soportar es aún mayor.



Capítulo 9

John

—¿Qué has dicho? —pregunto, incrédulo, a la muchacha—. ¿Estás segura?

—Sí, mi señor —asiente—. Mi hermana y yo estábamos acabando de limpiar el ala superior cuando escuchamos las voces, en cuanto se abrió la puerta y la escocesa salió, rauda nos escondimos.

—Continúa —ordeno, sintiendo cómo mi sangre arde en mis venas, mis manos se trasforman en puños—. ¿Qué más visteis?

—*Lady* Olivia la seguía sin dejar de insultarla. —Mascullo una maldición—. Al llegar a las escaleras, la sujetó, pero la escocesa se soltó con fiereza, y cuando se dio la vuelta dispuesta a bajarlas, la empujó, puso sus dos manos en la espalda y la muchacha rodó desde lo alto.

—Maldita sea —siseo enfurecido conmigo mismo por ser tan estúpido como para dudar de Morrigan cuando nunca me ha dado motivos para ello—. ¿Qué hizo entonces *lady* Olivia? —cuestiono.

—Corrió de vuelta a su alcoba —responde de inmediato—. Pero, mi señor, a mí no me pasó desapercibido la sonrisa de triunfo cuando escuchó el grito y vio cómo la muchacha caía por las escaleras. Nosotras permanecimos escondidas porque no queríamos

problemas. —Parece asustada, sus manos tiemblan—. Pensábamos que nos acusarían a nosotras, mi hermana no quería decir nada, pero no he podido dormir en dos días, no puedo continuar callada, aunque eso signifique perder mi puesto —agacha la cabeza.

—No va a pasarte nada —le aseguro, levanta la mirada sorprendida—. Agradezco que hayas hablado, porque, si no, nunca hubiera sabido la injusticia que se ha cometido. Tu puesto y el de tu hermana están asegurados de por vida en Crawford si así lo queréis.

—Gracias, mi señor —exclama agradecida, sus ojos se humedecen —. No le defraudaremos.

Se gira dispuesta a marcharse, pero la detengo, debo reconocer que no conozco el nombre de todos los que sirven en el castillo, algo que ahora mismo me avergüenza.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, al menos, me gustaría saber el nombre de la joven que me ha abierto los ojos y que ha demostrado una lealtad hacia mí inquebrantable.

—Lisbeth, mi señor —responde, asiento y se marcha rauda.

Mi puño golpea la pared de sólida piedra por la rabia que siento, ha intentado tomarme por un estúpido y no pienso permitirlo. Esto es lo que necesitaba para romper el maldito compromiso que me ha atado a esa mujer durante la mayor parte de mi vida.

—Olivia —grito para que pueda escucharme allí donde se encuentre—. Olivia —repito mientras me dirijo hacia las escaleras.

—¿Qué ocurre, hijo? —pregunta mi madre, que sale de su salón privado—. Estamos tomando un té…

No la dejo terminar, paso por su lado como un vendaval. Al entrar, mi prometida está sentada como si nada mientras sostiene su taza entre sus aristócratas manos, las mismas que hace unos días fueron las responsables de empujar a Morrigan acabando con la vida de mi hijo.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —Su rostro, por un momento, refleja sorpresa, es cuando me doy cuenta de que la criada no ha mentido —. Habla —exijo, alzando la voz, se sobresalta.

—¿De qué se me acusa exactamente? —cuestiona levantándose—. Parece que estás buscando cualquier excusa para tapar tu mal comportamiento.

—La empujaste —siseo dando varios pasos hacia ella, que retrocede asustada, alguien intenta sujetarme por detrás—. Pudiste matarla, ¿en qué demonios pensabas?

—No sé de lo que me hablas —intenta defenderse balbuceando—. Si esa perra escocesa te ha dicho eso y todavía dudas…

—No ha sido solo ella —interrumpo entre dientes—. Te vieron, Olivia.

Palidece, mi madre intenta calmarme, llama a mi padre a gritos para que aparezca temiendo que cometa alguna locura y lo cierto es que veo todo rojo a mi alrededor, no creo que nunca haya estado tan enfurecido como en este momento.

—Mientes —escupe en un último intento por salvarse—. No tienes pruebas —alza el mentón.

—¿Qué has hecho, muchacha? —cuestiona mi madre horrorizada —. Podrías haberla matado, eso desataría una guerra con los MacLean.

—¿Qué culpa tengo yo de que viváis entre salvajes? —replica con asco—. Esto en Londres no pasa.

—Dios mío —la pobre mujer no sale de su asombro—. ¿Por qué?

—He esperado toda mi vida este momento —responde con frialdad —. Preparada para ser la esposa perfecta del barón de Dudley, obligada a vivir entre salvajes en las Lowlands, pero es lo que mi familia escogió para mí. ¿Debía hacerme a un lado porque John no haya sido capaz de tener los pantalones subidos?

—Volverás con tu familia —sentencio, me mira horrorizada—. Yo mismo me encargaré de llevarte y daré las explicaciones oportunas.

—No puedes hacer eso —grita encolerizada—. Ya te he dicho que allí seré una paria si no nos casamos.

—Nunca quise esta maldita unión —rebato con rabia—. Mucho menos ahora, ¿crees que me casaría con la asesina de mi hijo? Estás loca, Olivia —escupo con saña.

Me abofetea, pero, aunque mi rostro se vuelve hacia la izquierda, no siento dolor alguno porque el de mi pecho, ese que amenaza con partirme en dos, es mucho más fuerte.

—Dime que lo que dice mi hijo no es verdad —la voz de mi padre desde la puerta nos sorprende a todos, Olivia se lanza a sus brazos

llorando en un intento de continuar con su farsa, aunque a mí ya no me engaña—. ¿Qué has hecho, niña? —pregunta con tristeza.

Mi padre me mira sobre el hombro de su ahijada con un dolor difícil de disimular, incluso parece decepcionado y avergonzado a partes iguales.

—No puedo hacer nada para que mi hijo continúe con este compromiso, lo entiendes, ¿verdad? —pregunta mientras ella se aleja de él contrariada—. Con lo que has hecho, has sentenciado cualquier oportunidad que tuvierais de ser felices.

Bufo porque nunca hubo tal oportunidad, aunque no lo reconozca jamás, mi padre es el hombre más cabezota que he conocido. Mi madre llora en silencio, sé que ahora mismo se está mortificando por lo ocurrido; una cosa es que fuera un accidente y otra que sea un intento de asesinato.

—¿Creéis a esa persona que dice haberme visto? —cuestiona con fiereza—. Puede que se lo esté inventando para deshacerse de mí.

—No tengo por qué mentir —rebato—. De un modo u otro, me iba a deshacer de ti, Olivia. —Abre mucho los ojos—. No iba a casarme contigo, aunque para ello tuviera que renunciar incluso a mi título.

Escucho un jadeo de sorpresa por parte de mi madre, mi padre me mira impasible. Rompe a llorar histérica, pero no me conmueve, siempre le he tenido algo de estima porque la he visto crecer, ya que nuestras familias son amigas desde hace mucho, pero ahora mismo no soy capaz de mirarla a la cara y no sentir ganas de retorcerle el pescuezo.

—Haz lo que debas, padre —le digo, ignorando las gemidos de Olivia—. Voy a ir a por mi mujer y no me lo vas a impedir.

—Hijo, la muchacha no va a perdonarte —musita—. Hemos dudado de ella cuando… —guarda silencio, su mano pasa por su rostro compungido—. No creo que sea posible una unión bajo esa base.

—¿Y creías que con Olivia me iba a ir mejor? —me burlo—. Está loca —acuso alzando la voz de nuevo—. Ha sido la responsable de que Morrigan pierda a mi hijo y no eres capaz de actuar en consecuencia —acuso.

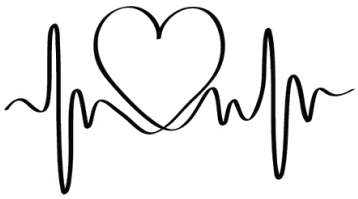
—Eres libre, John —sentencia, mi ahora exprometida grita de rabia, intenta detenerme para que no salga del salón—. Olivia —brama—. No hagas esto más difícil.

—No puedes hacerme esto —me dice entre dientes mientras sus uñas se clavan en mi antebrazo—. Ella no es nadie —grita, me suelto de su agarre con brusquedad, tanto que se tambalea hacia atrás.

—No vuelvas a referirte a Morrigan de esa manera —gruño—. Va a ser mi esposa, me importa poco lo que te suceda a partir de ahora, ¿me oyes? —Se encoge ante mi furia—. Ni siquiera me voy a molestar en acompañarte hasta tu familia, que se encargue mi padre, ya que te tiene en tan alta estima.

Salgo del salón a pesar de los ruegos que escucho a voz en grito. Necesito llegar hasta Morrigan lo más pronto posible, por lo que me apresuro a dejar órdenes a mis hombres para que controlen la frontera en mi ausencia, por lo demás, que se encargue mi padre, ahora mismo mi furia también va dirigida hacia él.

Cuando monto en mi caballo y salgo de las cuadras, veo cómo mi madre me observa desde las escalinatas, se despide de mí con un movimiento de su mano. A pesar de la distancia, veo en sus ojos la preocupación y la congoja por todo lo que ha sucedido. Ella tampoco tiene esperanzas de que consiga que Morrigan me perdone para comenzar una vida juntos, pero pienso luchar por conseguir su perdón.



Capítulo 10

Morrigan

Me desplomo sin previo aviso, escucho a Dreidre gritar y siento cómo mi hermano me coge en brazos antes de perder la conciencia por completo.

—No puedo creer lo que dices, Kylian —escucho en voz baja, la reconozco de inmediato—. No puedo creer que Olivia sea la responsable y que John no haya hecho nada.

—Debes saber y ser consciente de una cosa, esposa —replica mi hermano—. No lo he matado por ti, pero esta afrenta a mi hermana no la olvidaré.

—Todo es culpa mía —solloza—. La animé para que fuera hasta Crawford, tenía la esperanza de que ambos se ayudaran mutuamente, que encontraran lo que tú y yo tenemos. Y solo he conseguido matar a un inocente… —llora con más fuerza, escucho cómo su esposo la consuela.

No me siento con fuerzas siquiera para abrir los ojos, todo me pesa, siento mucho frío, pero a la vez mi cuerpo arde. Solo quiero dormir para no volver a despertar, solo de esa manera podré escapar de esta pesadilla.

—No ha sido prudente el viaje después de perder al bebé —vuelvo a escuchar, esta vez no sé cuánto tiempo ha pasado—. Tiene calentura y no está segura si es por infección o por la tormenta que les pilló viniendo hacia aquí.

—Está demacrada —otra voz de mujer se lamenta—. ¿Por qué los MacLean parecen tener una maldición? Tantas muertes…

—No hables así —amonesta mi cuñada—. No es sensato, Diane. Deja a los muertos descansar en paz.

—Lo siento, pero verla así me está matando —murmura—. Siento que le he fallado a Kael, no he cuidado de su hermana.

Me gustaría poder decirle que no es su deber cuidar de mí, que soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones y estas tienen consecuencias. Allá donde esté mi hermano, si me está viendo, sabe que la única responsable soy yo, nadie más.

—Se repondrá —sentencia la señora de Duart—. No pienso perdonarle esto a John. ¿Cómo ha podido ser tan imbécil? —masculla furiosa—. Mi propia sangre —se lamenta—. Me siento tan avergonzada. Sé que mi padre ha tenido que ver, siempre le ha presionado y presionado para que cumpliera todas y cada una de sus expectativas. Mi hermano nunca ha sido libre para decidir.

—Es un hombre hecho y derecho, Dreidre —rebate Diane, me duele saber que tiene razón—. Ojalá ella no se hubiera fijado en él. Pensé lo mismo que tú, que tal vez era lo que necesitaba para conocer el amor, pero ha resultado ser un miserable, no me importa si te ofende.

De nuevo, el silencio…

Gimo dolorida, cada vez me encuentro peor. No soy capaz de despertar de mi letargo, sin embargo, sí puedo escuchar a veces las voces de la gente que me rodea sin poder contestarles, decirles que estoy aquí, que no me he ido todavía.

—Sal ahora mismo de aquí, John Lindsay —escucho que grita Dreidre, debo estar soñando—. Si Kylian te ve aquí, va a matarte. ¿Cómo te atreves a venir después de lo que has hecho?

—¿Por qué está así? —escucho que pregunta, ¿parece preocupación lo que escucho en su voz? —. Estaba bien cuando salió de Crawford.

—¿Bien? —cuestiona iracunda—. ¿No pensaste que la tormenta que les sorprendió podría tener consecuencias? Ha enfermado por el frío, por la pena, por…

—Morrigan —escucho cómo me llama, alguien sostiene mi mano—. Abre los ojos —me ordena con firmeza, como si tuviera alguna potestad para hacerlo, ¿cómo se atreve?

Por primera vez en días, siento algo más que dolor o compasión hacia mí misma, la rabia se apodera de mí y desearía poder levantarme para mandarlo al infierno.

—Vete, John —insiste Dreidre—. ¿Nadie te ha visto llegar? Justo Thomas y mi esposo están de caza, pero, cuando vuelvan, no te aseguro que no te muelan a palos de nuevo.

—Y no les detendré —musita muy cerca de mí, si pudiera, me alejaría—. Me equivoqué —se lamenta—. Cometí muchos errores y la única que los ha pagado muy caros es Morrigan.

—Pensaba que al irme de Crawford te ocuparías de cancelar ese despropósito de compromiso —acusa—. ¿En qué demonios pensabas?

—Me resigné —responde—. Hasta que llegó ella…

Me estremezco, ¿está hablando de mí? No puedo creerlo, me niego, no pienso caer en su trampa de nuevo. Sabe qué hacer o decir para que confíes en él y después dar la espalda sin remordimiento alguno.

—John… —ni siquiera tiene palabras—. No voy a decirte que no tienes ninguna posibilidad porque yo soy el ejemplo claro de que, cuando existe amor, todo es posible. Pero no puedo darte esperanzas, lo siento mucho, hermano. Pero tendrás que vivir con las consecuencias de tus decisiones si Morrigan no puede perdonarte.

—¿Te dijo algo? —pregunta ansioso.

—No le dio tiempo a mucho —responde con tristeza—. Se desplomó, Kylian tuvo que cogerla para que no se golpeara contra el suelo. El viaje fue demasiado para ella, nunca debiste permitir que se fuera en su estado.

—¿Cómo demonios querías que la retuviera? —cuestiona frustrado —. No tengo potestad para ello. Además, tu marido no me lo hubiera puesto fácil.

—Ciertamente no —concede—. Si yo hubiera estado con ellos, nada de esto hubiera pasado. Olivia nunca me ha dado ningún

miedo, tú siempre has sido demasiado indulgente, padre la tiene en un pedestal y madre le sigue la corriente como siempre.

Hago de nuevo un esfuerzo por moverme, por llamar su atención para que lo saque de aquí antes de que mi hermano termine con él. No debería importarme, aun así, lo hace. Gimo cuando al fin consigo mover un poco mi mano, ambos guardan silencio, al fin abro los ojos para descubrir que no se ha tratado de un sueño. John se encuentra al lado de su hermana mirándome con preocupación, todavía se aprecian en su rostro los golpes recibidos por parte de Kylian.

—Sácalo de aquí, Dreidre —ordeno con voz queda, siento mi garganta en carne viva—. Asegúrate de que sale de Duart antes de que mi hermano lo vea.

—No pienso moverme de aquí —rebate—. Sé que ahora me odias, pero cuando me escuches…

—No tengo porque hacerlo —interrumpo, me siento fatigada—. ¿Te vas por tu propio pie, u ordeno que te maten? —pregunto con una frialdad que sorprende a ambos hermanos, que se miran horrorizados.

—Morrigan, querida —comienza a decir mi cuñada—. Has estado muy enferma, han pasado muchas cosas, es mejor no decir o decidir nada cuando se está tan furiosa.

—No estoy furiosa —corrijo—. Me siento indiferente. —De nuevo, comparten una mirada, imagino que son capaces incluso de comunicarse de esa manera—. Asqueada, también, pero para enfurecerme debería importarme, y ya no lo hace.

—Mientes —lo miro, me reiría si no me encontrara tan mal, no me da tiempo a replicarle porque desde la planta baja se escucha un bramido, ahora sí no puedo evitar sonreír—. Maldición —masculla levantándose.

—Demasiado tarde —me burlo—. ¿De verdad merecía la pena el viaje? —cuestiono con sorna.

—Sí —responde, mirándome con una intensidad que me estremece.

La puerta de mi alcoba se abre con tanta fuerza que golpea la pared. De inmediato, Dreidre se acerca hasta mi hermano para intentar contenerlo, tarea difícil, tanto que llama a los gritos a Elvin,

que no tarda en aparecer. Lejos de ayudarla, mira enfurecido a John y se lanza sobre él, a pesar de que no tiene nada que hacer, todos somos conscientes de cuál de los dos es un guerrero experimentado.

—Elvin, detente —grito no para proteger a mi examante, sino para proteger a mi hermano pequeño—. Va a hacerte daño.

El Inglés me mira como si fuera yo la que le acaba de asestar un puñetazo, debería sentirme culpable, pero no lo hago. No mentía al decirle que no me importa lo que le pase, al igual que a él le dio igual lo que me sucediera a mí. Se detienen permitiendo que Elvin lo golpee varias veces hasta que Thomas interfiere, algo que logra sorprenderme.

—Deja algo para tu hermano y para mí —bromea, ahí está la razón —. No seas codicioso, muchacho. ¿Eres idiota, Lindsay? Venir hasta aquí es un suicidio, ¿en tan poca estima tienes tu miserable vida?

—No tengo por qué dar explicaciones al segundo al mando —replica, consiguiendo que Thomas se tense—. He venido a hablar con Morrigan.

—Ella también quiso hablar contigo y la recibiste como a un perro —brama Kylian, que todavía se encuentra contenido por su esposa, quien llora al ver que no va a lograrlo por mucho tiempo más—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa?

—Deteneos —grita Dreidre—. Por favor, no hagáis esto. Se irá, pero no le hagáis daño —su súplica es la única que me conmueve.

No lo hago por John, lo hago por la mujer que ha devuelto a la vida este castillo, ha sanado a mi hermano y me salvó la vida a mí. Es mi último gesto para beneficiar a un hombre que no ha hecho más que dañarme.

—Basta —repito de nuevo, esta vez con más firmeza—. Dejad que se vaya. Kylian, por favor, detente y mira a tu mujer —lo hace, maldice entre dientes porque si hay algo que puede poner de rodillas al Lobo MacLean es ver a su pequeña esposa llorar—. Salid, hablaré con John, luego se marchará.

—No cuentes con ello —le escucho mascullar.

—Cállate de una vez —le grito, cierro los ojos porque todo me da vueltas de nuevo—. Maldita sea.

—No estás en condiciones —rebate Elvin—. Mírate…

—Necesito terminar con esto de una vez. —Observo a todos, pidiéndoles por favor que me permitan encargarme a mí misma de los problemas que he ocasionado por mi estupidez—. No quiero que se derrame sangre por mi culpa, ni que Dreidre sufra.



Capítulo 11

John

Creo que nunca he cruzado la frontera tan rápido. Dejé a mis hombres atrás y continúe mi camino en solitario, no quería más compañía que mis remordimientos. He descansado lo necesario para que mi caballo no sufriera las consecuencias de mis errores, pero ni siquiera he dormido por la prisa por llegar a Duart.

Sé lo que me voy a encontrar. Estoy más que preparado para pelear, incluso para dejarme apalear si es necesario por Kylian, lo tengo merecido. Recuerdo mi furia por lo que le hizo a Dreidre, solo conseguí herirlo, pero por aquel entonces hubiera acabado con su vida sin remordimiento, lo único que me detuvo fue el saber que mi hermana sería desdichada hasta el final de sus días y que me odiaría por ello.

Al llegar, doy gracias a todos los dioses porque no encuentro a nadie que me detenga. Pregunto a una de las criadas, que me mira sorprendida, por Morrigan, y cuando me dice que está enferma, mi corazón comienza a golpear con fuerza en mi pecho sabiendo que soy el único responsable. Al entrar en su alcoba, mi hermana está mojando su frente y cuello con un paño, y al verme, me mira sorprendida y horrorizada a partes iguales, me pide explicaciones,

pero solo tengo ojos para la morena que yace en el lecho, pálida como la misma muerte, sudorosa y con la respiración trabajosa.

—¿Qué le ha pasado? —murmuro conmocionado.

Dreidre me lo explica de malas maneras, se le nota que está furiosa y decepcionada por mi comportamiento. No tengo excusas que darle, no quiero mentir, solo hablo con la verdad, una que he ocultado durante mucho tiempo. Sin embargo, cuando despierta como si mi simple presencia la hubiera sacado de su letargo, como imaginaba, no se ha alegrado de verme, su mirada es distinta, incluso la frialdad en su voz es capaz de causar escalofríos que recorren mi cuerpo de pies a cabeza.

Cuando se desata todo el caos, obviamente, no se posiciona de mi lado, sin embargo, escuchar cómo se preocupa por su hermano menor antes que por mí, cuando hace unos días fue capaz de interponerse para detener a Kylian, es un mazazo duro de digerir. Puedo comprender su preocupación para con Elvin, porque Dreidre lucha contra su esposo por detenerlo de la misma manera para protegerme a mí, pero no por eso duele menos.

Al fin nos dejan solos, sé que no va a ser fácil llegar hasta ella. A su alrededor ha construido una muralla que no me va a ser sencillo derribar, pero no pienso rendirme.

—No sé si te has vuelto loco, o es que pretendes iniciar una guerra donde morirán muchos inocentes —comienza a decir, intentando incorporarse un poco en el lecho, le cuesta dejando en evidencia lo agotada que está, hago el intento de ayudarla, pero me detiene—. No te acerques —advierte—. No te necesito.

—No pretendo que nadie muera, Morrigan —rebato con cuidado—. Necesitaba verte y…

—Vuelvo a preguntarte, ¿por qué? —interrumpe—. Nada nos une, has viajado hasta aquí y no logro comprender el motivo.

—No digas eso. —A pesar de su advertencia, me acerco, no concibo estar en la misma alcoba que ella y sentirla tan lejos—. ¿No comprendes que tenemos mucho de qué hablar? No sabes todo lo que ocurrió tras tu marcha.

—No me interesa —replica, gruño frustrado—. ¿Qué es eso tan importante que te ha hecho seguirme? Déjame adivinar…—continúa

con ironía—. ¿Tu fantástica y aristocrática prometida te ha dejado por ser un mujeriego?

—El compromiso lo he roto yo —rebato entre dientes. Si le sorprende, no lo muestra—. ¿Crees que iba a casarme con la causante de la muerte de mi hijo?

—¿Ahora era tuyo? —continúa burlándose, sé lo que pretende, enfurecerme para que me marche dejándola atrás—. ¿Cómo has descubierto que era verdad lo que decía?

—Basta —siseo—. Deja de comportarte así, maldita sea. Sé que debí confiar en ti, ¿de acuerdo? —espeto—. Pero conozco a Olivia desde que nació, ¿cómo iba a imaginar que era capaz de algo semejante?

—Y era más fácil pensar que yo era la que estaba mintiendo. —Asiente, apartando la mirada—. Era más sencillo dudar de mí y de mi honor. Después de todo, solo era una zorra escocesa, ¿no es eso, John?

—Jamás te he insultado ni he pensado semejante cosa —me defiendo ofendido.

—Pero has dejado que otros lo dijeran —rebate—. Dejaste que me humillaran. Dudaste de mí, no reconociste a mi hijo y… —deja de hablar, veo cómo una lágrima recorre su rostro, me duele verla así—. No quiero volver a verte, John.

—No hablas en serio —espeto asustado, cojo su mano, intenta liberarse de mi agarre, pero no tiene suficiente fuerza para luchar conmigo en estos momentos—. Ahora estás enfadada, pero dentro de un tiempo…

—Seguiré odiándote —vuelve a callarme, esta vez dejándome sin habla—. ¿Crees que lo olvidaré todo? ¿Por qué? —cuestiona con rabia—. ¿Porque tu hermana lo hizo? La diferencia entre ellos y nosotros es abismal, porque les unía un amor demasiado grande como para que este desapareciera.

—¿Estás diciendo que no me amas? —pregunto desconfiando—. Te entregaste a mí.

—¿Y eso demuestra algo? —pregunta con sorna—. Tú te acostaste conmigo prometido con otra, no me amas, pero pudiste yacer en mi cama sin problemas. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo?

—No digas estupideces. —Me alejo porque no puedo permanecer a su lado sin querer besarla, para dejarle claro que o está mintiendo, o se engaña a sí misma—. Lo que tú y yo compartimos es muy difícil de encontrar, Morrigan.

—¿Lujuria? —se encoge de hombros—. No creo que sea tan difícil, después de todo, los hombres sois como perros, incapaces de controlar vuestros apetitos y cualquier mujer os satisface.

—Eso solo sacia el deseo momentáneamente —rebato—. Pero la plenitud de encontrar una persona con la que experimentar lo que tú y yo vivimos aquella noche es… —niego con la cabeza porque no encuentro las palabras adecuadas.

—Que romántico —se burla de nuevo, suelto una maldición comenzando a perder la paciencia—. Búscate otra imbécil a la que convencer con tus hermosas palabras, aquí ya no son bien recibidas, Inglés.

Que vuelva a utilizar mi procedencia con desprecio termina por enfurecerme, vuelvo a recorrer la distancia que yo mismo me había impuesto y tomo su rostro entre mis manos con firmeza para que me mire.

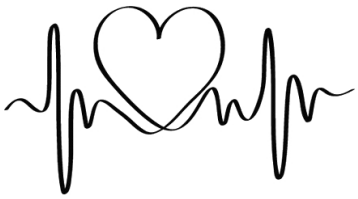
—Suéltame —sisea—. No vuelvas a ponerme una mano encima jamás.

—Voy a hacer mucho más que eso, Escocesa —rebato sonriendo—. ¿Quieres que te diga todo lo que te haré?

Me escupe, cierro los ojos por instinto, alejo mis manos de ella y me limpio con una parsimonia que me cuesta horrores. Cuando la vuelvo a mirar, sonríe complacida, ahora mismo me recuerda tanto a su hermano mayor que me preocupa, no pueden negar que corre la misma sangre por sus venas, y cuando algo les duele, se cierran, dejan que la oscuridad los envuelva; si permito que lo logre, temo no ser capaz de recuperarla nunca.

Nos retamos con la mirada, ninguno de los dos dice una palabra hasta que Morrigan pone fin al tenso silencio rompiéndome el corazón.

—Quiero que te marches de Duart y no vuelvas —sentencia con frialdad—. Te odio y moriré odiándote.



Capítulo 12

Morrigan

Lo que acabo de decir resquebraja mi alma, a pesar de sentir cada palabra que ha salido de mi boca. Veo cómo John recibe mi orden como un puñetazo, me sorprende que le afecte tanto cuando hace unos días no le importaba lo más mínimo.

—Tú no eres así, Morrigan —replica contrariado—. No dejes que lo que ha pasado te cambie.

—¿Por qué? —cuestiono—. ¿Debo seguir siendo la estúpida que agacha la cabeza mientras todos la pisoteáis? Creo que murió en Crawford Castle cuando fue empujada por las escaleras y el hombre que debía creerme y protegerme no lo hizo.

—¡No imaginaba de lo que Olivia era capaz! —brama iracundo, la puerta no tarda en abrirse, mi hermano entra como un vendaval a pesar de los ruegos de su esposa.

Lo coge del cuello y lo alza del suelo sin problemas, demostrando su fuerza bruta, ya que John no es un hombre pequeño. Lo lanza contra la puerta, terminando en el pasillo tirado en el suelo.

—No vas a venir hasta mi casa para gritarle cuando el único culpable aquí eres tú —gruñe conteniéndose—. O te marchas, o te partiré cada uno de los huesos de tu cuerpo. Cuando termine contigo, desearás no haber nacido.

—Kylian, por favor —suplica Dreidre—. John, márchate…

—No pienso hacerlo sin ella —exclama, abro los ojos sorprendida ante su desfachatez—. Morrigan volverá conmigo a Crawford.

—Antes muerta —replico, llamando la atención de todos—. No pienso dar un paso fuera de estos muros nunca más. No oses obligarme porque soy capaz de tirarme de la torre más alta de Duart.

Dreidre jadea y se cubre la boca con la mano horrorizada, Kylian y John palidecen, este último da un paso atrás conmocionado, rezo para que esta a amenaza lo disuada y se marche de una vez para poder recuperar mi paz mental y salvar su vida.

—Por amor de Dios, Morrigan —reprende mi hermano—. No vuelvas a decir una locura semejante.

—Sácalo de una vez de aquí —bramo aterrorizada del hecho de que la amenaza que acabo de pronunciar se convierte en un pensamiento en mi cabeza que se repite con fuerza—. No lo quiero volver a ver.

Mi hermano obedece y a pesar de que el Inglés lucha y Dreidre va tras ellos para impedir que corra la sangre, al fin lo pierdo de vista y puedo respirar tranquila. Diane entra en mi alcoba corriendo preocupada por mí, comienzo a respirar con dificultad, el corazón golpea con mucha fuerza y demasiada rapidez dentro de mi pecho, tanto que temo que en cualquier momento vaya a estallar muriendo en el acto.

—Morrigan, tranquilízate —ordena manteniendo la calma que hace mucho que he perdido—. Respira más despacio, maldita sea.

Lo intento, pero no lo logro, las lágrimas fluyen impidiéndome ver con claridad a mi amiga, que me observa aterrada. Me abraza y comienza a mecerme como si fuera un bebé, su propio bebé, lo único que consigue es que llore con más intensidad añorando a la mujer que me dio la vida y me dejó demasiado pronto.

Me aferro a Diane como si fuera lo que necesito para sobrevivir, no soy consciente de que mis manos lo hacen con tanta fuerza que cuando soy capaz de calmarme un poco duelen. Los temblores cesan poco a poco al igual que el llanto, creo que he llorado por todo lo que he ido perdiendo a lo largo del camino. Primero mi madre, al irse ella, todo cambió. Me arrebataron mi infancia y a mi hermano

mayor, que era mi mayor apoyo, tuve que aprender a vivir sin su presencia a mi lado. Después perdí mi libertad, mi pureza y mi luz a manos de un hombre al que despreciaba, pero del que no podía escapar y para que esa pesadilla terminará tuvo que morir mi padre y mi hermano Kael a manos de Bran. Y cuando pienso que puedo encontrar algo de paz, que la vida al fin me ha premiado con un hijo que pensé que jamás sostendría en mis brazos, me lo arrancan de las entrañas de la peor manera.

—Ya no me queda nada, Diane —susurro conmocionada—. Me lo han ido quitando todo —siseo—. Me han secado por dentro, tanto que temo no volver a sentir nada más que esta frialdad que me rodea.

—No digas eso —me pide a punto de romper en llanto—. Ahora todo es demasiado reciente, has perdido un hijo, y es ese dolor quien habla por ti. Pero volverás a concebir y… —la interrumpo, negando con la cabeza con suma tristeza.

—No, no he nacido para recibir amor. —Me mira horrorizada ante mi afirmación—. Todos son capaces de marcharse sin mirar atrás, de un modo u otro, me abandonan. No pienso dejar que nadie vuelva a dañarme.

Diane me acuesta en el lecho y me arrulla hasta que me duermo por el cansancio tanto emocional como físico. Escapo al mundo de los sueños con la esperanza de encontrar un poco de paz durante unas horas.

***

—Está completamente rota —escucho que Diane susurra enfurecida—. ¿Crees que John es el único culpable, Kylian? —pregunta con su acostumbrada franqueza, podría dejarles saber que he despertado, pero quiero saber de qué hablan.

—La he escuchado —dice mi hermano derrotado, algo en mi interior duele, porque sé que ahora debe sentirse muy culpable por mi culpa—. No pensé que mi marcha podría afectarla tanto.

—Eras su mundo —replica—. Te fuiste y la dejaste atrás en un maldito infierno. Kael intentó suplir ese vacío, pero no tenía esa conexión con Morrigan como la tenías tú. Creció e intentó vivir con el

hecho de que su héroe la había abandonado a su suerte, ese maldito matrimonio acabó con su espíritu, ese que todavía conservas a pesar de lo que te marcó.

—No puedo cambiar el pasado —exclama mi hermano—. Y debo ser sincero, actuaría de igual modo, porque quedarme en Duart hubiera significado mi muerte.

—¿Crees que te hubieran matado igual que a Kael? —cuestiona mi amiga—. Eras un niño.

—No —responde con rapidez—. Me hubiera arrojado de la torre más alta, no soportaba la sola presencia de esa zorra. Era marcharme o acabar con los sesos esparcidos por el patio interior de Duart.

Una lágrima brota de mi ojo al pensar en ese final para mi querido hermano. Doy por bien servidos mis años de soledad, de sentir que no encajaba en mi propio hogar porque mi otra mitad se había marchado dejándome atrás, si con eso ha conseguido sobrevivir.

—¿Qué has hecho con el Inglés? —me tenso, esperando la respuesta.

—Lo he sacado de Duart, pero mis hombres me han dicho que no ha salido de tierras MacLean. No sé qué demonios se propone y me pone de los nervios —reconoce entre dientes—. ¿Qué mosca le ha picado ahora? Estuvimos en Crawford hace apenas unos días y ahora parece ser otro.

—Ninguno le habéis dejado hablar. —Frunzo el ceño, que ella se ponga de parte de John era algo con lo que no contaba—. Sé que no se merece siquiera eso, pero después de haber perdido al amor de mi vida, daría lo que fuera por una segunda oportunidad, ¿sabes? —su voz suena congestionada.

—Kael nunca te hubiera hecho daño —rebate mi hermano con fiereza—. Era un hombre de honor.

—Me lo hizo al casarse —dice de inmediato sorprendiéndome, no es algo de lo que hablemos—. Y me lo hubiera hecho si hubiera compartido el lecho con su esposa como se esperaba de él. ¿Crees que no quería que luchara por mí? A pesar de que lo entendí y apoyé, sus acciones dolían.

Entiendo bien lo que dice, otra en su lugar no hubiera soportado ver cómo el hombre que ama se casa, aunque sea por obligación. Yo desde luego no podría, por eso hui de Crawford Castle, a pesar de saber que había una mínima esperanza de que John de alguna manera quisiera cumplir su papel como padre de mi hijo. Todavía recuerdo las palabras de esa bruja como si la tuviera delante de nuevo.

***

—¿Crees que te quiere? —pregunta con ironía mientras sonríe—. Solo has sido una muesca más en su lecho, una zorra que se ha abierto de piernas mientras esperaba por mi llegada.

—¿Te has preguntado el motivo por el qué ha esperado tanto? —contraataco, intentando que sus palabras no me afecten.

—Porque me respeta demasiado —alza el mentón—. He crecido a su lado, mi familia y la suya son amigas desde hace años y al unirnos ambas serán una. Sobre todo, cuando tengamos hijos —mira mi vientre—. Ellos serán sus herederos, el tuyo solo es un bastardo que no debería nacer —escupe con asco y odio.

Mis manos cubren mi vientre todavía plano como si así pudiera protegerlo del veneno que destila esta víbora. Odio que se refiera a mi hijo de esa manera, pero la realidad es que lo es, a ojos de todos será el bastardo del barón de Dudley y laird *de los Lindsay.*

—Por mí puedes quedártelo. —Es mi turno de alzar el mentón con orgullo en un intento de conservar algo de dignidad—. Aunque desear a un hombre que no es capaz de serte fiel… —niego sonriendo con el mismo desprecio con el que ella me observa, sus mejillas se enrojecen por la furia—. Hoy he sido yo, pero ¿cómo sabrás que no lo volverá a hacer?

—Cuando sea su esposa, no va a necesitar los servicios de ninguna ramera. —Me tenso ante el insulto—. Vete de aquí y no vuelvas —ordena como si ya fuera la señora de Crawford—. ¿No te das cuenta de que si le importarais yo ya estaría fuera de aquí?

Sus palabras son como puñales porque sé que tiene razón. Para escapar una vez más de la realidad, decido salir de la alcoba en un intento de huir para terminar con un enfrentamiento que no voy a ganar, en este juego soy la perdedora desde mucho antes de saber

que tenía una rival. Escucho cómo me sigue apresurada mientras continúa insultándome de todas las maneras posibles. Al llegar a lo alto de la escalera, siento cómo sus manos se posan en mi espalda y sin dudar me empuja con tanta fuerza que no soy capaz de asirme a nada para evitar caer rodando por los escalones.

Dolor, miedo y tristeza, es lo último que siento antes de perder el conocimiento sabiendo que se ha salido con la suya y mi hijo no llegará a nacer.

***

Tan inmersa estaba en mis recuerdos que no me he dado cuenta de que se han marchado dejándome sola en mi habitación. Me giro para mirar la puerta que se abre de nuevo dando paso a mi cuñada y señora de Duart.

En su rostro se nota las señales del llanto, se sienta a mi lado en completo silencio, se asegura de que no tengo calentura y suspira. Ninguna de las dos hablamos, por lo que me pregunto para qué ha entrado si no tiene nada que decirme, tal vez esté buscando las palabras adecuadas o reuniendo el valor para expresarlas.

—Diane me ha dicho lo que ha pasado cuando Kylian se ha llevado a John —susurra al fin—. ¿Eso no te da una pista de algo, Morrigan?

Me tenso, pero la miro en silencio, replicarle sería comenzar una discusión que no deseo. Observa el fuego pensativa, la tristeza es notable su mirada y, aunque intento que eso no me afecte, es difícil que no lo haga, puede que quiera ser una harpía sin corazón, sin embargo, con las personas que amo no creo que me sea posible conseguirlo.

—No voy a perdonarle —sentencio. Ella, simplemente, asiente.



Capítulo 13

John

Puede que Kylian me haya sacado de Duart a patadas como a un perro a pesar de los ruegos de Dreidre. Sin embargo, no voy a alejarme hasta conseguir que Morrigan vuelva conmigo. ¿Cómo voy a conseguirlo?, pues no lo sé, pero volver a rendirme no es una opción porque no concibo la vida sin ella.

Mi mayor temor es haberla perdido, que esté tan inmersa en su propio dolor que la oscuridad que ha permitido que la envuelva no deje ver lo que podemos volver a tener si permanecemos juntos. Mis padres ya no van a ser un impedimento para nuestra relación, la única sombra en el horizonte pueden ser Olivia y su padre, el barón de Hereford. Ya lidiare con ello llegado el momento, espero que lo que ha hecho pese lo suficiente en su conciencia como para que no siga causando problemas, porque por proteger a Morrigan soy capaz de hacer arder todo Herefordshire.

Me aseguro de que mi caballo está bien atado para hacer una buena hoguera que me ayude a pasar la noche a la intemperie. Con mi arco cazo un conejo, esa será mi cena, menos mal que mis años como Border Reivers me han preparado para esto, dudo que muchos hombres estuvieran dispuestos a algo así pudiendo estar en sus hogares calientes y con buena comida sobre la mesa. Mientras lo

preparo, no puedo dejar de pensar en cómo lograr que Morrigan me dé una oportunidad.

—Maldita sea —mascullo—. Tantos años huyendo de cualquier compromiso y tengo que perder la cabeza por una escocesa testaruda.

—Menos mal que no soy ella, o estarías en graves problemas —la voz del pequeño de los MacLean me sorprende—. No creo que hablar mal de mi hermana haga que cambiemos de parecer, Inglés.

—Maldición, Elvin —exclamo—. ¿Quién demonios te ha enseñado a acercarte tan sigilosamente? —pregunto impresionado, alza una ceja, gruño ante el gesto tan utilizado por los hermanos MacLean—. Kylian, ¿verdad?

—Y Thomas —añade—. Jamás subestimes a esa mole.

—No lo hago, créeme —replico—. Los he visto en acción mil veces, y ese par juntos son prácticamente indestructibles.

—Quiero unirme a tus hombres —pestañeo incrédulo—. Mi hermano jamás me dejará luchar, quiero unirme a los Border Reivers, pero desde ahora te digo que no pienso matar a ningún escocés que no lo merezca.

—¿Qué crees que he hecho todos estos años, niño? —cuestiono ofendido—. Aunque vosotros me veis solo como un inglés, os guste o no, soy también escocés, amo a mis dos patrias, Elvin. Nunca he matado a nadie que no lo haya merecido, no soy un asaltante de caminos al uso, ese no es nuestro cometido, solo mantenemos el control en la frontera, al igual que hacía tu hermano, con la diferencia que no por órdenes del rey.

—No soy un niño —escupe enfadado—. Me han estado entrenando, sin embargo, sé que no van a permitirme hacer nada por mí mismo. Me protegen demasiado, no confían en mí.

—¿Crees que, si te llevo conmigo, eso me congraciará con Morrigan? —pregunto con sorna—. Ni siquiera tendría tiempo para ello porque tu hermano me rebanaría el pescuezo.

—Es mi decisión —alza el mentón—. Estoy harto de que todos quieran manejar mi vida.

—Le debes lealtad a tu *laird,* Elvin —rebato—. Esto no funciona así —suspiro—. Sé lo que es sentir que no eres libre —le miro con

tristeza—. Pero debes tomar las riendas de tu vida de frente, no por la espalda. Si tu hermano te lo permite, estaré orgulloso de que te unas a mí.

—Jamás me permitirá ir a la frontera, solo me dejó ir con él a Crawford porque insistí en que Morrigan también era mi hermana —sisea frustrado—. No quiero vivir encerrado en Duart —se queja—. Aquí no hay nada para mí…

—Es tu hogar —corrijo—. No es fácil dejarlo todo atrás para comenzar en un lugar que no es el tuyo.

—No vas a ayudarme —acusa—. No sé por qué pensé que me entenderías. —Se da media vuelta para marcharse, pero se detiene, me lanza algo que cojo al vuelo—. Dreidre te envía esto.

Dos mantas, algo de pan y queso. Lo observo marchar a paso rápido, sabiendo que he hecho lo correcto al no dejarle cometer semejante locura. Quiero huir de lo que sea que le atormente en Duart, pero, si no le hace frente, jamás podrá ser feliz; sin importar dónde estés, los demonios nos acompañan allá donde vamos robándonos la paz que tanto ansiamos.

Doy buena cuenta de la carne y un poco de pan. Me tumbo al lado del fuego, pero no lo suficiente cerca como para quemarme, contemplo danzar las llamas, los movimientos son casi hipnotizantes. Mi mente comienza a recordar momentos que hasta ahora había intentado olvidar para intentar seguir con mi vida.

***

Volver a ver a Morrigan se siente como un golpe en el estómago. Ninguna mujer me ha hecho sentir inseguro jamás, pero esta escocesa de pocas palabras, pero certeras como una daga, de lengua mordaz y replicas rápidas, consigue ese efecto en mí.

Algo que no me gusta en absoluto, por lo que intento evitarla, sé que pueda causarme problemas, sin embargo, sé que es la última noche que paso en Duart, que puede que no vuelva a verla o, si lo hago, ya no seré un hombre libre, eso me hace decidirme, es hoy o nunca y necesito saber si lo que siento es fruto de un deseo insatisfecho o algo más.

En cuanto la beso, sé que estoy perdido, su forma de responderme consigue encender un fuego abrasador en mí como nunca. Mis

manos recorren su cuerpo, pronto nos encontramos en mi alcoba, sobre mi lecho, y no tengo suficiente de ella, temo que nunca pueda saciarme. ¿Y si me convierto en adicto a algo que no va a pertenecerme jamás? Dejo de pensar cuando sus manos temblorosas rozan mi pecho, cuando sus gemidos llenan mis oídos, y cuando por primera vez alcanza el éxtasis entre mis brazos, no puedo seguir ocultando el hecho de que estoy enamorado de una mujer a la que no puedo tener.

Entre sus brazos conozco lo que significa entregarse en cuerpo y alma a una persona. Su pasión enciende la mía, me siento tan bendecido por su forma de responderme que, cuando alcanzo mi propio alivio, solo puedo murmurar su nombre una y otra vez como una especie de plegaria. Mi cuerpo tiembla mientras abrazo el suyo para que no se aleje, rezo para que no se arrepienta porque este momento es algo que pienso atesorar para toda la vida y no quiero que nada ni nadie logre empañarlo, ya que sé que mañana tendré que marcharme dejándola atrás.

Me odiará, se sentirá despreciada sin saber que dejo mi corazón con ella, que dejarla es una de las cosas más difíciles que he hecho nunca.

Pero no puedo quedarme, no puedo darle lo que merece, porque no soy libre para darlo.

—Lo siento mucho, pequeña —susurro mientras la contemplo dormir apaciblemente, sabiendo que, si nos volvemos a ver, en sus ojos brillará el odio cuando hace unas horas lo hacía el deseo—. Siempre te amaré, Morrigan MacLean.

***

Cierro los ojos con fuerza para retener las ganas de llorar, ya lo hice aquel día mientras me alejaba del amor de mi vida sabiendo que debía casarme con otra mujer a la que nunca iba a poder entregar mi corazón. Sin embargo, eso nadie lo sabe y no creo que les importe porque no me van a creer. No hablé con la verdad cuando debía hacerlo y debo pagar por ello. Pero ¿mi castigo debe ser vivir sin Morrigan? Tal pensamiento me hunde en la más completa miseria, ya que mi sueño es poder formar una familia a su lado, esa que nos han arrebatado.

Comienza a llover, y a pesar de las mantas, pronto termino calado hasta los huesos, muevo a mi caballo hasta una arboleda e intento guarecernos lo mejor posible.

—Va a ser una noche muy larga —susurro, observando el castillo no muy lejos de mí.

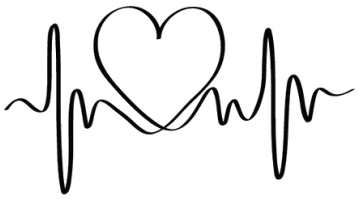
Como suponía, las horas pasan lentas, no consigo dormir por el frío, por lo que soy testigo del momento en el que el sol comienza a despuntar dando paso a un nuevo día. Siempre me han gustado los amaneceres porque son nuevas oportunidades, al menos, he intentado verlo de esa manera hasta ahora, ya que no creo que cambie nada.

Esperar que el portón de Duart se abra para darme paso es algo con lo que no cuento, mucho menos que sea Morrigan la que salga en mi busca, eso sería como un sueño.

—¿Debería marcharme? —me pregunto a mí mismo—. Quedarme aquí fuera no va a hacer que ella me perdone. Pero irme significa rendirme y no merece que lo haga.

Hablar solo creo que va a convertirse en una maldita costumbre. Monto a mi caballo y decido dar un paseo, ya que no tengo nada más que hacer que esperar, así aprovecharé para prepararme mejor para la llegada de la noche. Si vuelve a llover, va a ser complicado de nuevo, ahora todo estará demasiado húmedo como para conseguir hacer un buen fuego que me haga entrar en calor.

—No me han matado en batalla, y acabarán conmigo unas malditas lluvias —mascullo, miro de reojo de nuevo al castillo sin perder la esperanza, nada, suspiro y sigo mi camino.



Capítulo 14

Morrigan

—Se marcha —informa Diane, mirando por la ventana, escucharlo hace que mi corazón dé un vuelco en mi pecho sin que lo pueda evitar—. No ha durado mucho —se burla.

Agacho la mirada para que no vea lo que me afecta el hecho de que ese patán sin sentimientos se dé por vencido tan pronto. Durante la noche, no he sido capaz de dormir pensando en que debía estar pasando frío, incluso como una idiota he llegado a pensar en pedirle a Kylian que lo dejará pasar, aunque fuera para dormir en las caballerizas. Menos mal que no lo he hecho, una vez más me demuestra que he tomado la decisión correcta al alejarlo de mi vida.

—No podemos culparlo, ¿no? —Miro a mi amiga sorprendida—. Tiene obligaciones en su hogar —se encoge de hombros.

—Por supuesto —concedo, intentando aparentar normalidad, indiferencia—. Es un hombre con muchas responsabilidades. ¿Por qué iba a perder el tiempo ahí fuera?

—No eres una buena mentirosa —se ríe, acercándose a mí—. No pasa nada si reconoces que te duele que se haya rendido tan pronto. ¿Esperabas que desafiara a Kylian? ¿Podrías vivir si alguno de los dos muere por ello?

La miro horrorizada ante semejante idea, no había pasado por mi cabeza tal locura, porque perder a cualquiera de los dos es algo con

lo que no quiero lidiar jamás. Me levanto de la cama con su ayuda, harta de estar postrada, y camino hasta la ventana para ver que no hay nadie en las inmediaciones del castillo.

Me despido en silencio de él sabiendo que es muy probable que no vuelva a verlo. Puedo sentir a Diane tras de mí, permanece callada, solo espera por si me desvanezco o necesito ayuda para regresar al lecho. Por eso se ha convertido en mi mejor amiga, siempre me cuida en silencio, escucha y aconseja, pero con calma. La siento como un refugio, me hace sentir que Kael no se ha marchado del todo, porque se parece demasiado a él.

—Vaya par estamos hechas —intento bromear, la escucho reír—. Nos vamos a quedar solteronas.

—Habla por ti —replica—. Yo tengo un gusto exquisito para elegir. Tu hermano era uno de los mejores hombres que he conocido, no podría haber escogido mejor padre para mi hija, a pesar de que no esté a nuestro lado.

—Lo siento —me avergüenzo—. Siento mucho haber comparado mi experiencia con la tuya. Kael no está contigo porque lo mataron, John no está a mi lado por elección.

—Sé que no lo has hecho con mala intención —me abraza desde atrás—. Solo intentas sobrellevar el dolor.

—¿Pasará? —pregunto, asustada por la respuesta que pueda obtener.

La siento negar contra mi espalda, cierro los ojos sintiéndome derrotada. Me da mucha pena que una de las mujeres más buenas que conozco haya perdido al amor de su vida a manos de unos desalmados que solo ansiaban poder. Y es por eso que me siento un poco egoísta al no querer dar la oportunidad a John de explicarse, de redimirse, porque mi hermano no la tuvo.

—No dejes que nadie, ni siquiera yo, te diga lo que debes hacer —dice sin que me lo espere, me giro, por lo que tiene que soltarme para mirarla ceñuda—. No lo olvides, ¿de acuerdo? Aunque todos estemos en contra, haz lo que dicte tu corazón, es lo que yo hubiera hecho de haber tenido la oportunidad.

—¿Por qué me dices eso? —pregunto.

—Solo recuerda cuando todo parezca en contra—ordena con firmeza—. Escucha tu corazón. Es el único que puede guiarte hacia tu felicidad.

—Sé que estoy haciendo lo correcto, Diane —me reafirmo, asiente —. No voy a echarme atrás.

—Lo correcto no es siempre lo que nos hace felices, querida —apenas tiene un par de años más que yo y parece que tiene ochenta, creo firmemente que es un alma vieja—. Dejé que Kael cumpliera para con su gente, terminó casado con una mujer que no amaba y asesinado a manos de su propio hermano, ¿crees que no me culpo cada día de mi vida?

—No debes hacerlo —exclamo sorprendida, no solemos hablar sobre esto porque a ambas nos duele—. Tú no mataste a Kael.

—¿Y por qué siento que si hubiera luchado más estaría vivo? —pregunta, rota de dolor—. Tal vez si hubiera sido más firme, si le hubiera hecho elegir entre su familia y yo…

Interrumpo negando con una sonrisa triste en mi rostro y las lágrimas contenidas en mis ojos. Diane calla porque sabe al igual que yo que mi hermano era demasiado leal y noble como para dar la espalda a su familia y su clan, y lo pagó con su vida.

—Dios —masculla, dejándose caer sobre mi lecho—. Me prometí a mí misma no hacerme esto, torturarme con lo que pudo ser y no fue va a terminar por volverme loca, Morrigan. —Me arrodillo frente a ella y me mira derrotada, por primera vez en mucho tiempo veo lo que esconde.

—Luchas por Helen, ¿cierto? —susurro apenada—. Intentas sonreír y seguir adelante por ella.

—Sí —reconoce—. Si no fuera por ella, hace mucho tiempo que hubiera seguido a Kael. —Escucharla consigue que me estremezca, porque no veo atisbo de duda ni en su voz ni en su mirada—. Enterarme de mi embarazo fue lo único que me obligó a seguir con vida.

—No me gusta escuchar esto —mascullo, me levanto con esfuerzo —. Diane, tu vida vale mucho más que el amor que sientes por alguien que no va a volver.

—Para mí, seguir respirando es toda una batalla, Morrigan —susurra, me asusta ver su desanimo—. Muchas veces ni siquiera la sonrisa de Helen es suficiente para que regresen mis ganas de vivir.

—Basta —ordeno asustada—. No quiero seguir escuchando este derrotismo, no en ti, Diane —me observa—. Vamos a salir de esto —sentencio—. Ambas. Volveremos a sonreí, a vivir, somos MacLean.

Finalmente, consigo que reaccione, un tímido gesto de asentimiento. Se levanta de mi lecho para caminar hasta mí y volver a abrazarme, esta vez le devuelvo el gesto, temiendo que el dolor que siente sea más grande que el amor por su hija y cualquier día cometa una locura.

—Prométeme que siempre estarás conmigo —susurro—. Hazlo —apremio ante su silencio.

—Lo prometo, pesada —musita alejándose—. Recuerda tú también —advierte—. Permite que sea tu corazón quien te guíe. Ahora vuelve a la cama, voy a por algo para que comas, necesitas poner carne sobre esos huesos.

Sale de la alcoba dejándome pensativa, obedezco, aunque lo que desearía es asomarme de nuevo a la ventana con la esperanza de que John todavía siga ahí fuera. Pero debo ser realista, dejar de vivir de sueños y enfrentarme a mi realidad.

Me acomodo en los almohadones y suspiro. Miro mi camisón, sin poder evitarlo, mis manos se posan sobre mi vientre, el cual ya no va a hincharse para dar espacio al bebé que ya esperaba con tanta ilusión y que amaba con todo mi corazón. Comienzo a llorar, tan fuerte que no soy consciente de que alguien ha entrado en mi alcoba hasta que me abrazan, por el aroma, sé que se trata de Dreidre.

—Llora, querida —susurra—. Tienes todo el derecho…

—¿Cómo pudiste resistirlo? —pregunto entre sollozos—. ¿Cómo puedes vivir con este dolor…?

—Todos cargamos con pesares con los que tenemos que aprender a vivir —responde, intentando no llorar—. Cuando Alina murió, quise irme con ella, pero ese no era mi destino. Y el tuyo no es quedarte aquí dentro penando. —Sus manos se posan sobre mis hombros—. Eres Morrigan MacLean, hija y hermana de los mejores *laird* de los

últimos tiempo. Por tus venas corre sangre de guerreros, por lo que no dejes que nadie te haga creer lo contrario, ni siquiera John.

—No tengo ninguna intención de volver a permitírselo a nadie, sea quien sea —añado con firmeza—. No me importa si es tu hermano, tu padre o un maldito desconocido.

—Así se habla —aplaude—. Haz que sufra —la miro sorprendida—. Haz que suplique, que se arrodille frente a ti llorando lágrimas de sangre.

—No quiero que haga eso —rebato ceñuda—. Solo quiero paz.

—Querida, naciste para ser mujer —sonríe—. Naciste para ser amada, para ser esposa y madre.

—Tal vez —concedo tras pensarlo brevemente—. Pero no tiene que ser con tu hermano.

Pierde la sonrisa y me arrepiento de haberlo dicho en voz alta.

—No hagas nada de lo que te arrepentirás tarde o temprano, Morrigan —aconseja—. Asegúrate de que el hombre que elijas es el adecuado, y al que ames con todo tu corazón. Ya has sufrido bastante, volver a casarte sin sentimientos solo te conducirá al infierno de nuevo.



Capítulo 15

John

—Llevas merodeando por mis tierra una semana, Lindsay. —No me sorprende que esta vez sea el mismísimo Kylian quien venga a mi encuentro—. Lárgate antes de colmar mi paciencia.

—Por mucho que me odies —replico—, por mucho que lo merezca, nunca vas a matarme, así que ahórrate la amenaza.

—Puedo torturarte —sisea—. ¿Quieres una visita a las mazmorras de Duart? —pregunta, me giro para mirarlo—. ¿Por qué me miras así?

—Si es la única forma en la que me permitas entrar al castillo… —Me observa como si hubiera perdido el juicio, me encojo de hombros —. No me dejáis opciones y se me acaba el tiempo, MacLean.

—Vuelve a tu hogar, Inglés —insiste sin dar su brazo a torcer—. Deja de causar problemas, maldita sea —masculla las últimas palabras.

—¿No me digas que mi hermana te está haciendo pagar que no me dejes entrar a Duart? —me burlo conociendo a Dreidre—. Siempre puedes claudicar.

—La última vez que te permití dormir bajo mi techo preñaste a mi hermana —gruñe, suspiro levantándome para estar en igualdad de

condiciones si decide atacar—. ¿Crees que voy a confiar en ti?

—No debes hacerlo —concedo—. Nunca he dicho que si me permites dormir bajo tu techo no vaya a tocar a tu hermana.

El puñetazo que recibo hace que escupa sangre. No se lo devuelvo porque sé que me merezco esto y más, no solo por lo que acabo de decir, sino por todo lo demás. Se está conteniendo, puede que nunca podamos superar esto y, aun así, al igual que no lo maté cuando hizo daño a Dreidre, él no lo hará ahora.

—Regresa a la frontera —ordena de nuevo—. Aquí solo pierdes el tiempo, John. La única manera de que te deje volver a poner un pie en Duart es que mi hermana me lo pida, y no parece muy dispuesta a ello.

—¿Cómo está? —pregunto ansioso por saber—. ¿Se ha recuperado?

—Ya no permanece en el lecho, si es eso a lo que te refieres —contesta de mala gana—. Pero no se ha recuperado de lo sucedido, y no creo que logre hacerlo jamás.

—Maldita sea, Kylian —exclamo frustrado—. Si me dejas entrar, lo arreglaré. ¿No te has parado a pensar que puede estar luchando contra ella misma? —Veo cómo tensa su mandíbula—. Lo sabes y no haces nada —acuso—. Sabes que seguramente sufre porque me quiere a su lado, pero debe comportarse como se supone que vosotros queréis.

—No intentes culparme por tus errores —escupe, empujándome de nuevo—. La llevé hasta Crawford para que hablara contigo y la destrozaste, maldito bastardo. ¿Pretendes que te dé otra oportunidad para acabar de romperla?

—No pienso hacerlo —grito furioso, le devuelvo el empujón—. Solo quiero estar a su lado para compensar cada dolor, cada lágrima de la que he sido responsable y de las que no, también. Quiero abrazarla para poder llorar juntos la pérdida de nuestro bebé, tú lo hiciste, te dejé hacerlo —le recuerdo entre dientes—. ¿No merezco al menos el mismo trato?

—Deja que te raje el vientre y a lo mejor me lo pienso —espeta airado, rompo mi camisa, dejando mi pecho al descubierto.

—Hazlo —inquiero—. Si ese es el pago, lo acepto.

—Te has vuelto completamente loco —replica incrédulo—. Vete, John, y acabemos con esto de una maldita vez.

No sé qué demonios se apodera de mí para coger mi daga con la intención de hacerme la misma herida que Kylian tiene en su vientre. Sin embargo, acabo con esta clavada mientras siseo ante el dolor que me atraviesa, y mi cuñado, al escucharme, se gira para mirarme horrorizado.

—¿Qué demonios has hecho, imbécil? —grita mientras se acerca a mí—. Has perdido el juicio definitivamente, si quieres morir, hazlo lejos de aquí, maldita sea —masculla, viendo cómo intento recuperar el aire.

—Maldición —siseo—. No sé qué he hecho —reconozco avergonzado—. Kylian, ahora sí que voy a necesitar tu ayuda.

Pasa uno de mis brazos sobre sus hombros y me levanta a pulso hasta mi caballo. Sin soltar las riendas, emprende el camino de regreso Duart, menos mal que no estamos muy lejos o no creo que pudiera permanecer sobre la montura.

—Ahora van a creer que he intentado acabar con tu vida —masculla—. Será mejor que lo aclares de inmediato, no pienso dormir otra noche en una cama que no sea la mía, o terminaré lo que acabas de empezar.

—Lo prometo —le digo jadeando—. Esto duele.

—No seas quejica —riñe como si hablara con un niño—. ¿Acaso es la primera vez que te hieren con una daga?

—¿En el vientre? —cuestiono, asiente sin mirarme—. Pues sí, es la primera vez. —Masculla algo que no logro comprender—. No suelen herirme, MacLean —me jacto.

—Te recuerdo que hace años te ensarté con una flecha —replica—. Parece que tienes mala memoria.

—Suerte, supongo —resuelvo sonriente al ver el portón de Duart frente a nosotros—. Si lo llego a saber, me ensarto antes con mi propia daga —bromeo, lo escucho gruñir.

—¿Qué ha pasado? —mi hermana corre hasta nosotros pálida—. ¿Has sido tú, esposo? —acusa furiosa.

—Detente, Dreidre —espeto, llamando su atención mientras Kylian me ayuda a desmontar—. He sido yo.

—¿Cómo dices? —pregunta incrédula.

—Aquí tu hermano ha decidido que tenía ganas de ensartarse su propia daga —explica mi cuñado con ironía mientras entramos al castillo bajo la atenta mirada de varias personas—. Que venga Diane.

—Estoy aquí. —Miro tras de mí para ver a la joven amante de Kael y madre de su hija, una que no llegó a conocer—. Tumbadlo sobre la mesa —ordena.

—Mejor en el lecho y… —comienza mi hermana.

—No —gruño entre dientes por el dolor—. Quitarme esto de una vez o va a atravesarme las tripas.

Kylian me deja sobre la mesa tumbado con sumo cuidado, algo que debo agradecerle después. Dreidre se posiciona a mi lado con lágrimas en los ojos, pocas veces me ha visto herido y nunca de gravedad, sé cómo se siente porque lo viví en carne propia cuando vi cómo la herían frente a mis ojos.

—Voy a estar bien —susurro—. No llores. Sabes que no soporto verlo…

—Tengo que sacar la daga —dice Diane—. Kylian, sujétalo por los hombros, Dreidre, tú por los pies.

—Por Dios —exclamo exasperado—. O lo haces tú, o lo hago yo.

—¿Quieres morir desagrado como un cerdo? —cuestiona con frialdad—. Si no la saco bien, puedo desgarrar algún órgano y no había fuerza humana que te salvará.

—Hazlo de una vez —mascullo.

—¿Qué sucede? —Esa voz me estremece y miro hacia la puerta—. ¿John…?

—Hola, Escocesa —saludo contento de verla, a pesar de las circunstancias, me complace comprobar que, aunque sigue pálida y ojerosa, está mucho mejor.

Se acerca sin responderme y, al ver mi herida, jadea impresionada, incluso se tambalea.

—¡Cógela, Kylian! —ordeno, maldiciendo mi mala suerte por no poder moverme—. Estoy bien, Morrigan.

—Maldita sea —exclama MacLean—. Morrigan, ve a tu alcoba, no pasa nada.

—¿No pasa nada? —cuestiona, alzando la voz—. Tiene una maldita daga en el estómago —exclama—. ¿Has sido tú, hermano?

—No —se defiende—. Ha sido él. Está completamente loco.

La morena me mira en busca de la verdad, asiento avergonzado porque me siento como un imbécil por haber hecho semejante locura. Grito cuando, sin previo aviso, Diane saca la daga, aunque el dolor que me atraviesa lo doy por bien servido porque por inercia Morrigan coge mi mano como si quisiera infundirme ánimos.

—¿Por qué has hecho semejante estupidez? —susurra, mirándome a los ojos, todo parece desaparecer a nuestro alrededor, solo puedo verla a ella, sentir su toque y oler su aroma.

—No lo he pensado —reconozco—. No es lo que tenía en mente…

Frunce el ceño sin comprenderme, pero ahora no estoy para dar muchas explicaciones. Diane comienza a limpiar la herida, se debate entre quemar o coser, maldigo entre dientes cuando se decide por esto último.

—Si puedo elegir, preferiría lo primero —intervengo, todos me miran como si estuviera loco, comienzo a pensar que debo estarlo.

—No me cabe la menor duda —escucho a Kylian—. O es imbécil, o un demente. ¿Sabes lo que duele una daga al rojo vivo contra la piel, Lindsay?

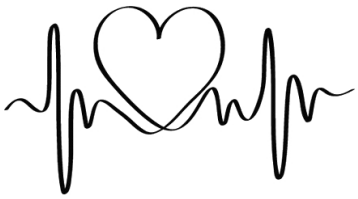
—Deja que ella haga lo que crea mejor —me pide Morrigan.

—Creo que quiere vengarte —susurro de vuelta, y escucho una risa por parte de la curandera, lo que me confirma que está disfrutando—. ¿Lo ves?

Comportarme como un niño puede que me haga parecer estúpido a ojos de los demás, pero es la única manera en la que he conseguido que Morrigan me dirija la palabra y que deje de mirarme con desprecio. Me ha servido para darme cuenta de que no le soy indiferente, se preocupa por mí porque lo estoy viendo en sus ojos.

—¿Cómo has hecho semejante estupidez? —reprende—. ¿En qué pensabas, John?

—Estaba discutiendo con tu hermano —confieso—. No iba a dar su brazo a torcer, solo quería pagar mi deuda —frunce el ceño sin comprender—. La herida que le hice en su día por el daño a mi hermana, solo quería saldarla, sangre por sangre.



Capítulo 16

Morrigan

No doy crédito a lo que estoy escuchando. No podía imaginarme que al bajar por estar oyendo demasiado alboroto iba a encontrarme con un John herido sobre la mesa del salón. No he podido actuar con indiferencia, puede que no lo quiera en mi vida, pero eso no significa que desee su muerte, no es algo con lo que podría cargar sobre mi conciencia.

—Es lo más estúpido que he oído en mucho tiempo, cuando creo que no puedes superarte, lo haces, John Lindsay —espeto furiosa—. ¿De qué te ríes, imbécil? —pregunto.

—Estás hablándome —ruedo los ojos—. Estás a mi lado, me has cogido de la mano. Creo que tengo motivos suficientes para hacerlo, Escocesa.

Me suelto de su agarre, pero no me alejo, quiero ver todo lo que Diane va a hacerle, no porque no confíe en ella, porque le confiaría mi propia vida, pero prefiero no marcharme, aunque es lo que el muy patán se merece.

No emite ningún sonido cuando empiezan a coser la herida, ni siquiera cuando una vez terminado mi amiga hecha una buena cantidad de nuestro mejor *whisky* sobre ella. Solo veo cómo se tensa y frunce los labios con fuerza, imagino que para no gemir por el dolor que debe estar sintiendo.

—Queda esperar que no aparezca la infección —sentencia—. Sobra decir que no puedes hacer esfuerzos, ni siquiera montar a caballo —añade, mirando a Kylian—. Necesita reposo, al menos, hasta que pueda quitar los puntos.

—Comienzo a pensar que ese era tu plan, Inglés —acusa mi hermano—. Tendría que haber dejado que te desangraras como un cerdo.

—Esposo, no he querido insistir más de la cuenta, pero ahora se trata de su salud —interviene Dreidre—. Permite que se quede hasta que se recupere o prepara una carreta y yo misma lo llevaré con mis padres.

—No me amenaces, mujer. —Mi hermano ahora sí está furioso de verdad—. No vas a ir a ningún sitio. No juegues esa baza, Dreidre, porque puede salir muy mal.

Me doy cuenta de que, si no hago algo, incluso el matrimonio de ellos puede peligrar, ya que no dudo del amor que ambos se profesan, pero mi cuñada está dividida entre los dos hombres, dos amores y lealtades distintas.

—John se queda. —Todos me miran, algunos sorprendidos, otros molestos o agradecidos, desde luego no dirijo mis ojos hacia el Inglés porque no dudo que debe estar sonriendo complacido—. Hasta que Diane nos diga que puede montar a caballo para regresar a su hogar.

—Gracias —me dice Dreidre conmovida, aliviada y sé que, a pesar de la mirada que me dirige mi hermano dejándome claro que no está para nada de acuerdo, he tomado la decisión correcta.

Es el primero en marcharse, por lo que las tres nos miramos preguntándonos cómo demonios vamos a subir a John a la segunda planta. Él parece leer nuestra mente porque se levanta con dificultad, sin escuchar las quejas de su hermana ni los consejos de Diane, se pone de pie a pesar del gesto de dolor y avanza como si supiera el camino.

—¿Es sordo? —me pregunta mi amiga mientras observamos cómo los hermanos siguen su camino discutiendo—. A este paso, no cumple los treinta.

—Los hombres son así —me encojo de hombros, intentando disimular mi preocupación—. Kylian es capaz de pelear o montar a caballo con heridas recién hechas, John no va a quedarse atrás.

—Por eso elegí un hombre de paz —replica, sonriendo con nostalgia—. Kael no nació para la lucha.

—Pero era un gran líder —rebato, acariciando su espalda—. Gracias por curarlo.

—No solo lo he hecho por ti, desde el momento que supe que mi destino era seguir los pasos de mi abuela, juré que siempre salvaría cuantas vidas pudiera —explica—. Menos del enemigo, claro está.

—Y, ahora, ¿qué se supone que debo hacer? —pregunto sintiéndome tan confusa que asusta.

—Puedes ignorarlo —dice sin más, como si fuera fácil—. Lo cierto es, querida mía, que ahora puedes pagarle con la misma moneda.

—No te entiendo —frunzo el ceño, observándola con curiosidad—. Explícate, por favor.

—Según me contaste, a tu llegada pensabas incluso en volver a casarte. —Asiento, aunque ya no esté en mente semejante disparate —. Te conozco y sé que no es lo que deseas realmente, pero John no tiene por qué saberlo —sonríe con picardía, la imito cuando entiendo a qué se refiere.

—Su compromiso no era una farsa —le recuerdo de mala gana—. Era prácticamente un hecho. No le permití explicarme mucho, por lo que no sé qué es lo que ha sucedido exactamente.

—No hay duda de que eres una MacLean —replica—. Como te dije hace días, asegúrate de que la decisión que tomes sea con la que puedas vivir.

—No sé si dejarme guiar por el resentimiento es lo correcto, Diane —replico—. Ni si poder vivir con ello, pero sí voy a tener que continuar sabiendo que me arrebataron algo que deseaba y amaba con todas mis fuerzas.

Salgo del salón en busca de aire, no me detengo en el patio, sino que sigo caminando hasta que me encuentro de frente a Thomas.

—Ya corre por todo el clan cómo el imbécil del Inglés se ha clavado su propia daga —dice riendo—. ¿Dónde está?

—Supongo que en su alcoba —respondo escueta, todavía tengo que decidir si me gusta o no que se burlen de él en mi presencia.

—¿Kylian lo ha permitido? —pregunta sorprendido.

—Diane ha dicho que no puede cabalgar —explico—. No quería que Dreidre y mi hermano sigan discutiendo, por lo que he sido yo quien lo ha ordenado.

—Mejor será que no me cruce en el camino de Kylian entonces —masculla—. Niña, no sabes lo que acabas de desencadenar.

—¿No tienes nada que hacer además de prestar oídos a cuentos de viejas? —pregunto harta de la conversación, lo aprecio, pero, en estos momentos, su inquina para con John no es algo que necesite escuchar.

—No pagues tu malhumor conmigo —replica, pasando por mi lado —. Has sido tú la que has permitido a ese bastardo permanecer en Duart.

Se aleja, muerdo mi labio inferior para no replicarle. Respiro hondo intentando mantener la compostura, tiene razón, no ha sido él quien ha decidido dejar que John se reponga bajo mi techo cuando lo único que quiero es poner distancia de por medio. Mientras camino para intentar calmarme, pienso en las palabras de Diane, ¿y si a la par que mi examante se recupera le doy a probar de su propia medicina?

Corro para alcanzar a Thomas porque se me acaba de ocurrir algo que puede dejarme saber si John siente algo por mí, o solo ha venido hasta aquí por el sentimiento de culpa. El mejor amigo de mi hermano y segundo al mando se pierde en las caballerizas, lo sigo jadeante.

—Thomas —grito para llamar su atención, se gira sorprendido—. Necesito tu ayuda.

—¿Quieres que eche a patadas al Inglés? —pregunta, emocionado, mientras se acerca a mí.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunto, dejándole sin palabras.

—¿Te has vuelto loca? —cuestiona, alzando la voz, de hecho, incluso retrocede varios pasos como si le diera miedo mi cercanía—. ¿Quieres que Kylian me rebane el pescuezo, muchacha?

—No sería verdad —explico de inmediato—. Solo necesito que finjas que vamos a casarnos —sonrío con la esperanza de que mi gesto le haga aceptarlo sin más preguntas.

—Puede que nuestra unión sea una farsa, pero te aseguro que la paliza que me daría tu hermano sería muy real —rebate—. No sé qué estás tramando, pero no me metas en ello —advierte.

—No conozco a otro hombre al que pedírselo. —Detiene su retirada, lo escucho suspirar para mascullar algo que no logro comprender—. Solo quiero que John sienta la mitad de lo que sentí yo, necesito saber si ha venido hasta aquí porque se siente culpable o porque siente algo por mí.

—Morrigan —se gira para mirarme frustrado—, mereces un hombre que no dude, que seas su prioridad desde el principio. Ese Inglés no te quiere, de verdad, no creo que eso sea amor.

—¿Te has enamorado alguna vez? —pregunto, rehúye mi mirada —. ¿Thomas?

—No estamos hablando de mí —exclama, alzando la voz.

—Por favor —suplico como última opción—. Se lo explicaré a mi hermano, no habrá represalias. Solo durante unas semanas, yo…

—¿De quién ha sido la idea? —interrumpe—. No creo que Dreidre se preste a esto, después de todo, es su hermano. ¿Es cosa de Diane? Esa mujer es sibilina —gruñe, me sorprenden sus últimas palabras.

—¿Por qué dices eso? —me enfurezco porque no pienso permitir que hable mal de ella—. No vuelvas a decir algo semejante en mi presencia, Thomas. Me he equivocado pensando que eras mi amigo, no te preocupes, no volveré a molestarte.

Me giro dispuesta a marcharme, su mano me detiene, le miro sobre mi hombro.

—Si no te ayudo, se lo pedirás a cualquiera, ¿verdad? —No respondo porque no me gusta mentir—. Lo haré, pero cuéntaselo a tus hermanos, no quiero problemas —me advierte.

—Gracias —exclamo abrazándolo—. No sabes lo que significa para mí.

—¿Qué debo hacer? —pregunta entre dientes.

—Pedir mi mano esta noche —resuelvo—. Imagino que John bajará a cenar… —digo pensativa.

—Pues resuélvelo con Kylian o no abriré la boca —insiste—. Tengo en alta estima cada hueso de mi cuerpo.

—Lo haré. —Salgo corriendo de las caballerizas para seguir con mi plan. Uno que puede que arroje luz a tanta incertidumbre.



Capítulo 17

John

La herida duele, pero lo soporto con gusto, ya que me ha permitido ganar tiempo. No es algo que volvería a hacer, porque si debo ser sincero, no es algo que hubiera planeado como piensa Kylian. No puedo seguir en el lecho, sobre todo, porque me siento muy nervioso, tenía la esperanza de que Morrigan apareciera para ver cómo estoy, pero no lo ha hecho. Por lo que he decidido que, a pesar de que no tengo mucho apetito, bajaré a cenar, solo espero que Dreidre no intente impedírmelo exigiendo que me quede en la cama como una damisela enferma. No me estoy muriendo, incluso si mi vida dependiera de ello podría cabalgar de vuelta a Crawford, solo he accedido a seguir las indicaciones de la curandera por propia conveniencia.

—¿Qué crees que haces, John? —Ruedo los ojos, esto era lo que me temía—. Tendrías que estar acostado.

—Voy a bajar a cenar —anuncio—. Espero que tu esposo no sea delicado de estómago —bromeo, ella no se ríe.

—No tenses la cuerda —espeta—. Estás en Duart, has ganado un poco de tiempo… ¿qué más quieres?

—Verla —respondo como si fuera lo más obvio—. No se ha dignado a aparecer por aquí —farfullo—. Si no estoy a su lado,

¿cómo quieres que la recupere?

—Algo no va bien —la miro sin comprender—. Thomas y Morrigan han pedido hablar con mi esposo a solas —frunzo el ceño, no me gusta nada lo que escucho—. Por favor, no hagas ni digas nada que pueda enfurecerlo todavía más.

—¿Y por qué querían hablar con él? —Se encoge de hombros—. ¿Desde cuándo Thomas es tan cercano a Morrigan?

—Thomas es uno más de la familia, hermano —explica—. Ni se te ocurra atacarlo —advierte—. Si vas a bajar a cenar diré que pongas los cubiertos para ti.

Sale de la alcoba, mascullo una maldición sintiendo que algo sucede y que ignoro, no estoy jugando en igualdad de condiciones porque voy a ciegas. Salgo tras ella, pero como no puedo andar muy rápido, la pierdo de vista, bajo las escaleras con cuidado porque siento cómo la herida tira con cada paso, lo último que quiero es que se abra para que tengan que coserla de nuevo.

—¿Vas a unirte a nosotros, John? —pregunta Diane—. Si tienes mucho dolor, dímelo y te daré unas hierbas que te ayudarán a dormir.

—Estoy bien —replico de inmediato, buscando a Morrigan—. ¿Dónde están todos? —pregunto.

—No lo sé —se encoge de hombros—. Los hermanos están demasiado misteriosos, puede que sea por tu estancia en Duart.

En ese momento, Kylian entra acompañado de Thomas y Morrigan, tras ellos, Elvin. Ninguno parece muy contento de verme, pero no me echan del salón, es un avance.

—¿Qué tal tu herida, Inglés? —se burla Thomas, ayudando a Morrigan a sentarse, me tenso porque no me gusta que la toque—. Me alegro de que hayas bajado, así podrás celebrar junto a nosotros.

—¿Celebrar qué? —pregunto con cada musculo de mi cuerpo en tensión, un mal presentimiento se apodera de mí.

—Nuestro compromiso. —Me levanto de golpe, me llevo una mano a la herida y ahogo un gemido de dolor—. Veo que te alegras —se burla.

—¿Qué demonios significa esto, Morrigan? —pregunto enfurecido —. ¿Es una broma?

—Por supuesto que no —responde con una tranquilidad pasmosa —. Creo recordar que te dije que pensaba comprometerme con el primer hombre que mereciera la pena, que tuviera el valor que a ti te faltó para defenderme y los arrestos suficientes como para elegirme por encima de todo.

—Voy a matarte —me abalanzo sobre él sin importarme que hace unas horas mi propia daga atravesaba mi estómago.

Escucho los gritos de las mujeres, incluso me parece que Dreidre acaba de llegar para presenciar nuestra pelea, pero no me importa nada más que dejarle claro a este imbécil que no pienso permitir que se case con mi mujer, es mía, puede que ella no lo acepte todavía, pero lo hará.

—Basta —el bramido del laird MacLean detiene el brazo de Thomas en alto, que no llega a asestarme otro puñetazo—. Thomas, levántate —ordena, su amigo le obedece.

Quedo tendido en el suelo sin poderme mover, ahora siento el dolor recorrerme el vientre, incluso cómo algo caliente fluye manchando mi nueva camisa. Maldigo mi temperamento porque solo he conseguido lo que había querido evitar, mi herida se ha abierto.

—Por el amor de Dios, John —exclama mi hermana, ayudándome a levantarme, ya que nadie más lo hace—. Deja de comportarte como un loco —reprende—. Tu herida ha vuelto a abrirse.

—Déjame ver. —Diane se arrodilla frente a mí una vez estoy sentado de nuevo—. No puedo volver a coser —se lamenta—. Tendré que cauterizar.

Morrigan se acerca despacio, veo algo en sus ojos que me hace recuperar las esperanzas. Sus manos se retuercen en señal de nerviosismo, sus dientes muerden su labio inferior. Viéndola así me pregunto cómo puede haberse comprometido con otro hombre.

—Estoy bien —resuelvo—. Me gustaría saber cómo ha surgido este amor tan repentino —me burlo, intentando ocultar el dolor que me produce un compromiso con el que no contaba, ¿así se sintió mi Escocesa? La miro intentando comunicarme con ella en silencio, pero me rehúye, suspiro sintiendo que estoy perdiendo el tiempo.

—Sangras bastante —rebate la curandera preocupada—. Si tanto deseas morir…

Se levanta dispuesta a marcharse, gruño frustrado e iracundo a partes iguales. Lanzo una mirada airada a Thomas, que me observa impasible, y una dolida a Morrigan, salgo del salón para seguir a Diane en completo silencio mientras mi mano intenta detener el sangrado.

De vuelta en mi alcoba, me tumbo en el lecho como me indica con un simple gesto, no sin antes pedirme mi propia daga, la misma que ha causado la herida. Veo cómo se dirige hacia la chimenea y la calienta hasta que está al rojo vivo, intento prepararme para lo que se avecina, no puedo evitar pensar en Kylian, en ese niño que fue marcado y obligado a llevar esa cicatriz hasta el final de sus días.

—¿Listo? —pregunta acercándose—. No sé en qué demonios pensabas al abalanzarte como un desquiciado contra Thomas.

—¿Debo dejar que ese imbécil se case con mi mujer? —cuestiono entre dientes cuando de nuevo vierte *whisky* y gimo sin control cuando, sin previo aviso, el filo de la daga quema mi carne cauterizando la herida—. Maldición —bramo cuando termina.

—Te dije que era mucho más doloroso —se encoge de hombros—. Incorpórate —ordena—. Voy a vendarte.

—Yo lo haré, Diane. —Ambos miramos sorprendidos hacia la puerta, no había escuchado cómo se abría—. Tus gritos han puesto nerviosos a Dreidre y Kylian, me han enviado para ver lo que sucedía.

Morrigan observa con mucha seriedad a Diane, esta solo sonríe, asiente y, sin decir ni una palabra, se marcha dejándonos solos. Se acerca con decisión hacia un arcón, lo abre y rebusca dentro con rapidez, veo cómo coge lo que parecen unas telas y las rasga.

—Necesito que te levantes —me dice sin mirarme—. No podré vendarte si estás tumbado. ¿Puedes hacerlo, o debo pedir ayuda?

Me incorporo, aunque todavía siento mi vientre arder. Se sienta a mi lado y comienza a enrollar la tela alrededor de mi cintura, ninguno de los dos hablamos, cierro los ojos impregnándome de su aroma a brezo fresco.

—¿De verdad vas a casarte con él? —se queda inmóvil por unos instantes, pero no responde—. Morrigan, respóndeme.

—No tengo porque hacerlo —susurra ahora sin detener sus manos, cuando me roza el pecho, mi piel se eriza, aprieto mis manos a mis costados para no tocarla—. No tienes ningún derecho sobre mí, John.

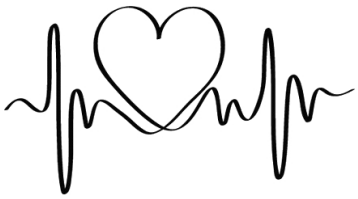
—Eres mía —siseo, alza sus ojos sorprendida—. ¿Vas a dejar que él te toque? —Ese simple pensamiento me enfurece—. ¿Vas a permitir que te posea? ¿Crees que te hará sentir algo parecido a lo que tenemos tú y yo?

—No pretendo hacer comparaciones —masculla—. Solo quiero un hombre a mi lado que sepa apreciarme.

—Tienes razón —concedo, ya ha terminado de vendarme—. No te aprecio.

Agacha la mirada y se dispone a levantarse para alejarse de mí, sé muy bien lo que está pensando por las palabras que acabo de pronunciar. La detengo, mi mano sobre su antebrazo, pero sin hacerle daño.

—Te amo, Morrigan —me mira incrédula, veo la duda en sus ojos, pero desaparece de inmediato—. No lo hagas, no te cases con él para castigarme.



Capítulo 18

Morrigan

Nunca pensé que escucharía esas palabras de los labios de John Lindsay, mucho menos una súplica. Nos observamos por lo que parece una eternidad, siento como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Me amabas cuando me diste la espalda? —pregunto rompiendo el hechizo, veo cómo aprieta con fuerza la mandíbula—. ¿Cuando pusiste en duda la paternidad de mi hijo? ¿O cuando no me creíste respecto a tu prometida?

—¿Por qué no puedes olvidar todo eso? —acusa furioso, me suelta y aprovecho para alejarme de él, no por miedo, sino porque necesito poner distancia de nuevo—. Podemos ser felices, maldita sea.

—Yo debo olvidar, debo perdonar, debo entender —le grito furiosa con él, conmigo por ser tan débil—. ¿Por qué no me elegiste a mí? —acuso al fin dando voz a mi mayor miedo.

—Lo hice —asegura—. Al marcharme aquel día te estaba protegiendo, maldición, Morrigan, nunca he sido libre —exclama—. No podía darte lo que merecías, y ahora que puedo, que lo he mandado todo al infierno sin importarme perder cuanto poseo, todo lo que soy, no quieres aceptarme.

—¿Puedes devolverme a mi hijo? —pregunto sin permitirme a mí misma dar mi brazo a torcer.

—Yo también lo perdí —replica—. Pareces olvidar que era su padre.

—Eso lo olvidaste tú —rebato con rabia, las palabras de aquel día me han marcado a fuego—. Dudaste en todo momento de mí.

—¿Sabes cómo me sentí cuando te vi aparecer en Crawford? —cuestiona—. Lo único que quería era abrazarte, pero no podía porque mi abuelo cuando apenas era yo un niño me comprometió con un bebé recién nacido. Llegas sin esperármelo y tambaleas mi mundo de nuevo anunciando un embarazo —me mira como si estuviera pidiéndome auxilio, como si suplicará para que le entienda —. Si en ese momento hubiera sido libre, te hubiera alzado en brazos gritando de alegría. Pero no lo era, a mi lado estaba la mujer con la que se suponía debía casarme enterándose de que me encamaba con otras.

—Entonces, ¿la culpa es mía? —increpo—. Primero te escribí una carta que también dudaste de que la hubiera escrito.

—Te dije que acababa de llegar —se defiende, lo recuerdo—. Si esa carta hubiera llegado a mis manos, podría haber solucionado todo de otra forma para ir en tu busca.

—Sea como fuere, todo eso es pasado —resuelvo—. No podemos cambiar, John. Todas estas discusiones no nos van a devolver a nuestro hijo.

—No quiero discutir —exclama golpeando el colchón con sus puños, otro gesto de dolor recorre su rostro—. He venido por ti, para llevarte conmigo al lugar que perteneces y comenzar de nuevo. Tienes razón, no podemos cambiar el pasado y lo siento muchísimo, Escocesa.

Su voz desprende tanta ternura, su mirada tanta culpa, además de seguir rogando por un perdón que no estoy segura de estar preparada para dar. Mis piernas parece que no son capaces de sostenerme, por lo que doy unos cuantos pasos para sentarme en el lecho dándole la espalda. Agacho la mirada hacia mis pies, lo siento tras de mí, en completo silencio, por lo que soy capaz de escuchar cómo respira más rápido de lo normal.

—¿Puedo abrazarte? —Miro sobre mi hombro sorprendida, no me esperaba semejante pregunta—. No pude hacerlo aquel día, no pude

consolarte como hubiera querido después de perder el bebé porque no me querías cerca, y lo entiendo, pero siento que, si no lo hago, voy a volverme loco.

Asiento en el momento en que mis labios comienzan a temblar y sé que voy a romper a llorar por todo lo que he querido guardar en mi interior con la esperanza de sobre llevarlo. Lo hace con cuidado, como si temiera romperme. Al principio, me tenso porque no pensé jamás que estaría tan cerca de él de nuevo. Pero, cuando trascurren unos instantes, no puedo evitarlo, me giro y paso mis brazos por su cuello, los suyos aprietan mi cintura con fuerza y esconde su rostro en mi cabello, incluso lo escucho aspirar como si quisiera impregnarse de mi aroma.

De nuevo, entre sus brazos vuelvo a sentirme viva. El tiempo se detiene y lo único que desearía es quedarme así para siempre. Donde no tengo que decidir con la cabeza, sino con el corazón. A mi mente llegan las palabras de Diane, pero también recuerdo las de mi hermano, las de Thomas, las de la maldita harpía inglesa.

Me tenso y mis brazos caen muertos a mis costados, vuelvo a sentir esa frialdad apoderándose de mí, John también lo siente porque me suelta muy lentamente y me mira preocupado.

—Esa mirada de nuevo no, por favor —murmura—. Quiero a mi Morrigan, a mi Escocesa de lengua afilada.

No tengo palabras para describir cómo me siento, qué es lo que quiero o lo que no, ahora mismo mi cabeza parece que va a estallarme. No estoy segura de sí mi plan ha funcionado o no, o si quiero seguir con ello para hacerlo sufrir más, pero si lo hago, ¿en qué me convierte eso?

—No vas a perdonarme, ¿verdad? —Le miro de nuevo para descubrir que está llorando, él, un guerrero rompiéndose frente a mí, por mi culpa—. No hay nada que pueda hacer o decir que te haga cambiar de opinión —sentencia sin importarle dejarme ver su dolor—. También sufro, ¿sabes? Puede que fuera un bastardo egoísta por querer vivir, aunque fuera una sola maldita vez, lo que era tenerte entre mis brazos sabiendo que no podía ofrecerte más, pero soy el hombre que más va a amarte en esta vida. Debí decírtelo, ¿de acuerdo? —exclama, limpiándose el rastro de las

lágrimas que silenciosas han ido cayendo por su rostro—. Darte la opción de elegir estar conmigo bajo esa premisa o no estarlo, pero lo que pretendía solo ser un beso —agacha la mirada— tambaleó mi mundo, mi forma de pensar, incluso de sentir.

Me levanto del lecho porque ahora la que se siente como una miserable soy yo. Su mirada dolida me está partiendo el alma, la frialdad que me apresaba parece que va desapareciendo a pasos agigantados y tengo miedo de tomar una decisión apresurada que me vuelva a hacer sufrir, sin embargo, hacerle daño a él no me ayuda como pensé que haría.

—Aunque no quieras estar conmigo por los errores que cometí —dice apesadumbrado, vencido—, no te cases con Thomas para castigarme, no lo hagas por rabia y resentimiento. Al menos, espero que uno de los dos sea feliz algún día, por lo que espero que no tomes una decisión que pueda hacerte infeliz de nuevo. Mañana partiré hacia Crawford y no volveremos a vernos.

—No puedes montar —hablo por primera vez en mucho tiempo—. Además, tu hermana y sobrino viven aquí…

—Algo más que perderé en el camino —replica—. No creo que nunca más pueda poner un pie en Duart, verte sin poder tenerte es un dolor que no va a desaparecer, mucho menos si tú continuas con tu vida, verte formar una familia no es algo que quiera presenciar.

—Dreidre te necesita —rebato, el pensamiento de no verlo de nuevo comienza a asfixiarme, ¿quién me entiende?—. No le hagas eso a ella, no es culpable de nada.

—Puede venir a verme cuando el bebé sea más mayor —dice tumbándose, incluso me da la espalda.

—Kylian no permitirá que se acerquen a la frontera —espeto enfadándome ante su cabezonería—. Será mejor que descanses.

Lo observo durante lo que me parece una eternidad, pero no vuelve a hablar, salgo de la alcoba pesarosa, arrastrando los pies como si mi cuerpo pesara una tonelada. Cuando cierro la puerta, descubro que en el pasillo me espera Dreidre con una cara de preocupación que no es capaz de ocultar.

—Dime que lo habéis arreglado —me pide, niego con la cabeza a la vez que rompo a llorar de nuevo, me abraza de inmediato—. Por

favor, deja a un lado tu orgullo —susurra en mi oído—. John está sufriendo y tú también.

—Se marcha mañana —informo entre sollozos, mi cuñada se aparta y me mira aterrada.

—No puedes casarte con Thomas —exclama—. ¿Qué locura es esta? —pregunta, posando sus manos sobre mis hombros—. No lo amas, lo ves como un amigo, pero no puedes refugiarte en ese sentimiento para escapar del dolor que te produce amar a mi hermano.

—Solo quería asegurarme de que sentía algo por mí… —explico avergonzada, no soy capaz de mirarla a la cara—. Pero, cuando he visto cómo lloraba, yo…

—¿John ha llorado? —interrumpe incrédula, solo asiento—. Tú no querías comprobar nada, Morrigan MacLean —rebate con firmeza, me alza el rostro para que la mire—. Querías torturarlo, hacerle pagar el dolor que te causaron sus acciones. —Las lágrimas fluyen —. Estás castigándole por un compromiso que él no escogió, que no podía romper así como así. Las cosas no funcionan así y los sabes, ¿acaso pudiste impedir tu boda? —Niego—. Yo tuve que casarme con Kael, Kylian tuvo que aceptarme después. Los adultos tenemos responsabilidades que muchas veces no podemos eludir. Sin embargo, mi hermano ha venido hasta aquí por ti, ha dejado todo para venir en tu busca, sabiendo que romper el compromiso con los Hereford le va a causar muchos problemas.

—¿Qué he hecho? —susurro, mirando la puerta que acabo de cerrar—. ¿Qué le he hecho…?



Capítulo 19

John

La puerta se cierra y continúo llorando en silencio, sabiendo que Morrigan ha tomado una decisión que nos va a separar para toda la vida. No puedo culparla porque se siente muy dolida, su pasado, lo que vivió con ese malnacido, la ha condicionado demasiado, y estoy pagando lo que ese cabrón le hizo.

No me ha importado abrirle mi corazón porque esa era mi intención al venir aquí, tampoco llorar frente a ella dejando ver mi vulnerabilidad, lo que más duele es que no ha servido de nada, ni siquiera he ablandado su corazón. Tiempo atrás estoy seguro de que me habría abrazado de inmediato y todo hubiera quedado en el pasado, pudiendo empezar de nuevo para construir el futuro que nos merecemos.

Por un momento, he pensado que podríamos lograrlo. He visto cómo su mirada se ha suavizado y volvía a ser mi Escocesa, sus brazos me han rodeado con fuerza como si no quisiera soltarme jamás y, por unos instantes, mi corazón se ha sentido más liviano que en mucho tiempo. Pero he abierto mi bocaza y he roto el hechizo, me hubiera gustado besarla, beberme su sabor para no olvidarlo jamás y ahora ya es demasiado tarde para hacerlo.

La puerta de mi alcoba vuelve a abrirse, ni siquiera me molesto en girarme, seguramente es mi hermana preocupada por mí, desde luego, es la última persona a la que quiero ver mientras lloro como un niño. Sin embargo, cuando siento cómo el colchón se hunde bajo el peso de un cuerpo y este me abraza desde atrás, abro los ojos sorprendido porque reconocería a Morrigan con los ojos cerrados.

—No quiero que te vayas —susurra contra mi espalda, su aliento calentándome—. No quiero que te rindas.

Esas palabras me estremecen, cierro los ojos dándole gracias a todos los dioses por esta nueva oportunidad que no pienso dejar pasar. Me giro con dificultad por mi maldita herida y la abrazo, ella esconde su rostro bajo mi barbilla, beso su cabello y la envuelvo entre mis brazos dispuesto a retenerla así para siempre si es necesario.

—No me dejes —replico emocionado, agradecido y aterrado a partes iguales—. No vuelvas a alejarte. Permite que pase mi vida redimiéndome por el dolor que te causé.

—Soy una mujer horrible —se lamenta, su cuerpo comienza a verse sacudido por los sollozos—. Te he mentido —me tenso—. No pensaba casarme con Thomas.

Me relajo, aunque permanezco en silencio a la espera de que se explique. No me gusta saber que he sido engañado, pero ¿cómo voy a reclamarle cuando fui el primero en no ser sincero?

—Diane me dio la idea de hacerlo para saber si realmente te importaba —confiesa al fin—. Pero realmente lo hice para que sufrieras al menos un poco de lo que yo sufrí.

Suelto el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Morrigan alza su rostro para observarme, mis ojos encuentran los suyos. ¿Debería enfurecerme y volver a empezar? Hago lo que me dicta el corazón, me apodero de sus labios, escucho un jadeo de sorpresa por su parte, pero no se aparta, al contrario, me responde con ansia.

Mi cuerpo no tarda en reaccionar, el deseo se apodera de mí y gimo frustrado cuando me doy cuenta de que no podemos ir más allá. Ni ella está todavía preparada después de lo ocurrido ni yo puedo moverme como me gustaría.

—¿Por qué te detienes? —pregunta frustrada, no me queda más que reír y apretarla todavía más contra mí para controlar la excitación.

—Pequeña tentadora —murmuro, besándola en el cuello, no puedo evitarlo—. Ninguno de los dos está en disposición de ir más allá.

—¿Te duele mucho? —pregunta preocupada mientras me da acceso a su cuello moviéndose ligeramente, un suave gemido escapa de sus labios, mi entrepierna se endurece todavía más.

—Maldición —me detengo—. Ahora mismo no estoy seguro de qué parte de mi cuerpo duele más —bromeo, ella se ríe, pero lo hace de verdad y me encanta—. ¿Te hace gracia, provocadora? —comienzo a hacerle cosquillas, se revuelve y gimo cuando sin querer me golpea en la herida.

—¿Te he hecho daño? —Se aleja y queda arrodillada sobre el lecho, se acerca para ver mi herida, debo cerrar los ojos porque las imágenes de todo lo que me gustaría que me hiciese amenazan con hacerme perder el control—. Lo siento mucho, no era mi intención.

Su mano en mi vientre me hace jadear, me mira sorprendida y preocupada, algo debe ver en mis ojos porque comienza a acariciarme muy despacio encendiendo una hoguera por donde sus dedos pasan. Ambos nos sostenemos la mirada, no la aparto, a pesar de lo que más deseo es tumbarla de espaldas y poseerla hasta quedar saciados.

—¿Te duele? —Cuando su mano llega a mi entrepierna, doy un respingo y gimo como si me estuviera torturando—. Desde aquella vez, me he preguntado si podría complacerte al igual que hiciste conmigo.

—¿Ahora? —cuestiono con los ojos muy abiertos—. Morrigan, ¿es alguna otra forma de venganza? —Su mano se detiene y mi cadera se alza para buscar su contacto, para que no se detenga.

—Por supuesto que no —se defiende—. ¿No lo estoy haciendo bien? —Intenta apartarse, se lo impido—. ¿No te complace?

—No estás haciendo nada mal, nada que hagamos entre nosotros lo está —aclaro, parece relajarse—. Sin embargo, ahora lo que más deseo es poseerte, Morrigan. —Es su turno para abrir los ojos y ruborizarse—. Pero no puedo. Y duele, duele mucho.

—Déjame aliviarte —susurra, a pesar de estar enrojecida hasta la raíz del cabello.

Cierro los ojos porque, si continúo mirándola, no voy a ser capaz de controlarme. Mi mano no abandona la suya hasta no enseñarle el ritmo que más me gusta, mis gemidos aumentan, siento cómo mi frente, cuello y pecho se perlan de sudor y alzo las caderas lo más lento que puedo, ya que no soy capaz de estar quieto.

Un bramido sale de mi garganta cuando sin esperarlo su lengua recorre mi miembro, me tenso como la cuerda de un arco sin importarme que la maldita herida pueda abrirse de nuevo. Me estremezco mientras me vacío sobre mi vientre, cuando voy recuperando el aliento, abro los ojos para ver que Morrigan me observa satisfecha.

—¿Pretendes matarme? —exclamo algo avergonzado, no estoy acostumbrado a algo así, me siento algo expuesto, cubro mis ojos con mi brazo.

—¿No te ha gustado? —pregunta, en su voz detecto la duda, la preocupación y recuerdo que, aunque ha estado casada, prácticamente es como una virgen en cuestiones de cama.

—Por supuesto que sí —respondo sin apartar mi brazo, lo hago cuando un pensamiento atraviesa mi mente—. ¿Quién te ha enseñado algo así? —pregunto mirándola.

—Tú —responde sin dudar, frunzo el ceño, no recuerdo nada semejante en nuestra primera y última noche juntos—. Tú me lo hiciste a mí —explica azorada de nuevo—. Pensé que sería lo mismo.

—Mujer, con sorpresas como esta serás capaz de hacerme un hombre muy feliz —sonrío complacido.

Se levanta del lecho y se dirige a la mesa donde parece que hay una jarra con agua y varios paños, moja uno y vuelve a sorprenderme cuando comienza a limpiarme.

—Has manchado las vendas —murmura—. Creo que no ha sido buena idea…

—Desde luego que lo ha sido —rebato de inmediato—. No te preocupes, mañana me las cambiaré.

Cojo el paño que sostiene entre sus manos y lo lanzo al suelo, después la atraigo hacia mí para que se tumbe a mi lado. Cierro los

ojos dispuesto a dormir, podría hacerlo durante días si ella está en mi lecho.

—No hemos cenado y estoy vestida —dice, intentando salir del lecho—. John, deja que al menos vaya a mi habitación para poder cambiarme.

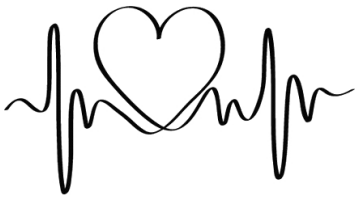
—No pienso soltarte —murmuro—. Si lo hago, no volverás. Puedes dormir desnuda si tanto te incomoda la ropa —añado sonriendo.

—Prometo volver —insiste—. De verdad, John. ¿No tienes hambre?

El gruñido de mi estómago le da la respuesta que necesitaba. La dejo marchar con la esperanza de que traiga algo ligero de comer, observo cómo se marcha temiendo que no vuelva, temiendo que todo haya sido un sueño y que al despertar deba regresar a la cruda y horrible realidad donde sigue odiándome y dispuesta a casarse con otro hombre que no soy yo solo para castigarme.

Me horroriza el pensamiento de que pueda cambiar de idea, de que alguien le recuerde lo bastardo que he sido, o la convenza de que no soy lo que ella necesita, mucho menos lo que merece.

Lucharé si llega el caso…



Capítulo 20

Morrigan

No puedo creer que haya sido capaz de darle semejante placer solo con mi mano y mi lengua, me apoyo en la pared recordando su sabor, cómo arqueaba su cuerpo mientras gemía como si estuviera siendo torturado. Me muevo inquieta, me siento arder, el fuego que se ha ido encendiendo en mi interior no ha sido apagado, pero no me importa porque he descubierto mucho esta noche.

Primero y más importante, empiezo a creer que realmente me ama tanto como lo amo a él, en segundo lugar, que soy capaz de hacerle perder el control, que me desea tanto como para no poder resistirse a mi toque. Nunca me he sentido tan mujer como ahora mismo, es algo que debo agradecerle, y lo haré algún día.

Si no fuera por Dreidre, seguramente, no hubiera vuelto abrir esa puerta, ha sido ella la que me ha hecho ver que me estaba dejando llevar por el resentimiento y el orgullo, y que no solo estaba sufriendo yo, sino que John lo hacía también, y no me cabe la menor duda, ya que ha llorado frente a mí. Ella me ha dicho que jamás lo había visto hacerlo, y eso es lo que ha terminado por resquebrajar mi coraza.

Muevo mis pies hacia la cocina cuando me siento capaz de caminar con firmeza, bajo las escaleras todavía algo temblorosa pero resuelta. Es como si me hubieran quitado una losa de encima,

todavía queda camino por recorrer y heridas que sanar, aunque ya no me siento derrotada.

Cojo las sobras de la cena, algo de pan y vino y subo las escaleras de nuevo. Agradezco no encontrarme con ninguno de mis hermanos, porque dar explicaciones ahora empañaría cómo me siento, y al menos quiero disfrutar esta noche para coger fuerzas y comenzar la batalla mañana.

—Pensé que no vendrías —me sorprende verlo levantado y prácticamente desnudo, intento apartar la vista, seguramente parezco tonta ya que le he visto y tocado, pero no puedo evitarlo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me miras?

—¿Puedes taparte? —pregunto, dejando la bandeja sobre la mesa —. Si tienes mucha hambre, empieza sin mí, no tardaré…

—Alto ahí —me detengo y miro sobre mí hombro—. ¿Tienes vergüenza? —pregunta, sonriendo de una manera demasiado tierna para mi pobre corazón—. Creo que nunca dejarás de sorprenderme, Escocesa…

Ruedo los ojos dándolo por imposible y salgo de nuevo de la alcoba para dirigirme a la mía. De inmediato, comienzo a desnudarme y me aseo lo más rápido posible temiendo que me siga y me encuentre en cueros, mi cuerpo todavía conserva las marcas de la caída por las escaleras y no quiero que nada nos recuerde aquel día. Escojo mi mejor camisón, me asomo al pasillo para asegurarme de que nadie me ve y corro hasta la habitación de John.

—¿Por qué corres? —cuestiona mientras da buena cuenta de la comida—. ¿Ha pasado algo? —No me pasa desapercibida la mirada que recorre mi cuerpo.

—No quería que nadie me viera —explico mientras me siento frente a él.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar, le miro con ganas de preguntarle si es estúpido—. Eres mi mujer, a nadie debería importarle dónde duermas salvo a mí.

—No lo soy —rebato, no le gusta mi negativa—. No estamos casados, John.

—Algo que pienso remediar muy pronto —dice con firmeza—. He estado pensando, Dreidre no puede viajar hasta Crawford con Ian,

por lo que nos casaremos aquí.

—Pero tu madre… —hace un gesto de asentimiento—. Además, no creo que apresurarnos sea lo más conveniente.

—Por ella no te preocupes, lo entenderá —replica—. ¿Por qué atrasarlo? ¿Dudas? —pregunta preocupado—. Morrigan, ya te he dicho que te amo, que no concibo mi vida sin ti, eres la única con la que deseo casarme y formar una familia. ¿Tú ya no quieres eso?

—Claro que quiero —respondo pensativa, remuevo la comida de mi plato, he perdido el apetito—. Pero han pasado tantas cosas en poco tiempo, han sido muy dolorosas, John.

—¿Y estar separados es lo mejor? —cuestiona—. ¿Aplazar algo que deberíamos haber hecho hace meses va a cambiar el pasado? Lo único que puede ocurrir es que cambies de opinión, no pienso arriesgarme, Morrigan.

No me gusta verme presionada, a pesar de saber que tiene razón, no me siento cómoda ahora mismo y no comprendo el motivo. Parece darse cuenta porque lo escucho mascullar, recoge todo con rapidez para apartarlo y, antes de que me dé tiempo, me tiene sentada sobre la mesa con él entre mis piernas.

—¿Vas a obligarme a recordarte lo que tenemos? —susurra, mirándome a los ojos con una intensidad que abrasa mi piel—. Deja de dudar, deja de luchar contra lo que sientes por mí —suplica de nuevo—. Deja que te demuestre cuanto te amo.

—No —exclamo cuando me doy cuenta de lo que se propone, pero no puedo detenerlo, se arrodilla entre mis piernas mientras sube mi camisón hasta mis caderas y su lengua encuentra mis pliegues con suma facilidad. Gimo y mis manos se enredan en su cabello aferrándome a él. Cuando el placer crece hasta hacerme perder la cordura, lo aprieto contra mí mientras murmuro su nombre y muerdo mi labio inferior para no gritar.

—Al infierno —escucho que gruñe incorporándose, le miro sin comprender, la neblina de la pasión no me deja pensar con claridad —. No puedo aguantar más.

Grito cuando se adentra en mi interior hasta el fondo, mi cuello se arquea y sus labios se pierden en él mientras comienza a moverse

con demasiada lentitud, que arranca gemidos de mi garganta ansiando más.

—Tan estrecha —murmura contra mi oído, su mano me coge por la nuca para que le mire, sus ojos ya no son azules, son prácticamente negros—. Di que eres mía, Escocesa —me pide entre jadeos sin dejar de moverse, cada vez con más intensidad—. Dilo —ordena entre dientes.

—Soy tuya —murmuro ida de placer, mis brazos rodeando su cuello, mis muslos sus caderas castigadoras—. John —exclamo cuando con un movimiento logra tocar algo en mi interior que me hace ver las estrellas—. Dios mío —jadeo tras un beso que me roba el aliento—. No puedo más…

Gruñe, sus manos ahora se entierran en mis caderas y todo se descontrola, tras varias estocadas potentes, de nuevo, alcanzo el éxtasis mientras grito su nombre sin que me importe quién pueda escucharme. Su cuerpo cae sobre el mío, tardo en reaccionar.

—Tu herida —exclamo, incorporándome lo que puedo—. John, aparta, debemos mirar que no se haya vuelto a abrir.

—No quiero —musita medio dormido—. No quiero alejarme de ti.

Me doy cuenta de que todavía sigue en mi interior, y sin ser consciente, lo aprieto, gime y se mueve muy muy despacio. Abro los ojos impresionada de que sea capaz de continuar, lo siento duro de nuevo.

—Creo que nunca voy a saciarme de ti —murmura contra mis labios, me coge en volandas ,y aunque me quejo y le ordeno que me baje aterrada ante la posibilidad de que se haga daño, con cada paso que da, el placer aumenta—. Poséeme, Escocesa.

Se sienta en el lecho y quedo a horcajadas, no sé muy bien a qué se refiere, pero se tumba, por lo que comienzo a moverme buscando mi placer. Me doy cuenta de que en esta postura todo es mucho más intenso y que soy yo la que manda, me encanta.

Sus manos se aferran a mi camisón y me lo quita con una rapidez pasmosa. Quedo desnuda al completo frente a él, y mientras sigo moviéndome despacio, sus manos recorren cada moretón que adorna mi piel, parece venerarme y mis ojos se llenan de lágrimas.

—No llores —me pide con la voz ronca—. Solo ámame.

Obedezco, dejo que mi cuerpo me guíe, que sus gemidos me enseñen qué es lo que más le gusta y juntos volvemos a rozar el cielo. Me dejo caer sobre él intentando recuperar el aliento, me siento sudorosa y cansada, pero más feliz que en las últimas semanas.

—Tu herida —exclamo incorporándome, me aparto buscando mi camisón para cubrirme, él no parece tener el mismo problema.

—Estoy bien —dice sin darle importancia—. No me duele y el vendaje no está manchado, deja de preocuparte y ven aquí.

Se mueve para acomodarse contra los almohadones, un brazo bajo su cabeza, ojos llenos de luz junto a mejillas sonrojadas, pecho sudoroso y con algunas marcas, frunzo el ceño y me acerco una vez estoy vestida de nuevo.

—¿Te lo he hecho yo? —susurro avergonzada, mira hacia abajo, solo sonríe y se encoge de hombros—. No me he dado cuenta —añado, intentando recordar en qué momento le he arañado—. Lo siento —me disculpo.

—No lo sientas —le miro sorprendida—. Llevo con orgullo estas marcas, Morrigan. Ni siquiera te has dado cuenta y es porque estabas inmersa en un torbellino de pasión —dice complacido—. Por ello no me importa que arañes cuanto quieras.

—Estás muy pagado de ti mismo, Inglés —mascullo—. No conozco ningún hombre que desee ser maltratado.

—Puedes maltratarme cuanto quieras en el lecho —sigue bromeando—. Deja de mortificarte, no me has hecho daño. Túmbate de una vez a mi lado, mujer.

Lo hago intentando acomodarme sin dañarlo. De inmediato, me atrae hacia él, me apoyo en su pecho retirando mi cabello y mi mano comienza a dibujar sobre su piel casi por inercia. La suya se pierde entre las hebras de mi cabello, mis párpados comienzan a pesar, intento mantenerme despierta, pero el sueño me vence.

Me duermo entre sus brazos por segunda vez, con el temor de despertar y encontrarme un lecho vacío de nuevo.



Capítulo 21

John

Se ha quedado dormida, lo he sabido por el cambio en su respiración y porque sus dedos han dejado de recorrer mi pecho a placer. Su mano inerte justo apoyada sobre mi corazón como si supiera que es su dueña.

No puedo creer que todo haya cambiado en unas horas. Cuando pensaba que todo estaba perdido, al fin he conseguido llegar hasta la mujer que duerme plácidamente entre mis brazos. Quiero pasar así todas las noches de mi vida, no importa qué suceda de ahora en adelante; mientras tenga a Morrigan a mi lado, poder superarlo.

El sueño me vence con una sonrisa en los labios por el futuro que nos espera.

***

A la mañana siguiente, cuando despierto, no está a mi lado, frunzo el ceño y me incorporo, hago una mueca de dolor y miro mi vientre para asegurarme de que la maldita herida no se ha abierto. No veo nada raro, por lo que doy por hecho que todo sigue en su sitio. Me levanto y visto con rapidez para ir en busca de Morrigan, con el miedo de que haya cambiado de opinión.

Bajo lo más rápido que puedo las escaleras, suspiro aliviado cuando veo a Dreidre hablando con una de las criadas, ante mi

llegada, la joven se marcha.

—Buenos días, John —saluda—. ¿Cómo va la herida? Espero que bien, y que no hagas ninguna tontería más.

—¿Me he perdido algo, hermana? —pregunto—. Creo recordar que el mayor de los dos soy yo, estos días me has sermoneado más a mí que yo a ti en toda tu vida.

—Desde luego no voy clavándome dagas a mí misma —replica con su acostumbrada mordacidad—. Espero que anoche pudieras arreglar las cosas con Morrigan.

—¿La has visto? —pregunto, mirando a mi alrededor—. ¿Y a tu esposo? Tengo que hablar con él…

—¿Te marchas, Inglés? —la llegada de Kylian no debería sorprenderme—. ¿De eso quieres hablar?

Me giro para verlo acercarse junto a Thomas, verlo me enfada porque recuerdo lo sucedido anoche. Sonrío como es mi costumbre solo por el placer de sacarlos de quicio.

—Sí, pienso marchar pronto. —Ambos son los que sonríen ahora complacidos—. Y Morrigan me acompañará —añado, borrando el gesto de un plumazo, no comienzo a carcajearme porque no es el momento, no quiero que duden de que voy muy en serio.

—¿Te golpeaste la cabeza, John? —cuestiona mi cuñado—. Mi hermana ha dejado claro que no quiere ir contigo. Así que deja de soñar despierto y vuelve donde perteneces, ocúpate de tu gente, que es lo que deberías estar haciendo en vez de permanecer en Duart.

—Mi gente está bien cuidada por mi padre —rebato—. No son ellos los que me preocupan, Kylian. El primer día de mi llegada dejé claro que no pienso abandonar el castillo sin ella, si todavía no has podido hablar con tu hermana es tu problema, no el mío.

—¿De qué demonios hablas? —pregunta molesto.

—Basta. —Morrigan llega y se posiciona a mi lado, suspiro aliviado —. Kylian, deja en paz a John. Hemos hablado y he decidido marcharme con él.

—¿Te has vuelto loca, o eres estúpida? —brama, me abalanzo sobre él, Thomas se interpone y me empuja.

—¿Qué crees que estás haciendo, idiota? —espeta entre dientes.

—Jamás vuelvas a gritarle y mucho menos insultarla —siseo—. Me importa poco que sea tu hermana, a mi mujer vas a respetarla.

—¿Me hablas tú de respeto? —continúa gritando—. Solo intento protegerla de ti, miserable bastardo.

—No necesito que me protejas. —Todos la miramos—. He tomado una decisión y espero que la respetes. Nos gustaría casarnos aquí para que Dreidre y los niños puedan estar presentes, dime si vamos a poder hacerlo o partiremos y nos casaremos en Crawford Castle.

—¿Crees que chantajeándome conseguirás que vea con buenos ojos cómo tiras tu vida por la borda, Morrigan? —cuestiona furioso —. ¿Debo permitir esta unión cuando hace unos días te dio la espalda?

—No lo hice porque quisiera —rebato—. No tengo por qué darte explicaciones, MacLean —sentencio harto de todo esto—. Es a ella a quien debía dárselas y ya lo he hecho. Si ha decidido perdonarme y darnos una segunda oportunidad, no deberías inmiscuirte.

—¿No te gusta estar en el otro bando? —se burla—. Tú tampoco me lo pusiste fácil para recuperar a Dreidre.

—Pero estás casado con ella —inquiero—. Al final dejé que ella decidiera aquello que le hacía feliz, aunque yo no estuviera de acuerdo. ¿Le has preguntado a tu hermana que es lo que quiere de verdad?

La mira, esta parece nerviosa, aun así, no se aparta de mi lado, cojo su mano para infundirle valor y dejarle claro que no pienso rendirme. El silencio nos envuelve, Kylian parece debatirse, Dreidre se acerca hasta él para llamar su atención, al mirarla, sus ojos se suavizan. Nadie puede dudar que la debilidad del gran Lobo MacLean es mi hermana, al igual que la mía es la suya.

—Escúchala —le pide—. Escucha a ambos. Piensa en cómo te hubieras sentido tú si te arrebataran la posibilidad de estar conmigo.

—Yo te amo —se defiende, Morrigan agacha la mirada, gruño.

—Y yo la amo a ella —sentencio—. Pero no es a ti a quien debo convencer. Pienso demostrárselo cada día, para ello necesito casarme con ella, quiero que sea mi esposa.

—Maldita sea —masculla—. Morrigan, ven conmigo —ordena, doy un paso al frente para seguirlos—. Tú te quedas.

Aunque no me gusta, la mirada de Dreidre me dice que es lo mejor. Suspiro intentando mantener el control y dejo que se alejen con el temor de que consiga su propósito, que es apartarla de mí.

—No puedo creerlo —dice Thomas, llamando mi atención—. No la mereces, lo sabes, ¿verdad?

—Soy muy consciente de ello —respondo con tranquilidad—. Pero nadie la va a amar más que yo. Si tanto la apreciáis, deberíais daros cuenta de eso.

—Lo que me doy cuenta es de que llegó aquí destrozada por tu culpa —rebate—. ¿Lo has olvidado? —Niego porque no creo que eso sea posible, aunque viviera mil años—. Haces bien. Si tuvieras vergüenza darías media vuelta y la dejarías en paz.

—Basta, Thomas —ordena mi hermana—. Esto no es necesario.

—Como ordene, mi señora —se inclina y se marcha pasando por mi lado, con su hombro empuja el mío, en otro momento no lo hubiera dejado pasar, pero ahora no voy a comenzar una pelea con un hombre que no me importa lo más mínimo.

—No se lo tengas en cuenta —dice Dreidre, la miro—. La estima como la hermana que nunca tuvo.

—No necesita más hermanos —mascullo molesto—. ¿Dónde está Elvin? —le pregunto, no le veo desde aquel día que fue en mi busca.

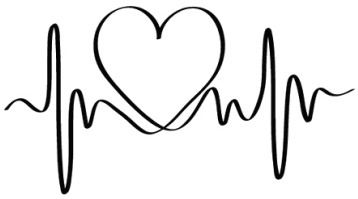
—Entrenando —responde—. No hace otra cosa; si los hombres van a cazar, él va con ellos, si van a alguna incursión, les sigue siempre y cuando Kylian lo permita.

—El chico quiere libertad —replico, me mira con agudeza—. Si tu esposo no le permite ser un hombre, acabará hartándose.

—Todavía es joven —defiende—. Mi esposo quiere evitarle todo lo que él vivió a temprana edad. ¿Puedes culparlo?

—Reamente no —respondo entre dientes porque me molesta reconocer que en su lugar haría lo mismo—. ¿Crees que le hará cambiar de opinión?

—No —responde de inmediato—. Ella te mira como yo miraba a Kylian, no va a dejarte.



Capítulo 22

Morrigan

Sigo a mi hermano hasta que salimos al patio, él con sus manos a la espalda mientras camina en silencio, como si tuviera mucho que pensar o estuviera intentando elegir las palabras correctas.

—¿De verdad quieres casarte con él? —pregunta al fin—. Quiero saber lo que sientes realmente, Morrigan. Solo así seré capaz de permitir semejante desatino; si me dices que lo amas, que lo has perdonado y que solo a su lado vas a ser feliz, no seguiré oponiéndome.

—Le amo y siempre lo voy a hacer —respondo, se detiene, veo cómo agacha la cabeza como si mis palabras lo hubieran derrotado, me duele verlo así, pero estamos hablando de mi vida—. No puedo negar que, cuando ocurrió todo, lo odié, más bien necesitaba odiarlo para ser capaz de sobrellevarlo. Pero, con el paso de los días, me daba cuenta de que iba hundiéndome cada vez más en una oscuridad en la que no deseo permanecer por más tiempo.

—Sé lo que es vivir de esa manera, y no es lo que deseo para ti —se gira para mirarme mortificado—. Si mis palabras y actos han sido los que te han obligado a luchar contra lo que sentías en realidad, lo lamento mucho.

Me acerco para abrazarlo, mis brazos rodean su cintura y apoyo mi cabeza en su pecho, soy capaz de escuchar los latidos de su corazón. Me rodea y le oigo suspirar, sé que se ha rendido, que he

ganado y me siento un poco más libre sabiendo que, aunque no aprecia a John y que es muy posible que nunca lo haga, va a permitir que me case con él.

—No ha sido tu culpa —murmuro—. No debes mortificarte por ello. Solo quiero intentarlo, Kylian —alzo mi mirada para buscar la suya—. Sé que a su lado puedo encontrar lo que tú tienes con Dreidre.

—Sea —asiente tras dejar un suave beso en mi frente—. No puedo creer que vaya a ver a mi hermana pequeña casarse.

—Pues no es mi primera vez —replico mientras da un paso atrás.

—No me lo recuerdes —farfulla—. Imagino que el Inglés estará deseando que os caséis para partir hacia Crawford. —Asiento—. ¿Has pensado lo que será vivir allí con sus padres? ¿No te hará recordar lo que tanto deseas olvidar?

—No he querido pensar mucho en ello —reconozco—. Cruzaré ese puente cuando llegue allí.

—Entremos entonces. —Comenzamos a caminar de nuevo—. Hay mucho que hacer. Dreidre y Diane estarán encantadas de ayudarte.

John sale a mi encuentro con la duda brillando en sus ojos, ni siquiera repara en mi hermano, se acerca a mí, sonrío para intentar tranquilizarlo, pero mira de reojo a Kylian como si se tratara de una serpiente venenosa.

—¿Y bien? —pregunta nervioso.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? —pregunto de vuelta.

Me alza del suelo mientras giramos, no puedo evitar reír a carcajadas mientras él lanza un grito de victoria que dudo que alguien en tierras MacLean no haya escuchado. Cuando me deja de nuevo en el suelo, no puedo ocultar la sonrisa que adorna mis labios.

—Hoy —le miro como si hubiera perdido el juicio—. ¿Mañana?

—Hermano, no se puede preparar una boda en tan poco tiempo —intercede Dreidre muy alegre—. ¿Qué opinas, Morrigan? Tú eres la novia.

—No quiero nada muy ostentoso ni una gran celebración —resuelvo—. No es mi primera boda… —digo en voz más baja, recordarlo no me gusta y me avergüenza—. A no ser que John quiera algo más grande…

—No tengo problema —interrumpe—. Hazla como tú te sientas más cómoda. Lo demás no me importa.

—Por el amor de Dios —exclama mi hermano—. Que las mujeres se encarguen.

—Vamos, querida, tenemos mucho que hacer. —Dreidre tira de mí alejándome de su hermano, me giro para mirarlo sobre mi hombro, me dice adiós con la mano—. No lo reconozco —se ríe mi cuñada—. Me encanta verlo así. Debo darte las gracias, aunque sabía que sería así, que tú serias su salvadora.

—¿Tenemos buenas noticias? —Diane baja las escaleras sonriente —. Por el grito de euforia del Inglés, he supuesto que todo ha salido bien. Aunque no sé si su herida va a resistir —bromea, me guiña un ojo y no puedo evitar sonrojarme.

—Sí, y tenemos mucho que hacer —replica la señora de Duart—. ¿Qué vestido quieres llevar? Como tenéis tanta prisa, dudo que podamos hacer uno nuevo, ¿tal vez el de tu primera boda? —pregunta con cuidado.

—No —exclamo—. Ni aunque lo tuviera volvería a utilizarlo. Lo hice girones ese mismo día, o al menos lo que quedaba de él, cuando Robert terminó conmigo, estaba para tirar.

—Maldito bastardo —sisea—. Lamento haberte recordado ese mal momento —acaricia mi espalda—. ¿Te gustaría utilizar el mío? —la miro sorprendida—. Creo que puede quedarte bien…

—¿Me lo dejarías? —asiente—. Gracias —exclamo abrazándola.

—Bien —aplaude Diane—. Una cosa lista. Dreidre, encárgate de que las cocineras preparen una buena comida, las criadas que recojan muchas flores.

—Voy a dar las órdenes —asiente, se marcha tarareando una canción.

—Está contenta —dice mi amiga—. ¿Tú lo estás? —Asiento de inmediato—. Eso es lo único que importa, me hace muy feliz que me hayas hecho caso y permitas que sea tu corazón quien guíe tus pasos.

—Yo también me alegro —confieso—. Es como salir de un encierro y volver a ver la luz del sol.

—Espero que seas inmensamente feliz —me desea con sinceridad —, Aunque voy a echarte mucho de menos.

—Ven conmigo —le digo sorprendiéndola—. Nada te ata aquí.

—No puedo dejar a Kael —niega tras unos instantes de silencio, frunzo el ceño, no me gusta cuando habla como si él siguiera vivo—. Además, Helen debe crecer en Duart, es el único legado que le queda de su padre.

—Diane —suspiro con mucha tristeza porque a mí también me duele su ausencia—. Él ya no está aquí…

—No —niega con firmeza—. No voy a marcharme, nada me une al que será tu próximo hogar.

—Es tu decisión —replico—. No quiero obligarte a nada, solo decirte que, allá donde yo esté, tendrás las puertas abiertas.

—Lo sé —asiente—. Ve en busca de tu futuro marido, anda.

No me hace falta ir a ningún lado porque aparece tras de mí como si pudiera llamarlo con la mente, me giro algo sorprendida pero aliviada a la vez de ver que no se han matado a golpes. Puede que mi hermano haya dado su brazo a torcer y me permita casarme con John, pero eso no significa que esté de acuerdo.

—Creía que ya estarías ocupada con los preparativos —dice mientras veo cómo Diane se marcha para dejarnos solos—. ¿Por qué tienes la mirada triste?

—Le he ofrecido a Diane venirse con nosotros, pero no ha querido —respondo—. Dice que no quiere dejar a Kael. Él ya no está, pero ella sigue anclada al pasado, y por mucho que quisiera poder traerlo de regreso, eso no es posible.

—Necesita tiempo —replica—. Ha perdido al hombre que amaba, Morrigan. Si te perdiera de esa forma, no podría seguir viviendo.

—No digas eso —exclamo, no me gusta hablar de la muerte, siento que es como atraerla hacia nosotros—. ¿Mi hermano te ha dicho algo?

—No —se encoge de hombros—. Ya sabes que no es muy dado a hablar, a no ser que sea para maldecir o amenazarme con partirme cada uno de los huesos de mi cuerpo —bromea.

—¿A tus padres no les importará que lleguemos ya casados? —pregunto algo preocupada.

—No lo creo —responde pensativo mientras me abraza—. Puede que a mi madre sí pueda afectarle el hecho de que su único hijo no se case en Crawford, pero…

—Otro motivo más para que no me acepten —replico apesadumbrada.

—Eso no es cierto. —Le miro desconfiada—. A mi madre le pareciste una muchacha muy guapa —susurra a modo de confesión —. Y mi padre no es que tuviera nada en contra de ti, solo que Olivia es su ahijada, parte de la familia y enterarse de lo que es capaz ha sido un duro golpe para él.

—Lo lamento —lo digo de corazón—. Por mi culpa no solo no te has casado con la mujer que habían escogido para ti, sino que ha descubierto la verdadera naturaleza de alguien a quien apreciaban.

—Deja de disculparte —amonesta—. Soy el único culpable. Y solamente yo elijo con quién estar, y es contigo. Agradezco que aparecieras en mi vida para darme el empujón que necesitaba para escapar de un matrimonio que no me hubiera hecho feliz.



Capítulo 23

John

Saber que tenemos la aprobación de Kylian es un alivio, aun así, no estaré completamente tranquilo y seguro hasta que el matrimonio sea un hecho. Intento hacerle comprender a Morrigan que no tiene nada de lo que culparse, y tampoco permitiré que nadie le haga dudar de lo contrario ni aquí ni en mi hogar.

—Sé muy bien lo que es vivir en un matrimonio de conveniencia y no se lo desearía a nadie —replica—. Jamás obligaría a un hijo mío a pasar por ello.

—Y no lo haremos —concedo—. Juro que nunca obligaré a nuestros hijos a desposarse con alguien a quien no amen.

—¿Lo juras? —pregunta esperanzada, solo por ver ese brillo en sus ojos merece la pena—. ¿Aunque sea beneficioso para el clan o tu título inglés?

—Lo juro por mi honor. —Sonríe, una gran sonrisa que ilumina mi mundo—. Nuestros hijos escogerán con quien pasar su vida. Solo interferiré si creo que no es una buena persona.

—Por supuesto —asiente de acuerdo—. ¿Sabes que Dreidre se ha ofrecido a dejarme su vestido para mañana? —No me extraña nada, mi hermana siempre ha sido así, y debe estar feliz porque al fin vayamos a casarnos.

—Estarás preciosa. —Beso sus labios con ternura, no me recreo o perderé muy rápido la razón—. ¿Nerviosa? —pregunto mientras decido que es buen momento para dar un paseo, cojo su mano y salimos del castillo.

—No —replica, la miro sorprendido—. Deseo casarme contigo, mañana estarán las personas que más me importan a mi lado. Solo estoy nerviosa por emprender una nueva vida lejos de aquí.

—Te adaptarás —intento animarla—. Ya verás cómo mi padre acabara por adorarte y quererte más a ti que a mí. —Se ríe—. Solo espero que algún día llegues a considerar Crawford Castle como tu hogar.

—¿Qué tendré que hacer allí? —pregunta muy seria—. Entiendo que tu madre seguirá siendo la señora, pero…

—En cuanto nos casemos, pasarás a ser *lady* Morrigan Lindsay, baronesa de Dudley. Puede que mi madre siga encargándose de todo, pero los demás deberán tratarte con el debido respeto.

—Entiendo —murmura, puedo darme cuenta de que algo no va bien—. Mi padre me preparó para ser una buena esposa. Pero parece que mi destino no es ser la señora de ningún lugar.

Me doy cuenta de que es posible que Morrigan esperara tener su propio hogar. Me mantengo en silencio mientras pienso una solución que pueda satisfacer a todos, nunca había pensado en dejar Crawford, de hecho, no puedo hacerlo porque me debo a mi gente.

—Dentro de los terrenos de la fortaleza, existe una edificación un poco más pequeña. —Me mira sin comprender—. Se llama Crawford Manor. Mi bisabuelo la utilizaba, y mi abuelo también le dio uso —añado pensativo—. Si no te importa no vivir en un castillo tan grande…

—No —exclama encantada, se detiene y se lanza a mis brazos—. No me importa. Lo único que deseo es tener mi propio hogar, poder llevarlo como desee sin tener que rendir cuentas ante nadie —explica—. Puede que parezca una desagradecida y una egoísta, pero…

—Por el amor de Dios, mujer —exclamo interrumpiéndola—. Deja de pedir disculpas cada vez que pidas algo que desees o que me dejes saber cómo te sientes. No voy a enfadarme, en cuanto

lleguemos, ordenaré que lo preparen todo, podrás escoger muebles nuevos, haz lo que quieras para sentirla como tu hogar.

—Gracias. —Me abraza más fuerte—. Muchas gracias.

—No me las des —le devuelvo el gesto inspirando su aroma—. Pienso vivir para hacerte feliz. Eres fácil de complacer, Escocesa.

***

El día de nuestra boda ha llegado y creo que me encuentro más nervioso que la novia. Es como si temiera que algo o alguien interrumpiera la celebración impidiéndome unirme con la mujer que amo.

—¿Quieres estarte quieto? —masculla Kylian—. ¿Dónde demonios se ha metido?

—¿Se habrá arrepentido? —pregunto, asustado ante esa posibilidad.

—Ojalá —farfulla de vuelta—. Siempre ha sido muy lista, pero en lo que a ti concierne…

—Muchas gracias por los ánimos, cuñado. —Solo gruñe—. Ve a buscarla, de todos modos, eres tú quien me la tiene que entregar.

—No me des órdenes, Inglés —replica entre dientes—. Iré a ver qué demonios pasa.

Se aleja con rapidez, se pierde en el interior del castillo. Elvin y Thomas hablan un poco alejados de mí, serios, pero al menos han querido estar presentes, sé lo importante que es para Morrigan tener a su familia con ella justo este día.

—Elvin —lo llamo, me mira ceñudo, pero se acerca—. La primera vez que tu hermana se casó, ¿tardó tanto? —pregunto en voz baja para que nadie me escuche, aunque no es que haya mucha gente.

—No —responde, ahora es mi turno de fruncir el ceño—. Mi padre no se lo permitió, pero recuerdo que se casó llorando.

Se marcha dejándome rumiar esa información, si el antiguo *laird* MacLean viviera, le diría varias cosas. ¿Cómo pudo casarla con semejante monstruo? ¿Cómo pudo hacerlo cuando apenas era una niña y lo hacía llorando?

Escucho murmullos, por lo que miro hacia la puerta y veo cómo sale acompañada por Kylian. Detrás, Dreidre con Ian y Diane con Helen, una estampa muy hermosa, una que recordaré toda la vida.

Morrigan sonríe, aunque la noto nerviosa, le devuelvo el gesto para tranquilizarla. Avanza con paso decidido, su cabello oscuro cayéndole por la espalda como una cascada, su vestido de color claro, sus ojos empañados de emoción.

—Eres lo más hermoso que he visto nunca —susurro cuando al fin llega a mi lado, le tiendo mi mano, la acepta sin dudar, aunque le tiembla—. Pensé que no ibas a aparecer —le confieso mi mayor temor.

—¿Dudas de mí, barón? —pregunta con sorna—. Lo cierto es que estoy muy nerviosa, pero no se me ha pasado por la cabeza arrepentirme de esto en ningún momento.

—Me alegro —replico, un carraspeo llama nuestra atención—. Comencemos.

La ceremonia se lleva a cabo como dicta la tradición escocesa, unen nuestras manos con cintas con los colores de ambos clanes; si hubiéramos tenido más tiempo, no dudo que Morrigan hubiera podido bordar nuestros nombres. Cuando todo termina, beso a mi ya esposa hasta que ambos nos quedamos sin aliento.

La gente a nuestro alrededor aplaude y nos desea la mejor de las suertes. Mi hermana y Diane lloran emocionadas, y Morrigan se reúne con ellas en un fuerte abrazo que deja reflejado el amor y el lazo que los une, a pesar de no llevar la misma sangre.

—Espero que seáis muy felices, hermano mío —me dice mi pequeña guerrera, la abrazo sabiendo que, en cuanto partamos hacia la frontera, pasará algún tiempo hasta que volvamos a vernos —. Cuídala bien —advierte—. Más te vale que todo lo que me cuente en sus cartas sea motivo de gozo y alegría, ¿lo entiendes? —Asiento sonriente.

—No dudes de que haré todo lo posible porque así sea —respondo con sinceridad—. Es la mujer de mi vida, no pienso hacer nada para volver a perderla.

—Más te vale —replica—. Si no, dejaré que Kylian te golpee.

—Y lo disfrutaré. —Ambos miramos hacia atrás para ver cómo se acerca, no suele estar muy lejos de mi hermana jamás—. No hace falta que te diga lo que pienso hacerte como le hagas daño de nuevo.

—Basta. —Morrigan, que se había marchado para hablar con varias mujeres, vuelve a mi lado—. Kylian, ¿no vas a respetar siquiera el día de mi boda? —pregunta.

—Solo hablaba con él —se defiende, alzando las manos.

Veo cómo mi esposa rueda los ojos sin perder la sonrisa. Verla tan feliz me hace sentir que he hecho lo correcto. No lo dudaba ni por un instante, solo temía que no fuera lo que ella quisiera realmente.

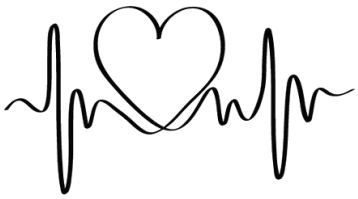
—Bailemos —exclama Dreidre en cuanto las gaitas comienzan a sonar, Kylian se deja llevar a regañadientes.

—Vamos. —Soy yo quien tira de Morrigan, que avergonzada me sigue.

Disfrutamos rodeados de la familia y la gente del clan. Buena comida y bebida, música que hace que todos quieran bailar, ver a todos disfrutar creo que va a ser un buen recuerdo de este día que, al fin y al cabo, marca el inicio de nuestro futuro juntos.

Esta noche dormiremos en el mismo lecho, no será la primera vez, pero sí la primera que podré llamarla esposa, mía, mi mujer.

Para siempre…



Capítulo 24

Morrigan

Me siento algo cansada cuando comienza a anochecer. Después de todo, no hace mucho que estuve enferma, miro de reojo al que ya es mi esposo para asegurarme de que ninguno de sus gestos sea de dolor, su herida es demasiado reciente y me preocupa.

No puedo evitar ponerme un poco nerviosa al pensar que esta noche compartiremos el lecho por derecho. No será nuestra primera vez y lo lamento de veras, pero no quiero pensar en ello porque los recuerdos amargos empañarán la felicidad de este día.

—Deberías subir ya —susurra mi cuñada, asiento intentando que los recuerdos de mi primera unión no me mortifiquen—. Te acompañaremos Diane y yo.

Me levanto sintiendo la mirada de John sobre mí, aun así, no me giro; si lo hago, puede que sea capaz de ver lo vulnerable que me siento en estos momentos. Subo las escaleras mientras mis amigas comentan lo bonita que ha sido la celebración y lo bien que se lo han pasado todos.

—¿No piensas lo mismo, Morrigan? —cuestiona mi cuñada—. Puede que haya sido sencilla porque ha sido todo muy rápido, pero ha sido un gran día.

—Sí —sonrío porque tiene razón, es un recuerdo que podré atesorar—. Ha sido precioso, y todo gracias a vosotras.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Diane una vez estamos en mi alcoba—. ¿No te estarás arrepintiendo?

—Por supuesto que no —exclamo—. Solo estoy algo nerviosa…

—¿Por qué motivo? —Dreidre, que estaba preparando mi camisón, me mira sin comprender—. Querida, no es tu primera vez, sabes que John te va a tratar bien.

—No es por eso —farfullo—. Sé que parezco una estúpida en estos momentos, ni siquiera tengo derecho a sentirme así. ¿Por qué me parece que soy una farsante?

—No dejes que tu mala experiencia enturbie esto —ordena, acercándose a mí—. Tienes el mismo derecho que cualquier mujer. ¿Temes que los malos recuerdos se apoderen de tu mente?

Asiento, apretando mis manos con nerviosismo. Me enfado conmigo misma, por lo que comienzo a desnudarme. Cuando se dan cuenta, se apresuran a ayudarme y pronto me encuentro cambiada, decido dejar mi cabello suelto, pero dejo que Diane lo cepille.

—Hoy es el primer día de tu nueva vida —susurra con sus manos sobre mis hombros—. Deja el pasado donde pertenece. Se feliz, Morrigan MacLean.

La abrazo sintiendo que esas palabras podrían haber salido de la boca de Kael si estuviera aquí. Sé que tienen que irse, y cuando lo hacen, miro a mi alrededor como si no reconociera la alcoba en la que he dormido toda mi vida, soy capaz de verla con otros ojos. No me acuesto en el lecho para esperar a mi esposo como si fuera una virgen dispuesta en un altar. Me siento frente al fuego intentando calmarme y alejar los demonios que pretenden dominarme.

Al volver a abrirse la puerta, me sobresalto. Al girarme, John entra con paso decidido, pero su rostro refleja una calma que consigue trasmitirme, es como si hubiera necesitado su presencia a mi lado.

—¿Qué sucede? —pregunta—. Dreidre me ha dicho que subiera de inmediato.

—No debería haberte dicho nada —mascullo, levantándome de mi asiento—. No es nada importante, solo tonterías mías.

—Nada de lo que te atormente son estupideces para mí, esposa —rebate, me gusta que me llame así—. ¿He hecho algo mal?

—No —exclamo—. Todo ha sido perfecto, deja de preocuparte a cada paso que das a mi alrededor. No necesito que me tengas entre algodones, John. Cuando hagas algo que no me guste, te lo haré saber, no debes preocuparte.

Lo escucho suspirar, pasa una de sus manos por el cabello ya desordenado y finalmente comienza a desvestirse. Trago saliva con fuerza porque su pecho siempre causa ese efecto en mí, su vello rubio que recubre sus pectorales me llama, mis dedos incluso se mueven deseosos de perderse entre ellos. Al ver su herida, no puedo evitar pensar lo doloroso que debe haber sido para él.

—Deberías curarte, John —carraspeo para enfriar—. ¿Acaso quieres que se infecte?

—Está bien —dice sin darle menor importancia—. No voy a morirme por esto —añade—. ¿Te he dicho lo hermosa que estás?

—¿Ahora? —me sonrojo complacida—. John, llevo un simple camisón.

—En ti nada es simple, escocesa —se acerca y me acaricia el rostro hasta que su mano se pierde en mi pelo hasta mi nuca—. Para mí eres la mujer más hermosa.

La simple caricia hace que mi cuerpo despierte, siento cómo se endurecen mis pezones. Mis pechos ansían ser tocados, mi vientre se tensa y mi centro se humedece, agacho la mirada avergonzada ante semejante reacción, rezo para que no lo note.

—No me escondas nunca tu deseo —susurra, alzo la vista sorprendida—. ¿Crees que no reacciono igual? —pregunta acercándome a su cuerpo, abro los ojos cuando siento su hombría—. Estoy así desde que he entrado por la puerta.

Me besa y gimo cuando me alza posando sus manos en mi trasero. Por inercia, mis piernas rodean sus caderas, mientras le devuelvo el beso con ansias. Mi lengua se encuentra con la suya, lo saboreo, jadeo cuando mi cuerpo cae sobre el colchón, muerdo mi labio mientras observo cómo acaba de desvestirse dejando a la vista su deseo.

—Creo que estás demasiado vestida, esposa. —Alzo una de mis cejas—. ¿Por qué me escondes tu cuerpo?

—¿Esperabas que te esperara desnuda? —murmuro.

—Sería una buena idea —sonríe y se acerca a mí sin que el peso de su cuerpo me aplaste—. ¿Qué te parece si a partir de ahora lo haces?

—Ni hablar —me carcajeo—. Pasaría frío.

—Yo te calentaré —murmura contra mi cuello—. Siempre.

No volvemos a hablar. Ahora soy yo quien se apodera de su boca mientras sus manos me despojan de mi camisón, después las siento en todas partes, me hacen gemir cuando sus dedos torturan mis pezones, para después sentir su lengua sobre ellos. Me siento arder, quiero gritar, pero me contengo, sin embargo, cuando se adentra en mi interior no puedo evitarlo, su nombre rasga mi garganta mientras me dejo llevar, me uno a sus movimientos saliendo a su encuentro, necesitando llegar al éxtasis cuanto antes.

Todo se descontrola cuando se gira llevándome con él para que sea yo quien lo cabalgue. Es entonces cuando tomo las riendas acelerando el ritmo sin temer que él pueda hacerse daño, escucharlo gemir es un acicate para mí.

—Morrigan —gime mientras sus manos amasan mis pechos—. No puedo más…

Unos instantes después, ambos gritamos extasiados. Me dejo caer sobre él, sudorosa e intentando recuperar el aliento. Por increíble que parezca, mis demonios no rondan mi cabeza, se han marchado y me siento más feliz que nunca. Sonrío apoyada en su pecho, mientras sus brazos me rodean como si no le molestara el hecho de tenerme encima.

—John —susurro medio adormilada—. La herida…

—Al infierno con ella —masculla de igual forma—. No pienso moverme y tú tampoco.

—Tenemos que dormir —argumento, intentando contener la risa.

—Pues duerme —resuelve—. Deja de preocuparte por todo, esposa. Debes descansar, mañana partimos hacia Hereford.

Esa información empaña un poco mi felicidad, de hecho, se borra mi sonrisa ante el temor de empezar una nueva vida en un lugar que no es el mío. Sin embargo, es mi destino, ya que mi corazón lo he entregado a un hombre que no pertenece a estas tierras, tiene

obligaciones para con su gente y su país, por lo que no puedo comportarme como una niña.

Cierro los ojos intentando que mi miedo a lo desconocido, a no ser aceptada, me invada. Intento dormirme escuchando la suave respiración de John, él parece que no ha tenido problema alguno para conciliarlo. Me remuevo y acabo tumbada a su lado, me tapo con la manta y suspiro parpadeando con rapidez para ahuyentar las ganas de llorar que acaban de asaltarme sin previo aviso.

Atrás dejo hermanos, los que están y los que no. Dejo a un padre y a una madre, cuñadas, sobrinos y a toda la gente que me ha visto crecer con la incertidumbre de si los volveré a ver. En mi visita a Crawford Castle no tuve tiempo de apreciar su belleza, y con solo recordarlo no puedo evitar que todo lo malo ocurrido allí llegue como una avalancha que no soy capaz de detener. Debo aprender a vivir con los recuerdos, y crear unos nuevos que me ayuden a sobrellevar la carga. Echaré terriblemente de menos mi hogar, estas paredes me vieron nacer y convertirme en la mujer que soy hoy, también me han visto llorar y sufrir.

—¿Por qué lloras? —Le miro sorprendida, incluso una de mis manos toca mi mejilla, la descubro mojada—. ¿No te he dicho que odio verte hacerlo? —añade ceñudo—. No sé si es porque no te hago feliz, y eso me aterra, esposa.

—El problema no eres tú, John —corrijo, dispuesta a sincerarme—. Solo es miedo al futuro incierto, al cambio, a dejar a mi gente atrás.

—Comprendo que vaya a resultar doloroso y difícil al principio —asiente, abrazándome de nuevo—. Pero confío en que nuestro amor sea suficiente como para que no te sientas sola, además, estoy seguro de que en mi hogar todos van a adorarte, no debes temer.

Asiento, me insta a cerrar los ojos y por fin, tras mucho pensar y decidir qué debo confiar en mi esposo, puedo dormirme con la esperanza de un nuevo día que dará comienzo a un futuro completamente nuevo para nosotros.



Capítulo 25

John

Me encargo de preparar los caballos cuando todavía no ha amanecido. Me he despertado temprano porque tener el cuerpecito de mi esposa pegado a mi entrepierna ha sido una tortura la mayor parte de la noche. No he querido despertarla con mis exigencias porque el viaje va a ser duro, así que, en cuanto he podido, me he levantado, aunque lo que más quería era volver a perderme en ella una vez más.

—Qué madrugador. —Elvin llega a mi lado—. ¿Dónde está mi hermana?

—Dormida —respondo—. ¿Y tú qué haces despierto?

—Quiero irme con vosotros. —Cierro los ojos frustrado—. ¿No crees que sería buena idea? De ese modo, Morrigan no estará completamente sola.

—No lo haces por eso y ambos lo sabemos —rebato, girándome para quedar cara a cara—. ¿Kylian sabe algo de esto? —Su silencio es mi respuesta—. Lo imaginaba. Ya te dije que las cosas no funcionan así, no pienso meterme en más problemas con tu hermano.

—Puede que no sea la principal razón —se defiende—. Pero me preocupa mi hermana, ¿crees que no me importa? —cuestiona

ofendido—. ¿Que no la amo?

—No estoy poniendo eso en duda, maldita sea —exclamo—. ¿Por qué no has hablado con Kylian si estás tan decidido a emprender tu propio camino? No eres un prisionero en Duart.

—Como si lo fuera —grita furioso—. Soy fiel a mi hermano y *laird*, pero necesito ser alguien por mí mismo, no la sombra de alguno de mis parientes.

—¿Por qué hablas esto con el Inglés y no conmigo, Elvin? —la llegada del mayor de los MacLean nos interrumpe—. ¿Acaso te he hecho sentir que no eres importante para mí, hermano?

—No me dejas hacer nada —replica airado—. Llevo más de un año entrenando duro, hago todo lo posible para que me veas, pero nunca vas a confiar en mí. Necesito demostrarme a mí mismo y a los demás que soy tan capaz como tú.

—¿Por qué? —cuestiona enfadado—. ¿Por qué ese afán de ponerte en peligro? ¿De vivir cosas que no le desearía ni a mi peor enemigo?

—Quiero ser un hombre —alza el mentón—. Que todos dejéis de verme como un muchacho imberbe al que entretener con misiones de poca monta. También soy un MacLean, pero nadie parece recordarlo, ni siquiera padre, ya que jamás se molestó en instruirme.

—¿Tu idea de ser un hombre es abandonar tu hogar e ir a la frontera para hacer qué? —se acerca a paso lento—. ¿Ser la sombra de un Lindsay? —escupe.

—A mí no me metas, MacLean —intervengo—. No he sido yo quien lo ha empujado a esto. Me he negado en dos ocasiones, encárgate de tu hermano.

—¿No es la primera vez que se lo pides? —brama, Elvin agacha la mirada sabiendo como ve Kylian este hecho, como una traición, maldigo en voz baja mi bocaza—. Me juraste fidelidad, pero deseas irte con el perro Inglés —masculla temblando por la furia contenida —. Podría ponértelo muy fácil, hermano…

—Kylian… —advierto, temiendo lo que pueda llegar a hacer movido por la ira—. Detente, solo es un muchacho que quiere experimentar.

—¿Eso quieres? —se burla sin dejar de mirar a su hermano menor, que ha ido encogiéndose cada vez más—. Sea —alza la mirada sorprendido, maldigo porque sé que no ha dado su brazo a torcer—.

Elvin MacLean, quedas desterrado de Duart, eres libre para ir donde te plazca desde este momento, hermano.

—¿Qué demonios estás haciendo? —increpo incrédulo—. No puedes hacer eso.

—Claro que puede —dice Elvin, intentando no llorar, es solo un niño—. El gran Lobo MacLean nunca puede perdonar una traición, y ahora siente que le he traicionado por querer buscar mi lugar en este maldito mundo. Al menos, a mí no me has matado, ¿verdad, hermano?

Sale como una tromba de las caballerizas justo en el momento en el que entra mi esposa, lo mira extrañada, pero se acerca hacia nosotros. Al ver nuestros semblantes, nos mira preocupada, sabiendo que algo ha sucedido.

—¿Habéis vuelto a discutir? —pregunta, mirándome a mí, niego y suspira aliviada—. ¿Qué le sucede a Elvin? Parece furioso…

—Os acompañará a la frontera —anuncia el laird interrumpiéndola.

—No necesitamos hombres MacLean, hermano —le mira sorprendida.

—Elvin se va con vosotros —sentencia dándose media vuelta para marcharse.

—¿Por qué? —ella lo coge del brazo impidiéndoselo.

—Ya no es bienvenido en Duart. —Mi esposa abre su boca y la vuelve a cerrar como si no encontrara las palabras adecuadas—. Lo acabo de desterrar.

—¿Que has hecho qué? —grita incrédula y furiosa a partes iguales —. ¿Cómo te atreves a hacer semejante cosa? Es nuestro hermano pequeño, debes cuidarlo y velar por él, ¿y lo arrojas al exterior como si fuera un perro?

—Él lo ha decidido así, Morrigan —le alza la voz y me tenso, doy un paso al frente dejándole claro que no pienso permitir que lo vuelva a hacer—. Parece deseoso de estar a las órdenes de tu esposo, que así sea, pero no será bienvenido en Duart.

—¿Te estás oyendo? —increpa—. ¿A mí también vas a desterrarme por haber elegido a John? —pregunta—. ¿Es eso, hermano? —Kylian se tensa todavía más—. ¿No soportas que Elvin quiera dejar de ser tu sombra y prefiera estar bajo el mando de otro?

—Parad —siento que, si no intervengo, seguirán haciéndose daño —. Es un muchacho, dejadle hacer lo que desee. Volverá con el rabo entre las piernas, no sabe nada de la vida.

—No pienso volver. —El pequeño MacLean lleva una saca al hombro—. Ya no soy bien recibido. ¿Puedo al menos despedirme de las mujeres y mis sobrinos? —pregunta a su hermano sin mirarlo—. Puede que pienses ahora mismo que soy un traidor y un desagradecido que no os quiere, pero no es así, Kylian. Lo único que pido es vivir mi vida como me plazca.

—Tienes poco tiempo —replica—. A partir de ahora, estás bajo las órdenes del Inglés.

Se marcha raudo, me doy cuenta de que Elvin está haciendo grandes esfuerzos para no llorar dejando muy claro lo que todos pensamos, es un niño jugando a ser un hombre. Morrigan lo abraza y le dice que no tiene nada de lo que preocuparse, que Kylian recapacitará, yo no estoy tan seguro.

—Despidámonos y emprendamos la marcha —lamento interrumpirles, pero permanecer más tiempo en Duart ya no es una opción.

En el patio, me sorprende encontrar a Dreidre con Ian en brazos, Diane con Helen, y a Thomas, siempre la sombra de esta última. Ambas mujeres intentan no llorar, por lo que imagino que MacLean ya les ha informado de su decisión, en los ojos de mi hermana brilla la rabia contenida, sé que esto que acaba de suceder va a sacudir su matrimonio porque no va a dejar pasar esta injusticia.

—No puedo creerlo —susurra cuando llegamos hasta ellas—. Elvin, no te vayas —le pide—. Hablaré con él y recapacitará…

—No quiero que lo haga —interrumpe—. Puede que para mi hermano sea un alivio no tenerme aquí, creo que el verdadero problema de todo esto es que jamás va a confiar en mí, soy hijo de quien soy y eso no lo puedo cambiar. Creo que ve a mi madre en mí, y ya no quiero tener que imponerle mi presencia ni mendigar su amor y su confianza.

—Muchacho —Thomas interfiere—. No es eso… ¿Cómo se te ocurre pedirle ayuda al Inglés?

—Mi esposo tiene nombre. —Morrigan mira al segundo al mando —. John o barón Dudley, como prefieras.

El gruñido del hombre no se hace esperar. Elvin se despide de las mujeres con bastante entereza, pero cuando llega el turno de los bebés, sus ojos se llenan de lágrimas, les besa y les susurra algo que no logro escuchar, pero me parte el corazón.

—Siempre voy a visitar a Kael, pero no podré hacerlo más —murmura, mirando a Diane—. ¿Puedes decirle que lo siento mucho? —pregunta, ahogándose con el llanto—. Que siento mucho haberle fallado.

—Se lo diré —asiente—. Pero él jamás sintió que tú le hubieras decepcionado. Allá donde tú vayas, él estará contigo.

—Tenemos que irnos. —Lamento muchísimo tener que interrumpirlos, pero me he dado cuenta de que Morrigan está muy afectada, está pálida y temblorosa, y temo que pueda volver a enfermar—. Nos volveremos a ver.

—Cuídalos, por favor —me pide mi hermana—. Sé que Elvin está en buenas manos contigo, no dejes que lo maten —me abraza sollozando—. Cuídate, hermano mío.

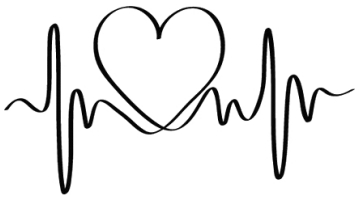
—Tú también, preciosa. —Beso su frente y ayudo a mi esposa a subir a su caballo—. ¿Estás bien, Morrigan?

—Sí —responde, buscando con la mirada al único que falta—. Marchémonos.

Emprendemos la marcha a paso lento. Yo primero, los dos hermanos detrás, siento que murmuran hablando entre sí, imagino que mi esposa está dando ánimos al muchacho que acaba de ser despojado de todo lo que conoce solo por querer un poco de libertad para demostrar su valía.

Me giro cuando salimos y dejamos atrás el portón para descubrir que solo Kylian permanece en una de las torres de vigilancia, observando cómo nos alejamos. A pesar de la distancia, creo que soy capaz de ver el tormento en su mirada, no solo ha perdido a su hermana, sino que por su orgullo ha perdido a su hermano menor. Lo envía a un lugar que sabe es peligroso en demasía, aunque yo no lo dejaré salir de Crawford, la frontera siempre es blanco de ataques por parte de ambos bandos, él sabe lo que le espera y, aun así, no

es capaz de dar su brazo a torcer, solo espero que no tenga nada que lamentar en el futuro.



Capítulo 26

Morrigan

No puedo creer que estemos haciendo el viaje de vuelta a Crawford en compañía de Elvin. Al despertar esta mañana, lo he hecho con una sonrisa en los labios, pero de inmediato me he levantado y arreglado lo más rápido posible para ir en busca de mi esposo. Lo que no me podía imaginar era que Kylian hubiera desterrado a nuestro hermano pequeño.

—Deja de llorar por mí, Morrigan —dice—. No me he muerto.

—Te han desterrado, maldito idiota —exclamo demasiado alto, mi esposo me pide que baje la voz—. Lo siento.

—Tarde o temprano, Kylian lo iba a hacer —resuelve. Aunque intenta aparentar indiferencia, sé que está dolido y tiene miedo—. Solo que ahora le he dado un motivo al cual aferrarse.

—¿No se te ocurrió una mejor idea que pedirle ayuda a John? —cuestiono.

—Os estoy escuchando —interfiere—. ¿Qué tengo de malo, esposa? —pregunta, frunciendo el ceño—. Tengo mejor genio que tu hermano, eso seguro.

—Que bromees en un momento así… —replico—. Esposo, ¿no ves las consecuencias de todo esto?

—Lo cierto es que no es tan malo. —Nos mira sin perder la calma —. Kylian recapacitará, y si no lo hace por sí mismo, Dreidre se

encargará. —Sonríe y no entiendo el motivo—. Creedme, puede ser su peor pesadilla.

—No quiero que nadie libre mis batallas —espeta mi hermano entre dientes—. No quiero que Dreidre permita que lo que ha sucedido conmigo resienta su matrimonio.

—Por desgracia, no es algo que podamos evitar estando en Crawford —rebate mi marido—. No debes preocuparte por ellos. En el fondo, Kylian jamás volverá a hacerle daño.

—Tienes demasiada confianza en mi hermano —le digo—. ¿Por qué? Eres tan consciente como nosotros de que es un hombre de corazón enorme, justo como el que más, pero cuando cree que le has fallado, es implacable.

—Puede que con los demás lo sea —responde—. Sin embargo, vosotros sois su familia. Perdonó a Dreidre, a pesar de que le mintió, y perdonará a Elvin cuando se dé cuenta de que realmente no ha hecho nada malo.

Ninguno volvemos a hablar en largo rato, Elvin se posiciona tras de mí, John al frente. Recorremos muchas millas antes de que anochezca y debamos detenernos para que descansen tanto los caballos como nosotros. Nos arriesgamos a encender un fuego, al fin y al cabo, todavía no hemos llegado a la frontera, cenamos lo que Dreidre nos ha preparado al resguardo de una higuera.

—Llegaremos mañana a más tardar antes del anochecer —anuncia John.

—Estarás ansioso por llegar —dice Elvin—. ¿Tus padres estuvieron de acuerdo con tu partida?

—Sí —asiente, le miro atentamente para no perderme ningún gesto—. Y aunque no hubiera sido así, habría actuado de igual forma.

Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho ante sus palabras, su mirada penetrante sobre mí, ya que no la ha apartado en ningún momento sosteniendo la mía. Sé que no se arrepiente, pero no puedo estar tranquila hasta saber que sus decisiones no han tenido consecuencias que afecten a otros.

—Tus padres van a sorprenderse mucho —añado—. Imagino que pueden esperar que llegues conmigo, pero no con otro MacLean.

—Deja de preocuparte —replica—. Os aceptarán a ambos. Somos familia y eso es lo único que debe importar. Si estáis cansados, es mejor que durmáis ya, haré la primera guardia.

—Puedo hacerla yo —se ofrece mi hermano—. Acuéstate junto a tu esposa.

No me gusta que Elvin haga ninguna guardia y no porque no confíe en él, sino porque a mis ojos sigue siendo ese niño que recorría los pasillos de Duart siempre cabizbajo a la sombra de Bran. Sin embargo, John lo acepta, algo que no habría hecho Kylian, ahora entiendo por qué ha querido venir con nosotros.

—Tú le das la oportunidad de demostrar su valía —susurro cuando ya estamos acostados, tapados por varios mantos—. Eso es lo único que ha pedido y le ha sido negado.

—No es fácil aceptar que los pequeños crecen y desean librar sus propias batallas —replica—. Me costó muchísimo aceptar el hecho de que Dreidre quisiera seguir mis pasos, pero sabía que, si me negaba, lo haría igualmente a mis espaldas, por lo que me concentré en entrenarla para que fuera la mejor.

—Y lo conseguiste —elogio—. La destreza de la Bruma es legendaria.

—Me siento muy orgulloso de ella. —Se nota en su voz—. Duerme, esposa. Mañana tenemos un largo camino por delante.

Obedezco, aunque duermo y me despierto varias veces durante la noche, por lo que, cuando nos tenemos que poner en marcha, me siento agotada. Volver a montar a caballo es un suplicio porque tengo el trasero y la espalda doloridos, pero no voy a decir nada, eso significaría retrasarnos y no pienso permitirlo. Aprieto con fuerza los labios para ahogar el gemido de dolor que me produce el vaivén de mi montura.

—No consigues engañarme, esposa. —Intento aparentar que todo va bien, grito sorprendida cuando me alza y me sienta frente a él sobre su propio caballo—. Te duele todo, ¿verdad? Y no has dormido bien —regaña como si fuera culpa mía, cuando lo cierto es que dormir al aire libre no es algo que me guste—. Intenta hacerlo ahora.

Apoya mi rostro en su pecho y coge las riendas dejándome rodeada por sus fuertes brazos, mi hermano sigue tras de nosotros con mi caballo atado al suyo. Me pide que me duerma cuando en unas horas estaremos en Crawford, un lugar del que no guardo buenos recuerdos y en el cual no sé qué puedo encontrarme.

Como no consigo dormirme, lo único que hago es disfrutar de las vistas, de los cambios de paisajes conforme nos acercamos a las Lowlands, ya que la vez anterior no pude hacerlo. Intento imaginar cómo será mi vida en el castillo, ¿podré hacer todo lo que se espera de mí? John es un barón inglés, creo que su abuelo tenía muy buena relación con la corona, yo soy una escocesa, mi miedo es que al haberme escogido a mí pague un alto precio por ello.

Cuando comienza a anochecer, tal y como había predicho John, diviso a lo lejos Crawford Castle, hogar de los Lindsay. Mi esposo espolea su montura y cabalgamos veloces hasta traspasar el portón.

—Bienvenidos a Crawford Castle —anuncia, sonriente, mirando a su alrededor—. Vuestro nuevo hogar.

Los padres de John salen a nuestro encuentro, en sus rostros no soy capaz de leer ninguna emoción. Mi esposo me ayuda a bajar, de inmediato, Elvin se posiciona a mi lado, algo que agradezco en silencio, no pongo en duda su apoyo incondicional, todavía no entiendo cómo Kylian no es capaz de verlo.

—Padre —saluda—. Madre. He traído de vuelta a Morrigan ya como mi esposa.

Hago un gesto con la cabeza en señal de respeto, pues no me salen las palabras. El silencio es tenso, la primera en reaccionar es la señora del castillo, abraza a su hijo y después a mí mientras me pregunta cómo me encuentro.

—Muy bien, señora —respondo.

—Llámame Cecily —corrige—. Espero que el viaje haya trascurrido sin contratiempos.

—Hemos tenido suerte —asiento—. Este es mi hermano Elvin —presento, ya que John está ocupado hablando con su padre—. Se quedará aquí una temporada…

La mujer parece sorprenderse, pero se repone enseguida. Mi hermano la saluda con educación para después mantenerse al

margen, es algo que se le da muy bien, muchas veces se convierte en una sombra.

—Entremos —indica con una sonrisa—. No os esperábamos, pero ordenaré de inmediato que lo preparen todo. Querréis daros un baño y comer algo caliente.

John y su padre son los primeros en entrar, no me pasa desapercibido el hecho de que no nos ha dirigido la palabra. Supuse que no sería fácil, pero eso no hace que sea menos doloroso sentir que no eres bienvenida en tu nuevo hogar.

—Tu hermano puedo ocupar la antigua alcoba de John —explica mi suegra—. Ya que imagino que, como matrimonio, querréis compartir una, incluso puedes decorarla a tu gusto.

Muerdo mi lengua para no decirle que no tengo intención alguna de vivir aquí, en cuanto pongo un pie dentro y veo las escaleras por las que fui empujada, comienzo a sentir ganas de vomitar, el sudor corre por mi espalda, a pesar de temblar de frío.

—¿Estás bien? —susurra mi hermano preocupado—. Acabas de palidecer.

—No te preocupes —mascullo, intentando controlar las ganas de vaciar el estómago en medio del salón.

—¿Dónde se ha metido John? —pregunta molesto—. Te ha dejado sola, debe saber que no es fácil para ti todo esto…

—No puede estar siempre a mi lado, Elvin —defiendo—. Imagino que tiene mucho de lo que hablar con su padre, después de todo, lleva muchos días fuera de aquí.

—Siéntate antes de que te caigas. —Me ayuda a llegar hasta una de las sillas frente a la chimenea, hasta esta sala me trae malos recuerdos, ¿cómo se supone que debo vivir aquí?

Más que nunca me aferro a la promesa que me hizo mi esposo. Viviremos dentro de la propiedad, pero no en el castillo, intento concentrarme en ello para mantener el control, a pesar de que mi corazón late desbocado y mis manos tiemblan.

—Ya he dado las órdenes. —La madre de John vuelve, parece algo incómoda—. En breve, podréis daros un buen baño y tomar una taza de té.

Pierde la tensa sonrisa cuando los gritos comienzan a escucharse con claridad desde donde nos encontramos.



Capítulo 27

John

—¿Es qué has perdido la razón? —increpa mi padre en cuanto llegamos a su despacho y cierro la puerta con la esperanza de que Morrigan no lo escuche.

—Te dije que iba en busca de mi mujer, padre —intento permanecer sereno, perder la compostura ante él no es lo mejor si quiero conseguir su apoyo.

—¡No hablaste de boda! —rebate cada vez más furioso—. Tuve que enviar a una Olivia furiosa y ultrajada a su hogar, al menos podrías haber esperado por las represalias.

—Creo recordar que sí lo hice —corrijo—. ¿Crees que su familia me hubiera permitido traerla sin hacerla mi esposa? —cuestiono.

—Pensé que tendría algo más de orgullo —brama, tiemblo por la rabia sabiendo que es imposible que no lo escuche—. Tenía la esperanza de que no te perdonara y que…

—¿Aceptaría casarme con una desquiciada que es capaz de mancharse las manos de sangre por un hombre que jamás la amará? —no me importa gritar.

—Si el barón recurre al rey, vamos a tener problemas —acusa—. ¿Vas a asumir las consecuencias? ¿Estás dispuesto a perder el título? Sabes que los Hereford son allegados al monarca, maldita sea.

—Que así sea —sentencio, ganándome una mirada incrédula de parte de mi progenitor, que siempre ha luchado por preservar todo lo que nuestros antepasados consiguieron—. Si debo perderlo todo por tener a Morrigan en mi vida, no me importa.

—Te has vuelto loco —escupe rojo de furia—. ¿Piensas que me voy a quedar de brazos cruzados mientras veo cómo pierdes todo lo que consiguieron mi abuelo y mi padre?

—El abuelo me cedió su título para atarme a ese maldito matrimonio —siseo furioso—. No lo hizo contigo porque tú sí elegiste con quién compartir tu vida —le grito—. Deja que yo haga lo mismo, maldición.

—Desaparece de mi vista —ordena entre dientes—. Ahora mismo, mirarte me revuelve las tripas.

—Será un placer —asiento, salgo del despacho dando un portazo y me dirijo al salón. Al entrar, maldigo porque Morrigan está sentada mirando al fuego, tensa como la cuerda de mi arco, su hermano tras de ella, como si de ese modo pudiera protegerla—. Esposa… —me arrodillo frente a ella, y cuando su mirada se encuentra con la mía, veo cómo intenta contener el llanto—. No hagas caso —acaricio su mejilla.

—Te dije que no quería esto —musita, apartando la mirada—. No tenía que haber vuelto, John. Nunca debiste ir a buscarme.

—Jamás vuelvas a decir eso —increpo—. Eres mi esposa le pese a quien le pese, me importa poco si es el mismísimo rey de Inglaterra.

—Hijo. —Miro a mi madre, puedo darme cuenta de lo avergonzada que se siente—. He dispuesto todo, subid a vuestra nueva alcoba y…

—No viviremos aquí —interrumpo, ella me mira sin comprender—. Le prometí a Morrigan que lo haríamos en Crawford Manor.

—Pero no está habitable —exclama sorprendida—. ¿Cómo vas a hacer que tu esposa viva allí? John, debes ser razonable.

—Permanecer aquí solo le hace revivir lo que sucedió gracias a Olivia. —Mi madre aprieta los labios—. Además, padre no va a hacer la convivencia agradable, ¿Qué clase de marido sería si la obligara a vivir en semejantes condiciones?

—Solo está preocupado por ti —intenta defenderlo—. Ahora sabemos de lo que Olivia es capaz, puede causar muchos

problemas.

—Los afrontaré —alzo el mentón—. Veremos quién gana. No pienso permitir que esa harpía condicione mi vida.

—Sobre lo de vivir en Crawford Manor… —comienza a decir—. Al menos, deberías dejar que ordene a los sirvientes que limpien, debemos ver cómo está el estado del techo y los suelos y…

—Nos ocuparemos —interrumpo de nuevo—. Sé que tienes buenas intenciones, madre. Pero pretendo que mi esposa sea la señora de su propio hogar.

—Lo entiendo —asiente—. Pero esta noche deberéis pasarla aquí.

Miro a Morrigan, que no ha dicho una sola palabra. Sé que mi madre tiene razón, ya ha oscurecido y no van a poder tenerlo todo listo, no quería permanecer bajo este techo más de lo necesario, pero es algo que se escapa de mi control.

—Me gustaría descansar un poco —susurra mi esposa—. Elvin, haz lo mismo.

Se levanta, por lo que decido seguirla. Mi madre me informa de dónde debe dormir mi cuñado, asiento y subimos las escaleras hasta los dormitorios. Indico a Elvin cuál es su alcoba, y me dirijo hacia la nuestra. Al entrar, una tina de agua humeante junto al fuego nos espera, Morrigan no tarda en comenzar a desnudarse.

—Háblame —le pido preocupado.

—Ya te dije que no es necesario que andes a mi alrededor con pies de plomo, John —replica sin mirarme—. Sabía que esto iba a suceder y, aun así, pretendí obviarlo porque te amo. Eso no significa que no duela.

—Lo arreglaré —le aseguro, desnudándome también—. No te preocupes por mi padre. Cuando vivamos en nuestro propio hogar, ni siquiera tendrás que verlo.

—Es mi sueño hecho realidad —se burla—. Que el padre de mi esposo me odie, cuando soy la única inocente en todo esto.

—Kylian también me odia, Morrigan —le recuerdo molesto porque saque nuestro pasado justo ahora.

—No lo hace en realidad —la miro incrédulo—. Si te quisiera muerto, lo estarías.

—Ya, claro —ruedo los ojos—. Lo mismo digo, mujer. Podría haberlo matado hace años.

—No quiero discutir quién de los dos es mejor guerrero —espeta —. Solo quiero dormir. Mañana me gustaría poder comenzar a trabajar en Crawford Manor.

—Lo haremos —sentencio—. Báñate primero.

—¿Puede mi hermano vivir con nosotros? —pregunta dentro del agua, intento que mis ojos no se pierdan en las curvas de su cuerpo —. ¿Hay suficiente espacio?

—Lo hay —carraspeo—. Cuenta con ocho habitaciones, Morrigan.

Me mira sorprendida sobre su hombro, sonrío ante su gesto. Me acerco hasta arrodillarme a su lado, mis manos puestas en el borde de la tina cuando lo que más deseo es sumergirlas en el agua.

—¿Pensabas que iba a hacerte vivir en una cabaña? —cuestiono risueño—. Esposa, ya te he dicho que la propiedad es enorme. No es una fortaleza, sin embargo, espero que sea suficiente para ti.

—Lo será —sonríe, aunque no llega hasta sus ojos—. Gracias por permitir que mi hermano esté con nosotros, no muchos querrían cargar con un mocoso, sobre todo, recién casados.

—Tengo la esperanza de que Elvin se convierta en el mejor guerrero a esta parte de la frontera y sea capaz incluso de ganar a Kylian.

Mis palabras sí que la hacen reír ahora, ambos sabemos que mejor que el Lobo MacLean no hay muchos. Yo me considero un buen guerrero, pero debo reconocer que mi cuñado es superior en batalla.

Observo cómo se baña embelesado, al terminar debo contenerme para no abalanzarme sobre ella mientras se pone el camisón, después comienza a cepillarse su oscuro cabello. Agradezco que el agua haya quedado fría para ayudarme a templar mi ánimo.

Llaman a la puerta, las criadas nos traen algo para comer, agradezco que mi madre haya entendido que no íbamos a bajar a cenar. Escucho cómo mi esposa suspira aliviada, es ella quien se encarga de disponerlo todo en la mesa mientras termino de asearme. No me molesto en ponerme una camisa y disfruto de la incomodidad que le produce a mi pequeña escocesa.

—Todo se ve delicioso —me siento frente a ella—. ¿No tienes hambre?

—No mucha —murmura—. Estoy cansada.

—Come un poco —le pido, alza la mirada para dejarme claro lo que opina sobre mi petición sin necesidad de palabras—. No puedes saltarte comidas o enfermarás.

—No soy tan frágil, John —replica—. No soy una damisela, si eso es lo que buscabas, te has equivocado de país.

—¿Qué demonios…? —exclamo molesto—. Ya tenía una con la que casarme y no lo hice, ¿tenemos que hablar siempre de lo mismo?

Se levanta sin decir nada para dirigirse al lecho, se acuesta dándome la espalda y descubro que odio que haga eso, detesto que me deje fuera, que no me permita saber qué le sucede en realidad. Puedo entender que no es fácil estar donde sabes que no eres bienvenida, pero yo he estado a la intemperie durante días y permanecido en Duart sabiendo que quería mi cabeza en bandeja de plata.

—¿Vas a hacer eso cada vez que algo no te guste? —pregunto molesto—. ¿Qué más quieres de mí?

De nuevo, silencio, mi furia crece todavía más. Podría obligarla a hablar, pero eso solo lo empeoraría todo, por lo que salgo de la alcoba dando un portazo, no puedo permanecer junto a Morrigan en este estado. No la he traído hasta aquí para que el primer escollo nos haga abrir una brecha entre nosotros, no voy a darle el gusto ni a mi padre ni a nadie.

—¿Qué haces aquí fuera? —Miro tras de mí para encontrarme a Elvin apoyado en el muro del patio exterior observando el cielo—. ¿Has discutido con Morrigan?

—No sé qué más hacer —mascullo.

—Deberías haber previsto esto —se encoge de hombros cuando le lanzo una mirada de molestia—. Hemos podido escucharlo todo, John. He visto cómo mi hermana palidecía al escuchar cómo tu padre pensaba que no regresaría contigo por orgullo. ¿Cómo crees que se ha sentido?

—¿Crees que no sé que no merezco que ella me haya dado una nueva oportunidad? —cuestiono impotente—. Sin embargo, pienso

aferrarme a un clavo ardiendo si es necesario.

—Puedes hacerlo, pero creo que es una decisión egoísta si no eres capaz de comprenderla. —No puedo creer que un muchacho me esté dando lecciones de cómo debo comportarme con mi esposa.

—Sé que he sido un egoísta con Morrigan —concedo—. Pero el hecho de perderla para siempre no era una opción para mí, Elvin. Le prometí que le daría un hogar y mañana pienso comenzar a hacerlo, necesitaré tu ayuda. —Asiente—. Deberías dormir.

—No creo que pueda hacerlo —reconoce—. Creí que sería fácil vivir con el hecho de que soy un desterrado, no tengo clan, no tengo *laird*, no tengo familia —su voz se va apagando.

—Te entiendo. Pero sí tienes familia. —Me mira apenado—. Morrigan es tu hermana mayor, ella no va a abandonarte. Recuerda a Dreidre y Diane junto a tus sobrinos, incluso Kylian, estoy seguro de que terminará arrepintiéndose.

—La pregunta sería… —dice, agachando la cabeza—. ¿Podré perdonarle yo? ¿Por qué puede actuar como le venga en gana y después todos terminan perdonando sus acciones por crueles que estas sean? Alguien debería hacerle pagar ese maldito carácter que tiene.

—¿Y quieres ser tú? —pregunto, no responde, lo que me deja saber que realmente no piensa en todo lo que dice—. Adelante —me mira sorprendido—. Tienes razón, Elvin. Tu hermano nunca recibe un escarmiento, sin embargo, considero que, si lo haces, vas a sufrir en el proceso, porque no creo que seas una persona que pueda vivir con el rencor carcomiendo tu corazón.

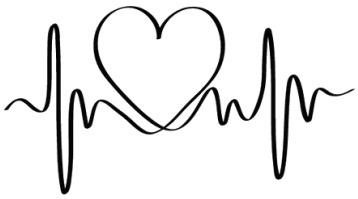
—Bonita forma de decir que soy imbécil —replica, intento contener una carcajada para no ofenderlo—. Sé bien que soy el más inútil de los MacLean.

—No he dicho eso —me defiendo—. ¿Quién demonios te ha metido eso en la cabeza? —pregunto molesto—. ¿Ha sido Kylian…?

—No —responde de inmediato—. Mi hermano no ha estado presente en mi vida tanto tiempo.

Me quedo en silencio pensando, le miro apenado cuando comprendo que las personas que más debieron amarle y alentarle lo único que hicieron fue conseguir lo contrario.

—Tu madre y el bastardo de Bran —sentencio, no me hace falta preguntar—. Debes olvidar todo lo que te dijeron. Eres un buen muchacho, y serás un hombre de gran valía, no tengo la menor duda al respecto.



Capítulo 28

Morrigan

El portazo me sobresalta, pero, aun así, no me muevo. Sigo acurrucada bajo las mantas con la esperanza de que el frío que se ha apoderado de mi cuerpo desaparezca. No puedo dejar de temblar, comienzo a escuchar truenos en la lejanía, lo que anuncia una próxima tormenta, detesto tener que pasar la noche bajo el mismo techo que el padre de John.

No creo que pueda olvidar el desprecio que desprendía su voz mientras expresaba su sorpresa ante el hecho de que hubiera sido capaz de perdonar a su hijo, demostrando el poco orgullo que tengo. Puedo entender su preocupación por las posibles consecuencias después de romper el compromiso, lo cierto es que no sabía que la familia de esa perra fuera tan cercana a la corte. Tengo miedo, y ese sentimiento empuja mi rabia porque detesto tenerlo, no quiero que John pague tan alto precio por elegirme, no siento que lo merezca.

La puerta vuelve a abrirse, cierro los ojos para fingir que duermo; mis sentimientos están a flor de piel y no quiero hacer o decir algo de lo que pueda arrepentirme, ya que el daño ya estaría hecho. Me niego a convertirme en una persona dañina, que vive tan sumida en sus problemas y miedos que no es capaz de seguir adelante si no consigue que las personas a su alrededor sufran más que ella.

—Sé que no estás dormida, esposa —susurra mientras se tumba a mi lado, el calor que desprende su cuerpo parece llamarme—. ¿Vas a

seguir enfadada conmigo? —pregunta muy cerca de mi oído, aprieto con fuerza mis labios para no gemir y mis manos se aferran a las mantas para no girarme.

—No estoy enfadada —susurro—. Será mejor que intentemos dormir, mañana nos espera un día duro.

—Mírame —me pide, no es una orden—. Por favor…

Finalmente, claudico y me giro con lentitud para encontrarme frente a frente con mi esposo. En los suyos veo tormento, arrepentimiento y dudas, y me odio por ser la responsable, dejo de luchar y me abrazo a su cuello escondiendo mi rostro para ocultar mi vergüenza. Lejos de apartarme me aprieta contra sí como si necesitara mi contacto más que al aire que respiramos, su corazón late muy deprisa, me impregno de su aroma.

—No te rindas, esposa —me pide en voz baja—. No lo hagas, pase lo que pase. Puede que vengan tiempos difíciles, pero los superaremos, no dejes que nadie te dañe con sus palabras o acciones, ni siquiera mi padre.

—No quiero ser la responsable de que tu relación con él se enturbie —le miro apenada—. Debiste decirme que esa mujer era tan poderosa…

—¿Por qué? —interrumpe—. ¿No hubieras aceptado casarte conmigo? ¿Qué importa que el padre de Olivia tenga el favor del rey? Si pierdo mi título, que así sea, ha sido un maldito lastre desde el momento en el que lo heredé.

—No puedes decir eso —exclamo contrariada, me incorporo para poner distancia entre los dos—. Es tu legado, el de tu familia. No puedes permitir que eso se pierda.

—Siempre me he sentido más escocés que lord inglés —reconoce —. No me importa perder algo si te tengo a ti, Morrigan.

—Eso es muy egoísta, John —rebato, sintiéndome muy culpable—. Debes cumplir con tus deberes y obligaciones para con tu gente y tu legado.

—Encontraré una solución —insiste—. No dejes que esto nos separe —repite, cogiendo mi rostro entre sus manos—. ¿Me lo prometes? Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

No respondo, pero dejo que vuelva a abrazarme, nos tumbamos para dormir. Sin embargo, no consigo hacerlo profundamente, por lo que, cuando me levanto, me siento muy cansada, veo cómo John frunce el ceño al ver mi rostro, que debe demostrar la mala noche que he pasado, agradezco que no diga nada porque no es algo que pueda evitar; este castillo parece que me enferma y por ello necesito salir de aquí.

—Anoche le pedí ayuda a Elvin —dice, rompiendo el tenso silencio —. Y di órdenes de que comenzaran en cuanto amaneciera a preparar Crawford Manor. ¿Quieres verla? —pregunta, asiento terminando de trenzar mi cabello—. ¿Por qué lo recoges?

—Es mejor para trabajar —respondo como si fuera obvio.

—No tienes por qué hacer nada. —Lo miro sorprendida—. Morrigan, eres mi esposa. Ordena y te obedecerán.

—Tengo dos manos y una espalda fuerte, puedo hacer lo mismo que los demás —rebato—. No acostumbro a quedarme mirando mientras otros se desloman por mí. Eso no fue lo que me enseñó mi madre.

—Eras una niña cuando murió —me recuerda, duele, recordarla todavía duele.

—Pero sé cómo era y lo que hacía —me levanto para enfrentarlo—. Creo que debes comprender que no soy una mujer que le guste estar de brazos cruzados, John. Me moriría de aburrimiento si lo hiciera.

—¿Cómo manejabas Duart? —pregunta curioso mientras salimos de la alcoba.

—No lo hice, al menos, no por mucho tiempo —replico—. Karen jamás me lo permitió. Luego llegó tu hermana, así que ese privilegio y obligación le correspondía a ella.

Al bajar al salón, nos detenemos porque los padres de mi esposo se encuentran desayunando, no veo a mi hermano por ninguna parte y eso me pone nerviosa pensando que tal vez el señor de Crawford lo ha echado como un perro.

—Buenos días —saluda mi suegra, sonriendo con incomodidad, pues todos somos conscientes de que su esposo ni siquiera ha

levantado la vista de su plato—. Espero que hayáis dormido bien. Sentaos para comer algo —ofrece.

—No es necesario —interrumpe John—. Tenemos mucho que hacer en Crawford Manor.

Comenzamos a caminar de nuevo hasta que el vozarrón potente de su padre nos detiene.

—¿Quién te ha dado permiso para hacer nada? —pregunta, mi corazón se detiene por un instante ante el pensamiento de que no nos deje vivir allí, eso me condenaría a hacerlo aquí y no creo poder soportarlo, si incluso bajar las malditas escaleras es una pesadilla.

—No sigas por ahí, padre —advierte con frialdad, se gira para encararlo. Yo no lo hago, no puedo—. ¿No tengo permiso para hacer lo que me plazca en mi hogar? —pregunta con aparente tranquilidad a pesar de que todo su cuerpo se encuentra en tensión.

—¿Por qué debes abandonar tu hogar? —cuestiona de vuelta, puedo sentir su mirada acusatoria sobre mí—. ¿Qué tiene de malo este?

—Pareces olvidar que mi esposa fue empujada por las escaleras y, como consecuencia, perdió el hijo que esperábamos. —Cierro los ojos—. Además de que me niego a que pase un momento más aquí cuando no es bien recibida.

—No digas eso, hijo —exclama Cecily—. Es tu esposa y merece estar aquí, en tu hogar y…

—No vais a convencerme —interrumpe—. Padre, dime si puedo o no puedo ocupar Crawford Manor: si no me lo permites, partiremos de inmediato de vuelta a Duart.

Jadeo sorprendida, le miro incrédula ante lo que acaba de decir. ¿Se ha vuelto loco? Su padre se levanta como un resorte de su asiento enfurecido.

—¿Me estás amenazando? —brama—. ¿Crees que esto es algún juego de poder? Tu sitio es este —sentencia—. Haz lo que te plazca, tarde o temprano tendremos noticias de Londres y necesito que estés aquí para acatar lo que sea que se decida.

—Sea —asiente—. Esperaré con ansias las represalias de los Hereford.

Me coge de la mano y tira de mí para sacarme del castillo con rapidez. Caminamos como si nos persiguiera el mismísimo diablo y lo cierto es que al menos yo lo siento así, no puedo olvidar la mirada de ese hombre, la frialdad en sus palabras y las posibles consecuencias que puede sufrir John por mi culpa.

—Detente —le pido, intentando recuperar el aliento—. ¿Está muy lejos? —pregunto extrañada.

—Al girar —responde furioso—. Lo siento —se detiene y me mira culpable—. Espero que sea suficiente para ti por el momento.

Me parece ver un atisbo de miedo en sus ojos, pero desaparece tan rápido que dudo, por lo que lo dejo pasar por el momento. Al contemplar Crawford Manor, me quedo con la boca abierta, puede ser que no sea tan grande como Duart, pero no tiene nada que envidiarle, ¿cómo ha podido pensar que no es suficiente para mí?

Se alza ante nosotros, de piedra gris, con ventanales enormes, pero a mi parecer preciosa. Desde que la he visto, he sentido que podría convertirse en mi hogar.

—No estoy seguro de si tu silencio es bueno o malo. —Lo miro y me río, suspira aliviado y sonríe—. ¿Te gusta?

—Es perfecta —sentencio—. Entremos —apremio, echando a correr, me alcanza de inmediato y, como la puerta está abierta, entramos a la vez.

El ambiente se siente cargado, a pesar de que todo está abierto para que se ventile, veo varias criadas de aquí para allá, moviendo muebles, limpiando el polvo acumulado de años. John me insta para que continúe a la derecha, un salón bastante grande presidido por una chimenea, a la izquierda un pasillo que imagino conducirá a la cocina y tal vez las estancias de los criados.

—En esta planta, si no recuerdo mal, hay una habitación, pero si no la quieres utilizar como tal, puede ser tu salón privado —le miro encantada—. Arriba están todas las demás.

—Tal vez podríamos dejársela a Elvin… —digo pensativa, es entonces cuando lo veo ayudando a un par de jovenzuelos.

—Buenos días —saludo extrañada—. Has madrugado mucho…

—No podía dormir —se encoge de hombros—. Hay trabajo que hacer. —Asiento algo preocupada—. Imagino que no querrás pasar

otra noche en el castillo.

—Si no hay otra opción —susurro—. Adelantaremos lo que podamos.

—Nos centraremos en el salón y ambas alcobas para pasar la noche aquí —sentencia John, una vez más le miro agradecida.

—Me parece buena idea —replica mi hermano—. Arriba hay algunas que están en peor estado, sería mejor no utilizarlas hasta que no estén reparadas porque podría hundirse el suelo.

—Me encargaré de que se arreglen lo antes posible —responde mi marido con seriedad—. Pongámonos en marcha —. Lisbeth —llama a una de las criadas, que de inmediato se acerca a nosotros—. Quiero presentarte a mi esposa, *lady* Morrigan. —La muchacha sonríe con vergüenza—. Después de todo, gracias a ti supe la verdad.

Lo miro sin comprender antes de que me explique.

—Fue ella la que vio lo que hizo Olivia —jadeo sorprendida—. Lisbeth y su hermana fueron testigos, me confesó la verdad cuando podría haber callado para no buscarse problemas.

—Muchas gracias —le digo a la joven que no creo que sea mayor que yo—. Te arriesgaste por mí y siempre estaré agradecida.

—No es nada, mi señora. —Parece azorada ante la atención y los halagos que está recibiendo—. Hice lo que debía.

—Espero que no hayas tenido ninguna represalia —le digo con preocupación, aparta la mirada, es entonces cuando comprendo que sí las ha tenido.

—Mi madre no lo hubiera permitido, ¿verdad? —interviene John, al no recibir respuesta, frunce el ceño—. ¿Lisbeth…?

—No es nada —comienza a decir nerviosa—. Es lógico que el señor estuviera furioso y…

—¿Mi padre te hizo algo? —interrumpe furioso, la pobre muchacha ya no sabe dónde mirar ni qué decir—. Lamento que haya sido así. Te prometí que no sucedería nada y he faltado a mi palabra.

—No se culpe —exclama azorada—. No ha sido nada, de verdad. Mi hermana piensa que nos han aumentado la tarea como castigo, pero puede que no tenga nada que ver.

—¿A alguna más le ha pasado? —pregunta mi esposo, Lisbeth niega tras varios instantes en los que parece dudar en si decir la

verdad o no—. Maldita sea —sisea—. ¿Hasta dónde demonios piensa llegar? Tú y tu hermana vendréis Crawford Manor a servir —sentencia, sonrío complacida por tenerlas a mi lado, pues ha demostrado ser leal y sincera.

—Pero, mi señor… —parece debatirse entre el alivio y el miedo—, puede que a sus padres no les parezca bien.

—Yo lidiaré con ello —replica sin darle mayor importancia—. Traed vuestras cosas, esta noche pasareis la noche aquí. Trae más gente para que nos ayude.

Lisbeth sale corriendo, imagino que en busca de su hermana para darle la buena nueva y cumplir con las órdenes de John. Le miro de reojo para darme cuenta de que sigue furioso por el comportamiento tan irracional de su padre. ¿Por qué demonios castigas a la persona que ha sido lo bastante valiente y sincera como para decir que demonios pasó en realidad en esas escaleras? La respuesta es simple, él hubiera preferido que ese secreto siguiera oculto para que su hijo no rompiera el compromiso con la mujer que habían elegido.

—Lisbeth y su hermana serán buenas criadas —me dice—. Las más fieles y leales. Además de que ellas pueden ayudarte a llevar todo lo referente a la casa, a partir de ahora, tú eres su señora, no lo olvides, esposa.

—Tengo mucho que agradecerles —replico—. Espero que se sientan bien aquí, no me gustaría que se sintieran fuera de lugar.

—Les harás sentir bien —me abraza, pasando un brazo por mis hombros—. No me cabe la menor duda. ¿Dónde se ha metido tu hermano? Estaba aquí hace un momento…

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que tiene razón.

¿Adónde ha ido?



Capítulo 29

John

No veo a Elvin, no puede desaparecer porque me he dado cuenta de que hay mucho más trabajo de lo que pensaba. Volver al castillo no es una opción, no pienso hacerle pasar un día más a Morrigan semejante calvario, por lo que necesitamos al menos dos alcobas en la planta superior y arreglar una para el servicio, el salón y la cocina.

—Subamos —indico a mi esposa—. Quiero ver el estado de la planta superior. Déjame ir delante —ordeno con delicadeza, no quiero que pise ningún escalón que pueda estar roto.

—¿Por qué habéis dejado que se deteriore tanto algo tan hermoso? —pregunta.

—No lo sé —reconozco—. He estado ocupado todos estos años, prefiero la acción antes que el papeleo y mi padre lo sabe. Él podría haberse encargado, pero no lo ha hecho.

—Es una pena —replica—. Arreglarlo va a costar mucho dinero, John. —Al llegar a la planta alta, me giro para mirarla—. Tal vez no sea prudente comenzar ahora tales arreglos, no sabemos si nuestro matrimonio va a tener consecuencias y…

—Deja de preocuparte —le pido—. No adelantemos acontecimientos. —Frunce el ceño—. Aunque ocurriera lo peor,

tengo dinero, no te has casado con un pobre.

—Pero el rey puede… —La silencio con un beso rápido.

—No puede quitarme algo que no sabe que existe —susurro cómplice, jadea al comprender lo que quiero decir y me mira indignada, por mi parte solo sonrío.

—¿No te da vergüenza, John Lindsay? —pregunta escandalizada—. ¿Cómo has podido hacerlo? Pensé que solo atacabas para intentar mantener algo de paz en la frontera, no que fueras un vil ladronzuelo.

—Alto ahí, mujer —replico—. Solo lo hacíamos con quien sabíamos que había robado —me encojo de hombros—. ¿Por qué debíamos hacer el trabajo sucio y no cobrar por ello?

—Por el amor de Dios —exclama—. No quiero saber más —me advierte enfadada—. Y no lo vuelvas a hacer —ordena, adelantándome a paso ligero.

—Esta debe ser la habitación principal. —Miro sobre su hombro hacia el interior—. Es enorme. Me pondré con ella de inmediato. ¿Podrías buscar a Elvin y decirle que se encargue de la suya?

—No tienes por qué hacer nada —repito una vez más—. Ordena a Lisbeth y a las demás lo que necesites.

—Y yo te he dicho que pienso hacer todo lo que pueda —alza el mentón—. No soy distinta a ellas solo por haber nacido siendo hija de un *laird*, y ahora esté casada con uno que lo será, si es que antes no nos mandan cortar el pescuezo —termina mascullando, haciéndome reír de nuevo.

—No olvides que eres baronesa —añado—. Deja que te ayude.

Me encargo de mover el lecho mientras ella quita las cortinas y las alfombras. Cuando Lisbeth regresa con cuatro muchachas más, mi esposa les dice lo que tienen que hacer, y cuando ya han salido para ponerse a trabajar, detiene a la joven, sigo haciendo mis tareas, pero sin dejar de prestar atención.

—Lisbeth —se detiene, su hermana también, pero con un gesto de la muchacha se marcha a regañadientes—. ¿Tu señora ha dicho algo sobre que vengas a servir aquí?

—No —responde—. He tardado un poco más porque hemos recogido nuestras pertenencias, mi señora —se disculpa.

—No te he detenido para amonestarte —sonríe para intentar calmarla—. Me gustaría que tú fueras la encargada de las criadas. Es decir…

—¿Yo? —pregunta anonadada—. Pero, mi señora, tal vez alguien con más experiencia sería lo adecuado.

—Te quiero a ti —sentencia con firmeza—. Puede que de momento solo estéis tú y tu hermana, pero quizá en el futuro necesitemos a más gente. —Me mira interrogativa—. ¿Sabéis cocinar?

—Mi hermana mejor que yo —replica sin dudarlo.

—No se hable más —aplaude mi esposa como si hubiera solucionado un gran problema—. Por favor, ocuparos del salón y la cocina.

—Sí, mi señora —sale corriendo, imagino que ha darle la buena nueva a su hermana.

—Buena elección —le digo cuando vuelve a sus tareas—. Si crees que vas a necesitar más criados, podemos buscar más.

—No lo creo —responde—. Somos tres mujeres en la casa, incluso puedo utilizar a Elvin —bromea.

—Ni hablar —aparece, sorprendiéndonos a ambos—. No me utilices de criado, hermana. He venido hasta aquí para que tu esposo me enseñe a pelear, no para limpiar.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta ella—. Espero que estés preparando tu alcoba.

—Ya he terminado —se encoge de hombros—. He escogido la que estaba en mejor estado. Hay que ser prácticos —añade mientras observa a su alrededor—. Esta es un maldito desastre.

—Pues ayúdanos —resuelve—. Baja todo esto y dile a las muchachas que deben lavarlo de inmediato.

Mascullando maldiciones, se lo lleva todo. Morrigan continúa limpiando los muebles mientras me parece que tararea una canción, no puedo evitar sonreír porque parece muy feliz, a pesar de estar haciendo labores que no le corresponden.

—Si te sientes cansada, debes parar —ordeno, me mira sobre su hombro, pero no me hace caso—. ¿Crees que se me olvida lo enferma que has estado? Mujer, conozco pocas personas más cabezotas que tú…

—Gracias —replica sin ofenderse—. John, te he dicho que estoy bien. Lo que hago no me va a matar, debemos terminar esto.

—Haz una lista con lo que necesitamos y me encargaré de conseguirlo.

—¿Las verduras y la carne? —pregunta, deteniéndose algo preocupada—. Esta noche tendremos que cenar…

—Mandaré a alguno de mis hombres a cazar —resuelvo—. Antiguamente había un huerto, pero ya no debe quedar nada. ¿Se te da bien cultivar? —cuestiono.

—Por supuesto —exclama—. Mañana me pondré a ello.

—Perfecto —asiento—. Solucionado entonces. Parece que todo va a ser más fácil de lo que creíamos.

—No cantes victoria, esposo —rebate—. La vida es impredecible, y tú ahora mismo tienes una espada colgada sobre tu cabeza.

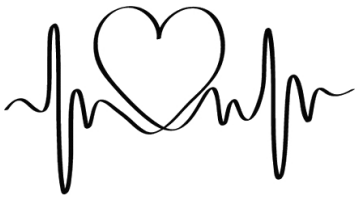
—¿No vas a olvidarlo? —cuestiono—. Cuando salí de aquí para ir a por ti, lo hice asumiendo todas las consecuencias, pero no voy a permitir que eso empañe mi felicidad a tu lado.

—Solo espero que no llegue el día en el que te arrepientas, John.

—No llegará porque mi corazón te pertenece a ti —respondo—. Y siempre lo hará. Eso no va a cambiar, aunque me despojen de todo como castigo por elegir con quién pasar mi vida.

No volvemos a hablar, nos concentramos en acondicionar Crawford Manor para convertirla en nuestro nuevo hogar. El lugar donde edificaremos nuestro futuro, sin pensar en lo que esté por llegar.

Puede que sean tiempos difíciles, pero no tengo miedo.



Capítulo 30

Morrigan
Dos meses después…

Observo a mi alrededor sonriente, al ver cómo todo ha comenzado a florecer con la llegada de la primavera. Mi huerto también está dando sus primeros frutos y me siento muy orgullosa por ello. Tras de mí, la imponente Crawford Manor, que ha vuelto a cobrar vida después de todo lo que hemos trabajado en ella, tanto por dentro como por fuera. John no me mintió; me permitió hacer de todo para convertirla en nuestro hogar y al fin lo siento así.

—¿Dónde está mi hijo? —Me sobresalto y miro tras de mí para ver a mi suegro, que me observa como si fuera la culpable de todos los males que azotan el mundo—. Le he mandado llamar en varias ocasiones y no ha respondido, no tengo por qué ir detrás de él como si fuera un perro.

—No debe tardar —respondo, intentando no tartamudear—. Ha ido junto a mi hermano a cazar.

—¿A cazar, o a enseñarle a ese inútil cómo ser un Border Reivers? —cuestiona irónico.

Me tenso ante el ataque hacia mi hermano, sé que es lo que intenta, quiere que pierda la compostura, pero no lo va a lograr. Nos observamos como dos adversarios, yo a la espera del próximo golpe y él como si fuera un bicho al que matar por ser una molestia.

—Si lo desea, puede pasar —le ofrezco por educación—. Tome un té mientras lo espera…

—No tengo por qué hacer tal cosa —escupe—. ¿Estás contenta? —cuestiona—. Has conseguido que mi hijo viva en esta pocilga cuando tiene un castillo, se ha casado con una mujer viuda, que la única valía que se le puede atribuir es ser hija y hermana de *laird*.

—Se olvida de que amo a su hijo —murmuro avergonzada.

—Si lo amaras, no hubieras permitido que hiciera semejante locura.

—Basta, padre —el bramido de John creo que se ha podido escuchar en todo el valle—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa a increpar a mi esposa? —desmonta de su caballo y se acerca de inmediato hacia mí—. ¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí —asiento mientras mi hermano se posiciona a mi izquierda, me siento protegida por ambos, se ha vuelto una costumbre que temo perder algún día.

—Te he mandado llamar y no has obedecido —exclama—. ¿Crees que tengo tiempo para ir tras de ti? —pregunta entre dientes.

—¿Qué es eso tan urgente que te ha hecho abandonar Crawford Castle? —pregunta furioso.

—Ha llegado carta del rey. —M tambaleo porque parece que el suelo bajo mis pies tiembla, de inmediato, mi esposo me sostiene—. Debemos acudir a Londres.

—No pienso moverme de aquí —sentencia, parpadeo para que el mareo que siento desaparezca, pero no lo hace—. Que me diga por carta su sentencia.

—¿Eres estúpido? —increpa—. Sabes que aun rey no se le dice que hacer —masculla—. Te acompañaré para intentar salvarte el pellejo. ¿O debería hacerlo tu esposa? —se burla.

—Lo haré si debo hacerlo —alzo el mentón—. No crea que le tengo miedo a su rey —escupo, enrojece de furia, en otro momento me hubiera escondido asustada.

—Maldita mocosa irrespetuosa —farfulla, Elvin da un paso hacia delante, pero lo detengo, no puedo permitir que haga nada que pueda hacer que lo echen también de aquí.

—Fuera —sisea mi marido, lo miro preocupada—. No pienso ir a ningún lado, no vuelvas por aquí si no es para disculparte con mi esposa.

—No olvides a quien pertenece todo esto —amenaza—. O vienes conmigo a Londres, o tiro abajo esta maldita casa. Debí hacerlo cuando murió mi padre —añade con rabia—. Vamos a ir tal y como nos han ordenado e intentaremos solucionarlo para poder vivir tranquilos.

—No me amenaces, padre —grita, perdiendo los estribos—. Sabes que no lo soporto, toda mi vida has jugado esa baza, y no pienso seguir tolerándolo, lo hice mientras Dreidre estuvo aquí, ahora eso ha cambiado por fin y soy libre para mandarlo todo al infierno de nuevo si eso es lo que debo hacer.

—Basta, por favor —murmuro sintiéndome muy enferma, es lo último que puedo decir porque de repente todo se vuelve oscuridad.

***

Cuando abro de nuevo los ojos, me encuentro en mi alcoba, miro a mi alrededor pensando que estoy sola, pero Lisbeth está sentada a mi lado.

—Mi señora —exclama aliviada—. Nos ha tenido muy preocupados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto algo desorientada—. ¿Dónde está John?

—Mi señor sigue discutiendo con su padre —susurra preocupada, los gritos se escuchan por toda la casa. Su hermano ha ido a por la curandera.

—No la necesito —rebato, intentando levantarme, sin embargo, cuando me incorporo lo hago demasiado rápido y siento una arcada subir por mi garganta. Me tapo la boca horrorizada y vuelvo a tumbarme con la esperanza de que eso evite que eche el estómago fuera.

—Dios mío, mi señora —exclama, levantándose de un salto—. Ha pasado de estar blanca como un muerto a verde. Deje que la curandera la revise.

—La última vez que me vio fue para detener el sangrado cuando perdí a mi hijo —recuerdo, intentando no llorar—. ¿Qué demonios me ocurre?..

—¿Puede estar preñada? —La miro sorprendida ante la pregunta.

Hago memoria, intento recordar cuándo fue la última vez que sangré, pero no lo he hecho desde que el sangrado se detuvo después de perder a mi bebé. Al llegar a Duart, estuve muy enferma, luego llegó John, después de eso, nada.

—No puede ser… —susurro conmocionada—. No es posible.

—Si se encama con el señor, es muy posible —rebate con frescura —. Lo siento —se excusa de inmediato.

—No —sigo diciendo, aterrada ante la posibilidad de que de nuevo me lo arrebaten—. Si se enteran, lo matarán —le cojo la mano y me mira entre preocupada y aterrada—. Tienes que ayudarme.

—Mi señora, nadie va a hacerle daño aquí —intenta tranquilizarme —. Su esposo no lo permitirá.

—Debería marcharme a Duart —exclamo como si hubiera encontrado la solución milagrosa, Lisbeth niega con la cabeza con fiereza—. ¿No lo entiendes? Mi hermano es el único que puede protegerme.

—Basta, mi señora —ordena con firmeza—. No me obligue a buscar a su esposo —me pide mortificada—. No me obligue a elegir a quién ser leal —ahora ya es casi una súplica.

Cierro los ojos mientras las lágrimas bañan mi rostro, en cuanto la puerta se abre dando paso a John junto con la curandera, es como si reviviera aquel maldito día. Siento que no puedo respirar con normalidad, él parece darse cuenta de inmediato porque corre hacia mí preocupado.

—¿Qué sucede, Morrigan? —pregunta acariciando mi rostro.

—No dejes que lo maten —le pido histérica—. Lo volverán a hacer.

—Cálmate —me ordena cogiéndome por los hombros y zarandeándome un poco—. ¿Quién va a matar a quién? Por el amor de Dios, esposa, me estás asustando.

—A mi hijo —lo empujo, después recibo una bofetada que me gira el rostro.

—¡Por qué demonios has hecho eso, vieja? —acusa mi marido—. ¿Cómo te atreves a golpear a mi mujer? —cuestiona enfurecido, por mi parte me siento más tranquila.

—Estaba histérica, mi señor —responde imperturbable—. ¿Iba a golpearla usted?

—No digas estupideces —masculla—. Morrigan, ¿estás bien?

—Quiero irme a Duart —respondo mirando a la nada, el miedo se ha apoderado de mí y no soy capaz de pensar en nada más que en escapar de aquí.

—Primero deje que la vea —interviene la curandera—. ¿Crees que puede volver a estar preñada? —esa pregunta consigue que me cubra el rostro rompiendo a llorar sin consuelo alguno.

—¿Es eso posible? —escucho que John hace la misma pegunta que le hice a Lisbeth hace rato.



Capítulo 31

John.

Cuando Morrigan se ha desmayado lo primero que he pensado es que ha sido por toda la tensión de la situación en la que se ha visto envuelta por culpa de la visita inesperada de mi padre.

—¿Cómo te atreves a increpar a mi mujer en su propia casa? —le grito cuando entramos a la estancia que he elegido como despacho —. ¿Te has vuelto loco, padre?

—Eso es algo que ya me has preguntado y el único que ha perdido el buen juicio aquí, eres tú —devuelve con rabia—. Ya te he dicho mis motivos para poner un solo pie en este lugar. Esto no es un juego, debemos obedecer, da gracias que he decidido acompañarte, sabes que hace años que no piso Londres.

—Más concretamente desde poco después de tu boda con una escocesa, pareces olvidarlo, padre —replico irónico—. ¿Pretendes que deje sola aquí a Morrigan?

—Puedes enviarla de vuelta con su hermano mientras resolvemos esto —se encoge de hombros como si lo más normal del mundo fuera enviar a las esposas lejos—. No va a morirse por estar lejos de ti una temporada.

—¿Temporada? —cuestiono riendo—. ¿Crees que voy a quedarme más de lo necesario?

—Te quedaras lo que haga falta —sentencia golpeando la mesa con uno de sus puños—. Me importa poco lo que hagas, pero cerciórate de que no perdemos ni el título ni las propiedades.

Se marcha y aunque lo único que deseo es destrozar todo lo que se cruce en mi camino, subo corriendo las escaleras para llegar a mi alcoba. Casi en la puerta, me encuentro a la curandera, por lo que entramos juntos. En cuanto mi esposa me ve, comienza a decir cosas sin sentido que no consigo comprender. Aunque intento tranquilizarla, no lo consigo, y aunque me enfurecen los métodos de la mujer mayor que se encarga de curar a todo el clan, son efectivos, se tranquiliza lo suficiente.

Le pido respuestas, pero lo único que dice es que quiere regresar a Duart, mi corazón cae a mis pies ante esas palabras. Pero cuando surge la duda de que pueda volver a estar encinta, no puedo creerlo, todo queda olvidado a la espera de que la curandera lo confirme.

—Creo que sí lo está. —Cierro los ojos cuando la escucho sollozar —. No lo puedo asegurar, y no debería pues hace muy poco desde la pérdida del primero —siento la mirada acusatoria sobre mí.

—¿Debe permanecer en cama? —pregunto, tomando las riendas del asunto.

—No creo que sea necesario —responde—. Es joven y no debería tener problemas. Los desmayos y los vómitos son normales, incluso puede tener mucho sueño y sentirse cansada.

—Gracias. —La acompaño a la puerta, en el pasillo espera Lisbeth —. Por favor acompáñala.

—Sí, mi señor —asiente y se marchan, vuelvo a cerrar la puerta y me acerco hasta el lecho donde mi esposa está tumbada, encogida sobre sí misma, como si fuera una niña aterrada.

—Morrigan —la llamo con cuidado—, no debes temer, voy a estar a tu lado, no dejaré que nadie os haga daño.

—Si alguien lo descubre, no permitirán que nazca —replica, mirándome con los ojos vidriosos—. Tu padre…

—Mi padre puede que no esté de acuerdo en lo que he hecho, pero jamás mataría a su nieto —interrumpo algo molesto ante la acusación implícita en sus palabras—. Entiendo que es difícil para ti,

todo esto remueve recuerdos dolorosos, pero para mí tampoco es sencillo.

—Tienes que irte, ¿verdad? —pregunta asustada, y aunque lo que más deseo es quedarme para poder cuidarla y protegerla, debo cumplir con mi deber, además, quiero terminar con todo esto de una vez para poder vivir en paz—. ¿Y si no vuelves?

—Por supuesto que voy a volver —exclamo incrédulo ante semejante idea—. Voy a Londres, nada malo va a pasarme allí, Morrigan.

—Pero el rey puede… —Mi mano cubre sus labios con suavidad para silenciarla.

—No va a pasar nada —sentencio firme para conseguir que me crea, y que en su cabeza no imagine cualquier locura—. Hablaré con él y le contaré la verdad. No va a castigarme por enamorarme, y mucho menos por romper el compromiso con una lunática que intentó matarme y que nos arrebató a nuestro hijo.

—No quiero que nadie sepa de mi embarazo —se incorpora con lentitud—. Lo ocultaré hasta que me sea imposible hacerlo más.

—¿Por qué? —cuestiono—. Ya te he dicho que nadie va a hacerte daño. Quiero que te cuides, sobre todo, en mi ausencia, ¿me has entendido? Odio dejarte sola cuando nos acabamos de casar y estás en estado, pero cuanto antes me vaya, antes podré volver a tu lado.

—Voy a levantarme —anuncia decidida—. No quiero quedarme en cama. No comprendo por qué he enfermado de repente, estaba bien y…

—Mi padre no volverá por aquí —la tranquilizo—. Quiero que me prometas que, si pasa algo, pedirás ayuda a mi madre. Puedes confiar en ella, esposa.

Me mira dudosa, finalmente asiente y le doy un suave beso en la frente de agradecimiento. Me rodea la cintura con sus brazos y le devuelvo el gesto con el corazón encogido al pensar en que me tengo que ir, siento que la estoy abandonando en su momento más vulnerable. Tal vez, antes de ir a buscarla, debí arreglar todos mis asuntos para poder ofrecerle una vida sin estos sobresaltos.

—Lo siento —susurro, ella se aparta un poco para mirarme—. Siento mucho hacerte esto, debí pensarlo antes de ir a buscarte.

Pero mi prioridad era recuperarte y no pensé…

—No te culpes —me interrumpe—. Pensaste que esa víbora no se atrevería a causar problemas después de lo que hizo, pero lo ha hecho y eso demuestra la maldad que hay en su alma. Ve y cuenta la verdad; si pudiera ir contigo, lo haría.

—¿Lo harías? —pregunto sorprendido—. ¿Has puesto alguna vez un pie en Inglaterra?

—Lo más cerca que he estado es ahora mismo, esposo —replica sonriente.

—Todo esto es culpa mía y debo terminarlo yo. Quédate aquí, donde estás a salvo, y antes de que te des cuenta, habré vuelto.

Me niego a separarme de mi esposa en todo el día. Damos un largo paseo, ella prefiere a caballo, pero no quiero correr ningún riesgo, por lo que lo hacemos a pie. Le cuento anécdotas de cuando era un niño, de cómo fue tener a una Dreidre siempre inquieta y curiosa por todo lo que la rodeaba a mi cargo. Ella me habla de los buenos tiempos en Duart antes de la muerte de su madre y de los malos después de perderla y perder en cierta forma a Kylian.

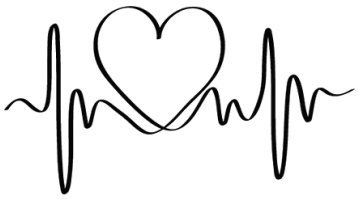
—Mi padre no fue un mal hombre —dice con tristeza—. Creo que al final de su vida se rindió —me mira emocionada—. Murió amando a mi madre y Karen se lo hizo pagar cada día que estuvieron juntos.

—¿Nunca le preguntaste por qué? —cuestiono, niega con la cabeza mirando el horizonte—. Supongo que tendría sus razones y se las llevó a la tumba.

—En los últimos tiempos, me concentre en sobrevivir mientras él se iba apagando cada día más —añade—. ¿Qué clase de hija soy?

—Una que ya tenía bastante con lo que le había tocado en suerte —replico de inmediato, me niego a que se sienta culpable por algo que escapaba de su control—. Regresemos a casa.

Asiente y recorremos el camino de vuelta cogidos de la mano, sabiendo que son nuestras últimas horas juntos antes de que me marche a Londres.



Capítulo 32

Morrigan

No abro los ojos cuando siento que mi esposo deposita un suave beso sobre mi frente y susurra un te amo. He pasado toda la noche abrazada a él llorando en silencio, presintiendo que algo malo va a suceder y que no soy capaz de evitar. Después de cenar solos y de volverme a perder con él entre las sábanas, se ha dormido saciado, mas a mí me ha sido imposible imaginando todo tipo de situaciones a cuál peor.

Se cierra la puerta y escondo mi rostro en su almohada sollozando, sabiendo que van a pasar días, incluso semanas, antes de que vuelva a verlo. Nunca imaginé que tendría que separarme tan pronto después de nuestra boda, Kylian no suele ausentarse de Duart, aunque entiendo que me he casado con un hombre dividido entre dos países.

Intento controlarme, finalmente el cansancio me vence y caigo rendida al sueño echando de menos a John con todas mis fuerzas.

***

Me despierto cuando Lisbeth entra en mi alcoba y descorre las cortinas.

—Buenos días, mi señora —gimo, ocultando mi rostro entre las mantas—. Su esposo me ha dicho que no debo dejarla en el lecho. La conoce bien y sabía que iba a dejarse morir ahí dentro en su ausencia.

—Márchate —ordeno molesta—. No he dormido nada…

—Mejor dormirá esta noche en ese lecho tan grande que tiene para usted sola —aparto las mantas de mi rostro para verla sonreír mientras comienza sus tareas.

—Tienes la lengua demasiado suelta —mascullo—. Y parecías tímida…

—No lo soy —rebate—. Solo he aprendido cuándo debo ir con cuidado. Sé que tanto su esposo como usted son buenos señores, y que mientras no les falte el respeto, puedo hablar con franqueza.

—Puedes, por supuesto —me incorporo porque sé que no va a marcharse hasta que me levante—. ¿Todo está en orden?

—Sí —asiente—. Su esposo ha dejado a cargo a su hermano, ha traído a varios de sus hombres, que custodiarán los alrededores.

—¿A Elvin? —pregunto incrédula—. Kylian no lo hubiera hecho…

—Supongo que por eso está aquí. —lL miro sorprendida, ella parece darse cuenta y se sonroja—. Lo lamento, no quería insultar al *laird* MacLean, mi señora

—No te disculpes, no has dicho nada malo —replico, poniendo los pies en el suelo—. Creo que Kylian siempre lo va a ver como aquel niño que dejó atrás al marcharse de Duart.

—Pero eso le duele a Elvin —amonesta, es entonces cuando me queda claro que algo está sucediendo, veo cómo se muerde el labio inferior dándose cuenta de que ha hablado más de la cuenta—. Mi señora…

—¿Te has encamado con mi hermano? —pregunto con seriedad, tanta que por primera vez en semanas veo cómo se encoge como la primera vez que la vi—. Respóndeme, Lisbeth. ¿Acaso te ha forzado?

—No —exclama horrorizada—. Su hermano es incapaz de hacer daño a una mujer —añade apresurada, agacha la mirada—. He compartido su cama por propia voluntad.

Cierro los ojos al confirmarse mis sospechas, ¿en qué demonios piensa Elvin para encamarse con mis criadas? Los abro ante el pensamiento de que Lisbeth no sea la única que comparta sus favores, aunque, claro, en esta casa solo están ella y su hermana.

—¿Desde cuándo? —pregunto, comenzando a vestirme—. Voy a matarlo —siseo—. Sois demasiado jóvenes.

—Mi señora, no es mucho mayor que yo —me contradice—. Elvin no es un niño, aunque todos se empeñen en verlo como tal.

Me enternece ver cómo lo defiende con tanto ahínco, incluso de mí, su propia hermana. No hablamos más, ella parece preocupada por mi reacción y yo por las posibles consecuencias de lo que sea que tenga con mi hermano, necesito hablar con él, nunca supe de nada parecido en Duart o jamás preste la suficiente atención, lo que demuestra una vez más lo mala hermana que he sido.

Salgo de mi alcoba y voy en busca de Elvin, gracias a Dios no me cuesta mucho encontrarlo. Se encuentra en el patio trasero hablando con varios hombres que me suenan, pero no consigo recordar sus nombres.

—Elvin —le llamo, guardan silencio y me miran, me saludan con una inclinación de cabeza—. ¿Podemos hablar? —Frunce el ceño, pero asiente, les dice algo más y se marchan.

—¿Sucede algo? —cuestiona, acercándose hacia mí.

—¿Cuándo ibas a decirme que te encamas con Lisbeth? —pregunto, cruzándome de brazos.

—No tenía pensado hacerlo —resuelve extrañado—. ¿Por qué debo contarte mis intimidades, Morrigan?

—Es mi criada, Elvin —exclamo—. ¿Se puede saber qué piensas?

—¿Tu problema es que ella es una criada? —devuelve sin responder mi pregunta.

—Por supuesto que no, alcornoque —exclamo ofendida—. No intentes poner palabras en mi boca que no he dicho.

—Mejor, porque eso a mí no me importa, soy el quinto hijo de un *laird*, no tengo nada que ofrecer, por lo que no me importa casarme con una —sentencia, lo miro sorprendida.

—¿Quién diablos habla de matrimonio? —No puedo creer lo que estoy escuchando—. ¿La has dejado embarazada? Porque entonces Kylian no solo va a matarte a ti, sino a mí también por no controlarte.

—No tienes que controlarme porque soy un adulto —grita furioso —. Y ni tú ni Kylian tenéis derecho a decidir con quien vaya a compartir mi vida, maldita sea.

—No quería decir eso… —mascullo al verme acorralada—. Elvin, sé sincero conmigo, por favor —le pido preocupada—. ¿Estás utilizando a Lisbeth para saciar tu calentura, o sientes algo más?

—Ella ha sido la primera persona que me ha visto como soy. —Me siento muy culpable ahora mismo—. La primera que confía en mí y en lo que puedo lograr. ¿Qué tiene de malo en que sienta algo por Lisbeth?

—Dios, hermano —susurro alzando una mano dispuesta a acariciar su mejilla, sin embargo, da varios pasos hacia atrás alejándose de mi contacto—. Lo siento, siento mucho que te hayamos hecho sentir así.

—Te crees distinta a Kylian, pero no lo eres, Morrigan. —El golpe final es doloroso—. No eres mejor que él. Siempre dudando, siempre dando por hecho que no seré capaz. Estoy harto, al menos, tu esposo sí cree en mí.

—Y me alegro —replico de inmediato—. Me hace sentir muy orgullosa que te haya dejado al mando, me siento segura sabiendo que tú te ocuparás de todo.

—¿De verdad? —pregunta desconfiado, aunque hay un brillo en su mirada que no estaba hace un momento—. ¿Crees que seré capaz de hacerlo bien?

—No lo dudo —sentencio sonriendo—. Entonces, ¿crees que puedes enamorarte de Lisbeth?

Masculla una maldición al verse acorralado de nuevo, creo que tenía la esperanza de que atacándome yo retrocediera y dejara pasar esta conversación, no ha funcionado, no pienso marcharme hasta conseguir respuesta sinceras.

—Para yacer con una mujer no hace falta estar enamorado, Morrigan. —Entrecierro mis ojos fulminándolo con la mirada, eso no me ha gustado en absoluto—. Deja de meterte en mis asuntos y concéntrate en cuidarte.

—¿Sabes lo del bebé? —pregunto susurrando.

—Claro —se encoge de hombros—. ¿Cómo voy a cuidarte si no lo sé? John me lo ha dicho antes de partir.

—No se lo digas a nadie —ordeno—. Solo lo sabemos John, Lisbeth, la curandera, tú y yo —enumero—. Y así debe ser hasta que

ya no pueda ocultarlo más.

—Te prometo que nadie va a enterarse de nada —responde con seriedad—. Ya me he encargado de la seguridad. Los hombres de tu esposo no entrarán a Crawford Manor, pero sí tendrán controlada la propiedad. Solo se permitirá la entrada a *lady* Cecily, pues así me lo ha pedido John.

—Por supuesto —concedo—. Aunque en el tiempo que ha estado aquí no ha venido…

—Puede que ahora que también está sola pase a verte para asegurarse de que estás bien. —Asiento porque tiene lógica, me pregunto de qué podremos hablar esa mujer y yo en el caso de que se presente en mi casa.

—Infórmame de cualquier contratiempo. —Asiente y se aleja, lo veo marchar sabiendo que ya es un hombre y debo tratarlo como tal.



Capítulo 33

John

El viaje hacia Londres es tenso, mucho, porque el silencio nos envuelve durante la mayor parte del camino. Mi padre parece que no tiene nada más que reprocharme y yo no siento ganas de hablar con él, no puedo parar de pensar en Morrigan, me preocupa que suceda algo en mi ausencia, no me lo podría perdonar jamás.

—Deja de pensar en esa mujer. —Miro a mi padre, que va a mi lado subido en su montura—. Parece que te diriges al patíbulo.

—Esa mujer, como tú la llamas, es mi esposa, harías bien en recordarlo —gruño—. Respecto al patíbulo, puede que acabe allí si no convenzo al rey. Aunque nadie en su sano juicio podría culparme de romper un compromiso con una loca.

—Cuida tus palabras —amonesta—. Sigue siendo mi ahijada, a pesar de que lo que ha hecho esté mal. No la insultes delante del rey si quieres tener una oportunidad.

—Pensé que, cuando la enviaste de vuelta, habrías solucionado el problema —replico—. Después de todo, Olivia siempre ha tenido en cuenta tu opinión.

—¿Por qué debo resolver tus líos de faldas? —pregunta molesto—. Tu problema ha sido que creías que podías hacer lo que te viniera en gana, John. Y cada acción tienes sus consecuencias.

—Y las ha pagado mi esposa —añado, lo noto incómodo, sabe que tengo razón y que no puede negarlo—. Mi hijo, tu nieto, murió aquel día.

—Y lo lamento —espeta—. Pero eso no significa que tuvieras que arriesgarlo todo.

—Tú lo hiciste —exclamo, perdiendo la paciencia, odio que haga esto. Que me obligue a anteponer algo que no me importa, cuando él no fue capaz de hacerlo—. Te recuerdo que heredé el título porque ese fue el acuerdo que hiciste con el abuelo, a cambio de que te permitiera casarte con mi madre.

—No lo he olvidado ni un solo día de mi vida —responde, mirando hacia el horizonte—. Y aunque jamás me he arrepentido, muchas veces me pregunto cómo hubiera sido mi vida siguiendo lo que mi padre tenía preparado para mí.

—Seguramente muy desdichada. —Asiente, dándome la razón—. Yo no pensaba descubrirlo, supe muy bien lo que quería y fui a por ello, al igual que hiciste tú.

—Eres mi hijo, sin duda —masculla—. Recemos para solucionarlo con facilidad y regresemos a casa. Intentaré olvidar que mi padre debe estar revolviéndose en su tumba.

—Dejemos a los muertos descansar en paz —amonesto, odio que utilice de nuevo la memoria de mi abuelo para condicionarme—. Tendremos que pasar la noche en una posada, si fuera yo solo, lo haría al raso, pero…

—Compórtate como un lord inglés, maldita sea —sentencia—. Espero que ahora que te has casado dejes esa tontería de los Border Reivers.

—¿Por qué no dijiste nada? —pregunto intentando comprender.

—No hubiera servido de nada, al igual que no he podido impedir este despropósito que nos lleva a Londres —se encoge de hombros—. Confío en tu capacidad como guerrero, hijo.

—Sé que debo dejarlo —replico, me mira sorprendido—. Ahora tengo una esposa, y formaré una familia que dependerá de mí.

—¿Y el muchacho MacLean? —cuestiona—. ¿Es verdad que el esposo de tu hermana lo ha desterrado?

—Sí —respondo—. Pero recapacitará, no me extrañaría nada que lo veamos por Crawford más pronto que tarde. Elvin solo pide un poco de confianza, quiere ser como Kylian ym aunque nunca ha llegue a parecerse, estoy seguro de que será un gran guerrero.

—Desde luego, no dudo que tu hermana lo torture hasta hacerle entrar en razón —bromea, ambos reímos sabiendo que Dreidre es muy capaz de hacerlo—. El chico me parece que está muy perdido.

—Intento ayudarle —suspiro—. Pero no sé si hacer que se convierta en un Border Reivers es lo correcto.

—Tú lo fuiste por años, pero conocías el terreno —concede—. No creo que esté preparado, su osadía puede pagarla con su vida.

—Lo sé y ese es mi mayor miedo —reconozco—. Morrigan no puede perder otro hermano. Me niego a que sufra de nuevo ese dolor, mucho menos por mi causa. Le he prometido que protegeré a Elvin y pienso hacerlo.

No volvemos a hablar hasta que llegamos a la posada donde pasaremos la noche. Los caballos necesitan descanso y mi padre también, nos sentamos para dar buena cuenta de la cena y una jarra de vino. Observo a nuestro alrededor, varios maleantes me dan mala espina, por lo que me mantengo en guardia, mi progenitor no parece darse cuenta, y, ajeno a la situación, disfruta de la comida.

—Sería mejor que subas a la alcoba, padre —le digo cuando termina, me mira sin comprender—. Mañana saldremos al amanecer, debes descansar bien.

—Hijo, no soy un anciano —amonesta ofendido—. ¿Crees que no puedo hacer el viaje como hace veinte años? —cuestiona orgulloso —. Deja de preocuparte por mí, y encárgate de esos dos que intentan robarnos.

—¿Cómo…? —No termino de hablar, hace un gesto con la cabeza.

—Acaba con el problema para que podamos dormir tranquilos, John —ordena sin inmutarse—. Te espero en la alcoba.

Asiento, cuando veo cómo sube las escaleras, me levanto y salgo de la posada muy tranquilo, sé que van a seguirme, y es justo lo que estoy esperando.

—Danos todo lo que tengas, perro inglés. —Sonrío cuando los escucho a mis espaldas, me aseguro de tener mis dos puñales bien

escondidos—. ¿No me has oído?

—No os voy a dar nada —replico, volviéndome para encararlos—. Tenéis dos opciones; o seguís vuestro camino y nos dejáis en paz, o no veréis un nuevo amanecer.

Por toda respuesta, comienzan a reír muy confiados, no saben que no solo soy un lord inglés, sino que soy un guerrero escocés, el líder de los Border Reivers, soy quien va a terminar con sus miserables vidas sin que me tiemble el pulso.

El primero en atacar va tan borracho que ni siquiera tengo que utilizar mis dagas, le rompo el cuello con un movimiento tan rápido que ni siquiera es consciente de lo que ha pasado. Cae al suelo como un saco, su compinche observa impresionado, tarda en reaccionar, pero cuando lo hace, suelta un alarido mientras intenta alcanzarme con sus puños.

—Voy a matarte, bastardo —sisea. Suelto una carcajada cuando solo debo apartarme para que no me alcance.

—Se acabó el juego —susurro.

Saco mi daga y acabo con él de un rápido movimiento. Ambos ladrones quedan tirados en el suelo como los perros que son, vuelvo a la posada sin siquiera haberme manchado de sangre. Llamo a la puerta de la alcoba de mi padre, no tarda en abrirme, me mira asegurándose de que no tenga ni un solo rasguño.

—¿Ya está? —pregunta mientras entro en la habitación—. Bien hecho, hijo.

—Ha sido demasiado fácil —replico—. Ahora podremos dormir tranquilos. Asegúrate de cerrar bien cuando salga. Buenas noches, padre.

—Buenas noches, John. —Salgo y me dirijo a la mía, que está al lado.

Me lanzo sobre el colchón y gruño al notar que no es tan cómodo como el mío. Miro hacia el techo, después al lado, donde solo encuentro vacío, estoy acostumbrado a que esté Morrigan, pero ahora estamos a millas de distancia. Suspiro apesadumbrado, debería estar con ella, disfrutando de su compañía, de su cuerpo, de su risa y, sin embargo, por culpa de Olivia me encuentro en esta maldita posada.

—Debí terminar con ese maldito compromiso mucho antes —escupo frustrado.

***

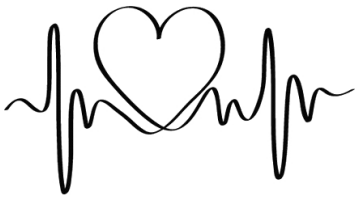
Al amanecer, continuamos nuestro viaje, quiero terminar cuanto antes con esto, hoy mi humor es tan negro como las nubes que tenemos sobre nuestras cabezas.

—¿Tienes claro lo que vas a decir? —pregunta mi padre rompiendo el silencio.

—La verdad —me encojo de hombros—. ¿Qué más podría decir?

—La verdad es que te encamaste con otra —recuerda—. ¿Crees que es prudente?

—Con quien compartiera el lecho antes de casarme es cosa mía —rebato—. Dudo que el rey le sea fiel a su esposa. —Recibo una mirada recriminatoria—. A pesar de lo que hice, Morrigan y mi hijo no merecían pagar por ello.



Capítulo 34

Morrigan

Hace dos semanas que John se fue y no sé nada de él. El miedo y la incertidumbre se han apoderado de mí, he perdido el apetito y las náuseas por el embarazo no ayudan. Lisbeth insiste en que debo comer, incluso su hermana me prepara mis comidas favoritas con la esperanza de que me abran el apetito, pero nada parece funcionar. He adelgazado y las ojeras adornan mi rostro, no consigo dormir y, si lo hago, tengo pesadillas en las cuales John está muerto o se ha visto obligado a casarse con Olivia.

No importa que sepa que eso no es posible. Nuestro matrimonio es válido y está consumado, pero mi mente me juega malas pasadas. Miro por el gran ventanal del salón con la esperanza de ver a alguien llegar, es algo que hago todos los días a pesar de saber que va a ser igual que el anterior.

—Querida —me vuelvo sorprendida para encontrar a mi suegra—. He querido darte tiempo, pero Lisbeth ha ido en mi busca.

Me levanto de mi asiento, me observa preocupada al darse cuenta de mi aspecto. Niega y entra para acercarse a mí, después mira a su alrededor.

—Morrigan —suspira—. ¿Qué estás haciendo? No puedes dejarte morir, John volverá pronto y no le gustará verte así.

—Hace ya dos semanas —exclamo—. Ni una carta, nada, solo el silencio más absoluto, y eso me está volviendo loca.

—No es tan sencillo —intenta tranquilizarme—. Llegar hasta Londres es un viaje más largo que ir hasta Duart. Después deben recibir audiencia con el rey, hablar con los implicados… —enumera, dicho así tiene sentido, sin embargo, solo puedo pensar en que quiero a mi esposo de vuelta.

—¿Y si les ha pasado algo? —pregunto—. ¿No está preocupada por su esposo?

—Si tardan un par de semanas más, comenzaré a preocuparme —sentencia—. Mientras tanto, intentaré conservar la cordura, querida, y es lo que deberías hacer tú también o enfermarás.

—No puedo dormir —murmuro—. No puedo comer…

—¿No tienes nada que decirme? —cuestiona, la miro sin comprender —. ¿Vuelves a estar encinta? —Abro los ojos como platos, sorprendida.

—¿Se lo ha dicho Lisbeth? —Niega sonriendo con tristeza.

—Ella no me lo ha contado, jamás dudes de su lealtad, pues no encontraras a nadie más leal. Ha sido una corazonada, ¿por qué no has dicho nada?

—No quiero que me lo arrebaten de nuevo. —Mis manos se posan en mi vientre—. Esta vez lo protegeré cueste lo que cueste.

—Comprendo tu miedo, pero jamás os haría daño. —Parece un poco triste—. ¿Cómo voy a dejarte sola aquí sabiendo tu estado? ¿No puedes al menos plantearte venir conmigo hasta que llegue mi hijo? Te cuidaré bien.

—No puedo —niego con fervor—. De verdad que no soy capaz. Necesito tranquilidad, y allí los recuerdos son demasiado dolorosos.

—Lo entiendo, pero me da miedo dejarte sola aquí —vuelve a insistir.

—Tengo a mi hermano, a Lisbeth y a su hermana —enumero—. No estoy sola y no pienso correr ningún riesgo.

—No voy a imponer mi presencia aquí porque no quiero invadir tu espacio —dice —. Pero vendré todos los días para comer contigo, daremos un buen paseo que te agote y te ayude a dormir y me aseguraré de que, cuando mi hijo regrese, vea a su esposa tal y como la dejó.

Sonrío agradecida de tener su apoyo. De que haya entendido que necesito seguir en mi hogar, pero a la vez preciso de ayuda, mucha más de la que me han dado Lisbeth y Elvin. Y no porque no se esfuercen, porque, de hecho, lo hacen tanto que llegan a agobiarme con sus preguntas o cuando se turnan para no dejarme sola, cuando lo único que quiero es rumiar mi pena en soledad.

—¿Te ha visto la curandera? —pregunta, asiento—. Bien. Debes cuidarte, si no piensas en ti, hazlo en tu hijo. Tú misma has dicho que quieres protegerlo y no lo dudo, pero ahora mismo no lo estás haciendo bien.

Sus palabras son un golpe de realidad, me doy cuenta de que estoy siendo muy egoísta solo pensando en la pena que siento por estar lejos de John, o la preocupación por el miedo de que haya ocurrido algo que le impide regresar. Y no me he concentrado en lo más importante, nuestro hijo, ¿cómo he podido ser tan estúpida?

—Tiene razón —murmuro—. ¿Qué clase de madre soy? —me lamento.

—Una que ama a su esposo —responde comprensiva—. Ven, siéntate. Tomaremos un té que te ayudará a calmar tu estómago y los nervios.

Obedezco, poco después entra la hermana de Lisbeth, tras dejar la bandeja sobre la mesa, se marcha tan silenciosa como siempre. Mi suegra dispone todo y comenzamos a beber con tranquilidad, rezo para no vomitar delante de ella, algo que no puedo evitar si mi estómago rebelde decide expulsarlo.

—Ahora que estamos solas y que sé que nadie nos va a interrumpir me gustaría pedirte disculpas, Morrigan. —Frunzo el ceño sin comprenderla—. Por mi esposo. Por su trato hacia ti.

No sé qué decir, me ha sorprendido, ya que no esperaba algo semejante. Que ella me pida disculpas en vez de su esposo debería ofenderme, sin embargo, lo agradezco, además de que me deja saber que tiene un buen corazón.

—Gracias —le digo—. No tenía por qué hacerlo, y lo agradezco mucho, de verdad.

—Por supuesto que debía hacerlo —rebate—. De hecho, debí pararlo en su momento, pero siempre he apoyado las decisiones de

mi esposo, aunque no estuviera de acuerdo. Pero, de un tiempo a esta parte, no puedo seguir haciéndolo.

—En ningún momento la he culpado por nada —intento tranquilizarla, ya que veo en su mirada una culpabilidad que quiero aliviar—. Ni siquiera a su esposo, puedo entender que yo no soy lo que quería para John.

—No tienes nada de malo, querida —rebate de inmediato—. Y mi esposo se dará cuenta.

Asiento sonriendo con la esperanza de que eso suceda pronto, me gustaría poder llevarme bien con toda la familia de John, pues sé lo importante que son para él, incluso su padre, aunque ahora hayan peleado en muchas ocasiones por mi culpa. Es algo que me pesa mucho y que me gustaría poder solucionar para vivir en paz y armonía.

—¿Te gusta vivir en Crawford Manor? —pregunta interesada—. Espero que lo sientas tu hogar, pues sé lo difícil que es dejar a la familia atrás.

—Sí —respondo con sinceridad—. Poco a poco, todo va encajando en su sitio, me encantan mi jardín y mi huerto y disfruto cuidándolos.

—Eso está bien —replica complacida—. Es bueno que te dé el sol y el aire puro. Yo también disfrutaba mucho cuando era más joven. ¿Has recibido carta de mi hija? Yo le escribí hace poco y estoy esperando su respuesta.

—No. —Ahora que lo pienso, me parece muy raro—. Qué extraño.

—Puede que quiera dejarte tiempo para que te acostumbres a tu nuevo hogar —inquiere pensativa—. Estoy segura de que, cuando menos te lo esperes, recibirás una misiva de Duart. Debes echarlos mucho de menos.

—Sí —asiento—. Dreidre y Diane fueron un apoyo para mí, éramos amigas, las hermanas que nunca tuve, vivir rodeada de hombres en muchas ocasiones te hace sentir muy sola.

—Yo fui hija única, así que me sentí sola igual —bromea, me río ante su ocurrencia—. Mi nieto, ¿es un niño sano?

—El más sano —aseguro—. Es un pequeño tragón, hermoso como pocos —añado como toda una tía orgullosa.

—Me alegro —exclama—. Me apena mucho no haberlo conocido todavía.

—Tal vez, cuando su esposo regrese, puedan viajar hasta Duart… —sugiero—. Estarán encantados de recibirlos.

—Richard no suele viajar, no le gusta —rebate apesadumbrada—. Ahora lo ha hecho por fuerza mayor, no podía dejar a John ir solo a Londres.

—Entiendo —respondo—. Entonces, cuando Ian crezca, pueden venir ellos.

—A veces temo morir antes de verlo siquiera una vez —se lamenta.

—No diga eso —exclamo horrorizada—. Estoy segura de que los veremos muy pronto.



Capítulo 35

John

La audiencia con el rey ha ido como preveía. Una vez salgo de la gran sala, respiro aliviado sabiendo que me he quitado un gran peso de encima. Mi padre, al ver mi rostro, también parece aliviado, sin necesidad de palabras entiende que todo ha salido bien.

—Así que has esparcido tus mentiras —la voz de Olivia llega a mis espaldas, la miro sobre mi hombro—. ¿Crees que has ganado?

—Desde donde estoy, es lo que parece —replico, sonriendo para enfurecerla—. ¿Qué te hacía pensar que tu plan iba a funcionar?

—Espero que seas infeliz toda tu vida, maldito bastardo —sisea venenosa—. Y que tu ramera…

—No acabes esa frase —gruño furioso—. Ni se te ocurra decir algo sobre mi esposa porque te enviaré al infierno.

—No oses amenazarme —grita, llamando la atención—. ¿Cómo te atreves?

—Basta, Olivia —interviene mi padre, que hasta el momento se ha mantenido al margen—. Te he tratado siempre como una hija, al menos, por deferencia a mí, deja esto aquí.

—¿Y qué debo hacer ahora, tío? —pregunta lastimera—. He perdido los mejores años esperando a su hijo.

—Y lo siento, niña —responde—. Lo siento muchísimo. Pero sabes que lo que hiciste no puedo perdonarlo ni mucho menos defenderlo.

—Creíste en la palabra de una maldita criada antes que en la mía porque era más conveniente —escupe con rabia apenas contenida.

—Debí creer en la palabra de mi esposa desde el principio —increpo—. Y no lo hice porque no concebía que la niña que había visto crecer fuera capaz de semejante bajeza.

—¿Quién es el que va preñando mujeres? —cuestiona—. Puede que todavía no estuviéramos casados, pero tenías un compromiso conmigo, John.

—Uno que no elegí yo —corrijo—. Era un niño cuando lo hicieron por mí y tú apenas una recién nacida. No me culpes a mí por eso, Olivia, pues intenté romperlo en muchas ocasiones.

—Eras un cobarde —escupe—. No lo hiciste por eso. Lo que se supone que hice fue la excusa perfecta. No tienes palabra y tu familia no tiene honor.

—Olivia —brama mi padre enfurecido ante tal falta de respeto por su parte—, retira tus palabras de inmediato, muchacha.

—No pienso hacerlo —grita para después salir corriendo, su madre, que se ha mantenido al margen y en completo silencio, se marcha tras ella.

—Todo ha terminado —replico exasperado—. Es hora de volver a casa.

—Deberíamos hablar con los Hereford y… —Alzo la mano para silenciarlo—. Hijo, debes ser diplomático.

—No tengo que ser nada —espeto—. Se acabó, padre. Si tú quieres hablar con ellos, hazlo. Yo regreso a casa.

Le doy la espalda y comienzo a caminar para salir de este maldito lugar de una maldita vez. No comprendo cómo muchos de mis compatriotas pueden sentirse felices sintiéndose oprimidos por las reglas estrictas que exige la corte, por mi parte estoy deseando llegar a Crawford.

Han sido dos semanas muy largas e intensas, donde las noches han sido lo más difícil de sobrellevar, porque estar lejos de Morrigan me ha demostrado cuánto la necesito a mi lado. No he podido dejar de rezar para que no haya pasado nada en mi ausencia, que tanto

ella como nuestro hijo estén a salvo y que todo esté tal y como lo dejé al marcharme.

Aunque este viaje me ha servido para hablar con mi padre como nunca lo había hecho, con la sinceridad que jamás me había permitido expresar ante él. Creo que al final ha comprendido que nunca quise causar daño alguno a la familia y mucho menos a la memoria de mis antepasados, sino que entregué mi corazón a una mujer que no esperé encontrar y contra eso no podía luchar, ni quería. Lo intenté, pero hacerlo solo me causaba dolor a mí y a ella.

—Tanto madre como Morrigan deben estar muy preocupadas —murmuro mortificado, ya subidos en nuestros caballos emprendemos el camino de regreso a nuestro hogar—. Tal vez debí llevarla a Duart…

—No digas tonterías —interrumpe—. ¿Desde cuándo eres tan cobarde?

—No es cobardía —me defiendo ofendido—. ¿No te preocupa dejar a madre tanto tiempo sola?

—No está sola —rebate—. Nuestros hombres están allí, di órdenes de protegerlas, hijo. No entiendo cuál es el problema, no es la primera vez que te ausentas de Crawford.

—¿A mi esposa también? —pregunto sorprendido, lo escucho gruñir—. Antes no tenía una esposa que significa para mí más que mi propia existencia, padre.

—¿Por quién me tomas? —exclama—. Puede que no haya estado de acuerdo con tu comportamiento y tus decisiones precipitadas, pero no la dejaría desamparada, muchacho.

—Está embarazada de nuevo. —Mi padre detiene su caballo y me mira sorprendido—. No quiso decírselo a nadie, cuando lo descubrimos, tuvo una crisis nerviosa, cree que alguien va a volver a hacerle daño.

—Ahora comprendo tu prisa por regresar —dice, mirando al frente —. Vamos, hijo, debes estar al lado de tu esposa.

Asiento, continuamos el viaje en silencio, yo pensando en todo lo que todavía me queda por hacer en Crawford Manor antes de la llegada del bebé, rezando para que ambos se encuentren bien y ansioso por llegar. Mi padre tiene razón, nunca me ha sucedido algo

semejante, he estado fuera mucho tiempo y nada me llamaba a regresar, nada hasta conocer a Morrigan MacLean.

—No deberíamos detenernos esta noche —dice mi padre, ahora soy yo quien lo observa con sorpresa—. Soy muy capaz de hacer el viaje sin detenerme, mocoso —masculla, alzando el mentón, no puedo evitar reírme ante su gesto altivo y orgulloso.

—Pero los caballos no —rebato—. Al menos, deberíamos descansar las horas de oscuridad. Avancemos lo máximo que podamos, y saldremos en cuanto amanezca de nuevo.

***

Al día siguiente, cuando casi ha anochecido, consigo ver a lo lejos Crawford Caste y mi corazón se acelera. Saber a mi esposa tan cerca y a la vez tan lejos consigue ponerme muy nervioso, espoleo mi caballo y mi padre me sigue. Por supuesto, cuando llegamos, mi madre nos espera, pues ha sido avisada.

—Gracias a Dios que habéis llegado —exclama, abrazando a mi padre primero y a mí después, miro a nuestro alrededor—. No está aquí, hijo —la miro preocupado—. Debe estar descansando ya, he estado con ella hace unas horas, puedes estar tranquilo porque no ha sucedido nada en vuestra ausencia.

Suelto el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo, casi siento como si el suelo bajo mis pies se sacudiera, ella sonríe comprensiva, sé que tiene muchas preguntas que necesitan respuesta, pero lo único que deseo en este momento casi con desesperación es abrazar a Morrigan.

—Ve —anima—. Tu padre me pondrá al día. Buenas noches, hijo mío.

Me da un suave beso en la mejilla, la abrazo conmovido porque sea capaz de comprenderme sin necesidad de palabras y vuelvo a montar mi caballo para recorrer la distancia que me separa de mi esposa.

Al entrar por fin a Crawford Manor, los que me dan la bienvenida son Elvin y Lisbeth, que parecen muy ocupados besándose como posesos en el pasillo. Carraspeo para llamar su atención, la joven criada jadea sorprendida empujando a mi cuñado lejos de ella,

agacha la mirada avergonzada mientras me cruzo de brazos a la espera de una explicación.

—Has vuelto —saluda Elvin sin inmutarse—. Morrigan se alegrará mucho.

—¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo, chico? —pregunto—. Lisbeth, que preparen un baño, por favor.

Se aleja con rapidez, miro al hermano de mi esposa esperando una contestación por su parte. Se encoge de hombros, y me mira aburrido, malditos MacLean, ahora mismo me recuerda demasiado a Kylian.

—No creo que deba darte explicaciones. —Gruño, sabiendo que iba a decir algo como eso.

—Si te encamas con mis criadas, sí —rebato—. No tengo tiempo para esto —mascullo—. Quiero ver a mi esposa, pero ya hablaremos de esto —advierto, pasando por su lado.

Subo las escaleras de dos en dos, la puerta de nuestra alcoba se abre y veo a Morrigan por primera vez en semanas, ambos nos quedamos inmóviles. Nos observamos buscando cambios el uno en el otro, y no me gusta ver que ha adelgazado, mucho menos esa tristeza en su mirada.

—¿Qué has hecho en mi ausencia, esposa? —amonesto con dulzura, veo cómo su labio inferior comienza a temblar, por lo que abro mis brazos a la espera de que se lance a ellos—. ¿No me has echado de menos?

La escucho sollozar, corre hasta mí y me abraza con fuerza. Inspiro su aroma, que me calma de inmediato, parece que su cuerpo se sacude con fuerza entre mis brazos, sus lágrimas pronto empapan mi camisa e intento calmarla con suaves susurros, diciéndole que todo está bien y que ya ha terminado. Pero no estoy seguro de si es capaz de escucharme, por lo que la alzo y camino hasta nuestra alcoba, cierro la puerta y la dejo sobre la cama con suma delicadeza.

—Tienes que tranquilizarte, Morrigan —le pido comenzando a asustarme, temiendo que de nuevo esté teniendo una crisis—. No me obligues a llamar a la curandera. ¿Este es el recibimiento que merezco?

—He pasado tanto miedo. —Me mira con sus ojos todavía anegados—. Temía no volver a verte.

—¿No te prometí que regresaría? —le pregunto, apartando su cabello del rostro para verla bien—. Siempre volveré a ti.

—¿Te han hecho algo? —pregunta, pasando sus manos por mi pecho, carraspeo alzando mi ceja mientras una sonrisa se dibuja en mis labios—. ¿De qué demonios te ríes, John Lindsay?

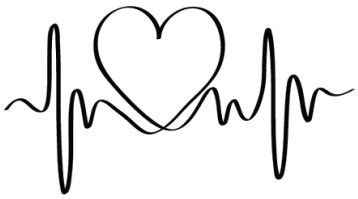
—Esposa —mi voz suena más ronca que hace unos instantes—. Llevo semanas sin sentir tu cuerpo junto al mío, anhelando estar a tu lado. —Desciendo mi rostro hasta el suyo muy despacio para apoderarme de sus labios.

Ambos gemimos, nuestras lenguas se buscan ansiosas, de repente, somos manos, labios y piel. Intento dominar mi deseo porque no quiero hacerle daño, sin embargo, me lo pone muy difícil, tanto que, cuando me quiero dar cuenta, estamos desnudos y yo sobre ella.

—Morrigan, no sé si deberíamos… —Me silencia con su boca mientras sus uñas recorren mi espalda, echo el cuello hacia atrás mientras siseo entre dientes—. Demonios —exclamo, ella solo se ríe contra mi cuello mientras se mece contra mi erección.

—Esposo, deja de controlarte —replica—. Ha pasado demasiado tiempo, ¿no crees?

No respondo, solo actúo. Me adentro de una sola estocada que nos arranca un grito a los dos, comienzo a moverme mientras ella me rodea las caderas con sus piernas.



Capítulo 36

Morrigan

No puedo creer que John esté sobre mí, poseyéndome como he recordado cada noche en su ausencia. Me muevo a la par, saliendo al encuentro de sus estocadas, ansiando encontrar el alivio que tanto necesito.

Ambos alcanzamos el éxtasis a la vez, quedando agotados y saciados. Por primera vez desde que John partió hacia Londres, sonrío feliz, sintiéndome completa de nuevo. Mi esposo se aparta, pero me lleva consigo, y como es costumbre, comienzo a acariciar su pecho porque me relaja hacerlo mientras soy capaz de escuchar su corazón.

—Cómo te he echado de menos —musita, apretándome contra él —. ¿Ha sucedido algo en mi ausencia? Es lo primero que debería haber preguntado —se recrimina a sí mismo.

—A mí no me ha molestado nada en absoluto —bromeo, ganándome un pellizco en el trasero que me hace pegar un brinco—. John —exclamo entre risas—. Todo ha ido bien.

—Todo no —rebate, alzo mi rostro para mirarlo—. ¿Creías que no iba a darme cuenta de que has adelgazado? Morrigan, dime la verdad —exige.

—Suele ser normal al principio del embarazo —intento restarle importancia con la esperanza de que su madre no le cuente lo estúpida que he sido—. No tienes por qué preocuparte.

—¿Ahora estás mejor? —Asiento de inmediato—. Espero que no me estés mintiendo, esposa. —Cierro los ojos y permanezco en silencio—. Estas semanas lejos de ti no han sido fáciles, no saber lo que podría estar sucediendo aquí me estaba volviendo loco. Pero al menos ha servido para solucionarlo todo, y ya no hay nada que se interponga en nuestro futuro.

—¿El rey entendió lo sucedido? —pregunto sorprendida—. ¿Así de fácil?

—No me lo pareció tanto, la verdad —rebate—. Nos hizo esperar días —masculla—. Pero cuando pude hablar con él, lo entendió y ya no existe el temor a las posibles represalias.

—Es un alivio —susurro, sintiendo que un enorme peso desaparece —. ¿Viste a Olivia? —Lo veo asentir, guardo silencio a la espera de que me cuente lo sucedido.

—Como esperaba, no dio su brazo a torcer ni reconoció lo que hizo —cuenta, aprieto con fuerza mis labios para guardarme lo que pienso sobre esa zorra—. Pero no voy a dedicarle ni un solo pensamiento nunca más. No lo hagas tú tampoco, pertenece al pasado y allí debemos dejarla.

—Tienes razón —concedo más tranquila—. Todo ha terminado y no merece que malgastemos nuestro tiempo hablando de su maldad. Espero que la vida le cobre por lo que me hizo.

—No lo dudo —responde tras un breve silencio—. Debes estar cansada. ¿Por qué no duermes? Le había pedido a Lisbeth que preparara un baño, pero debe estar frío…

—¿Pido que vuelvan a calentar agua? —me incorporo solicita—. Debes cenar algo también.

—No es necesario que te levantes. —Me vuelve a tumbar—. Yo puedo encargarme, mujer.

Se levanta como su madre lo trajo al mundo, su trasero prieto llama mi atención, trago con fuerza porque de repente siento la boca muy seca.

—Cúbrete, por el amor de Dios —exclamo cuando me doy cuenta de que está dispuesto a salir desnudo al pasillo—. Puede verte cualquiera…

—No creo que nadie esté despierto… —dice girándose, la cicatriz de la herida en su abdomen sigue visible—. Lo que me recuerda, ¿qué demonios hacia tu hermano besándose con Lisbeth?

—¿Los has visto? —pregunto—. No sé exactamente qué es lo que les une, esposo.

—La calentura —exclama entre dientes—. Mañana hablaré con él largo y tendido.

Se marcha ahora ya vestido. Me vuelvo a tumbar en la cama saciada e intentando no dormirme porque quiero seguir hablando de todo lo sucedido en Londres. A pesar de que me ha asegurado que todo ha terminado y que no va a haber represalias por parte del rey, no consigo estar tranquila del todo.

¿De verdad todo ha terminado y al fin podremos ser felices? Sumida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que el tiempo pasa hasta que la puerta se vuelve a abrir dando paso a John, ya limpio y con una bandeja con comida.

—Pensé que te habrías dormido —dice mientras cierra y deja la bandeja sobre la mesa frente a la chimenea—. ¿Tienes hambre? —Niego—. Morrigan, come algo, por favor.

Suspiro mientras me levanto sabiendo que no va a dejarlo pasar. Me cubro con mi camisón bajo su atenta mirada, me acerco despacio y me siento frente a él. Incluso esto he echado de menos, le observo dar buena cuenta de la comida, mientras yo picoteo sin apetito.

—¿Por qué me miras así? —pregunto un poco nerviosa ante su escrutinio.

—Me has mentido, esposa —replica—. Suponía que no habría sido fácil para ti, pero no hasta el punto de estar a punto de enfermar. Ahora que estoy aquí, pienso cuidar de ti, no creas que voy a dejar que sigas consumiéndote.

—Solo han sido los nervios —intento excusarme—. Pero ahora que todo ha terminado, estoy segura de que estaré bien. Además, tu madre me ha cuidado muy bien a la vez que me daba mi espacio.

—Supuse que vendría para asegurarse de que estabas bien —asiente complacido—. ¿Sabe lo de tu embarazo? —Asiento—. Gracias por sincerarte con ella.

—Me di cuenta de que estaba siendo una estúpida —reconozco algo avergonzada por mi comportamiento tan infantil—. Te prometo que he estado comiendo más, y dando largos paseos.

—Lo celebro —sonríe más tranquilo—. Ahora que he vuelto, podemos disfrutar paseando, tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—Debes estar agotado. —Asiente—. Estoy segura de que no has dormido en condiciones desde que saliste de aquí.

—Y no te equivocas —replica—. Nunca me había sucedido, y de eso eres la culpable —bromea, consiguiendo que se me escape una risita tímida—. Te he echado mucho de menos, esposa.

Mi corazón se caldea con sus palabras, con la ternura que desprende su mirada, el amor que reflejan sus ojos. ¿Cómo pude dudar alguna vez de la sinceridad de sus sentimientos? Puede que cometiera errores que fueron muy dolorosos para mí y por los que pagamos un alto precio, pero nadie que viera ahora a John Lindsay mirándome como lo hace dudaría de su amor.

Se levanta y me tiende su mano, la acepto sin dudar ni un instante. Una vez en el lecho de nuevo, nos abrazamos quedando uno frente al otro, gracias a la luz de la lumbre soy capaz de observarlo a placer. La barba más larga que de costumbre le confiere un aspecto un poco más maduro, sus ojos reflejan el cansancio, pero a la vez veo paz en su semblante.

—Buenas noches, esposo —susurro dichosa al tenerlo a mi lado de nuevo.

—Buenas noches, mi amor —devuelve, cierro los ojos sonriendo, sabiendo que hoy dormiré entre sus brazos.

***

Al despertar, lo hago sola, me incorporo asustada pensando que todo ha sido un sueño, y que la cruda realidad se impone, sin embargo, intento mantener la calma porque estoy segura de que John regresó anoche y que no ha sido un sueño.

Me levanto y me alisto con rapidez, necesito verlo. Al bajar al salón, reconozco su voz, por lo que suspiro aliviada. Entro decidida al ser consciente de que está discutiendo con Elvin.

—¿No había más mujeres? —inquiere molesto mientras se pasea arriba y abajo como un animal enjaulado—. ¿Tenía que ser Lisbeth?

—No creo que seas el más indicado para dar lecciones —exclama ofuscado.

—Elvin —le grito, ambos se giran sorprendidos ante mi llegada—. ¿Cómo te atreves a cuestionarle? Te ha dado un hogar y te está ayudando como le pediste.

—¿Y por ello debo dar explicaciones de mi vida privada? —cuestiona.

—¿Privada? —Mi esposo se carcajea—. Muchacho, os sorprendí anoche, no es algo que ocultéis.

—Porque no me avergüenzo de lo que siento —rebate—. ¿Puedes decir lo mismo? Te recuerdo que ocultaste a mi hermana, la negaste —acusa.

—Elvin, no se trata de mí —intenta razonar, aunque me doy cuenta de que está a punto de perder la paciencia—. ¿Por qué siempre debo hacer entender a los demás las estupideces que están a punto de cometer? Me recuerdas demasiado a mi hermana.

—Pues ella está casada con mi hermano y ambos se aman muchísimo, así que no sé qué tiene de malo.

—Y para llegar hasta donde están ahora han sufrido mucho —añade—. ¿Pretendes decirme que ves en Lisbeth algo más que un entretenimiento?

—¿Por qué nadie cree que puedo sentir algo más que deseo por ella? Como le dije a mi hermana, ha sido la única que ha creído en mí. Y me da lo que nunca he recibido —su voz se quiebra y una vez más me doy cuenta de lo que le hemos hecho.

—Lo siento mucho, Elvin. —Él me mira mientras permanece inmóvil, no se inmuta ante mi disculpa—. Siento no haber sido la hermana que merecías.

—Tú misma eras una niña —replica, apartando la mirada—. Después, estabas demasiado ocupada sobreviviendo, Duart es hermoso, pero a la vez es el infierno en la tierra, Kylian huyó de él, Kael no pudo hacerlo y perdió la vida…

No me pasa desapercibido que no nombra ni a su madre ni a Bran. Me gustaría acercarme a él para darle un abrazo, pero no estoy

segura de cómo me recibirá, lamento tanto no haberle dado más cariño a lo largo de los años, me duele que piense que no le quiero, que crea que no es digno de recibir amor.

—¿Podemos hablar, esposo? —pregunto.

—Puedes irte, Elvin. —Mi hermano obedece, pasa por mi lado como una exhalación, cuando la puerta se cierra, John se deja caer en uno de los asientos—. Maldita sea, quería darle el sermón de su vida y termino sintiéndome culpable por algo de lo que no soy responsable.

—No debes mortificarte —me acerco—. Solo mi familia lo es, yo la primera. —Me mira—. Elvin tiene razón, Duart se convirtió en un infierno del que no pudimos escapar. Una prisión en la que debíamos sobrevivir, yo estaba allí y nunca me preocupé lo suficiente como para acercarme a mi hermano pequeño y preguntarle cómo estaba realmente.

—No hagas eso —me pide preocupado—. No cargues con una culpa que no es tuya. Eras una niña, Morrigan. Una que ya había perdido demasiado y que enfrentaba la vida como podía.

—Sí —asiento, dándole la razón—. Pero eso no me excusa, John. Cuando Kylian se fue, odiaba a todo el mundo a mi alrededor, sabía que la culpable era Karen, por lo que también detestaba la presencia de sus hijos, sobre todo, de Bran. Él siempre fue cruel, la sombra de su madre, y lo convirtió en un asesino capaz de matar a su propio hermano por ambición y ansias de poder. Sin embargo, en el fondo siempre supe que Elvin era distinto, pero mi dolor no me dejaba ver más allá.

—No pienses en eso —me aconseja, atrayéndome hacia él, me sienta sobre sus rodillas—. Buenos días, esposa —saluda, dándome un suave beso.

—Buenos días —sonrío—. No cambies el tema de conversación —le advierto—. ¿Te has levantado y me has dejado sola en la cama para reñir a Elvin? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Lo cierto es que sí —reconoce—. Puede que le esté dando demasiada importancia, pero creo que ambos son demasiado jóvenes, ella es una criada y…

—John —interrumpo—. Ya tuve una conversación con mi hermano al respecto. Tú no estabas y no podía dejarlo pasar, como él me recordó, es el quinto hijo de un *laird*, ahora mismo ni siquiera tiene clan —enumero con tristeza—. No importa que quiera pasar su vida con Lisbeth.

—¿Te ha dicho algo así? —pregunta sorprendido, asiento—. Kylian va a matarme —se lamenta, no puedo evitar reír ante su gesto.

—No va a pasar nada —intento tranquilizar—. Son jóvenes, veremos cómo termina todo. Puede que no llegue a nada o puede que sí…

—Sé que no soy el más indicado para dar consejos —prosigue pensativo—. Pero esperaba que comprendiera que lejos de intentar prohibirle nada, solo quería que fuera consciente de que Lisbeth no es un juguete.

—Lo sabe —afirmo—. Ese también era mi miedo, pero creo que la ama, John. Se ha enamorado de ella, porque le ha dado el amor que siempre ha ansiado, y si soy sincera, lo agradezco muchísimo. Por ello he dejado de oponerme, cuando la miro, no veo a una criada, sino a la persona que me ayudó diciéndote la verdad, y a la mujer que ha ayudado a mi hermano a ser feliz, por lo que deseo de todo corazón que ambos consigan lo que tú y yo tenemos.

—Es cierto —asiente—. Es una buena muchacha y por ello no quiero que sufra. ¿No has pensado en que si Elvin regresa a Duart ella acabará con el corazón roto?

No respondo porque sí lo he pensado, pero incluso, si eso ocurriera, ella podría ir con él. Dudo mucho que mi hermano la echara solo por ser una Lindsay, además, Dreidre no lo permitiría.

—No deben preocuparse —la voz de Lisbeth me sobresalta tanto que a punto estoy de caer al suelo, mi esposo me sostiene impidiendo el desastre—. No quiero hacerle daño a Elvin, y soy consciente de mi lugar en el mundo. Por lo que he de ser yo quien termine con esta locura.

—No tienes por qué hacerlo —exclamo, levantándome para acercarme a ella—. Lisbeth, no tenemos ningún problema contigo. No tienes por qué alejarte de Elvin si no quieres hacerlo.

—Él se marchará y yo pertenezco a estas tierras —rebate, negando con tristeza—. No debí comenzar algo que sabía que iba a doler una vez llegara a su fin, pero es mi culpa, Elvin no será responsable de mis lágrimas y es algo que necesito que entiendan.

—No tiene por qué ser así —insisto de nuevo al ver la desolación de la muchacha—. No dejes que lo que opinen los demás te haga hacer algo que no quieres, ni siquiera por nuestra opinión. —Escucho cómo John masculla algo, pero no le hago caso—. ¿Me lo prometes?

Finalmente, asiente, suspiro aliviada. Si mi hermano se entera de que Lisbeth ha tomado semejante decisión al escuchar nuestra conversación, no nos lo perdonará jamás.

—Venía a preguntar si puedo servir ya el desayuno —cuestiona apesadumbrada.

—Sí, gracias —replico—. Lo cierto es que tengo apetito. —Sonríe, aunque la tristeza sigue presente en su mirada.

Se retira en silencio, miro de nuevo a mi marido, que la observa alejarse pensativo. No sé qué se le está pasando por la cabeza, solo espero que no siga interponiéndose entre ellos porque no me gustaría tener que interferir. Pienso brindarles mi apoyo, ya que siento que se lo debo a ambos, y por encima de todo creo que el amor es el sentimiento más profundo, capaz de sanar cualquier herida del pasado y mi hermano tiene demasiadas.

Ni yo ni Kylian podemos curar lo que antaño causamos. Por esa razón seré yo la que luchará por ayudarlos cueste lo que cueste.



Capítulo 37

John

Conozco a mi esposa, puedo ver en su rostro, en la forma de mirar a Lisbeth, que ha tomado la decisión de apoyarlos, y no seré yo quien me interponga en su camino. Después de todo, he estado en la misma situación y odié cada momento en el cual me cuestionaron e intentaron separarme de Morrigan hasta el punto de que casi permito que lo consigan.

—Sabes que va a ser difícil, ¿verdad? —pregunto cuando nos quedamos solos de nuevo, ella se sienta a mi lado.

—Pero no imposible —rebate—. Cosas peores he visto. Créeme, haré hasta lo imposible por ayudarlos.

—No lo dudo —le sonrío con ternura por su inmenso corazón—. ¿Cómo te encuentras? —pregunto—. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

Veo cómo se remueve algo inquieta, rehúye mi mirada, por lo que con mi mano cojo su barbilla para instarla a que me mire, necesito saber qué es lo que está mal.

—Pensé que todo había sido un sueño —termina murmurando—. Salí en tu busca lo más rápido que pude —añade con las mejillas sonrojadas.

—Lamento haberte asustado —replico—. Pero necesitaba hablar con Elvin.

—No es tu culpa. —Se aparta en cuanto comienzan a servirnos—. Soy una tonta —susurra, la miro ceñudo, no me gusta que se refiera a sí misma de esa manera.

—No lo eres —corrijo, me mira sorprendida—. Me amas demasiado, por eso te has asustado —acaricio su mejilla—. Come.

La escucho gruñir y me río por su reacción, sé que odia que esté siempre repitiendo la misma orden, pero necesito que engorde, quiero que esté sana para cuando llegue el momento de alumbrar a nuestro hijo.

—Me gustaría ir a comer a Crawford Castle —digo con cautela, sus cubiertos quedan suspendidos en el aire sin que los lleve a su boca —. Durante el viaje, mi padre y yo hablamos largo y tendido, Morrigan. —Asiente—. Y quiere pedirte perdón.

—Si ya se ha disculpado contigo, para mí es suficiente —dice tensa —. Me alegro mucho de que el viaje haya servido para que acerquéis posturas. Odiaba el hecho de saber que te estaba alejando de tus padres.

—Tú no me has alejado de nada —corrijo—. Fueron las circunstancias. ¿De verdad no te crees capaz de pasar unas horas en el castillo?

—Lo haré por ti —responde tras un breve silencio—. Tú has sacrificado mucho por mí, y es lo menos que puedo hacer.

Suspiro dándome cuenta de que no es conveniente continuar con esta conversación en este momento. Ella necesita digerir la noticia, y tal vez se tranquilice lo suficiente para disfrutar de una reunión familiar, no pierdo la esperanza de que todo sea como debió ser desde el principio.

—Mi señora. —De nuevo, Lisbeth entra en el salón—. Ha llegado una carta.

Se la da a mi esposa, que sonríe en cuanto lee de quién se trata, miro sobre su hombro y la imito al ver que tenemos noticias de mi hermana.

—Léela en voz alta, por favor. —Asiente mientras sonríe emocionada.

Querida Morrigan:

Espero que a la llegada de mi carta ya consideres mi antiguo hogar como tuyo. Que junto a mi hermano y padres te sientas como en casa, aunque estemos lejos la una de la otra. Estoy segura de que John estará a tu lado a cada paso, deseo que seas feliz, hermana.

¿Cómo está Elvin? Saberlo lejos de Duart me quita el sueño, como puedes imaginar, Kylian se arrepintió en cuanto os fuisteis, sin embargo, he sido yo quien le ha impedido ir en su busca y espero que entiendas mis motivos. Creo que es algo necesario para ambos hermanos, solo espero que mi decisión no cause más mal que bien; si me dices que no es feliz allí, dejaré que mi esposo vaya en su busca.

Cuéntame, por favor, buenas noticias…

Dreidre MacLean.

—¿Qué piensas responder? —pregunto ante el silencio de mi esposa—. ¿Vas a decirle la verdad?

—Si le digo que no es feliz aquí, Kylian vendrá en su busca —replica—. Además, estaría mintiendo.

—Pero su lugar está en Duart —afirmo—. No es que no lo quiera aquí, por mí puede vivir por siempre en Crawford, pero es un MacLean.

—Dios mío —murmura apesadumbrada—. No quiero ser la responsable de que se separen. Elvin no la dejará atrás —exclama.

—Yo me encargaré de que sí lo haga. —De nuevo, Lisbeth hace acto de presencia—. Lamento haber escuchado a escondidas, pero necesitaba saber, no puedo ir a ciegas.

—No te precipites —aconseja mi esposa, levantándose de su asiento—. Voy a responderle que todo está bien, ganaré tiempo, piensa muy bien lo que vas a hacer.

—Su esposo tiene razón —niega—. Elvin pertenece a Duart. Es un MacLean, y será un gran guerrero, me sentiré muy feliz cuando al fin el *laird* lo entienda.

—No hagas nada —le advierte, me mira a mí—. Voy a responderle de inmediato. —Sale del salón con premura.

—No merezco que haga nada —murmura la criada, llamando mi atención—. No buscaba nada cuando me metí en la cama de Elvin —

reconoce avergonzada—. Pero ahora…

—Has caído bajo el embrujo MacLean —bromeo—. Tienen algo que se clava en lo más profundo del corazón, y jamás saldrán de allí. No luches contra ello, y lucha si le quieres de verdad.

—Nunca dejaré a mi hermana. —Hago una mueca, es algo que me imaginaba—. No podría hacerlo ni siquiera por él. Es por eso que no tengo derecho a pedirle que lo deje todo para permanecer en un lugar que no es el suyo.

—Sería su decisión, al igual que lo fue venir aquí —replico, ella me mira debatiéndose entre lo que sabe correcto y su corazón.

—No fue decisión suya —niega—. Fue su hermano quien lo desterró, ¿cree que no le dolió? Pero, como tantas otras veces, hizo como que no y siguió adelante porque es lo que se esperaba de él.

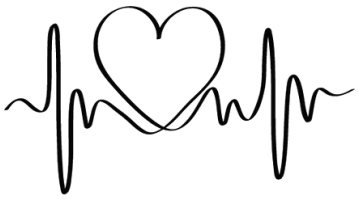
Se marcha dejándome mal sabor de boca, no he tenido tiempo para hablar con él. Tuve que salir de viaje y al regresar lo único que he hecho ha sido recriminarle y exigirle, no soy distinto a Kylian. Me levanto dispuesto a ir en su busca, lo encuentro tirando con su arco, me doy cuenta de que tiene una magnífica puntería.

—Elvin —se gira, puedo notar que continúa molesto—. Solo vengo a disculparme —se sorprende—. No tengo por qué juzgarte, solo te pido que no le hagas daño a Lisbeth porque no se lo merece.

—No pienso hacerlo —replica de inmediato—. ¿Crees que, si le pido que se case conmigo, me aceptará?

Intento ocultar mi sorpresa, ¿cómo voy a decirle que la joven está pensando alejarlo de ella para que siga su camino? Me recuerdan tanto a Morrigan y a mí hace unos meses que me asusta, porque sé que van a sufrir.

—No te precipites —aconsejo escueto—. ¿Te apetece una incursión? —Asiente sonriendo.



Capítulo 38

Morrigan

Me siento y pienso muy bien lo que voy a escribir, de ello depende que Elvin tenga más tiempo para decidir.

Querida Dreidre:

Me alegro de que todo en Duart siga su curso. ¿Cómo están mis sobrinos? ¿Cómo están Diane y Thomas? ¿Mi hermano? Disculpa que pregunte por todos, pero al estar lejos de vosotros no puedo evitar sufrir por no saber si todos sois igual de felices que yo.

Te escribo desde Crawford Manor, mi hogar. Tu hermano comprendió que siempre soñé con ser la señora de mi propia casa y ha hecho todo lo posible por cumplir ese sueño. Elvin es feliz, no debes sufrir, parece que aquí ha encontrado su lugar, por lo que puedes decirle a Kylian que no es necesario que venga en su busca, es más, creo que es conveniente darle tiempo y espacio, pues el dolor de lo sucedido todavía es muy reciente.

Tengo una buena nueva, hermana mía. Vuelvo a estar encinta y esta vez estoy segura de que nada malo va a suceder, dentro de unos seis meses tendré un hijo entre mis brazos, espero que para ese entonces puedas venir a verme, lo deseo de todo corazón.

Diles a todos que los amo y les deseo toda la felicidad del mundo.

Morrigan Lindsay.

Termino la misiva con un nudo en la garganta y los ojos empañados por las lágrimas contenidas. No he mentido, soy feliz a

pesar de echarlos de menos, y Elvin no muestra deseos de regresar a Duart, sé que todavía se siente furioso con Kylian, por lo que un encuentro entre ellos no es la mejor opción.

Solo espero estar tomando la decisión correcta…

***

Seis meses después…

—Lisbeth —llamo con la esperanza de que me escuche, me encuentro en mi pequeño salón frente a la chimenea, el invierno ha llegado con fuerza, por lo que el calor de la lumbre es bien recibido —. Lisbeth —grito más alto, cuando un dolor más fuerte me ataca.

—¿Llamaba mi señora? —pregunta, y al verme, corre hacia mí—. ¿Es el bebé? —Asiento jadeante—. Le diré a Lidia que vaya a por la curandera.

Corre llamando a su hermana, respiro despacio intentando mantener la calma mientras dejo mi bordado, y mis manos se posan en mi vientre abultado. John y Elvin han salido para cazar y almacenar comida, deberían haberlo hecho antes, pero las nieves nos han sorprendido, encontrarme sola no era algo que hubiera imaginado.

—Ya viene, mi señora. —Tenerla a mi lado me reconforta—. ¿Puede subir a su alcoba? —Asiento, me ayuda a levantarme y muy despacio subimos las escaleras, me detengo a la mitad cuando un nuevo dolor me atraviesa el cuerpo—. Dios mío —jadea preocupada.

—Estoy bien —digo entre dientes—. Maldita sea, no imaginaba que doliera tanto —reconozco.

—¿Nunca ha visto a nadie parir? —pregunta, entrando ya en mi alcoba.

—Por supuesto que sí —replico tumbándome—. Pero pensé que exageraban. Pienso pedirles disculpas —sollozo, comenzando a asustarme al sentir una presión horrible entre mis piernas—. ¿Y si no viene nadie?

—Entonces la ayudaré yo —sentencia sonriente, la miro horrorizada—. ¿No confía en mí? —pregunta, ofendida, haciéndome reír a pesar de la situación.

—Sí —gruño, sintiendo ganas de empujar—. Pero preferiría que fuera la partera quien me ayudara.

—Deje que me asome —me insta a abrir las piernas, alza el rostro descompuesto—. Mi señora, ¿desde cuándo tiene dolores?

—Desde ayer. —Me mira entre sorprendida y asustada—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No va a llegar. —Frunzo el ceño sin comprender—. La curandera no llegará a tiempo. Tiene que empujar ya —ordena con firmeza.

—No puedo hacer eso —exclamo—. Yo quería que John estuviera aquí —sollozo—. ¿Qué has visto?

—El bebé ya está aquí —anuncia—. Debe empujar o se asfixiará.

Ese pensamiento me aterroriza, por lo que comienzo a empujar con todas mis fuerzas, gimiendo por el dolor y el miedo, ella me alienta. Me siento muy cansada, aun así, no dejo de pujar cada vez que siento el dolor llegar con fuerza.

El llanto que escucho me hace sollozar mientras me dejo caer agotada, la puerta se abre para dar paso a la partera junto a Lidia. La mujer no pierde tiempo y ocupa el lugar de Lisbeth mientras esta limpia a mi bebé.

—¿Está bien? —pregunto preocupada.

—Es muy hermosa —responde sonriéndome—. Enhorabuena, mi señora.

—¿Hermosa? —cuestiono—. ¿Es una niña?

—Lo es —sentencia la partera—. Está sana y no parece tener ningún problema.

Dejo que se ocupen de mí impaciente por cogerla entre mis brazos a la vez que un pensamiento ocupa mi mente. ¿A John le importará que no haya sido niño? Después de todo, todos los hombres desean un varón que continúe su linaje.

Todo queda olvidado cuando la sostengo entre mis brazos, a pesar del cansancio y de sentirme dolorida, cuando la veo por primera vez, quedo enamorada. Su pelito rubio y los ojos azules deja claro que es hija del barón de Dudley, sonrío complacida.

La puerta vuelve a abrirse para dar paso a mi esposo, que observa la escena con preocupación, pero al verme sonreír, suspira aliviado y se acerca con rapidez hasta el lecho.

—Te presento a tu hija —le digo feliz, me observa anonadado.

—Pero ¿cómo…? —no encuentra las palabras, se sienta a mi lado con mucho cuidado—. Lamento no haber estado contigo —me mira culpable.

—Ha sido culpa mía —reconozco—. Desde ayer tenía dolores, pero no pensé que fuera a dar a luz tan rápido.

—Mi señora —exclama Lisbeth—. De rápido nada, lleva más de un día en labor de parto, solo que usted ha aguantado hasta que no ha podido más.

—Lo que dice la muchacha es cierto —interviene la curandera—. Ninguna mujer y menos una primeriza tendría un parto tan corto, ha sido fuerte y valiente, se lo concedo. —Sonrío—. Pero la próxima vez no guarde silencio, puede ser muy peligroso tanto para usted como para el bebé. —Pierdo el gesto alegre.

Se marcha, Lisbeth se encarga de acompañarla junto con Lidia. Nos quedamos los tres solos, puedo sentir la mirada de John sobre mí y sé que debe estar conteniéndose para no gritar por mi irresponsabilidad.

—No vuelvas a ponerte en peligro, Morrigan —espeta al fin—. No me importa si te pasas los nueve meses que dura el embarazo quejándote, pero no te guardes el dolor para ti. Me hubiera gustado estar a tu lado apoyándote, viendo nacer a mi hija —se lamenta.

—Lo siento mucho —susurro, mirando a mi pequeña, que duerme entre mis brazos sabiéndose protegida—. No pensé que estuviera de parto, John. Al principio no dolía lo suficiente, solo era una pequeña molestia, pero esta mañana al despertar iba en aumento y…

—Lo comprendo —interrumpe suspirando—. No dejemos que esto empañe la felicidad de este día, esposa. —Asiento conmovida por su gesto, una vez más antepone mi felicidad a la suya propia dejando pasar lo que he hecho—. ¿Cómo vamos a llamarla? —pregunta.

—Siempre pensé que me gustaría mucho si tenía una hija llamarla Julieth, como mi madre —respondo—. Pero tal vez Kylian también piense igual y…

—Me gusta —interrumpe de nuevo—. Tu hermano se sentirá feliz y muy orgulloso de que su sobrina y ahijada tenga el nombre de vuestra madre.

—Gracias —murmuro a punto de llorar por el gesto—. Julieth Lindsay.

—Un nombre precioso para mi princesa. —Acaricia su mejilla con infinita ternura, su mano tiembla un poco, me doy cuenta de que no puedo amarlo más de lo que lo hago ahora mismo—. Gracias por este maravilloso e inesperado regalo.

—Tendremos que avisar a Kylian y Dreidre —replico—. Ahora ya tienen un propósito para venir de visita.

—Por supuesto —asiente—. Prepararemos todo para hacer una gran celebración.

Escuchamos alboroto y la puerta vuelve a abrirse para dar paso a los padres de John. Muerdo mi labio inferior porque se me ha olvidado ordenar que les llamaran, sin embargo, no parecen enfadados, todo lo contrario, se acercan sonrientes. Cecily coge a su nieta entre sus brazos llorando de felicidad, alabando su belleza. Su esposo un poco más comedido no puede ocultar el orgullo en su mirada, parece que a nadie le importa que no le haya dado un varón a John que herede su título.

—Es hermosa —dice mi suegro—. Y parece muy sana.

—Lo está —replica John—. Morrigan ha sido muy valiente.

—Me alegro de que todo haya salido bien, querida —dice Cecily—. El miedo a que algo salga mal siempre está presente, ahora ya solo queda disfrutar de este pequeño regalo.

Su marido le pide que se la deje, y la verdad es que ver a mi suegro, un hombre serio, recto y reservado, coger en brazos a mi hija mientras sonríe como un bobo es digno de presenciar. Somos testigos de cómo Julieth sin esfuerzo alguno ha conquistado el corazón de su abuelo.

—Gracias —me dice emocionado a pesar de que intenta ocultarlo —. Desde que nació Dreidre, no había visto algo tan bonito…

John pasa un brazo sobre mis hombros mientras ambos vemos cómo sus padres disfrutan de nuestra hija, que parece encantada por la atención recibida. Me doy cuenta justo en este momento que me siento plena y muy feliz, la llegada de mi hija ha completado nuestra felicidad, somos una familia al fin. Un magnífico final para una historia que comenzó con dolor y sufrimiento.



Capítulo 39

John

Tan solo hace dos semanas que Julieth llegó a nuestras vidas para cambiarlas por completo. Pensé que no podría ser más feliz el día en el que por fin Morrigan y yo nos casamos, pero el nacimiento de nuestra hija ha redoblado esa dicha.

Estamos esperando la llegada de mi hermana y su esposo junto con mi sobrino. Sé que Morrigan está tan impaciente como yo por verlos. En cuanto les informamos de la llegada de Julieth, aceptaron de inmediato venir a Crawford, a pesar de que Kylian no puede ausentarse de Duart cuando él quiera.

—Me preocupa lo que pueda suceder entre Elvin y Kylian —murmura Morrigan sobre mi pecho, nos encontramos en nuestra cama.

—No pienses en eso —le pido, besando su frente—. Yo me encargaré de que esos dos no acaben matándose —bromeo.

—Elvin no podría hacerlo ni aunque quisiera —replica riendo.

—Ha mejorado muchísimo —defiendo—. Ya era bueno, Thomas hizo un gran trabajo, pero, al estar lejos de Kylian, ha podido explotar todo su potencial. Es buenísimo con el tiro al arco, y es más fuerte ahora en el cuerpo a cuerpo.

—Lo sé —asiente—. Parece más hombre, ha dejado atrás al muchacho apesadumbrado que recorría los pasillos de Duart como una sombra.

—Deja de preocuparte —le pido de nuevo—. Es un adulto y como tal tendrá que resolver sus batallas. Huir y esconderse no es la solución, así que debe enfrentar sus problemas.

—Solo quiero que sea feliz —susurra adormilada—. Tan feliz como nosotros.

—Y lo será —sentencio—. Duerme, si Julieth se despierta, me encargaré yo.

Obedece, últimamente cae agotada en la cama, no ha dejado que nadie más que ella se ocupe de nuestra hija, algunas veces Lidia la ayuda, incluso Lisbeth, pero insiste en encargarse ella misma. Dice que quiere hacer lo mismo que hizo su madre con Kylian y ella, cuidarlos a pesar de sus otras muchas ocupaciones, la entiendo y por ello lo permito, aunque no es lo normal.

***

Al despertar, estoy casi convencido de que hoy es el día en el que llegaran nuestros invitados. Por lo que dejo que Morrigan duerma, hace menos de dos horas que le ha dado de mamar a Julieth y ambas descansan. Salgo de la alcoba con cuidado y me aseguro de que todo esté en orden, mi esposa ya tiene la alcoba de invitados lista e incluso suficiente comida para alimentar a medio clan MacLean. Es muy previsora y ha demostrado ser una magnífica señora de Crawford Manor, nunca lo puse en duda, desde luego.

—John —me giro, Elvin se acerca—. Me han informado de que mi hermano y Dreidre llegaran dentro de poco.

—¿Ya? —pregunto sorprendido—. Han debido viajar sin descanso.

—Estarán impacientes por llegar —replica encogiéndose de hombros—. Piensa que tu hermana hace mucho que salió de aquí, estará deseosa de ver a tus padres, incluso a ti —bromea.

—¿Y tú cómo estás? —pregunto, no me engaña y se siente inseguro ante la inminente llegada de su hermano mayor, hace casi un año que no se ven.

—¿Por qué no debería? —cuestiona—. No le tengo miedo a Kylian —se encoge de hombros de nuevo—. Después de todo, ya no es mi

laird…

—No sigas —interrumpo—. No digas cosas que no sientes, después llega el arrepentimiento y es difícil convivir con él.

—No estoy mintiendo, John —asevera—. No siento ninguna preocupación salvo por lo que pueda sentir Lisbeth, sé que está asustada, a pesar de que le he dicho que nada va a cambiar.

Asiento porque no sé qué más decirle, habla por él su orgullo herido. Pero no dudo de que en el fondo esté contento por verlos, al fin y al cabo, son su familia. Es lógico que Lisbeth tema lo que pueda ocurrir con la llegada del *laird* MacLean, es una muchacha lista y con los pies en la tierra, veremos cómo acaba todo, prometí no inmiscuirme y no pienso hacerlo.

Dos horas más tarde, damos la bienvenida a mi hermana junto a su esposo y mi sobrino Ian, al que veo enorme. Mi madre se funde en un abrazo con su hija que emociona a todos los que estamos alrededor, no me pasa desapercibido que Kylian busca con la mirada a Elvin.

—Bienvenida, hermana —saludo cuando llega mi turno—. Te he echado de menos —se lanza a mis brazos.

—Tienes una hija muy hermosa —susurra emocionada—. Gracias por el honor de que sea nuestra ahijada.

—¿Quién más? —pregunto acariciando su mejilla—. Estás tan hermosa como siempre.

—Kylian —saludo a mi cuñado, que se ha mantenido un poco al margen—. Gracias por venir.

Cojo en brazos a Ian, que parece recordarme, a pesar de que soy un extraño para él. Mis padres lo habían acaparado hasta ahora, compruebo cómo se parece a su padre, no dudo que cuando crezca sea una copia exacta.

—¿Dónde está Elvin? —pregunta Dreidre.

—Estoy aquí. —Al fin hace acto de presencia, tendría que haber estado desde el principio tal y como se lo ha pedido Morrigan, pero una vez más deja que su orgullo actúe por él—. Bienvenidos. Espero que el viaje haya trascurrido sin contratiempos.

—Dios mío —exclama sorprendida—. ¿Eres tú? —pregunta acercándose—. Has crecido —acusa, haciéndonos reír a todos—.

¿Cómo es posible…?

—También me alegro de verte, Dreidre —responde, sonriendo con sinceridad, el cariño genuino que siente por mi hermana no puede ocultarse—. Hola, pequeño Ian —saluda al niño que todavía tengo en brazos—. Tú también has crecido.

Dreidre lo abraza sorprendiéndolo, aunque su primera reacción es tensarse, no tarda en devolver el gesto. Sus ojos chocan con los de su hermano mayor, que lo observa en silencio, parece que espera algo que posiblemente no llegue a suceder.

—Kylian —lo saluda con cortesía y frialdad.

—Hola, Elvin —devuelve—. Me alegra verte tan bien.

La tensión se podría cortar con un cuchillo, Morrigan intercede anunciando que ya podemos pasar al salón. Mi hermana sostiene entre sus brazos a mi hija, al igual que hago yo con el suyo.

—Me encanta cómo habéis dado vida a Crawford Manor —alaba, mirando a su alrededor—. Ahora es un verdadero hogar.

Nos sentamos en la mesa, tenemos mucho que contarnos y todo parece marchar bien, a pesar de que sobre nuestras cabezas parece flotar el recuerdo del porqué Elvin se encuentra aquí y no en Duart.

—Kylian, espero que no te haya molestado que escogiera el nombre de madre para mi hija —le dice algo preocupada.

—En absoluto —resuelve—. Es un honor que tu hija lo lleve.

—Gracias —sonríe ahora más aliviada—. ¿Todo bien por Duart?

—Sí —responde complacido—. Estos meses han sido muy tranquilos, por eso he podido venir, he dejado al mando a Thomas.

—Eso es bueno, espero que la paz por esos lares sea duradera, muchacho —replica mi padre.

El silencio en la mesa parece incomodar a más de uno, sobre todo, a Elvin, ya que cada vez que Lisbeth entra para servir o retirar platos, él no deja de observarla preocupado. Para alguien que no sepa la situación, puede pasar desapercibido, menos para mi hermana, que ya se ha dado cuenta y me pide con la mirada una explicación que no me corresponde dar a mí.

Pasamos todo el día en familia, sin embargo, al caer la noche, mis padres regresan al castillo. Es entonces cuando Elvin se retira para ocuparse de las guardias, porque sí, sigo dándole responsabilidades.

—Tengo que darte las gracias, John. —Miro a mi cuñado sorprendido, porque, a pesar de que me las dé como si le estuvieran sacando una muela, sé que es sincero—. No solo haces feliz a mi hermana tal y como prometiste, has formado una hermosa familia, sino que también acogiste a mi hermano cuando yo… —aprieta los labios furioso consigo mismo, agacha la mirada avergonzado.

—Cuando me desterraste —termina el susodicho por él, todos nos sorprendemos porque no lo esperábamos—. No debería costarte decirlo, Kylian.

El *laird* MacLean se levanta de su asiento ante la atenta mirada de todos.

—Sí me cuesta pronunciar esa palabra que jamás debí decir, hermano. —El joven se tensa y lo mira desconfiado—. Sé que una disculpa casi un año después no va a cambiar nada.

—Tienes razón, no lo hace —replica—. Fue tu decisión, y con ella tendremos que vivir el resto de nuestras vidas. Si ahora te arrepientes, no me importa en absoluto.

—Elvin, por favor —interviene Dreidre—. Deja que tu hermano se explique. Si no vino antes fue porque yo se lo impedí, todos estuvimos de acuerdo en que sería beneficioso para ti estar lejos de su sombra y de Duart.

—Tenías razón —concede asintiendo—. Ha sido lo mejor que me ha podido pasar. Puede que al principio odiara a Kylian por sentenciarme a semejante trance, ahora puedo agradecerle que lo hiciera. Aquí he encontrado mi lugar, John ha confiado en mí más que los de mi propia sangre y me ha hecho comprender que soy alguien que puedo ser valioso.

—Por supuesto que lo eres —exclama mi hermana—. Si Kylian en algún momento…

—Tu esposo tiene oídos y lengua para hablar —interrumpe—. Él sabía cómo me sentía y nunca le importó lo suficiente como para escucharme y entenderme.

—¿Podemos hablar en privado? —pide MacLean, su hermano menor niega con la cabeza, mascullo una maldición ante su cabezonería—. Elvin…

—No tengo porque hacer nada que no desee hacer, ya no, Kylian —exclama—. No te debo obediencia, este es mi lugar ahora. Dejemos las cosas como están.

—Tu lugar está en Duart —brama, perdiendo la paciencia, cierro los ojos—. Eres un MacLean.

—Te equivocas —rebate sonriendo con ironía—. Me desterraste. Me convertiste en alguien sin clan, sin familia, sin un lugar al que llamar hogar.

—Lo siento —replica—. De verdad que lo siento mucho. Me arrepentí de inmediato y quise arreglarlo.

—Ya no es necesario —dice—. He encontrado mi lugar. Puedes dormir tranquilo por las noches si tu conciencia te lo permite.

Se da media vuelta dispuesto a marcharse, pero la orden de Kylian lo detiene. A pesar del tiempo trascurrido y de que diga a viva voz que ya no tiene potestad para darle órdenes, obedece sin cuestionarlo.

—Puede que ya no me veas como tu *laird,* pero sigo siendo tu hermano mayor. —Lo mira sobre su hombro con una expresión que soy incapaz de descifrar—. No me des la espalda, Elvin.

—En eso tú eres el experto, Kylian. —Dicho eso, se marcha.

—Maldita sea —el golpe sobre la mesa no me sorprende—. Maldito mocoso…

—Te dije que no te dejaras llevar por tu maldito carácter —recrimina su esposa—. Tiene derecho a estar dolido.

—Basta —Morrigan habla por primera vez—. ¿Te has planteado que no desea regresar por algún motivo en particular?

Mi hermana y su esposo la observan a la espera de que continúe hablando. Sé que, una vez diga los motivos, esto va a ser un caos, agradezco que los niños ya estén durmiendo y que Morrigan por una vez haya permitido que tanto Lisbeth como Lidia sean las que se ocupen de ellos.

—¿Como cuáles? —cuestiona entre dientes—. Además de que tu esposo le haya dejado hacer lo que le viniera en gana.

—Eso no ha sido así —exclama defendiéndome—. Veo que no has cambiado en absoluto, hermano —recrimina, levantándose furiosa—. John le ha enseñado, le ha escuchado y confiado en él. ¿No has

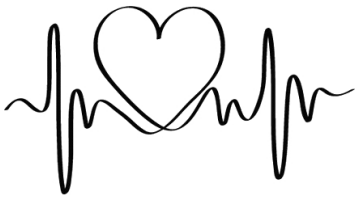
visto lo cambiado que está? ¿Por qué no eres capaz de agradecerlo en vez de atacar porque te sientes culpable?

—Morrigan, no es necesario —susurro, intentando calmarla—. No debemos discutir, recuerda que nos hemos reunido por una buena razón.

—Elvin tiene derecho a quedarse donde desee —alza el mentón—. Y quiere hacerlo aquí porque es donde vive la mujer que él ama.

—¿Perdón? —cuestiona Kylian sorprendido—. ¿Qué mujer?

—Una muchacha que ha sabido quererlo y curar las heridas que los demás infringimos en él. Quien sea no importa.



Capítulo 40

Morrigan

La mirada de mi hermano me deja muy claro que no le ha gustado en absoluto mi respuesta, sin embargo, no pienso desdecirme porque es lo que pienso.

—Imagino que no va a gustarme —resuelve, cruzándose de brazos —. ¿John…? —dirige su mirada hacia mi esposo en busca de la respuesta que le he negado.

—Morrigan tiene razón. —Sonrío complacida—. Quien es no es lo importante, ¿no te interesa saber si tu hermano es feliz?

—Es obvio que sí —replica airado—. Más que en Duart, tanto que piensa darle la espalda a su gente, a su tierra…

—Por el amor de Dios —exclamo, perdiendo la paciencia—. El primero que le dio la espalda fuiste tú, no le culpes por buscar su lugar. Ahora lo ha encontrado y, ¿pretendes arrancarlo de el para llevártelo donde tanto ha sufrido?

—Yo regresé —apostilla—. Y sabes que nadie odiaba más ese maldito castillo que yo.

—¿Y por ese motivo lo condenas a él? —cuestiono incrédula—. Eres muy egoísta, Kylian MacLean.

—No he venido hasta aquí para que me insultes, mocosa insolente. —Gruño, John se coloca a mi lado furioso.

—Cuidado con cómo le hablas a mi esposa, MacLean —advierte entre dientes.

—Vamos a calmarnos. —Dreidre alza la voz para hacerse oír—. Esposo, ellos tienen razón. No puedes pretender arrancarlo de aquí si ha encontrado su lugar.

—¿Debo dejarlo lejos de su hogar? —cuestiona—. ¿Os estáis escuchando? Si tanto ama a esa mujer, que se case con ella y que regresen juntos a Duart —resuelve.

—Ella no quiere abandonar Crawford Manor —exclamo, me llevo la mano a la boca al darme cuenta de que acabo de darle demasiada información.

—¿Es una de las criadas? —exclama incrédulo—. ¿Estáis haciendo un drama porque se encama con una de las criadas? Por todos los demonios —continúa riendo—. Puede encontrar otra en Duart.

Un ruido sordo de platos haciéndose añicos contra el suelo llama nuestra atención. Ninguno de nosotros nos habíamos dado cuenta de que Lisbeth y Lidia estaban recogiendo la mesa, se disculpa avergonzada mientras su hermana comienza a recoger el estropicio. De inmediato, me acerco preocupada e intento explicar lo que acaba de escuchar, pero no hay excusas, las palabras de mi hermano no dan pie a equívocos.

—Lo lamento —murmura con la voz congestionada por el dolor, sale corriendo del salón, su hermana, a pesar de que la observa preocupada, no lo hace hasta que no acaba de recoger.

—Estarás contento —acuso a mi hermano con mis manos en mis caderas—. ¿Era necesario?

—No sabía que estaban aquí —intenta defenderse—. Ni tampoco que era con quien se encama Elvin.

—Es algo más que eso —contradigo, alzando la voz—. Maldita sea, Kylian, ¿por qué no eres capaz de ver más allá?

—No es algo que puedas decidir, esposo. —Dreidre se acerca hasta él—. Ya lo hiciste una vez, déjalo en paz. Hemos venido para conocer a nuestra sobrina, reunirnos con nuestra familia y asegurarnos de que Elvin estaba bien.

—Mañana será otro día —intercedo—. Puede que podamos hablar con él con más tranquilidad. Pero no lo hagas con exigencias, Kylian.

Damos por concluida la reunión, es tarde, todos estamos cansados y muy nerviosos, por lo que podemos decir o hacer algo de lo que

terminaremos arrepintiéndonos. Mi hermano y Dreidre se retiran a sus aposentos, a pesar de que esperamos un poco por si Elvin vuelve, no lo hace, por lo que también John y yo abandonamos el salón para dirigirnos a nuestra habitación.

—No debes preocuparte, Morrigan —me dice con dulzura mientras nos preparamos para acostarnos—. Como has visto, Elvin es capaz de defenderse muy bien. No hará nada que no quiera hacer.

—Mi miedo es que sí lo haga —rebato—. No porque se marche, sino porque deje atrás a Lisbeth.

—No temas —acaricia mi espalda mientras cepillo mi cabello—. Si la ama de verdad, no será capaz de dejarla atrás…

Asiento con el temor de que en realidad todo haya sido un espejismo, no me gustaría que la pobre muchacha sufriera, ya que no se lo merece en absoluto. Sin ella y su lealtad para con John, puede que no me encontrara aquí ni me hubiera casado y formado una familia junto al hombre que amo. Por lo que no deseo para ella menos de lo que yo he encontrado, y si mi hermano le hace daño, voy a sentirme demasiado responsable por no haber parado sus avances cuando pude hacerlo.

Mi esposo me coge de la mano y me lleva hasta el lecho, donde entre sus brazos puedo olvidar durante unas horas las preocupaciones.

***

Al despertar, lo hago al lado de mi esposo, algo que me parece extraño, ya que suele madrugar. Lo contemplo a placer, la barba crecida, sus párpados cerrados confiriéndole un aire relajado, su cabello rubio adornando la almohada. Me siento muy afortunada, le doy un suave beso, le veo sonreír y entreabrir los ojos.

—Buenos días, esposa —saluda con la voz adormilada—. ¿Qué te atormenta para despertarte antes que yo?

—Ya lo sabes —suspiro de placer ante sus caricias—. ¿Qué haces todavía en el lecho?

—Le di instrucciones a Elvin —replica—. Así le demostraré a Kylian de lo que es capaz si se le da la oportunidad.

—Espero que ambos estén hoy más dispuestos a hablar —digo esperanzada.

John no dice nada, está demasiado ocupado dejando besos por mi cuello, ronroneo como un gato, mis manos se pierden entre las hebras de su cabello.

—Deberíamos levantarnos —murmuro sin mucha convicción.

—Después … —devuelve.

Bajamos casi una hora más tarde, cogidos de la mano y con unas sonrisas que no somos capaces de ocultar. Kylian y Dreidre hablan con Elvin con aparente tranquilidad, ante nuestra llegada, callan y nos observan, enrojezco al darme cuenta de que deben saber qué nos ha retrasado en el dormitorio.

—Buenos días —saluda mi esposo como si nada—. Espero que hayáis dormido bien. ¿Elvin? —cuestiona, mirando a mi hermano menor.

—Todo en orden, como siempre —responde.

—Perfecto —asiente complacido—. Tu ayuda es de gran valor, me permite holgazanear en la cama —bromea, su hermana se ríe, pero el mío no lo hace.

—Buenos días, hermano —saludo, intentando descubrir su humor.

—Buenos días —replica—. Espero que te complazca ver que no nos hemos matado antes de tu llegada.

—Me hace muy feliz —asiento—. ¿Habéis hablado como personas adultas? —cuestiono.

—Sí —responde Elvin, mirándome con una seriedad que no presagia nada bueno, ¿cómo no me he dado cuenta antes? En sus ojos solo veo la más absoluta desolación—. He decidido que mi lugar está en Duart.

—¿Cómo dices? —pregunto anonadada, la mano de John se posa sobre mi hombro—. ¿Te has vuelto loco? —Miro a Dreidre en busca de una explicación, ella solo se encoge de hombros.

—Aquí he aprendido mucho —comienza a decir—. John me ha enseñado, ha confiado y me ha dado a mí mismo la confianza que me faltaba. Ahora me veo preparado para ser un MacLean en todos los aspectos, además, Kylian me ha explicado cómo se sintió hace un año, y aunque todavía duele, quiero perdonarlo, somo hermanos, y hemos perdido demasiado tiempo juntos a lo largo de los años como para seguir desperdiciándolo.

—Y eso me complace sobremanera —replico—. Pero ¿y Lisbeth?

Su rictus cambia, una mueca de dolor trasforma su rostro dejándome saber que algo muy grave ha debido suceder entre ellos para que mi hermano tome la decisión de marcharse, cuando hasta ayer por la noche estaba decidido a vivir aquí el resto de sus días.

—Ayer me anunció su decisión de casarse con el herrero. —La noticia me deja sin aliento, incluso puedo sentir cómo John se tensa tras de mí.

—Eso no puede ser —dice mi esposo incrédulo—. ¿Por qué haría semejante cosa?

—Por mucho que le pregunté, no quiso decirme más —responde con frialdad—. No pienso obligarla a estar a mi lado si no lo desea. Por ello no puedo quedarme aquí, es hora de que regrese a mi hogar.

—Estás huyendo —exclamo—. Deja que hable con ella y…

—No —alza la voz, firme, decidido—. No quiero que libres mis batallas por mí. Ella ha tomado una decisión y yo he hecho lo mismo, de todos modos, sabíais que esto terminaría así, no sé por qué os sorprendéis.

Se levanta tras decirle algo en voz baja a Kylian, le veo encaminarse cabizbajo hacia la salida.

—Elvin —le llamo apesadumbrada, mira sobre su hombro—. Lo siento mucho.

—Yo también —asiente y sale de la sala sin mirar atrás de nuevo.

—No voy a decir que me alegra que mi hermano regrese a Duart con el corazón roto. —Miro a Kylian, no sé cómo sentirme en estos momentos; siendo sincera, no me gusta que utilice lo sucedido para hacerle regresar—. No me mires así, Morrigan. Sé lo que estás pensando y ha sido su decisión.

—Espero que esta vez lo valores y lo trates como merece —le pido —. No estaré allí para verlo, Júrame que Elvin será feliz.

—Te lo prometo —sentencia, su palabra es ley, por lo que le creo.



Epílogo

John
Una semana más tarde…

Hoy se marchan. Mi hermana junto a los hermanos MacLean y mi pequeño sobrino regresan a Duart. Han sido unos días extraños, donde la felicidad por tenerlos aquí se veía empañada por el dolor que se veía reflejado en los ojos de Elvin.

—Todo está dispuesto —anuncio a mi cuñado, que sostiene entre sus brazos a Ian—. ¿Seguro que no quieres que alguno de mis hombres os acompañe?

—Seguro —replica—. Últimamente todo parece muy tranquilo por aquí. ¿Tienes tú algo que ver en ello? —pregunta, observándome como un halcón.

—No —replico con sinceridad—. Desde que regresé aquí con Morrigan, no he tenido tiempo, pero pienso dejar los Border Reivers.

Me mira impresionado, pero asiente satisfecho. Observo cómo las mujeres se despiden, mi madre intenta contener el llanto ante la inminente partida de su hija. Mi padre, aunque más comedido, se le ve emocionado, sabe que pasará mucho tiempo antes de que nos volvamos a reunir, pero es ley de vida, y sabía que al enviar a su hija a las Tierras Altas se enfrentaba a la distancia.

—Me alegro de que antepongas a tu familia —dice, observando la misma estampa—. Gracias por hacerla tan feliz, reconozco que no tenía demasiada fe en que lo consiguieras.

—Lo mismo digo —ambos reímos—. No las merecemos —él asiente dándome la razón—. Sin embargo, doy gracias todos los días por tenerla a mi lado.

—Cuida de ellas, por favor —me pide cuando llega el momento de la partida—. Si algún día necesitas ayuda, no dudes en pedirla.

—Lo sé —palmeo su ancha espalda—. Tened buen viaje. Por favor, en cuanto lleguéis, enviad una misiva, de ese modo sabremos que estáis a salvo en Duart.

—Deja de preocuparte, Lindsay —exclama—. Pareces una vieja asustadiza —bromea, gruño en respuesta—. Debemos partir, esposa.

Mi hermana se acerca para abrazarme, le susurro cuanto la quiero, ella hace lo mismo. No puedo creer que ya sea una mujer, madre y esposa y no aquella jovencita alocada que me acompañaba en cada aventura.

—Sé feliz —le deseo de todo corazón—. Cuida a mi sobrino.

—Cuida a esa princesita que te ha regalado el cielo —devuelve—. Volveremos a vernos.

Elvin se acerca a mí, una vez lo tengo delante, quisiera abrazarlo, pero no es un muchacho dado a las demostraciones de afecto, salvo con cierta jovencita a la que no veo por ningún lado, ¿de verdad no va a venir a despedirse? Me recuerda tanto a mí que asusta.

—Gracias por todo, John —dice, observando a su alrededor—. Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí.

—No he hecho nada, muchacho —rebato—. Todo estaba en ti, solo te ayudé para que te dieras cuenta. Cuídate mucho, no cometas locuras.

—Cuida de mi hermana y de Julieth —me pide de vuelta, se marcha, es el primero en subir a su caballo.

Poco después, los veo alejarse, mi esposa llora a mi lado, la envuelvo en un abrazo para consolarla, a pesar de saber que no puedo calmar su dolor. Cuando me giro, me quedo inmóvil, al ver cómo Lisbeth desde lo alto de la torre observa cómo se marchan, llora en silencio, creyendo que nadie la ve. De nuevo, me veo

reflejado en ella, no me cabe la menor duda de que, a pesar de lo que le haya dicho a Elvin, su corazón le pertenece a él.

No le digo nada a Morrigan, ella no lo entendería y no deseo que interrogue de nuevo a Lisbeth haciendo su estadía aquí más complicada de lo que ya es. No podemos obligarla a hacer algo que no quiere, y sea por los motivos que sean, no desea abandonar estas tierras. Puedo comprender su amor hacia su hermana, pero incluso, si solo fuera por eso, podría llevarla con ella a Duart, estoy seguro de que Elvin no se opondría a ello.

—Es una lástima que no haya salido bien —susurra tiempo después—. Pensé que tendrían su final feliz.

—Puede que lo tengan, puede que ahora no sea su momento —intento reconfortarla—. Si su destino es estar juntos, lo lograrán de un modo u otro. Pero deja de atosigar a la pobre Lisbeth, ella también lo está pasando mal.

—Prometo no volver a mencionarle el nombre de mi hermano —asiente, le sonrío complacido—. De nuevo nos quedamos solos, esposo.

La abrazo y nos observamos el uno al otro, a pesar del velo de tristeza, soy capaz de ver el amor reflejado, me apodero de sus labios en un beso que pretende ser algo dulce y pausado pero que pronto se transforma en algo más intenso. Soy el que mantiene la compostura por más que desee poseerla de nuevo, me pregunto si algún día este deseo desaparecerá, espero que eso jamás ocurra.

—Te amo, Morrigan —le digo con solemnidad, sintiéndolo en mi corazón y en mi alma, una verdad absoluta.

—Te amo, John —responde de igual forma, sus manos a cada lado de mi rostro mientras me contempla con una intensidad que me eriza la piel—. Lo mejor que me ha pasado fue conocerte, a pesar del dolor que sufrimos al principio.

—¿Volverías a elegirme sabiéndolo? —Asiente sin pensar, sin vacilar—. Gracias —susurro—. Gracias por darme tanto, un hogar, una familia y un amor más fuerte que la misma muerte.

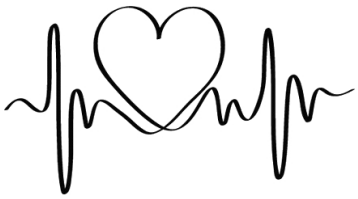
—Siempre —replica, acariciando mi mejilla con ternura—. Gracias por enseñarme que un matrimonio puede ser algo distinto a un

infierno, por descubrirme un mundo nuevo, por darme una hija hermosa y sana…

Sé que ambos hemos recordado a la vez a ese bebé que nos arrebataron, no creo que haya día que no lo hagamos, sin embargo, la vida continúa y lo mejor que podemos hacer es vivir por él. Le tiendo la mano y juntos comenzamos a caminar muy despacio, en silencio, pero con el alma y el corazón en paz. Entramos en el hogar que hemos construido juntos, para disfrutar de todo lo que el futuro nos tenga deparado. Cierro la puerta negándome a soltarla, nuestras manos entrelazadas, nuestras miradas trasmitiendo todo el amor que nos profesamos. Se alza para besarme, susurrarme un te amo y pasar sus manos sobre mis hombros, podría detener el tiempo justo en este momento.

Viviría siempre entre sus brazos…

FIN.



Extra

Elvin

Miro al frente, hacia donde se encuentra la carreta donde viaja mi cuñada y mi sobrino. Mi hermano custodia la comitiva, permanezco en la retaguardia, ensimismado en mis pensamientos, de hecho, con cada milla que recorro, el dolor se intensifica.

No puedo creer que esté regresando a Duart solo, durante meses pensé que, si lo hacía, lo haría acompañado por la mujer que ha elegido mi corazón, sin embargo, de nuevo, me encuentro más solo que nunca. Pensé que nadie podría volver a hacerme daño, pero una vez más me equivocaba porque Lisbeth ha sido la persona que ha conseguido romper mi corazón en mil pedazos.

—Elvin —llama mi hermano, le miro parpadeando, regresando al presente—. ¿De verdad vas a dejarla atrás? —frunzo el ceño—. A la muchacha.

—Ella ha elegido —me tenso sobre mi montura—. ¿Qué quieres que haga? ¿La secuestro?

—Por supuesto que no —masculla removiéndose sobre su caballo —. Puede que me esté equivocando, pero tú no lo has visto porque no has mirado hacia atrás cuando hemos salido de Crawford Manor —suspira, parece que lucha por decidir si hablar o no—. Yo sí que lo he hecho. He visto a esa muchacha verte marchar desde lo alto de la

torre, y lloraba desconsolada, no me ha parecido una mujer que no siente nada por ti, Elvin.

Detengo mi caballo de golpe, mi corazón golpea con fuerza dentro de mi pecho, incluso siento que me cuesta respirar con normalidad. ¿Puede ser cierto lo que dice Kylian?

—Si te das prisa, puedes encontrarnos en la próxima posada —dice mi hermano risueño—. Pasaremos la noche allí por Ian.

—¿De verdad la has visto? —pregunto temeroso, asiente—. ¿Por qué me lo dices?

—Porque estás sufriendo —responde—. Sé que piensas que soy un bastardo sin corazón, pero sé lo que es vivir un infierno por no estar con la mujer que amas, por eso no quiero que pases por lo mismo. No te rindas, Elvin. No lo hiciste cuando no te permití ser lo que ansiabas ser, no lo hagas con ella.

Asiento, me doy cuenta de que Dreidre me mira sonriendo desde la carreta, me hace un gesto afirmativo, como si me estuviera animando, por lo que doy media vuelta a mi montura y la espoleo para regresar a Crawford Manor a por lo que es mío y jamás debí dejar atrás.

Agradecimientos

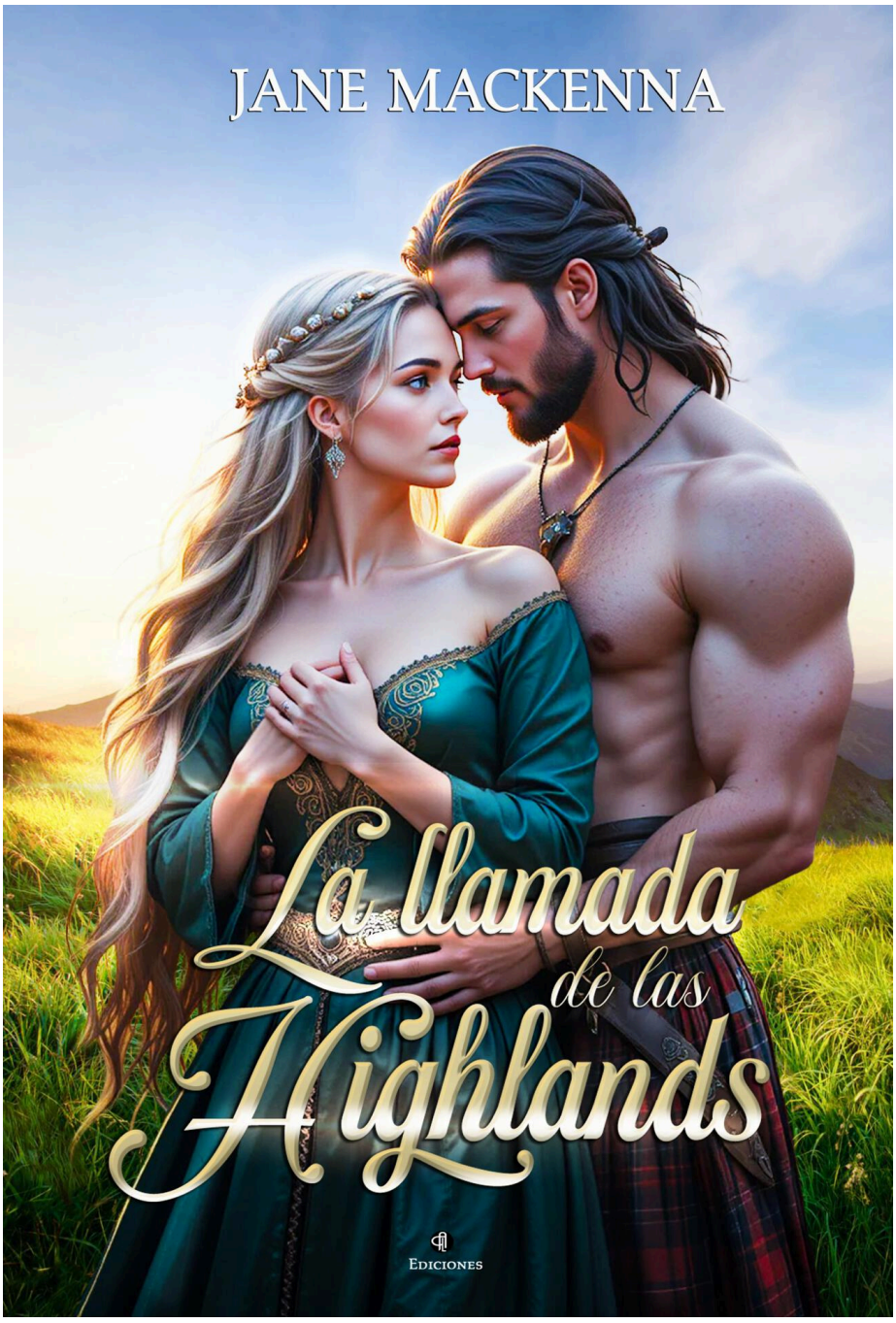
De nuevo, debo despedirme de unos personajes que me han acompañado las últimas semanas. Pongo punto final a la historia de Morrigan MacLean y John Lindsay, dos personas tan distintas, pero tan iguales que no eran capaces de dar su brazo a torcer.

Espero que os haya gustado y que una vez más hayáis viajado a las Tierras Altas sin moveros de vuestras casas. Continúo con Elvin y Lisbeth, con Thomas y Diane, porque merecen tener su final feliz, sabéis que no concibo el amor sin ese, «y comieron perdices y vivieron felices para siempre».

Gracias por todo el apoyo, nos vemos de nuevo en Duart.

Jane Mackenna

PRÓXIMAMENTE



COMPRALO A TRAVÉS DE:

https://amzn.eu/d/35Zels0

